

EL ALFABETO DEL CRIMEN

de ley (o fuera de ella)



SUE GRAFTON

se

La detective Kinsey Millhone se aprestaba a ser dama de honor en la boda del hermano de su casero cuando, pocos días antes, acepta investigar para un vecino, Chester, por qué en los archivos militares ha desaparecido todo rastro de Johnny Lee, su padre recién fallecido y veterano de la segunda guerra mundial.

¡Adiós planes de boda!, porque, de pronto, alguien ha entrado en casa del difunto dejándolo todo patas arriba y Chester descubre, en una caja de caudales, una llave con esta misteriosa inscripción: LEY.

A partir de entonces nadie es ya quien dice ser: ni Ray Rawson, el antiguo amigo del ejército, que quiere alquilar la casa; ni Gilbert Hays, a quien Kinsey sorprende llevándose una bolsa de la casa de Lee; ni Laura Huckaby, la mujer a quien aquél entrega la bolsa.

A Kinsey no le queda más remedio que emprender una salvaje odisea en la que, para desenredar la madeja, acabará pasando por cualquier cosa, menos por detective...



Sue Grafton

# **L de ley (o fuera de ella)**

**El alfabeto del crimen - 12**

**ePub r1.2**  
**Titivillus 08.06.15**

Título original: *L is for Lawless*  
Sue Grafton, 1995  
Traducción: Antonio-Prometeo Moya  
Diseño original de cubierta: LaNane  
Adaptación de cubierta: Zaucio Olmian

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



Para mis queridos amigos...  
Sally y Gregory Giloth,  
Comie, Marshall y Laura Swain,  
con amor.

## **AGRADECIMIENTOS**

La autora desea agradecer la valiosa ayuda que ha recibido de las siguientes personas: Steven Humphrey; Eric S. H. Ching; Louis Skiera, funcionario de la Oficina de Servicios de Veteranos de Guerra; B. J. Seebol, doctor en Derecho; Cárter Hicks; Cari Eckhart; Ray Connors; capitán Edward A. Aasted, tenientes Charlene French y Jack Cogan, del Departamento de Policía de Santa Barbara; Merrill Hoffman, de Cerrajerías Santa Barbara; Vaughan Armstrong; Kim Oser, Hyatt Dallas/Fort Worth; Sheila Burr, de la Asociación Automovilística de California; A. LaMott Smith; Charles de L'Arbre, Janet Van Velsor y Cathy Peterson, de Viajes Santa Barbara; y John Hunt, de CompuVision, que rescató el capítulo 14 de las Páginas en Blanco.

No es por quejarme, pero en lo sucesivo me lo pensaré dos veces antes de hacer un favor a los amigos de los amigos. Jamás lo he lamentado tanto. Al principio, todo parecía de lo más inocente. Juro que no había manera de adivinar lo que iba a ocurrir. Estuve a un paso de la muerte y, lo que es quizá peor (para los que como yo padecen dentifobia), a un pelo de perder los dos incisivos superiores. Todavía tengo en la cabeza un chichón del tamaño de un puño. Y todo por un trabajito por el que ni siquiera me pagaron.

El caso me llamó la atención por culpa de mi casero, Henry Pitts, del que todos saben que estoy medio enamorada desde hace años. Que tenga ochenta y cinco años (sólo cincuenta más que yo) no parece haber modificado nunca el impacto básico de su atractivo. Es un encanto y casi nunca me pide nada, de manera que era imposible negarse. Sobre todo porque su petición parecía muy inofensiva en principio, sin nada que permitiera entrever los problemas que desencadenaría.

Era el jueves veintiuno de noviembre, una semana antes del Día de Acción de Gracias, y se estaban ultimando los preparativos de la boda. William, el hermano mayor de Henry, iba a casarse con mi amiga Rosie, que dirige una anticuada casa de comidas que hay en mi barrio. El local de Rosie cierra tradicionalmente el Día de Acción de Gracias y la propietaria estaba radiante por poder casarse con William sin necesidad de perder dinero. Se las había ingeniado para prescindir de la iglesia proyectando la ceremonia y el banquete en la misma casa de comidas. Se había hecho con un juez para que celebrase los esponsales y al parecer pensaba que sus servicios eran gratis. Henry la había instado a prometer al juez un discreto estipendio y la mujer lo había mirado con cara inexpresiva, fingiendo que no conocía bien el idioma. Rosie nació en Hungría y se olvida del significado de algunas palabras cuando le conviene.

Se había comprometido con William desde hacía casi un año y ya era hora de afrontar la verdad. Yo nunca había sabido con seguridad la edad de Rosie, pero tiene que rondar los setenta. Con los imparables ochenta y ocho años de William, la frase «hasta que la muerte os separe» tenía para ellos, estadísticamente hablando, más significado que para la mayoría.

Antes de aclarar cómo me gano la vida, creo que debería confesar unos cuantos rasgos personales. Me llamo Kinsey Millhone, tengo licencia de investigadora privada, me he divorciado dos veces y no tengo hijos ni otras responsabilidades fastidiosas. Durante seis años, en virtud de un contrato informal, había trabajado para Seguros La Fidelidad de California, investigando incendios provocados y fallecimientos sospechosos a cambio de un despacho. Hace ya casi un año, al vencer el contrato en cuestión, alquilé un despacho en las oficinas de Kingman and Ives, un bufete de abogados de aquí de Santa Teresa. A causa de la boda, me había tomado una semana

libre y me proponía descansar y entretenerme además de ayudar a Henry con los preparativos. Henry, panadero jubilado hace años, estaba preparando la tarta y además se encargaría de abastecer el banquete.

Éramos ocho en el cortejo nupcial. La hermana de Rosie, Klotilde, que estaba confinada a una silla de ruedas, iba a ser la madrina. Henry sería el padrino y sus dos hermanos mayores, Lewis y Charlie, harían de acompañantes. Los cuatro —Henry, William, Lewis y Charlie (llamados también «los muchachos» o «los chicos»)— estaban entre los ochenta y cinco años del primero y los noventa y tres del último. La única hermana, Nell, fuerte aún a sus noventa y cinco años, iba a ser una de las damas de honor, la otra era yo. Para la ceremonia, Rosie había elegido un sayo blanco de organdí, con una corona de clavelinas ciñéndole el pelo teñido de un rojo extraño. Había encontrado en unas rebajas unos retales de tela de forro estampada con motivos florales, rosas de cien hojas de color rosa y malva sobre un fondo verde chillón. La tela se había enviado a Flint, estado de Michigan, donde Nell había pespuntado tres sayos iguales para las tres mujeres del cortejo. Yo ardía en deseos de probarme el mío. Estaba convencida de que cuando comenzara el desfile pareceríamos una procesión de sábanas de fantasía. La verdad es que a los treinta y cinco años había abrigado esperanzas de ser la niña del ramo más crecida de la historia, pero Rosie había optado por prescindir del papel. Iba a ser la boda de la década, una boda que no quería perderme ni por todo el dinero del mundo. Lo cual nos lleva a los «acontecimientos precipitantes», como los llamamos en el negocio del crimen.

Vi a Henry a las nueve de la mañana de aquel jueves, al salir de mi domicilio. Vivo en un garaje monoplacea reconvertido que se encuentra unido a la casa de Henry por un pasillo cubierto. Me dirigía al supermercado, donde tenía intención de comprar comida instantánea suficiente para las jornadas que se avecinaban. Al abrir la puerta, lo vi en el peldaño de la entrada con una hoja de papel y un rollo de cinta adhesiva. En vez de los pantalones cortos, la camiseta estampada y las zapatillas de siempre, llevaba pantalón largo y una camisa azul con las mangas subidas.

—Pues a mí no me impresiona —dije. Henry tiene el pelo totalmente blanco y lo lleva peinado con suavidad hacia un lado. Aquel día lo llevaba aplastado hacia atrás con agua y se percibía aún el penetrante aroma cítrico de su loción de afeitado. Sus ojos azules parecían despedir luz en aquella cara magra y bronceada. Es alto y delgado, de buen natural, elegante, con unos modales que combinan perfectamente la cortesía y la despreocupación. Si no tuviera edad para ser mi abuelo, me lo habría comido en un santiamén.

Sonrió al verme.

—Eres tú. Perfecto. Iba a dejarte una nota. De haber sabido que estabas en casa, habría llamado. Tengo que ir al aeropuerto para recoger a Nell y a los muchachos, y quisiera pedirte un favor. ¿Tienes un minuto?

—Desde luego. Iba al supermercado, pero puede esperar —dije—. ¿De qué se trata?

—¿Te acuerdas del anciano señor Lee? En el barrio le llamaban Johnny. Es el caballero que vivía al doblar la esquina, en dirección a Bay. La casita blanca de jardín exuberante. Para ser exactos, Johnny ocupaba la vivienda del garaje. En la casa principal vivían su nieto Bucky y su mujer.

La casa en cuestión, junto a la que paso diariamente haciendo *jogging*, es una vivienda destartada que parece enterrada en la selva. No era gente bien situada, a menos que un coche medio desguazado se considere un adorno apropiado para un jardín. Los vecinos se habían



quejado durante años, pero no había servido de nada.

—Conozco la casa, pero el nombre no me suena.

—Seguramente los habrás visto en el local de Rosie. Bucky parece un buen chico, aunque su mujer es algo rara. Se llama Babe. Es baja y gorda y mira poco a los ojos. Johnny siempre tuvo aspecto de indigente, aunque las cosas le han ido bien.

Empecé a recordar al trío aludido: un viejo desastrado y una pareja jugando a tocarse el culo, con aspecto demasiado juvenil para estar casados. Me llevé la mano al oído.

—Habla usted en pasado. ¿Ha muerto el viejo?

—Me temo que sí. El pobre sufrió un ataque al corazón y falleció hace cuatro o cinco meses. Creo que fue en julio.

No es que hubiera nada raro —se apresuró a añadir—. Sólo tenía setenta y tantos años, pero nunca había gozado de buena salud. El caso es que tropecé con Bucky hace poco y quiere consultarme un problema que tiene. No es urgente, sólo una tontería, y pensé que a lo mejor querías echar una mano.

Me pasaron por la cabeza una llave inidentificada de una caja de seguridad, herederos perdidos, valores no encontrados, una cláusula equívoca en el testamento, uno de esos contenciosos sin resolver que los vivos heredan de los que acaban de morir.

—Claro que sí. ¿Qué es?

—¿Quieres la versión larga o la breve?

—La larga, pero sin entretenerse. Puede que así me ahorre algunas preguntas.

Henry entró entusiasmado en materia con una rápida ojeada al reloj.

—No quisiera perder el avión, pero te haré un resumen de lo que sucede. El viejo no quería servicio fúnebre, pidió expresamente que lo incinerasen y eso fue lo que se hizo. Bucky tenía intención de llevarse las cenizas a Columbus, estado de Ohio, donde vive su padre, pero se le ocurrió que su abuelo tenía derecho a un entierro militar. Creo que Johnny fue piloto durante la segunda guerra mundial, estuvo con la Unidad de Voluntarios a las órdenes de Claire Chennault. No hablaba mucho de aquello, pero de vez en cuando se acordaba de Birmania, de las batallas aéreas en el cielo de Rangún y cosas por el estilo. El caso es que Bucky pensó que sería un detalle: su nombre grabado en mármol blanco o algo parecido. Habló con su padre del asunto, a Chester le pareció magnífico y Bucky se fue a las oficinas locales de los Veteranos y rellenó una solicitud. No tenía toda la información que necesitaba, pero dio la que sabía. Pasaron tres meses y no obtuvo respuesta. Empezaba ya a intranquilizarse cuando le devolvieron la solicitud con un sello que decía «Sin Identificar». No era del todo inverosímil, ya que el hombre se llamaba John Lee. Bucky llamó a las oficinas de los Veteranos y le remitieron otra solicitud en blanco, esta vez para pedir el historial militar. En esta ocasión transcurrieron sólo tres semanas, pero la solicitud volvió con el mismo sello. Bucky no es tonto, pero tiene sólo veintitrés años y carece de experiencia con la administración pública. Llamó a su padre y le contó lo que pasaba. Chester no se anduvo por las ramas y llamó a la Base Aérea Randolph, en Texas, que es donde las Fuerzas Aéreas guardan los expedientes del personal. No sé con cuánta gente hablaría, pero el caso es que las Fuerzas Aéreas no tienen ningún expediente de John Lee, y si lo tienen no lo quieren decir. Chester está convencido de que se trata de una cortina de humo, pero no puede hacer nada. Y así están las cosas. Bucky se siente frustrado y su padre está más furioso que una gallina en la ducha. Están completamente decididos a que Johnny obtenga lo que merece. Les dije que a lo mejor se te

ocurría qué hacer a continuación.

—¿Está usted seguro de que sirvió en las Fuerzas Aéreas?

—Sí, por lo que sé.

Creo que se me dibujó en la cara una expresión de escepticismo.

—Si quiere, puedo hablar con Bucky, pero es un terreno sobre el que no sé gran cosa. Si he oído bien, las Fuerzas Aéreas no han negado de manera manifiesta que el hombre hubiera estado allí. Lo único que dicen es que con la información remitida por Bucky no pueden identificarlo.

—Sí, eso es cierto —dijo Henry—. Pero mientras no localicen el expediente no pueden dar curso a la solicitud.

Empezaba ya a darle tirones al problema, como si fuese una bolita de lana en un jersey.

—¿No se llamaban entonces Fuerzas Aéreas Militares?

—¿Qué importancia tendría eso?

—Puede que tengan su expediente en otra parte. Tal vez lo tenga el Ejército.

—Eso tendrás que preguntárselo a Bucky. Creo que ya ha indagado en esa dirección.

—Puede que sea una tontería..., una equivocación en la inicial del segundo nombre o en la fecha de nacimiento...

—Lo mismo dije yo, pero ya sabes lo que ocurre. Te pasas el tiempo mirando una cosa y ni siquiera la ves. No perderás mucho tiempo, quince o veinte minutos, pero seguro que agradecen la ayuda. Chester ha venido de Ohio para arreglar ciertos detalles relativos al testamento de su padre. Mi intención no era comprometerte, pero me parece una buena causa.

—Bueno, haré lo que pueda. ¿Quiere que vaya a echar un vistazo ahora mismo? Tengo tiempo, si cree usted que Bucky está en casa.

—Tiene que estar. Por lo menos estaba hace una hora. Te lo agradezco, Kinsey. No es que Johnny y yo fuésemos amigos íntimos, pero no estuvo en el barrio menos tiempo que yo y me gustaría que se le hiciera justicia.

—Lo intentaré, aunque esta no es mi jurisdicción.

—Lo comprendo y si te resulta una molestia, lo olvidas y en paz.

Me encogí de hombros.

—Supongo que es una de las ventajas de no cobrar. Puedes abandonar cuando quieras.

—Desde luego —dijo.

Eché la llave a la puerta mientras Henry se dirigía al garaje y esperé junto al camino mientras sacaba el coche en marcha atrás. En las ocasiones especiales conduce un turismo de cinco puertas, un Chevrolet de 1932 que conserva la pintura amarilla original. Iba a ir con el cinco-puertas al aeropuerto porque pensaba volver cargado con tres pasajeros y una cantidad incalculable de equipaje. «Los hermanitos», como él los llamaba, iban a estar dos semanas en la ciudad y venían preparados para cualquier contingencia imaginable. Pisó el freno y bajó la ventanilla.

—No olvides que tienes que cenar con nosotros.

—No lo olvidaré. Hoy es el cumpleaños de Lewis, ¿no? Creo que le llevaré un regalo.

—Eres muy amable, pero no hace falta.

—Claro, claro. Lewis dice siempre que no le hagan regalos, pero si no se los hacen, se enfada. ¿A qué hora es el banquete?

—Rosie vendrá a las seis menos cuarto. Ven cuando quieras. Ya conoces a William. En cuanto se le queda el estómago vacío, le da la hipoglucemia.

—¿No va con usted al aeropuerto?

—Tiene que probarse el esmoquin. Lewis, Charlie y yo nos los probaremos esta tarde.

—Qué bonito —dije—. Hasta luego.

Lo despedí con la mano mientras desaparecía en la calle. Crucé la verja. Tardé alrededor de treinta segundos en llegar al domicilio de Lee; recorrí seis casas, doblé la esquina y allí estaba. El estilo de la vivienda era difícil de clasificar, una típica casa californiana de una sola planta, con las paredes desconchadas y un tejado de tejas rojas que habían ido desapareciendo con el tiempo. Al final del estrecho sendero de cemento se veía un garaje de dos plazas con puertas de madera desvencijadas. El descuidado patio trasero daba cobijo en la actualidad a un Ford Fairlane medio desguazado con la carrocería oxidada. La fachada principal apenas se veía, oculta como estaba por arbustos que llegaban hasta el hombro. El camino delantero se perdía entre dos tupidas filas de tallos que parecían de avena silvestre y cuyas espigas se curvaban sobre la grava. Sólo para llegar al porche tuve que avanzar sorteando los matojos con los brazos en alto.

Pulsé el timbre y esperé un rato mientras me quitaba la broza de los calcetines. Imaginé que una masa de minúsculos granos de polen me bajaba por el esófago como una nube de mosquitos y noté que en la base del cerebro se me formaba el embrión de un estornudo. Procuré pensar en otra cosa. Sin cruzar ni siquiera la puerta, habría jurado que la casa tendría habitaciones pequeñas y separadas por arcos toscos y enlucidos, y tal vez compensados por inútiles intentos de «modernizar» el lugar. Carecía de sentido, pero volví a pulsar el timbre.

Momentos después abría la puerta un joven al que reconocí. Bucky tenía veintitantos años y medía unos diez centímetros más que yo, es decir, alrededor de un metro setenta y cinco. No estaba gordo, pero era fofo como una croqueta. Tenía el pelo dorado tirando a rojo, y lo llevaba largo y con la raya, torcida, en el centro. Se lo había recogido y atado en la nuca de manera muy desigual. Tenía los ojos azules y la piel rojiza parecía amoratada bajo la barba pelirroja de cuatro días. Vestía tejanos y camisa de pana de manga larga, de color azul oscuro, con los faldones por fuera del pantalón. Costaba adivinar cómo se ganaba la vida, si es que se la ganaba. Podía ser perfectamente una estrella de rock con una cuenta bancaria de seis cifras, pero lo dudaba.

—¿Eres Bucky?

—Sí.

Le tendí la mano.

—Soy Kinsey Millhone, amiga de Henry Pitts. Dice que tienes un problema con cierta reclamación que has hecho a la Oficina de Veteranos. —Me estrechó la mano, pero me miró de tal modo que me entraron ganas de darle en la cabeza con los nudillos y preguntar si había alguien en casa. Insistí—. Cree que puedo serte de ayuda. ¿Me invitas a entrar?

—Ah, disculpa. Iba a hacerlo. Eres la detective privada. Al principio creí que eras de la Oficina de Veteranos. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Kinsey Millhone. Inquilina de Henry. Seguramente me habrás visto en el local de Rosie. Ceno allí tres o cuatro noches a la semana.

El piloto del reconocimiento parpadeó por fin.

—Eres la que se sienta en el reservado del fondo.

—La misma.

—Claro. Te recuerdo. Pasa. —Retrocedió y entré en un pequeño vestíbulo de suelo de madera noble que no se pulimentaba desde hacía años. Entreví un pedazo de cocina al fondo del pasillo.

—Mi padre no está en casa ahora y creo que Babe está duchándose. Le diré que estás aquí.  
¡Eh, Babe!

No hubo respuesta.

Ladeó la cabeza en actitud de escuchar.

—¡¡Eh, Babe!!

Ir gritando de habitación en habitación no me ha entusiasmado nunca.

—Ve a buscarla, hombre. Te espero.

—Sí, será lo mejor. Volveré enseguida. Siéntate —dijo. Recorrió el pasillo golpeando el suelo con los zapatos de suela dura. Abrió la puerta de la derecha y metió la cabeza. Hubo un ahogado chirrido de cañerías en la pared y la conducción del agua tembló y se sacudió después de que cerraran el grifo de la ducha.

Bajé un peldaño y entré en la sala de estar, que era un poco más grande que la alfombra de dos metros por tres que cubría el suelo. Al fondo había una chimenea de ladrillo, de poca profundidad, pintada de blanco y con una repisa de madera que parecía abarrotada de chucherías. A ambos lados del hogar había sendas estanterías empotradas y llenas de periódicos y revistas. Me instalé con mucho cuidado en un jiboso sofá cubierto por una manta afgana de color marrón y amarillo. La casa olía a moho o a orines de perro. La mesita del café estaba hasta los topes de envases de comida instantánea y todas las sillas y los sillones estaban orientados hacia un antiguo televisor instalado en una consola de tamaño descomunal.

Volvió Bucky.

—Dice que adelante. Tenemos que estar en un sitio dentro de nada y se está vistiendo. Mi padre no tardará en volver. Se ha ido a Perdido, a mirar apliques de la luz. Queremos que el piso del abuelo esté en condiciones. —Se quedó en la puerta, al parecer viendo la habitación con mis mismos ojos—. Parece una pocilga, pero es que el abuelo era un tacaño.

—¿Desde cuándo vives aquí?

—Va para dos años, desde que me casé con Babe —dijo—. Creía que el viejo nos fiaría en lo del alquiler, pero resulta que había convertido la tacañería en ciencia.

Como también yo soy tacaño, sentí una curiosidad natural. Puede que aprendiera algún truco.

—¿De qué modo?

Bucky frunció los labios.

—No sé. Como no quería pagar al camión de la basura, se levantaba temprano los días que pasaba y echaba la basura en los cubos de los vecinos. Y bueno, alguien le dijo en cierta ocasión cómo pagar los recibos de los servicios públicos. Bastaba con pegar en el sobre un sello de un centavo, no se ponía remitente y se echaba en un buzón lejano. Correos entrega la carta porque el ayuntamiento quiere el dinero y de ese modo te ahorras el franqueo.

—Oye, es una idea genial —dije—. ¿Cuánto se ahorra así? ¿Diez dólares al año? Es difícil resistirse. Tu abuelo tuvo que ser todo un carácter.

—¿No lo conocías?

—Lo veía a veces en el local de Rosie, pero creo que no nos presentaron.

Bucky señaló la chimenea con la cabeza.

—Está ahí. A la derecha.

Seguí su mirada creyendo que iba a ver una foto en la repisa, pero lo único que vi fueron tres urnas y una caja de metal de tamaño mediano.

—La urna de mármol verdoso —dijo Bucky— es mi abuela y a su lado está mi tío Duane. Era el único hermano de mi padre, murió de pequeño, a los ocho años, según tengo entendido. Estaba jugando en las vías y lo arrolló un tren. Mi tía Maple está en la urna negra.

No se me ocurría ninguna respuesta educada. La fortuna familiar había tenido que menguar con el paso de los años porque daba la sensación de que con cada difunto se habían gastado menos dinero, hasta que el último, John Lee, había tenido que contentarse con la caja del crematorio. Y la repisa no daba para mucho más. Fuera quien fuese el siguiente, sus cenizas tendrían que transportarse en una caja de zapatos y arrojarse por la ventanilla del coche al volver a casa. Cambió de conversación con un gesto de la mano.

—Bueno, olvídale. Sé que no has venido a darme conversación. Tengo todos los papeles aquí mismo. —Se dirigió a la estantería y empezó a pasar revistas, que por lo visto estaban mezcladas con facturas sin pagar y otros documentos críticos—. Se trata sólo de una reclamación de trescientos dólares para el entierro del abuelo —subrayó—. Babe y yo costeamos la incineración y nos gustaría que nos devolvieran el importe. Creo que por las inhumaciones la administración abona otros ciento cincuenta dólares. No parece mucho, pero no estamos para derrochar. No sé qué te habrá contado Henry, pero no podemos permitirnos pagar tus servicios.

—Eso tenía entendido. En cualquier caso, no creo que pueda hacer mucho. A estas alturas, seguro que sabes más que yo sobre las reclamaciones a la Oficina de Veteranos.

Sacó un fajo de papeles, los miró por encima y me los alargó. Quitó el clip y leí la copia del certificado de defunción de John Lee, su partida de nacimiento, su cartilla de la Seguridad Social y dos formularios de la Oficina de Veteranos. Uno era la solicitud para cubrir los gastos de entierro, el otro la petición del historial militar. En el segundo se había rellenado la casilla del cuerpo de las Fuerzas Armadas, pero estaban en blanco las correspondientes al número, la graduación, el empleo y las fechas de los servicios prestados por el anciano. No me extrañaba que a la Oficina de Veteranos le costase comprobar los datos.

—Parece que os falta mucha información. Por lo que veo, no conocéis su número de identificación ni la unidad en que sirvió.

—Pues no. Y ese es el problema fundamental —dijo, leyendo por encima de mi hombro—. Es una estupidez. No nos dan el historial porque no tenemos suficiente información, pero es que si tuviéramos la información no tendríamos que cursar la solicitud.

—Es lo que se llama una administración eficiente. Imagina todo el dinero que se ahorran con las reclamaciones rechazadas.

—No queremos nada que no le corresponda, pero lo que es justo, es justo. El abuelo luchó por este país y no creo que sea pedir demasiado. Trescientos dólares de nada. El gobierno gasta miles de millones.

Di la vuelta al formulario y leí las instrucciones del dorso. Debajo de las «Condiciones para la Solicitud de Inhumación» se especificaba que el veterano fallecido tenía que haber sido «licenciado o declarado exento por motivos no deshonrosos, ser o haber sido beneficiario de una pensión, o haberla reclamado», etc., etc., etc.

—Bueno, aquí hay una posibilidad. ¿Recibía alguna pensión de los militares?

—Si la recibía, se olvidó de decírnoslo.

Me quedé mirando a Bucky.

—¿De qué vivía?

—Tenía los vales de la Seguridad Social y creo que papá le pasaba algo. Babe y yo pagábamos un alquiler por vivir aquí, seiscientos dólares al mes. La casa era suya y no estaba hipotecada, de manera que imagino que invertía el dinero de nuestro alquiler en comida, servicios, contribuciones y demás.

—¿Y él vivía en la parte trasera?

—Exacto. Encima del garaje. No son más que un par de habitaciones pequeñas, pero tienen su encanto. Ya hay uno que se quiere instalar allí en cuanto la vivienda esté lista. Es un antiguo amigo del abuelo. Dice que si le concedemos una prórroga para pagar el primer mes, él mismo se encarga de sacar los trastos. Casi todo es basura, pero no queremos tirar nada mientras no sepamos si hay algo de valor. La mitad de los enseres del abuelo está en cajas de cartón y el resto amontonado por todas partes.

Volví a leer la solicitud del historial militar.

—¿Y el año en que se le notificó la licencia? La casilla se ha dejado en blanco.

—¿De veras? —Ladeó la cabeza para leer la casilla que señalaba yo con la uña—. Vaya. Seguramente me olvidé de rellenarla. Mi padre dice que tuvo que ser el 17 de agosto de 1944, porque recuerda que el abuelo llegó el mismo día en que él cumplía cuatro años, y no se perdió la fiesta. Estuvo fuera dos años, así que tuvo que partir en 1942.

—¿Cabe la posibilidad de que lo licenciaran por motivos deshonrosos? Por lo que dice aquí, en tales casos no se tiene derecho a la reclamación.

—No, señora —dijo Bucky con dignidad.

—Sólo ha sido una pregunta. —Di la vuelta al formulario y leí la letra pequeña del dorso. La petición de historiales militares traía diversas direcciones donde solicitar información sobre cuerpos y armas de las fuerzas armadas, definiciones, abreviaturas, códigos y fechas. Probé otro camino—. ¿Y la parte médica? Si era veterano de guerra, seguramente tenía derecho a asistencia médica gratuita. Puede que el Hospital de Veteranos de la localidad tenga en alguna parte un expediente suyo.

Bucky volvió a negar con la cabeza.

—Ya lo he investigado. Miraron y no encontraron nada. Papá no cree que solicitara asistencia médica gratuita.

—¿Qué hacía cuando caía enfermo?

—Se automedicaba casi siempre.

—Pues yo me estoy quedando sin ideas —dije. Le devolví los papeles—. ¿Y sus efectos personales? ¿Guarda cartas de su época en las Fuerzas Aéreas? Cualquier foto antigua podría ayudarnos a averiguar la unidad en que sirvió.

—Hasta ahora no hemos encontrado nada. Y en ningún momento he creído que hubiera ningún arcón secreto. ¿Quieres echar un vistazo?

Titubeé mientras me esforzaba por ocultar mi falta de interés.

—Claro, podría hacerlo, pero, hablando con franqueza, si es sólo por los trescientos dólares, yo me olvidaría del asunto.

—Con inhumación son cuatrocientos cincuenta dólares —dijo.

—Aun así. Analiza la relación entre costes y ganancias y probablemente verás que arrastras ya cierto déficit.

Bucky permaneció impasible, por lo visto sin dejarse convencer por mi tímida sugerencia. La

verdad es que se me habría podido aplicar más a mí que a él. Tal como salieron las cosas, habría tenido que seguir mi propio consejo. Pero lo cierto es que antes de darme cuenta, ya correteaba por la casa detrás de Bucky. Valiente imbécil. Hablo de mí, no de él.

Seguí a Bucky mientras este salía por la puerta trasera y bajaba los peldaños del porche.

—¿Existe la posibilidad de que tu abuelo tenga una caja de seguridad en algún sitio?

—No, no era su estilo. No le gustaban los bancos y no confiaba en los banqueros. Tenía una cuenta corriente para pagar las facturas, pero ni valores negociables, ni joyas, ni nada parecido. Los ahorros, unos cien dólares en total, los guardaba en el fondo del frigorífico, en una vieja lata de café.

—Es que se me ocurrió de pronto.

Cruzamos el área de aparcamiento, con el suelo de cemento resquebrajado, llegamos al garaje, subimos los empinados peldaños de madera sin pintar y accedimos a un pequeño descansillo del primer piso, el espacio imprescindible para que cupieran la puerta de la vivienda de John Lee y una estrecha ventana que daba a las escaleras. Mientras Bucky buscaba la llave, me puse las manos en las sienes y escruté por la ventana el amueblado interior. No parecía gran cosa: dos habitaciones con el respectivo techo que bajaba en pendiente desde la misma viga cimera. Entre ambas habitaciones había un marco de puerta sin hoja. En una pared había un armario empotrado y cerrado por una cortina.

Bucky abrió la puerta y entró. Una muralla de calor parecía bloquear el vano como una barrera invisible. Aunque estábamos en noviembre, el sol que caía a plomo sobre el pésimo aislamiento del tejado había caldeado el interior hasta alcanzar los treinta grados centígrados. Me detuve bajo el dintel y olisqueé el ambiente como un animal. Olía a cerrado, a madera seca y a cola de empapelar vieja. A pesar de los cinco meses transcurridos, detecté humo de tabaco y frituras. Si hubiera invertido otro minuto, habría determinado el contenido de la última comida que se había cocinado el viejo. Bucky se dirigió a una de las ventanas y levantó la guillotina. El aire no pareció moverse. El suelo, cubierto por una antigua capa de linóleo agrietado, estaba desnivelado y crujía a cada paso. Las paredes estaban empapeladas con acianos azules sobre fondo crema, un papel tan antiguo que parecía quemado por los bordes. Las ventanas, dos en la fachada y dos en la parte trasera, tenían sendas persianas amarillentas que defendían a media asta del mustio sol de noviembre.

La habitación principal tenía una cama de soltero con cabecera metálica pintada de blanco. Había una cómoda pegada a la pared del fondo y una zona para sentarse con muebles viejos de mimbre, propios de un porche. En otro rincón había un escritorio pequeño con una silla delante. En el suelo, en total desorden, diez o doce cajas de cartón de todos los tamaños. Unas estaban llenas, cerradas y apartadas. Se habían vaciado dos estanterías y los libros que quedaban estaban



medio caídos hacia un lado.

Me abrí paso entre el laberinto de cajas para acceder a la otra habitación, que disponía de cocina doméstica y frigorífico, y un microondas que estaba en el mármol que había entre los dos. Se había instalado un fregadero encima de un armario de madera con bisagras y manijas de aspecto barato. Las portezuelas del armario tenían todo el aspecto de quedarse encajadas cuando quisieran abrirse. Al otro lado de la cocina había un pequeño cuarto de baño, dotado de pila, taza y una bañera pequeña con patas. Todos los apliques de porcelana estaban cubiertos de manchas. Me vi en el espejo de encima de la pila y advertí la mueca de asco que me curvaba la boca. Bucky había dicho que el piso tenía su encanto, pero yo me pegaría un tiro antes que acabar en un lugar así.

Miré por una de las ventanas. En la puerta trasera de la casa principal estaba Babe, la mujer de Bucky. Era redonda de cara, de grandes ojos castaños y nariz respingona. Tenía el pelo moreno y liso, y lo llevaba recogido con vulgaridad en las orejas. Llevaba zapatillas playeras, pantalón negro de ciclista y camiseta negra de algodón, corta y sin mangas, tirante sobre los pechos caídos. Tenía los brazos regordetes y unos muslos que tenían que frotarse con fuerza al andar. Todo en ella parecía desagradablemente mustio.

—Creo que te llama tu mujer.

En aquel punto oímos la voz de Babe.

—¿Bucky?

El joven salió al descansillo.

—Quédate ahí —gritó a la mujer; y a continuación a mí, en tono más modulado—: ¿Te importa si te dejo sola? —Vi que sacaba del llavero la llave de la vivienda.

—No te preocupes. Yo diría que has hecho todo lo que has podido.

—Eso me dije yo también. En realidad es mi padre quien tiene atravesado este asunto. Se llama Chester; lo digo por si vuelve antes que yo. —Me alargó la llave—. Cierra al salir y deja la llave en el buzón de la puerta principal. Si encuentras algo que te parezca importante, dínoslo. Volveremos a eso de la una. ¿Tienes alguna tarjeta?

—Claro. —Saqué una del bolso y se la di.

Se la guardó en el bolsillo.

—Muy bien.

Oí el ruido que hacía al bajar las escaleras. Me quedé inmóvil, preguntándome cuánto tiempo podía esperar honradamente antes de cerrar y salir corriendo. Tenía el estómago contraído por el curioso retortijón de inquietud y emoción que suelo sentir cuando entro en piso ajeno ilegalmente. Mi presencia allí era del todo legítima, pero notaba ya el cosquilleo del acto ilícito que iba a cometerse en alguna parte. Oí parlotear abajo a Babe y a Bucky mientras cerraban la casa y abrían la puerta del garaje que tenía yo debajo. Me acerqué a la ventana para espiar y vi aparecer el coche como si saliera de debajo de mis pies. Parecía un Buick, de 1955 aproximadamente, de color verde y con una gran reja cromada en la parte delantera. Bucky se puso a mirar hacia atrás al dar la vuelta al coche en el sendero del garaje, mientras Babe le hablaba sin parar, con una mano en la rodilla del cónyuge.

Habría tenido que irme en cuanto el vehículo salió a la calzada, pero pensé en Henry y me dije que el honor me obligaba por lo menos a fingir que buscaba algo interesante. No quiero parecer desaprensiva, pero Johnny Lee no significaba nada para mí y la idea de revolver sus pertenencias

me daba grima. El lugar era deprimente, tórrido y sin ventilación. Incluso el silencio tenía allí algo pegajoso.

Pasé unos minutos yendo de una habitación a otra. El cuarto de baño y la cocina no contenían nada significativo. Volví a la habitación principal y recorrí su perímetro. Corrí la cortina que cubría el armario empotrado. Las escasas prendas de Johnny colgaban en muerta sucesión. Las camisas estaban gastadas de tanto lavarse, tenían el cuello raído y les faltaba algún que otro botón. Registré todos los bolsillos, miré en las cajas de zapatos ordenadas en el estante. No fue ninguna sorpresa para mí ver que las cajas de zapatos contenían zapatos viejos.

La cómoda estaba llena de calzoncillos, calcetines, camisetas y pañuelos deshilachados; nada de interés escondido entre los montones. Me senté ante el pequeño escritorio y me puse a abrir cajones de manera sistemática. El contenido era anodino. Bucky, supuse, se había llevado casi toda la documentación personal: facturas, recibos, cheques anulados, saldos bancarios, antiguos resguardos de declaraciones fiscales. Me levanté y revisé algunas de las cajas de cartón, que abrí para poder meter la mano entre el contenido. Casi toda la basura de interés la encontré en la segunda caja que abrí. Un vistazo rápido no puso de manifiesto nada del otro mundo. No había carpetas con papeles personales de ninguna clase ni oportunos sobres marrones con documentos relacionados con servicios militares prestados en el pasado. Volví a preguntarme a santo de qué iba a guardar los recuerdos de la guerra durante cincuenta años y pico. Si cambiaba de idea en lo de solicitar los servicios de la Oficina de Veteranos, lo único que tenía que hacer era dar la información que sin duda llevaba en la cabeza.

La tercera caja que inspeccioné contenía incontables libros sobre la segunda guerra mundial que indicaban un interés permanente por el tema. No sabía cuáles habían sido sus hazañas, pero al parecer había disfrutado leyendo lo que contaban otros. Los títulos eran repetitivos y la única excepción era el puñado de los que llevaban signos de admiración. ¡Cazas!, ¡Bombas fuera!, ¡Héroes del cielo!, ¡Kamikaze! Todo era «estratégico». *Orden estratégica. Poder aéreo estratégico sobre Europa. Bombardeo aéreo estratégico. Táctica del caza estratégico.* Acerqué la silla del escritorio a la caja de cartón, tomé asiento y fui sacando libros, sujetándolos por el lomo mientras pasaba las páginas. Siempre hago estas tonterías. ¿Qué pensaba, que iba a caerme en las rodillas el papel del licenciamiento? Lo cierto es que a casi todos los investigadores nos han adiestrado para que investiguemos. Es lo que hacemos mejor, incluso cuando el caso del momento no despierta el entusiasmo. Dados una habitación y diez minutos a solas y nos pondremos a fisgar automáticamente en las cosas del prójimo. Recordar las propias es casi igual de emocionante. Mi idea del reino de los cielos es quedarme casualmente encerrada durante toda una noche en los Archivos Nacionales.

Leí varias páginas de las memorias de un piloto de guerra y me saturé de escaramuzas aéreas, lanzamientos forzosos en paracaídas, ametralladoras de cola que vomitaban plomo, modelos Mustang, modelos P-40, cazas Nakajima y formaciones en V. La historia tenía garra y comprendí por qué los hombres se quedaban enganchados. También a mí me van las emociones fuertes, fue una adicción que contraje durante los dos años que estuve en la policía.

Levanté la cabeza al oír el roce de unos pasos en las escaleras. Miré la hora: sólo eran las diez y media. No podía ser Bucky. Me levanté y fui a la puerta a mirar. Un hombre de unos sesenta y tantos años llegaba en aquel momento al descansillo.

—¿Puedo serle útil? —pregunté.

—¿Está Bucky aquí? —Tenía poco pelo y llevaba muy corto el cabello gris que le rodeaba la calva. Ojos dulces de color avellana, nariz grande, hoyuelo en la barbilla, la cara recorrida por arrugas suaves.

—No, en este momento no. ¿Es usted Chester?

—No, señora —murmuró. Se comportaba de tal modo que si hubiera llevado sombrero, se lo habría quitado en aquel instante. Sonrió con timidez, dejando ver un pequeño hueco entre los dos incisivos superiores—. Soy Ray Rawson. Un viejo amigo de Johnny... es decir, antes de que nos dejara. —Llevaba pantalones de tela basta, camiseta blanca y limpia, calcetines blancos y zapatos deportivos.

—Kinsey Millhone —dije. Nos dimos la mano—. Vivo un poco más allá. —Señalé de un modo inconcreto, aunque en la dirección que correspondía.

Ray miró el interior, por encima de mi hombro.

—¿Sabe cuándo volverá Bucky?

—Dijo que a eso de la una.

—¿Piensa alquilarlo?

—No, Dios me libre. ¿Y usted?

—Bueno, eso espero —dijo—. Si consigo convencer a Bucky. Dejé un depósito y ahora me da largas en lo del contrato. No sé cuál será el problema, pero me preocupa la posibilidad de que lo alquile a mis espaldas. Al ver todas esas cajas he pensado durante un instante que se estaba usted mudando. —Tenía un acento sureño que no acababa de identificar. Puede que de Texas o de Arkansas.

—Creo que lo que quiere Bucky es despejar el piso. ¿Fue usted quien se ofreció a limpiarlo por una prórroga en el pago del alquiler?

—Pues sí, y pensaba que accedería, pero como ahora está su padre en la ciudad, han hecho otros planes. Primero, Bucky y su mujer dijeron que se instalarían aquí y que alquilarían la casa. Luego dijo el padre que el piso se lo iba a quedar él, para cuando viniera de visita. No quiero ser pesado, pero tenía intención de mudarme esta misma semana. Estoy en un hotel... no tiene muchas estrellas, pero cuesta dinero.

—Me gustaría ayudarle, pero tendrá que arreglarlo con él.

—Sí, ya sé que no es asunto suyo. Yo sólo quería explicárselo. Será mejor que vuelva cuando Bucky haya regresado. No quería interrumpirla.

—En absoluto. Pase, por favor. Sólo estaba mirando unas cajas —dije. Volví a la silla. Saqué un libro y pasé las páginas.

Ray Rawson cruzó el umbral con la cautela de un gato. Mediría un metro con setenta y cinco, pesaría unos ochenta y cinco kilos, y tenía un tórax y unos brazos macizos para su edad. En un brazo llevaba un tatuaje que decía «María» y en el otro un dragón rampante con la lengua fuera. Miró a su alrededor con atención, observando el orden de los muebles.

—Es un placer volver a verlo. No es tan grande como lo recordaba. La memoria juega malas pasadas, ¿verdad? Me lo imaginaba... no sé... con paredes más grandes, por ejemplo. —Se apoyó en el respaldo de la cama y miró lo que yo hacía—. ¿Busca usted algo?

—Más o menos. Bucky espera encontrar información sobre el servicio militar de Johnny. Pertenezco al equipo de rescate. ¿Estuvo usted con él en las Fuerzas Aéreas, por casualidad?

—No. Nos conocimos en el trabajo. Los dos estábamos entonces en los astilleros, Astilleros

Jeffersonville, en las afueras de Louisville, estado de Kentucky. Hace mucho de eso, fue poco después de que comenzara la guerra. Construíamos lanchones de desembarco. Yo tenía veinte años. Él era diez años mayor que yo y en cierto modo parecía mi propio padre. Era una época de gran crecimiento económico. Durante la Depresión, allá por 1932, eran pocos los que podían ganar mil dólares al año. Los metalúrgicos ganaban la mitad, menos que las camareras. Cuando empecé a trabajar, las cosas estaban mejorando en serio. Bueno, todo es relativo; además, ¿qué sabía nadie? Johnny hacía de todo. Era un tío listo y me enseñó un montón. ¿Quiere que le eche una mano?

Negué con la cabeza.

—Casi he terminado —dije—. Espero que no le importe si continúo. Me gustaría acabar antes de irme. —Saqué el siguiente libro y lo hojeé antes de ponerlo con los otros. Si Johnny era contrario a los bancos, puede que hubiera tenido que esconder dinero entre las páginas.

—¿Ha tenido suerte?

—No —dije—. Estoy por decirle a Bucky que lo olvide. Lo único que necesita saber es la unidad de combate de su abuelo. Soy investigadora privada. Hago este trabajo en interés de la comunidad, aunque si he de serle sincera, no me parece muy productivo. ¿Conocía usted bien a Johnny?

—Bastante bien, creo. Estábamos en contacto... un par de veces al año, diría yo. Sabía que tenía familia aquí, pero hasta ahora no la conocía personalmente.

Me movía ya con cierto ritmo. Sacaba un libro asiéndolo por el lomo, sacudía las páginas, lo dejaba. Sacaba un libro por el lomo, lo sacudía, lo dejaba. Saqué el último de la caja.

—No consigo identificar su acento. Ha hablado usted de Kentucky. ¿Es de allí? —Me puse en pie y estiré los músculos hundiéndome los puños en los riñones. Me doblé y comencé a meter los libros en la caja.

Ray se agachó a mi lado para ayudarme.

—Exacto. Soy de Louisville, aunque hace años que no voy por allí. He estado viviendo en Ashland, pero Johnny decía siempre que si pasaba por California viniera a visitarlo. Y qué diantres. Tenía tiempo por delante y me puse en camino. Tenía la dirección y Johnny me había dicho que vivía en el piso del garaje de la parte trasera, así que lo primero que hice fue venir aquí. Como no contestaba nadie, llamé a la puerta de Bucky. No sabía que Johnny hubiese muerto.

—Tuvo que afectarle mucho.

—Sí. Fue un golpe espantoso. Ni siquiera llamé antes por teléfono. Me había escrito una nota hacía un par de meses y quería darle una sorpresa. La broma me la gastaron a mí, supongo. Si lo hubiera sabido, me habría ahorrado el viaje. Nada es gratis, ni siquiera conducir.

—¿Cuánto hace que está aquí?

—Poco más de una semana. No pensaba quedarme, pero había recorrido más de tres mil kilómetros y no tenía ánimos para dar media vuelta y volver. Creía que no me iba a gustar California, pero está muy bien. —Ray terminó de llenar una caja, la cerró y la arrinconó mientras yo comenzaba a llenar otra.

—Muchos piensan que cuesta acostumbrarse.

—Yo no. Espero que Bucky no piense que soy un ladrón de cadáveres por querer instalarme aquí. Detesto aprovecharme de las desgracias ajenas, pero qué diantres —dijo—. Algún beneficio ha de reportarnos. La zona tiene su encanto y me gusta estar cerca de la playa. No creo que a

Johnny le importe. Permítame ayudarla. —Levantó una caja, la puso encima de la otra y las apartó a un lado.

—¿Dónde se hospeda actualmente?

—Un par de manzanas más allá. En el Lexington. Al lado mismo de la playa y ni siquiera se ve desde la habitación. No, exagero: puede verse una franja de océano si se mira entre los árboles.

Miré a mi alrededor con detenimiento, pero no vi ninguna otra cosa que valiera la pena examinar. Johnny no había tenido mucho y lo que poseía no revelaba nada.

—Bueno, me parece que voy a tirar la toalla. —Me sacudí los tejanos, sintiéndome sucia y sudorosa. Fui a la cocina y puse las manos bajo el grifo. La cañería chirriaba y el agua salía coloreada por el óxido—. ¿No quiere comprobar nada, ya que está aquí? ¿La presión del agua, las cañerías? Podría tomar las medidas de los visillos antes de que me vaya y cierre con llave —dije.

Sonrió.

—Prefiero esperar a firmar el contrato. Tal como se comporta Bucky, no puedo dar por hecha la mudanza. Si quiere mi opinión, ese muchacho no es muy inteligente.

Estaba de acuerdo, pero me pareció diplomático tener la boca cerrada por una vez. Volví a la habitación principal, recogí el bolso, me lo colgué del hombro y busqué la llave en el bolsillo de los vaqueros. Ray salió de la vivienda un paso por delante de mí y se detuvo en el primer peldaño mientras yo echaba la llave. Una vez cerrado el lugar, bajamos la escalera y fuimos juntos hacia la calle por el sendero del garaje. Di un rápido rodeo para subir al porche delantero y meter la llave por la ranura de la correspondencia que había en el centro de la puerta principal.

—Gracias por ayudarme. Espero que usted y Bucky lleguen a un acuerdo.

—Yo también. Hasta otra. —Se despidió agitando la mano y se alejó.

Cuando llegué a casa vi abierta la puerta de la cocina de Henry y oí rumor de voces, lo que significaba que Nell, Charlie y Lewis habían llegado ya. Antes de que cayera la noche ya estaban jugando al Scrabble, al pinacle, a las damas chinas y a las cartas, y discutían como niños alrededor del tablero de parchís.

Cuando entré en mi casa eran casi las once. La lucecita del contestador automático parpadeaba. Pulsé la tecla de repetición.

«¿Kinsey? Soy tu prima Tasha, de Lompoc. Anda, llámame». Deletreó un número que apunté religiosamente. La llamada se había efectuado hacía cinco minutos.

Malo, malo, me dije.

A los dieciocho años, mi madre se había rebelado contra los deseos de mi abuela, se había fugado con un cartero y su bienpensante familia la había repudiado. Los casó un juez de Santa Teresa y la testigo fue mi tía Gin, la única de las hermanas que se había atrevido a apoyarla. La familia las repudió a las dos, a mi madre y a mi tía Gin, y el destierro se mantuvo hasta que nació yo, unos quince años más tarde. Mis padres habían abandonado ya toda esperanza de tener descendencia, pero al llegar yo se tanteó la posibilidad de la reconciliación con las otras hermanas, que mantuvieron en secreto la reanudación del trato. Aprovechando que mis abuelos se habían ido de viaje para celebrar su aniversario de boda, mis padres fueron de visita a Lompoc. Yo tenía cuatro años entonces y no me acuerdo de nada. Un año después, mientras íbamos por la carretera hacia otra reunión clandestina, hubo un desprendimiento y cayó una roca sobre el parabrisas del coche, acabando con mi padre al instante. El vehículo se salió de la calzada y mi madre resultó gravemente herida. Murió poco después, mientras los enfermeros forcejeaban

todavía para sacarnos de los restos del accidente.

Tía Gin se hizo cargo de mí y, que yo sepa, las relaciones con la familia se interrumpieron definitivamente. Tía Gin estuvo siempre soltera y me educó según sus particulares ideas sobre lo que debía ser una niña. El resultado fue una persona un poco extraña, aunque no tan retorcida como algunos piensan. Desde el fallecimiento de mi tía, ocurrido hace unos diez años, he acabado por firmar un acuerdo con mi condición solitaria.

Había sabido que tenía parientes «perdidos hace mucho» mientras investigaba un caso el año anterior y hasta el momento me los había arreglado para mantenerlos a cierta distancia. Que ellos quisieran reanudar el trato no significaba que yo tuviera que complacerles. Admito que en este punto tal vez sea un poco mezquina, pero no puedo evitarlo. Tengo treinta y cinco años y me gusta sentirme sola en la vida. Además, cuando se nos «adopta» a estas edades, ¿cómo sabemos que no se desilusionarán y volverán a repudiarnos?

Descolgué el auricular y marqué el número de Tasha para no acabar cabreándome. Contestó ella misma y me identifiqué.

—Gracias por llamar tan pronto —dijo—. ¿Cómo estás?

—Bien —contesté, esforzándome por adivinar lo que querría de mí.

No nos conocíamos personalmente, pero en el curso de conversaciones anteriores me había contado que era abogada de la propiedad y que trabajaba con testamentos y actas notariales. ¿Buscaba un detective? ¿Quería darme su opinión sobre los fideicomisos?

—Mira, querida. Te llamo con la esperanza de convencerte de que vengas a Lompoc para pasar el día de Acción de Gracias con nosotros. Estará aquí toda la familia y se nos ocurrió que era una ocasión estupenda para conocernos.

El corazón me dio un vuelco. Mi interés por las reuniones familiares era nulo, pero opté por ser educada. Introduje en la voz un falso matiz de pesar.

—Ay, gracias, Tasha, muchas gracias, pero estoy ocupadísima. Unos buenos amigos van a casarse ese día y soy dama de honor.

—¿El día de Acción de Gracias? Pues sí que es raro.

—Es el único día que tienen libre —dije, pensando ja, ja.

—¿Y el viernes o el sábado de la misma semana? —preguntó.

—Ah. —Me había quedado sin ideas—. Veamos... Creo que tengo trabajo, pero lo comprobaré. —Nadie me gana a contar mentiras en las cuestiones profesionales. En el aspecto personal soy tan torpe como cualquiera. Alcancé el calendario de mesa, sabiendo que estaba en blanco. Durante una fracción de segundo acaricié la posibilidad de decir que sí, pero de las entrañas me brotó un primitivo aullido de protesta—. Ay, pues no. Estoy ocupada.

—Kinsey, se nota que te resistes y quisiera decirte lo mucho que lo lamentamos. Los conflictos que tuvieron tu madre y la abuela nada tenían que ver contigo. Nos gustaría repararlo, si nos lo permites.

Miré al techo con un suspiro. Había querido evitarlo, pero no iba a tener más remedio que afrontarlo.

—Tasha, eres muy amable y te agradezco lo que dices, pero no servirá de nada. No sé qué decirte. La idea de ir allí, sobre todo un día festivo, me es muy incómoda.

—¿En serio? ¿Y por qué?

—No sé por qué. No tengo experiencia con familias y no es algo que añore. Es lo que siento y

basta.

—¿No quieres conocer a los demás primos?

—Mira, Tasha, no quisiera parecer grosera, pero hasta ahora nos las hemos apañado los unos sin los otros.

—¿Cómo sabes que no nos vamos a querer?

—Estoy segura de que sí —dije—, pero esa no es la cuestión.

—¿Cuál es entonces?

—Ante todo que no pertenezco a ningún grupo y no me entusiasma que me presionen —dije.

Se produjo un silencio.

—¿Tiene esto que ver con tía Gin?

—¿Con tía Gin? En absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

—Nos han dicho que era una excéntrica. Supongo que pudo volverte contra nosotros de alguna manera.

—¿Y cómo? Si ni siquiera os mencionaba.

—¿Y no te parece raro?

—Pues claro que era raro. Mira, tía Gin era genial en la teoría, pero parece que el contacto humano no le hacía mucha gracia. No es un reproche. Me enseñó mucho, y me dio muchas lecciones que he sabido valorar, pero no soy como otras personas. Hablando con franqueza, en este momento prefiero mi independencia.

—Bobadas. No te creo. A todos nos gusta pensar que somos independientes, pero nadie vive aislado. Somos una familia. No puedes negar el parentesco. Es una condición biológica. Eres de los nuestros, te guste o no.

—Tasha, pongamos las cartas sobre la mesa, ya que estamos en ello. No *quiero* escenas familiares cálidas y jubilosas. No lo tengo previsto. Así que no nos reuniremos alrededor del piano para cantar a coro canciones pasadas de moda.

—No es eso lo que nos gusta. Hacemos las cosas de otro modo.

—No me refiero a vosotros. Hablo de mí.

—¿No quieres nada de nosotros?

—¿Qué, por ejemplo?

—Creo que estás irritada.

—Dejémoslo en ambigua —rectifiqué—. La ira está un par de estratos más abajo. Aún no he llegado a eso.

Guardó silencio un instante.

—Está bien. Lo acepto. Entiendo tu reacción, pero ¿por qué tomarla con nosotros? Si tía Gin no fue como tenía que ser, deberías haber ajustado cuentas con ella.

Las defensas se me revolvieron.

—Tía Gin fue como tenía que ser. Yo no he dicho que no lo fuera. Tenía ideas absurdas sobre la educación infantil, pero hizo lo que pudo.

—Se nota que la querías. No he querido decir que fuera incapaz.

—Voy a decirte algo. Fueran cuales fuesen sus defectos, hizo más que la abuela en toda su vida. Estoy convencida de que dio la misma educación que recibió.

—Entonces es con la abuela con quien estás enfadada.

—¡Naturalmente! Ya te lo dije al principio —dije—. Mira, no me siento ninguna víctima. Lo

hecho, hecho está. Fue como fue y lo he aceptado. Creer que podemos volver atrás y hacer que sea diferente es ridículo.

—Como es lógico, no podemos cambiar el pasado, pero sí el futuro inmediato —dijo Tasha. Cambió de táctica—. No importa. Olvídalo. No quiero provocarte.

—Busco pelea tanto como tú —dije.

—No estoy defendiendo a la abuela. Sé que está mal lo que hizo. Debería haberlo buscado. Habría podido hacerlo, pero no lo hizo, ¿de acuerdo? Es agua pasada. Pretérito indefinido. Ninguno de nosotros tuvo nada que ver, de manera que no hagamos que otra generación cargue con ello. Yo la quiero. Es un encanto. También es una vieja malhumorada y roñosa, pero no es un monstruo.

—Nunca he dicho que fuera un monstruo.

—Entonces ¿por qué no lo olvidas y te vienes? Te trataron injustamente. Hubo algunos problemas, pero hace tiempo que terminaron.

—A mí me marcaron para toda la vida y tengo dos matrimonios fracasados para demostrarlo. No lo voy a negar. Pero lo que no haré es pasar la esponja sólo para tranquilizar su conciencia.

—Kinsey, me siento molesta con ese... ese resentimiento que arrastras. No es sano.

—Déjate de pamplinas, ¿quieres? El resentimiento es mío, así que deja que me preocupe yo —dije—. ¿Sabes lo que he acabado por aprender? Que no tengo obligación de ser perfecta. Siento lo que siento y soy como soy, y si eso te molesta, el problema es tuyo, no mío.

—Estás decidida a vengarte, ¿verdad?

—Eh, muñeca, yo no te he llamado, me has llamado tú —dije—. La cuestión es que es demasiado tarde.

—Estás muy amargada.

—No estoy amargada. Soy práctica.

Me percaté de que debatía consigo misma lo que hacer a continuación. La abogada que había en ella se inclinaba sin duda por acosarme como a un testigo de la parte contraria.

—En fin, ya veo que no tiene sentido continuar.

—Exacto.

—Dadas las circunstancias, parece que tampoco hay ningún motivo para comer juntas alguna vez.

—Seguramente no.

Dio un suspiro.

—Bueno. Si alguna vez piensas que puedo serte útil, llámame —dijo.

—Gracias. No se me ocurre en qué podrías serte útil, pero lo recordaré.

Colgué el auricular. Tenía la espalda húmeda a causa de la tensión. Di un grito y me sacudí de arriba abajo. Salí corriendo, preocupada por la posibilidad de que Tasha volviera a llamar. Fui al supermercado, donde compré lo básico: leche, pan y papel higiénico. Pasé por el banco, donde ingresé un cheque, retiré cincuenta dólares en efectivo, llené el depósito del VW y volví a casa. Estaba poniendo artículos en su sitio cuando sonó el teléfono. Descolgué con temor. La voz que me saludó era la de Bucky.

—Hola, ¿Kinsey? Soy Bucky. Será mejor que vengas. Han forzado el piso del abuelo y puede que te interese echar un vistazo.



Llamé a la puerta de Bucky por segunda vez aquel día. El sol de primera hora de la tarde comenzaba a cocer la hierba y el aroma de la vegetación seca impregnaba el aire de noviembre. A mi derecha, por una puerta rematada en arco que daba a un corto porche, vi el borde escamado del antiguo tejado de tejas rojas. Estas tejas se construían antes en Santa Teresa de modo totalmente manual, curvando la arcilla en el muslo del artesano. Las tejas actuales ya no tienen forma de C, sino de S, y se hacen con máquina, y construir tejados con tejas antiguas cuesta un ojo de la cara. El que miraba costaría seguramente entre diez y quince de los grandes. Lo lógico era que los intrusos lo hubieran intentado con la casa, no con el piso del viejo, que tenía el linóleo agrietado.

Fue Babe quien abrió la puerta. Se había cambiado de ropa y tras quitarse la camiseta negra y los pantalones de ciclista, se había puesto un vestido suelto de algodón. Tenía los ojos grandísimos, del color del chocolate con leche, y las mejillas moteadas de pecas. El peso que le sobraba lo llevaba repartido con homogeneidad, como si se hubiese embutido en un traje de hombre rana.

—Hola. Soy Kinsey. Bucky me ha llamado para decirme que viniera.

—Ah, sí. Encantada de conocerte. Perdona si no te saludé antes.

—Supuse que acabaríamos conociéndonos. ¿Está Bucky en la parte trasera?

Agachó la cabeza y dejó de mirarme a los ojos.

—Está detrás con su padre. Chester no hace más que chillar desde que volvimos. Es un payaso —murmuró—. Siempre está dando gritos. No lo soporto. Nosotros no hemos tenido la culpa, ¿por qué nos grita entonces?

—¿Habéis avisado a la policía?

—Ajá. Están en camino. Espero —añadió con desdén.

Puede que, en el curso de sus experiencias, la policía no apareciera cuando se esperaba. Hablaba con una voz suave y envuelta en aliento. Tenía tendencia a murmurar y hablaba sin mover los labios. Tal vez quisiera dedicarse a la ventriloquia y estuviera haciendo prácticas. Retrocedió para dejarme entrar y la seguí por el pasillo, como había hecho antes con Bucky. Sus zapatillas de suela de goma hacían ruidos de succión al separarse del piso de madera.

—Veo que acabáis de llegar —dije. Me di cuenta de que hablaba con su nuca, aunque no me pasaron inadvertidos la gordura y temblequeteos de sus pantorrillas. La inscribí mentalmente en un plan de adelgazamiento, un tratamiento en profundidad y contundente.

—Sí. Hace un rato. Fuimos a Colgate, a ver a mi madre. Chester llegó antes que nosotros. Había ido a comprar una lámpara de techo que quería instalar. Al subir vio trozos de vidrio en los

peldaños y comprobó que habían roto la ventana. Han puesto el piso patas arriba.

—¿Se llevaron algo?

—Eso es lo que queremos averiguar. Chester le dijo a Bucky que no habría tenido que dejarte sola.

—¿A mí? Valiente tontería. ¿Por qué iba yo a poner el piso patas arriba? No es mi estilo.

—Es lo que dijo Bucky, pero Chester nunca le hace caso. Cuando llegamos, estaba en plena furia. Estoy deseando que se vuelva a Ohio. Soy un manojo de nervios. Mi padre no me ha gritado en su vida y no estoy acostumbrada. Mi madre le habría partido el cráneo si le hubiera hablado de ese modo. Ya le he dicho a Bucky que hable con su padre para que deje de decir blasfemias delante de mí. No me gusta su comportamiento.

—¿Y por qué no se lo dices tú directamente?

—Lo he hecho más de una vez, pero no ha servido de nada. Se ha casado cuatro veces y apuesto a que adivino por qué sus mujeres se divorciaron de él. Las novias que tiene últimamente son veinteañeras, y en cuanto les compra un montón de vestidos, incluso ellas acaban asqueadas.

Subimos ruidosamente la escalera del piso del garaje, cuya puerta estaba abierta de par en par. En la estrecha ventana adyacente faltaba una gigantesca estrella de vidrio. El método para entrar en aquella vivienda no tenía complicaciones. Sólo había una puerta y las otras ventanas estaban a seis metros del suelo. Pocos cacos se arriesgarían a apoyar una escalera de mano en la pared en pleno día. Era evidente que el intruso se había limitado a subir por la escalera, a romper el vidrio de un puñetazo, meter la mano por el agujero y tirar del pestillo por dentro. No había hecho falta una palanqueta ni herramientas de otra clase.

Chester tuvo que oírnos, porque salió al descansillo en aquel momento, sin mirar apenas a Babe, que retrocedió hasta la barandilla de madera, tratando de hacerse invisible. El suegro, por lo visto, la había desechado como chivo expiatorio; por el momento, vamos.

No costaba comprender de dónde había salido la pinta que tenía Bucky. Chester era corpulento y de carnes blandas, con un pelo rubio y ondulado que casi le llegaba a los hombros. ¿Se lo había teñido? Me esforcé por no mirar, pero habría jurado que aquel tono de pelo lo había visto en un anuncio de Clairol. Tenía ojos azules y pequeños, pestañas rubias y patillas que ya encanecían. Tenía la cara grande y la piel de color rojizo. Llevaba la camisa por fuera, sin duda para disimular los quince kilos que le sobraban. Tenía todo el aspecto de haber tocado de joven en un conjunto de rock, y de haber compuesto sus propias e insufribles canciones de aficionado. El pendiente me llamó la atención: una cruz de oro colgando de una cadenita. También me pareció ver un símbolo religioso en la cadena de oro que se perdía bajo el cuello de pico de su camiseta. Tenía el vello pectoral de color gris. Mirarle era como ver el preestreno de las futuras proezas de Bucky.

A veces voy al grano. Le tendí la diestra.

—Soy Kinsey Millhone, señor Lee. Comprendo su consternación.

Me estrechó la mano con indiferencia expeditiva.

—Déjate de memeces y llámame Chester. También yo te llamaré por tu nombre de pila cuando me meta contigo. Porque estoy muy cabreado. No sé para qué te querría Bucky, pero estoy convencido de que no era para esto.

Me mordí la lengua y miré el paisaje que había a sus espaldas. El lugar estaba hecho un desastre, las cajas boca abajo, los libros por todas partes, el colchón levantado, las sábanas y las almohadas en el suelo. La mitad de las prendas de Johnny las habían sacado del armario y puesto

en un montón. Distinguía la cocina desde donde estaba y vi portezuelas abiertas, cazos y cacerolas tirados por el suelo. Aunque el caos era total, no parecía haberse roto ni estropeado nada. No había indicios de que se hubieran asaltado las frazadas cuchillo en mano. No había pintadas, ni comida desparramada, ni cañerías arrancadas de las paredes. Los vándalos acostumbran a decorar las paredes con pintura fecal, pero allí no había nada de esto. Parecía más el resultado de los registros que los policías de las grandes ciudades hacen a veces cuando buscan drogas. Pero ¿con qué objeto? Por si las moscas, pensé en la posibilidad de que me hubieran utilizado, de que me hubieran convocado como testigo de un delito fingido para que Bucky y su padre pudieran decir que se habían llevado algo de valor.

Bucky salió de la cocina y me vio. En el curso de una fracción de segundo cambiamos miradas extrañamente culpables, como si fuéramos conspiradores. Hay algo en las acusaciones de comportamiento criminal que nos hace sentirnos responsables, aunque seamos inocentes. Bucky se volvió hacia su padre.

—La cisterna del lavabo está rota. Puede que ya estuviera así, pero hasta ahora no me había fijado.

Chester lo apuntó con el dedo.

—Si hay que cambiarla, la nueva la pagarás tú. La brillante idea de traer a esta fue tuya. —Se volvió hacia mí y señaló el cuarto de baño llevándose el pulgar al hombro—. Entra y verás cómo ha quedado. Han arrancado el botiquín de la pared...

Se puso a hablar por los codos, dando multitud de detalles, en los que parecía complacerse. Sin duda le gustaba quejarse, y se ponía a recitar sus males para justificar su forma de tratar a los demás. Su irritación era contagiosa y noté que la cólera me subía por dentro. Interrumpí su monólogo.

—¡Pues no he sido yo, Chester! Puedes sulfurarte y renegar todo lo que te dé la gana, pero cuando me fui, la casa estaba en orden. Cerré y metí la llave por la ranura del buzón de la puerta, tal como me había dicho Bucky. Ray Rawson estaba conmigo. Si no me creéis, preguntadle a él.

—Todos son inocentes. Nadie ha hecho nada. Todos tienen alguna excusa —masculló Chester.

—No ha sido ella, papá.

—Deja que sea yo quien lleve el asunto. —Se giró y me miró de hito en hito—. ¿Insinúas que ha sido Ray Rawson?

—Claro que no. Ese hombre quiere trasladarse aquí, ¿por qué iba a hacerlo? —El volumen de mi voz subía en consonancia con la suya y procuré dominarme. La actitud de Chester se volvió maliciosa.

—Bueno, será mejor que hables con él y averigües lo que sabe.

—¿Por qué tiene que saber nada? Nos fuimos juntos.

Bucky intervino para introducir un poco de sentido común.

—El abuelo no tenía ni un maldito orinal, de manera que no había nada que llevarse. Además, murió en julio. Si los cacos creían que aquí había algo de valor, ¿por qué han esperado hasta hoy?

—Puede que hayan sido los niños —dije.

—Que yo sepa, no hay niños en este barrio.

—Eso es verdad —dije. Vivíamos en una zona que básicamente era de jubilados. Claro que siempre cabía la posibilidad de que alguna banda ambulante de cacos se hubiera fijado en la vivienda. Puede que pensarán que un lugar de aspecto tan mugriento tenía que ser la tapadera de

algo sustancioso.

—¡Tonterías! —exclamó Chester con cara de asco—. Voy abajo a esperar a la policía. En cuanto los criminólogos terminéis los análisis, a adecentar el piso.

Le dirigí una mirada penetrante.

—Yo no limpio esta pocilga ni loca.

—No hablaba contigo —dijo—. Bucky, tú y Babe ya os podéis poner en movimiento.

—Hay que esperar a la policía —dije.

Se giró en redondo y me fulminó con la mirada.

—¿Por qué?

—Porque es la escena de un delito. Y puede que la policía quiera buscar huellas.

La cara de Chester se ensombreció.

—Eso son tonterías. Hay en todo esto algo malsano. —Me hizo una seña—. Baja conmigo.

Me volví hacia Bucky.

—Yo, en tu lugar, no tocaría nada. Podrías eliminar pruebas.

—Ya te he oído —dijo.

Chester me hizo señas impacientes para que fuese con él. Miré el reloj mientras bajábamos. Era la una y cuarto y ya estaba harta de las impertinencias de aquel sujeto. Las aguanto cuando cobro por ello, pero no estaba dispuesta a hacerlo gratis.

Chester entró en la cocina y fue directo al frigorífico, cuya puerta abrió de un tirón. Sacó un tarro de mahonesa, mostaza, un envase de salsa picante, un paquete de salchichas ahumadas y pan blanco de molde. ¿Me había ordenado que bajara sólo para verlo comer?

—Disculpa mi brusquedad, pero no me gusta lo que está pasando —dijo de mal humor. No me miraba y estuve tentada de echar otro vistazo, para ver si había alguien más en los alrededores. Chester había abandonado la actitud autoritaria y hablaba ahora con voz normal.

—¿Tienes alguna teoría?

—Enseguida hablaremos de eso. Siéntate.

Por lo menos había cautivado mi atención. Tomé asiento ante la mesa de la cocina y contemplé sus preparativos. Dada mi profesión, me paso mucho tiempo en las cocinas mirando mientras los hombres se preparan sándwiches y afirmo categóricamente que los preparan mejor que las mujeres. Los hombres son valientes. La nutrición les trae sin cuidado y raras veces se fijan en la lista de contenidos que vienen en los envases. Nunca he visto que un hombre le quite la corteza al pan o que se queje de la estética de la «presentación». No les interesa la ramita de perejil ni el rábano semipelado con gracia. Para los hombres es puramente una cuestión de morder y masticar.

Chester puso con violencia una sartén metálica encima del quemador, encendió el gas y echó un poco de mantequilla, que se puso a silbar al cabo de unos segundos.

—Al principio quise que Bucky viviera con su abuelo, pero fue una equivocación. Supuse que los dos se cuidarían entre sí. Antes de que me diera cuenta, Bucky ya se había liado con esta tía. No tengo nada contra Babe... es un poco corta, lo mismo que él... Pero no creo que casarse fuera lo más indicado para ellos.

—¿Y Johnny no le dijo nada?

—Joder, seguro que los animó. Lo suyo era fastidiar. Era un viejo chocho con mala leche.

No hice ningún comentario y dejé que contara la historia a su manera. Hubo un momento de paz mientras se concentraba en la sartén. La salchicha era de color rosa claro y medía lo que la

circunferencia de un platito de café, un redondel perfecto de prietos productos derivados del cerdo. Chester la tiró en la sartén sin detenerse siquiera a quitarle la costura de la funda de plástico. Mientras se freía, untó de mahonesa una rebanada de pan y de mostaza la otra. Agitó la salsa picante encima de la amarillenta mostaza hasta cubrirla de gotas rojas.

De pequeña me alimentaron con esa misma clase de pan de molde, que tenía las siguientes propiedades increíbles: si se estrujaba, recuperaba al instante la esencia que tenía antes de amasarse; si se quedaba un paquete en el fondo de la cesta de la compra, el pan quedaba estropeado por siempre jamás y daba unos emparedados de forma muy rara. Para compensar estas desventajas, se podía prensar para fabricar proyectiles que yo tiraba a mi tía cuando no me miraba; si un proyectil de miga le daba en el pelo, se daba un sopapo con irritación, pensando que era una mosca. Todavía recuerdo la primera vez que comí un pan blanco casero que había hecho la vecina y que estaba tan áspero y seco como una esponja de celulosa. Olía igual que las botellas de cerveza vacías, y por más que se estrujara, no había forma de que los dedos dejaran marcas en la corteza.

El aire de la cocina olía ya a la salchicha que se ennegrecía y que se había cerrado totalmente hasta formar un pequeño cráter inundado de mantequilla derretida. La sobrecarga olfativa me mareaba.

—Te doy cuatrocientos dólares si me preparas otro igual —dije.

Me miró con suspicacia y sonrió por primera vez.

—¿Quieres el pan tostado?

—Tú eres el *chef*, decídelo tú —dije.

Decidí satisfacer mi curiosidad mientras comíamos.

—¿A qué te dedicabas en Columbus? —pregunté.

Se zampó como un perro hambriento lo que quedaba de sándwich y se limpió la boca con una servilleta de papel antes de contestar.

—Tenía una pequeña imprenta en Bexley. Huecograbado y relieve. Fotolitos y planchas metálicas. Folletos, hojas sueltas, tarjetas comerciales, papel de escribir de todas clases. Sé componer, compaginar, encuadernar y coser. Lo que quieras. He contratado a uno para que cuide del negocio mientras estoy fuera. Si lo hace bien, dejaré que me haga una oferta de compra. Antes hacía más cosas. Soy demasiado joven para jubilarme, pero estoy harto de trabajar para ganarme la vida.

—¿Qué harías, venirte a vivir aquí?

Encendió un cigarrillo, un Camel sin filtro que olía a paja quemada.

—Aún no lo sé. Crecí en esta ciudad, pero me largué en cuanto cumplí los dieciocho. Mi padre vino en 1945, cuando compró la casa. Siempre decía que estaría aquí hasta que el sheriff o el enterrador se lo llevaran con los pies por delante. Nunca nos llevamos bien. Era bruto como él solo y su fuerte era maltratar a los hijos. Entonces no se hablaba de esto. Conozco a muchos que recibían unas palizas de muerte en aquella época. Era lo típico en los padres. Volvían de la fábrica, se zampaban unas cuantas cervezas y agarraban del pescuezo al primer crío que encontraban. A mí me daba puñetazos y puntapiés, me lanzaba contra la pared y me decía de todo. Si me metía en líos, me obligaba a correr hasta que caía al suelo reventado, y si pronunciaba alguna queja, me echaba Tabasco en la lengua. Detestaba aquella conducta, odiaba a mi padre por hacer aquello, pero pienso por otra parte que así era la vida entonces. Ahora le das a un niño un

tortazo en público y te empapelan. El crío acaba en un hogar de acogida temporal y la ciudad entera sublevada.

—Creo que las cosas han mejorado —observé.

—Eso es verdad. Juré que jamás trataría así a mis hijos y es una promesa que he sabido cumplir. Nunca les he levantado la mano.

Lo miré en espera de algún reconocimiento a regañadientes de su propia conducta, pero la conexión por lo visto se le escapaba. Cambié de tema.

—Tu padre murió de un ataque al corazón, ¿no?

Dio una chupada al cigarrillo y se quitó una mota de tabaco de la lengua.

—Se cayó redondo en el patio. El médico le dijo que evitara las grasas y un sábado dio cuenta de una bandeja de huevos con beicon, salchichas fritas, pisto, cuatro tazas de café y un cigarrillo. Se levantó, dijo que se sentía como nunca y se fue a su casa. No llegó a las escaleras. Dijeron que había sido «oclusión coronaria». La autopsia le descubrió en la arteria una abertura fina como un hilo de coser.

—Entiendo que no crees que su muerte esté relacionada con la entrada en el piso.

—No creo que lo mataran, si es a eso a lo que quieres ir a parar, aunque podría haber alguna relación. Indirecta —dijo. Observó la brasa del cigarrillo—. Tienes que saber algo acerca de mi padre. Era un paranoico. Le gustaban las contraseñas, las llamadas en clave y todas esas patrañas de los espías de película. Había cosas de las que no le gustaba hablar, en particular de la guerra. De tarde en tarde, si le había dado al whisky, hablaba como una cotorra, pero cuando se le hacía una pregunta, cerraba la boca en el acto.

—¿Qué crees que era?

—Bueno, acabé acostumbándome, pero deja que te diga algo. A mí todo esto me parece muy raro, digo la cadena de los acontecimientos. El viejo se muere y eso habría tenido que ser el punto final. Pero a Bucky se le ocurre la brillante idea de solicitar lo del entierro y todos se ponen en guardia.

—¿Quiénes se ponen en guardia?

—El Estado.

—El Estado —repetí.

Adelantó el tórax y bajó la voz.

—Tengo la sospecha de que mi padre se escondía del FBI.

Lo miré de hito en hito.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Ahora verás. ¿Cuánto hacía que se había acabado la guerra? Nunca solicitó nada, ni ayudas, ni pensiones, ni asistencia médica. ¿Y por qué?

—Me rindo.

Sonrió ligeramente, insensible al hecho de que no me lo tragara.

—Ríete si así te sientes mejor, pero fíjate en los hechos. Enviamos una solicitud... toda la información está bien... pero primero dicen que no tienen ningún expediente a su nombre, lo cual es mentira. Invención pura y simple. ¿Cómo no van a tener ningún expediente a su nombre? Es absurdo. Desde luego que tienen uno. ¿Lo admiten? No, señora. ¿Me sigues? Llamo por teléfono a Randolph, la base de las Fuerzas Aéreas donde se guardan todos los expedientes, y tengo que recorrer otra vez todo el laberinto. Me ponen toda clase de obstáculos, pero yo firme como una

roca. Así que llamo al Centro de Información Nacional de San Luis. Nada de nada. No lo conocen ni por casualidad. Y llamo a Washington, D. C., llamo al Pentágono, ¿me comprendes? Nada. Ni expediente ni gaitas. Bueno, será que me estoy volviendo idiota porque yo ya no entiendo nada. Lo único que se me ocurre es armar un escándalo. Quiero decir que nos lo hemos tomado muy en serio. Trescientos dólares de mierda, pero yo no renuncio ni a un centavo. No voy a permitir que me los quiten. Mi padre combatió por su país y tiene derecho a un entierro decente. ¿Qué he conseguido? Exactamente lo mismo. No saben nada de nada. Y ahora esto. —Señaló con el pulgar hacia el piso del garaje—. ¿Entiendes lo que digo?

—No.

—Bueno, pues piensa. —Esperé. No tenía ni la más remota idea del punto al que quería llegar. Dio una larga chupada al cigarrillo—. ¿Sabes lo que creo? —Hizo una pausa para crear expectativas, para intensificar el efecto—. Creo que han tardado tanto para poder enviar aquí a unos cuantos tipos y averiguar cuánto sabíamos.

Era una frase tan espesa que no supe qué parte analizar primero. Procuré aparentar calma.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que hizo durante la guerra —dijo, como si hablase con una retrasada mental—. Creo que mi padre estaba en información militar.

—Hubo muchos que trabajaron en información militar. ¿Y qué?

—Es verdad. Pero él nunca lo admitió, jamás dijo una palabra. ¿Y sabes por qué? Creo que era agente doble.

—Un momento. ¿Quieres decir espía?

—En cierto modo, sí. Recoger información. Creo que por eso se ha prohibido el acceso a su expediente.

—Piensas que se ha prohibido el acceso a su expediente. Y que por ese motivo no obtenéis ninguna confirmación de la Oficina de Veteranos —dije, reestructurando su pensamiento.

—Diana. —Me señaló con el dedo y me guiñó el ojo, como si por fin hubiera alcanzado yo el coeficiente intelectual que hacía falta.

Lo miré sin expresión. Aquello empezaba a parecerse a esas discusiones con los fanáticos de la ufología en las que la ausencia de documentación se toma como prueba manifiesta de la censura de las autoridades.

—¿Quieres decir que trabajó para los alemanes o que les espió en beneficio nuestro?

—Para los alemanes, no. Para los japoneses. Creo que es posible que trabajara para ellos, pero no lo puedo asegurar. Estuvo en Birmania. Eso lo admitía.

—¿Y por qué tendría que ser un secreto tan importante al cabo de tantos años?

—¿A ti qué te parece?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Con franqueza, Chester, soy incapaz de conjeturar sobre este asunto. Ni siquiera conocía a tu padre. No tengo forma de imaginar en qué estaba metido. Si es que estaba metido en algo.

—No te digo que especules. Te pido que seas objetiva. ¿Por qué otro motivo iban a decirnos que no estuvo en las Fuerzas Aéreas? Dime un solo motivo de peso.

—Hasta ahora no tienes ninguna prueba de que estuviera.

—¿Y por qué iba a mentir? El viejo no habría mentido en un asunto así. No te das cuenta.

—No, no me doy cuenta. De lo que sí me percató es de que en el fondo no dicen que no

estuviese en las Fuerzas Aéreas —dije—. Dicen que no pueden identificarlo con la información que habéis remitido. Tiene que haber un centenar de hombres llamados John Lee. Seguramente más.

—¿Con su misma fecha de nacimiento y su mismo número de la Seguridad Social? Vamos. ¿Crees que no tienen informatizado todo esto? Lo único que tienen que hacer es mecanografiarlo. Pulsar Return. Y bum, les sale en pantalla. ¿Por qué lo niegan entonces?

—¿Qué te hace creer que tienen informatizados todos esos datos? —dije para pincharle. La cuestión no era precisamente aquella, pero tenía ganas de discutir.

—¿Qué te hace creer que no los tienen?

Contuve un quejido a duras penas. La conversación empezaba a reventarme, pero no encontraba la forma de escurrir el bulto.

—Vamos, Chester. Deja de darle vueltas, ¿quieres?

—Has preguntado y he respondido.

—Olvidalo, narices. Te lo concedo. Aceptemos que era espía como hipótesis de trabajo. Pero fue hace cuarenta años y pico. El hombre está muerto ya. ¿A quién crees que puede importarle?

—Puede que no sea él quien les importe. Puede que les importe algo que él tenía. Puede que les robara algo. Y ahora lo quieran recuperar.

—Me vas a volver loca. ¿Qué quieren recuperar?

—¿Cómo voy a saberlo? Expedientes. Documentos. Sólo es una intuición.

Tenía ganas de apoyar la cabecita en la mesa y llorar de desesperación.

—Chester, eso no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque si es verdad, ¿por qué llamar la atención al respecto? ¿Por qué no se limitan a daros los trescientos dólares? Luego vienen cuando se les antoje y buscan el material en cuestión... lo que imaginas que tenía tu padre. Si estuvo escondido durante tantos años... si lo han estado buscando y ahora saben su paradero, ¿por qué levantar sospechas negándose a pagar una miserable reclamación de trescientos dólares?

—Cuatrocientos cincuenta con los gastos de la inhumación —dijo.

Transigí con los numeritos.

—Vale, cuatrocientos cincuenta —dije—. La pregunta es la misma. ¿Por qué levantar la liebre?

—Oye, yo no sabría decir por qué el Estado hace lo que hace. Si esos tíos fueran tan inteligentes, lo habrían localizado hace mucho. La solicitud a la Oficina de Veteranos ha sido la señal de alarma. Eso es lo único que digo.

Respiré profundamente.

—Adelantas conclusiones.

Apagó el cigarrillo.

—Pues claro que las adelanto. La cuestión es si estoy en lo cierto. Tal como yo lo veo, han acabado por descubrirlo y este es el resultado. —Señaló con la cabeza hacia el piso del garaje—. He aquí la pregunta que me hago: ¿han encontrado lo que buscaban o sigue escondido en alguna parte? Y te diré algo más. El tal Rawson podría estar implicado en esto.

Esta vez lancé un quejido ruidoso y me llevé las manos a la cabeza. La charla me ponía tirante el cuello y me masajee los trapecios.



—Bueno, mira. Es una hipótesis interesante y te deseo mucha suerte. Para lo único que me ofrecí fue para echar un vistazo, por si encontraba chapas identificativas o una fotografía. Tú quieres convertir esto en una historia de espías y esa no es mi especialidad. Gracias por el bocadillo. Eres un genio con las salchichas.

La mirada de Chester se fijó de pronto en un punto situado a mis espaldas. Hubo un rápido repiqueteo en la puerta y di un respingo. Chester se puso en pie.

—Policía —dijo en voz baja—. Límitate a comportarte con normalidad.

Se dirigió a la puerta para abrir al agente mientras me daba la vuelta y le miraba la espalda con un frunce de perplejidad. Que me comportara con *normalidad*. ¿Por qué no iba a comportarme con normalidad? Soy normal.

Oí desde el interior el murmullo de presentación del agente de uniforme. Chester lo hizo pasar a la cocina.

—Le agradezco que haya venido. Una vecina, Kinsey Millhone. El agente Wettig —dijo, con vocecita falsa de Buen Ciudadano.

Miré la placa identificativa del agente. P. Wettig. Paul, Peter, Phillip. Hasta la fecha no lo había visto durante mis paseos por Jefatura. Mis anfitriones siempre habían sido Gutiérrez y Pettigrew. A pesar de mi escepticismo, parece que la teoría conspiratoria de Chester había surtido algún efecto, porque ya me preguntaba si no habrían interceptado su llamada al 911 y enviado un impostor en lugar de un policía de verdad. Wettig estaría cerca de los cincuenta y más que un patrullero de uniforme parecía un cantante de sala de fiestas. Era rubio y llevaba el pelo largo y recogido en una coleta; ojos castaños, nariz pequeña y roma, barbilla redonda. Le eché un metro con noventa y alrededor de cien kilos de peso. El uniforme parecía auténtico, pero ¿no era un poco maduro para ser patrullero?

—Hola, qué tal —dije, estrechándole la mano—. Esperaba ver a Gerald Pettigrew y a María Gutiérrez.

La expresión de Wettig era neutral, su voz suave.

—Han deshecho el equipo. Pettigrew está ahora en Tráfico y María se fue a la comisaría del sheriff del condado.

—¿De veras? No me había enterado. —Miré a Chester—. ¿Quieres que me quede? Si lo prefieres, me voy a dar una vuelta.

—No te preocupes. Te llamaré más tarde. —Miró al agente Wettig—. Será mejor que le enseñe el piso.

Ví que Chester y el agente bajaban los peldaños de la parte posterior y que cruzaban el sendero de cemento. En cuanto se perdieron de vista, me fui por el pasillo y miré hacia la calle. Junto a la acera había estacionado un coche patrulla blanquinegro. Encontré el teléfono, que estaba escondido en el vestíbulo, en un entrante que parecía un pequeño altar empotrado. Abrí la guía y marqué el número general de la Jefatura de Policía de Santa Teresa. Respondió una mujer de Archivos.

—Buenas. ¿Podría decirme si el agente Wettig está ahora de servicio?

—Espere un instante que voy a comprobarlo. —Interrumpió la comunicación, dejándome a la espera. La reanudó momentos después—. Está de servicio hasta las tres de la tarde. ¿Quiere dejarle algún recado?

—No, gracias. Volveré a llamar —dije y colgué. Me ruboricé con efectos retardados y

sintiendo un poco de vergüenza. Pues claro que existía un agente Wettig. ¿Qué me pasaba?

Al salir de la casa de Bucky me fui a la mía, donde dormí una breve pero reparadora siesta que sospechaba, incluso entonces, que iba a ser uno de los momentos más atractivos de mi periodo de vacaciones. A las cinco menos cinco me pasé el peine y bajé corriendo la escalera de caracol.

El cielo encapotado creaba un clima de ocaso prematuro y los semáforos parpadeaban ya cuando cerré la puerta de la calle. Aunque la temperatura descendía a media tarde, la puerta trasera de Henry estaba abierta. Por el cancel de tela metálica salían risas estruendosas junto con una tentadora variedad de aromas culinarios. Henry tocaba en el piano de la sala un aire de *ragtime*. Crucé el patio de guijarros y llamé al cancel. Ya estaban en marcha los preparativos para el banquete de cumpleaños de Lewis. Le había comprado un juego de útiles de afeitar de plata, un cuenco y una brocha que había encontrado en una tienda de antigüedades. El juego era más «coleccionable» que antiguo, pero pensé que o lo utilizaría o lo admiraría.

Lewis estaba limpiando cubiertos, pero me hizo pasar. Se había quitado la chaqueta y estaba con los pantalones del traje, chaleco y una almidonada camisa blanca con las mangas subidas. Charlie se había ceñido en la cintura uno de los delantales de Henry y se dedicaba a ultimar los detalles de la tarta de cumpleaños de su hermano. Henry me había dicho que Charlie se estaba volviendo inseguro a causa de su mal oído. Hacía cinco años se había hecho un reconocimiento médico oficial. El otorrinolaringólogo le había recomendado entonces que llevara audífono y Charlie había seguido el consejo. Lo había llevado durante una semana aproximadamente y luego lo había guardado en un cajón. Dijo que los que había probado le sentaban como si le metieran un dedo en cada oído. Que cada vez que tiraba de la cadena del retrete, sonaba como las cataratas del Niágara. Pasarse el peine por el pelo era como si alguien pisase grava. No le parecía tan grave que los demás hablasen en voz alta para que los oyese. Casi siempre estaba con la mano abierta detrás de la oreja. Y no paraba de repetir «¿Qué?». Los otros tendían a no hacerle caso.

La tarta que preparaba se caía hacia un lado y estaba echando una gruesa capa de azúcar glaseado para apuntalarla. Levantó la vista para mirarme.

—No hay que permitir que quien cumple años prepare su propia tarta de cumpleaños —dijo—. Nell prepara las distintas capas, menos cuando es su cumpleaños, como es lógico, y yo me encargo del azúcar glaseado, que según ella nunca me sale en su punto.

—Pues todo huele que da gloria. —Levanté la tapa de una olla. En el interior había una masa grumosa y blanca con algo parecido a pimientos, huevos duros y una fina lluvia de productos a la vinagreta—. ¿Qué es esto?

—¿Podrías repetirlo?

—Al principio —dijo Lewis en voz alta— tenía que ser una ensaladilla rusa, pero Charlie puso el reloj de la cocina, no lo oyó y en vez de patatas hervidas salió puré. Decidimos echarle los ingredientes habituales y ahora es la Famosa Ensaladilla de Puré de Charlie Pitts. Hay también pollo frito, guisantes al horno, ensalada de col, pepinos y tomates con vinagre. Vengo comiendo lo mismo cada cumpleaños durante los últimos ochenta y seis años, desde que cumplí dos —dijo—. Todos tenemos un menú especial y la norma de nuestra familia es que cocinen los hermanos. A unos les sale mejor que a otros, como siempre —añadió, mirando a Charlie de reojo.

Me volví hacia Charlie.

—¿Qué le dan a usted en su cumpleaños?

—¿Qué pasa, qué?

Repetí la pregunta en voz alta.

—Ah, salchichas, chiles, pepinillos y patatas fritas. Nuestra madre ponía el grito en el cielo porque me negaba a comer verduras normales, pero yo repetía que quería patatas fritas y al final me las daba. En vez de tarta de cumpleaños, siempre pido una bandeja de pastas de Henry y por lo general me la envía desde aquí.

—¿Y Henry?

Charlie se llevó la mano al oído y Lewis respondió por él.

—Jamón, tortitas con salsa de pescado, brécol, habas y queso rallado. Nell, bueno, ella siempre quiere filete de ternera, puré de patatas, guisantes y pastel de manzana con un buen trozo de queso *cheeder* encima. Nunca varía.

William entró en la cocina y oyó la última frase de Lewis.

—¿Qué es lo que nunca varía?

—Le contaba a Kinsey lo de nuestros banquetes de cumpleaños.

Sonreí a William.

—¿Y el de usted?

Lewis volvió a intervenir.

—William siempre pide un cocido de Nueva Inglaterra, pero los demás votamos en contra.

—Pues a mí me gusta —dijo William con determinación.

—Qué te va a gustar. A nadie le gusta el cocido de Nueva Inglaterra. Lo dices porque de ese modo nos obligarías a comerlo nosotros también.

—¿Y qué le dan al final?

—Lo que nos apetezca preparar —dijo Lewis con satisfacción.

Oímos un repiqueteo en la puerta trasera. Me volví y vi que había llegado Rosie. En cuanto ella y William se vieron, se les iluminó la cara. Muy pocas veces se daban muestras de afecto en público, pero no podía dudarse de la devoción que se tenían. Él era inmune al mal genio de ella y ella sabía torear la hipocondría de él. El resultado era que él se quejaba menos de presuntas dolencias y el mal humor de ella se había dulcificado.

Aquella noche se había presentado con un sayo granate y un mantón de seda morado y azul marino, colores cuya viveza e intensidad ponían una pizca de emoción a un pelo teñido de rojo chisporroteante. Parecía serena. Siempre me la había figurado muy tímida, incómoda ante los extraños e insoportable con los amigos. Coqueteaba a menudo con los hombres, toleraba poco a las mujeres y se olvidaba de la existencia de los niños. Al mismo tiempo, tiranizaba al personal de su casa de comidas y pagaba los salarios más bajos que podía. William y yo no dejábamos de

decirle que fuera un poco más generosa. En cuanto a mí, se había puesto a darme órdenes desde el día en que me había mudado al barrio. No era una persona mezquina, pero siempre quería tener la razón y no dudaba en decir lo que pensaba. Desde que comía en su establecimiento con regularidad, sistemáticamente me decía lo que tenía que comer, haciendo caso omiso de mis gustos y necesidades. Aunque creo que soy dura de pelar, nunca he tenido ovarios para plantarle cara. Mi única defensa ante su dictadura era la resistencia pasiva. Hasta la fecha me había negado a tener perro o marido, dos elementos (al parecer) intercambiables que ella consideraba esenciales para mi seguridad.

Ya en el umbral de la vida de casada, parecía en paz consigo misma: retozona, deshecha en sonrisas. Los hermanos de William la habían aceptado sin vacilar... todos menos Henry, claro, que se había quedado atónito al ver cómo ligaban. Yo empezaba a tomarme la boda no como una unión entre ella y William sino como la ceremonia oficial que permitiría a Rosie ingresar en la tribu.

Henry, aún en la otra estancia, se puso a aporrear en el piano para Lewis su versión del «Cumpleaños feliz», cantada a pleno pulmón. Nos unimos a él en una ronda de canciones a coro que duró una hora. Después de cenar, Henry me llevó aparte.

—¿Qué historia es esa de que han entrado a robar?

—No lo sé con exactitud. Chester piensa que se trata de una intriga infernal, pero me cuesta creerlo. Alguien entró en el piso, de eso no hay duda. Pero no estoy segura de que tenga que ver con su padre.

—¿Chester cree que hay relación?

—Chester cree que *todo* está relacionado. Lo que yo creo es que ha visto demasiadas películas baratas. Sospecha que Johnny era agente doble durante la segunda guerra mundial y que tiene en algún sitio un alijo de documentos robados. Cree que la reclamación a la Oficina de Veteranos alertó al gobierno y que este entró por la fuerza en el piso.

Henry parecía confuso.

—¿Quién dices que entró?

—La CIA, supongo. Las personas que al final averiguaron dónde se escondía el viejo. Bueno, es su teoría y se aferra a ella con terquedad.

—Lamento haberte metido en esto. Me parece que Chester está chiflado.

—No se preocupe. No me ha contratado, de manera que no tiene importancia.

—Estoy seguro de que hiciste cuanto estuvo en tu mano y te lo agradezco. Estoy en deuda contigo.

—No, por favor —dije, dando un manotazo al aire. Durante los años que nos conocíamos eran tantas las cosas que Henry había hecho por mí que nunca conseguiría estar en paz con él.

A las diez, cuando sacaron el tablero del Monopoly y los tazones llenos de palomitas de maíz, me disculpé y me fui a mi casa. Sabía que estarían jugando hasta las doce o la una y yo no estaba para aquellos trotes. Supongo que no era lo bastante mayor.

Dormí como un tronco hasta las seis y catorce minutos y pulsé el botón de la alarma segundos antes de que se disparase. Me levanté de la cama y me puse el chándal. En primavera y verano salgo a correr a las seis, pero en invierno no sale el sol hasta casi las siete. Me gusta estar ya en camino en ese momento. Vengo haciendo *jogging* desde que tenía veinticinco años, cinco kilómetros diarios, por lo general seis días a la semana, salvo que esté enferma, herida o más vaga

que un colchón, cosa que no sucede a menudo. Mis horarios alimenticios son variables y el régimen que llevo es horroroso, así que correr es mi única forma de purgar los pecados. No me entusiasma el sufrimiento, pero me gusta el júbilo del ejercicio. Y me encanta el aire a esa hora del día, húmedo y fresco. Huele a mar, a pinos, a eucaliptos y a césped recién cortado. Cuando aflojo la velocidad y vuelvo a casa andando, el sol traza franjas en la hierba y dibuja sombras tras los árboles, convirtiendo el rocío en bruma. No hay momento más satisfactorio que el final de una carrera: el pecho que sube y baja, el corazón al trote, el sudor que corre por la cara. Me doblo entonces por la cintura y se me escapa un gemido de felicidad, sintiéndome libre de tensiones, de apremios y de los efectos secundarios de todas las hamburguesas dobles con queso.

Terminé la carrera del día y volví a casa a paso tranquilo, me duché y me vestí. Engullía la última cucharada de cereales fríos cuando sonó el teléfono. Miré la hora. Eran las ocho menos veinte, una hora a la que no espero que el mundo me venga con exigencias. Descolgué al segundo timbrado.

—Sí.

—Oye, soy yo, Chester. Espero no molestarte —dijo.

—Tranquilo. ¿Qué haces a estas horas?

—¿Eras tú a quien he visto corriendo por Cabana hace un rato?

—Sí —dije con precaución—. ¿Me llamas para preguntarme eso o hay algo más?

—No, no, de ningún modo. Ha sido sólo por preguntar —dijo—. Hay algo que me gustaría enseñarte. Lo encontramos anoche.

—¿De qué «algo» se trata?

—Tú ven y échale un vistazo. Lo descubrió Bucky mientras limpiaba el piso del abuelo. Nadie tocará nada hasta que lo veas personalmente. Y prepara una buena disculpa. —Casi parecía contento.

—Dame cinco minutos.

Lavé el tazón y la cuchara, guardé los cereales y la leche y pasé una esponja húmeda por el mármol de la cocina. Una de las alegrías de vivir sola es que la única suciedad que limpias es la que tú misma acabas de dejar. Me guardé las llaves en el bolsillo de la cazadora, cerré la puerta y me puse en camino. El barrio se había reanimado en el tiempo transcurrido desde que había vuelto. Ví a Lewis media manzana más allá, dando su paseo matutino. Moza Lowenstein barría el porche delantero de su casa y un vecino con un loro en el hombro paseaba al perro.

Era uno de esos impecables días de noviembre en que hace sol y fresco, y se percibe en el aire el perfume de los incendios forestales declarados durante la noche. En nuestra calle, las palmeras y las plantas de hoja perenne son puntos de referencia inmutables en un paisaje que parece cambiar de manera imperceptible con el paso de las estaciones. Incluso en California tenemos nuestra modesta versión del otoño, una fugaz mezcla de colores creada por el ginkgo chino, el ocozol, el roble norteamericano y el álamo blanco. Un arce ocasional traza a veces al pie de las colinas un signo de admiración de rojo vibrante, aunque los matices más vistosos los proporcionan las llamas de los incendios que asolan los bosques todos los años. El presente año, los pirómanos habían atacado cuatro veces en sendas zonas del estado de California, dejando de color ceniza miles de hectáreas, tan fantasmales y estériles como la Luna.

Cuando llegué a casa de Bucky, rodeé la vivienda principal y eché a andar por el sendero. La zona de aparcamiento, un espacio con cemento feamente resquebrajado, estaba cubierta de cajas

de cartón de todas clases y deduje que el traslado de los efectos personales de Johnny estaba ya en marcha. Subí los peldaños de madera hasta la vivienda superior. La puerta estaba abierta y oí murmullo de voces. Me detuve en el umbral. Sin el laberinto ni el bulto de las cajas, el lugar parecía más pequeño y asqueroso. Los muebles seguían allí, pero las habitaciones parecían haberse encogido de manera imperceptible.

Bucky y Chester estaban junto al armario empotrado, que habían vaciado de la ropa que quedaba. Los dos vestían versiones diferentes de la misma camisa hawaiana de nailon y manga corta; la de Bucky de verde fosforescente, la de Chester de azul intenso. Babe estaba allí también, doblando y guardando ropa en un baúl antiguo. Amontonaba las perchas a su derecha conforme descolgaba las prendas. Calzaba las zapatillas playeras de siempre y llevaba pantalón corto y camiseta de tirantes. No tuve más remedio que admirar la comodidad con que daba ocupación a su cetáceo cuerpo. Yo me habría puesto a tiritar con aquella ropa, pero a ella no parecía afectarle.

Chester sonrió al verme.

—Ah, ya estás aquí. De ti precisamente estábamos hablando. Ven y míralo. A ver qué te parece.

Don Amable, me dije.

Bucky retrocedió para que pudiera ver la trampilla que había descubierto al fondo del armario. En un hueco abierto al parecer en un bloque de hormigón había empotrada una caja fuerte de pequeño tamaño. La portezuela de la caja tendría cuarenta centímetros de anchura por treinta y cinco de altura. La trampilla, de madera de contrachapado, se había construido con cuidado, con bisagras empotradas. El pestillo cerraba a presión, parecía de muelles y seguramente se abría tocando ligeramente la madera.

—Es impresionante. ¿Cómo lo habéis descubierto? —pregunté.

Bucky sonrió con timidez, evidentemente satisfecho de sí mismo.

—Vaciamos el armario y mientras barría golpeé la parte trasera con el mango de la escoba. Sonó de un modo raro, fui en busca de una linterna y me puse a mirar de cerca, quiero decir golpeando la pared. Sonaba hueco en esta parte, di un empujón y se abrió la trampilla.

Me acuclillé delante de la abertura, escrutando el hueco que quedaba entre los pilares de cemento. La parte delantera de la caja de seguridad era de las que imponen respeto, aunque no había que llamarse a engaño. Pocas cajas fuertes caseras se han construido para oponer resistencia a cacos profesionales armados con las herramientas de rigor y con tiempo suficiente para descerrajar lo que sea. La que miraba tenía que ser una caja contra incendios, de esas que parecen de acero macizo, pero que no tienen más que una chapa metálica exterior forrada con material aislante. Estas cajas sirven para proteger lo que sea de un incendio doméstico de poca duración. En las cajas antiguas no es extraño ver un material aislante tan básico como el cemento puro. Las cajas modernas prefieren la mica o la tierra diatomácea, cuyas partículas, encontradas en las herramientas y ropas de un sospechoso, permiten identificar al fabricante concreto de la caja.

Al mirar más detenidamente vi que la caja no estaba incrustada en el cemento, sino que este formaba un hueco en el que se había introducido aquella.

—Hemos llamado a un cerrajero —dijo Chester—. Me moría de impaciencia, llamé a un número de urgencia y dije que enviaran a alguien. Es posible que detrás de ese mecanismo de apertura esté la solución de todo. —Seguramente imaginaba planos y claves, un pequeño

transmisor de radio, una Luger y fechas de emisión escritas con tinta invisible.

—¿Habéis buscado la combinación? Puede que la apuntara y la guardase por aquí cerca. La mayoría de la gente desconfía de su memoria y no creo que nadie quiera perder el tiempo buscando cada vez que necesite abrir la caja.

—Ya hemos pensado en eso y hemos buscado por todos los rincones. ¿Y tú? Ayer estuviste mirándolo todo a conciencia. ¿Encontraste algo que pudiera parecerse a una combinación?

Me encogí de hombros.

—No recuerdo haber visto números, aunque pudo recurrir a su fecha de nacimiento o su número de la Seguridad Social.

—¿Puede hacerse? —preguntó Bucky—. ¿Se puede preparar una combinación con las cifras que uno quiera?

—Que yo sepa, sí. No soy experta en el asunto, pero siempre he pensado que se puede hacer.

—¿Qué dices tú? ¿La sacamos? —preguntó Chester.

—No perdemos nada con intentarlo. Lo más seguro es que el cerrajero tenga que sacarla cuando venga —dije.

Me enderecé y salí del armario, dejando a Bucky y a Chester espacio suficiente para sacar la caja del hueco. Les costó muchos tirones y bufidos hasta que por fin la depositaron en el suelo, en el centro de la habitación. Una vez libre de su cárcel de cemento, la pudimos observar mejor. Los tres inspeccionamos las superficies exteriores como si fuera un objeto misterioso procedente del espacio exterior. Tendría unos cuarenta centímetros de profundidad, estaba pintada de color beige y gris, y tenía patas de goma. No parecía antigua. El disco de la cerradura estaba numerado del uno al cien, lo que quería decir que se podía formar casi un millón de combinaciones. Ponerse a marcar números al azar era absurdo.

Babe había dejado de empaquetar ropa y miraba lo que hacíamos.

—A lo mejor está abierta —dijo, sin dirigirse a nadie en particular. Los tres nos volvimos a mirarla—. Podría estarlo, ¿no?

—Salgamos de dudas —dije. Tiré de la manija, pero fue en vano. Giré la ruedecilla varias veces en ambos sentidos, sin soltar la manija, pensando en la posibilidad de que el disco se hubiera dejado cerca del último dígito de la combinación. No hubo suerte.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Bucky.

—Supongo que esperar —dije.

Antes de una hora llegó el técnico de cajas fuertes con una gran caja de herramientas de metal de color rojo. Dijo que se llamaba Bergan Jones y que era de Cerrajerías Santa Teresa. Primero estrechó la mano de Chester, luego la de Bucky y finalmente la mía. Babe se había puesto otra vez a doblar ropa, pero saludó con la cabeza al recién llegado cuando se lo presentaron. Jones era alto y huesudo, de pelo rubio rojizo, cargado de espaldas, de frente alta y sobresaliente, cejas pelirrojas y gafas grandes de montura de carey. Le eché cincuenta y cinco años, aunque habría podido tener cinco más o cinco menos.

—Espero que sepa usted abrir esto —dijo Chester, señalando la caja que ya había llamado la atención de Jones.

—No hay problema. Probablemente abro treinta cajas de caudales al mes. Conozco este modelo. Tardaré poco.

Los cuatro nos quedamos mirando con fascinación al cerrajero, que abrió la caja de



herramientas. Había algo en sus movimientos que recordaba a un médico de cabecera visitando a domicilio. Y tras el diagnóstico inicial, la cosa no era grave, así que todos respiramos aliviados. Ya sólo quedaba administrar el remedio indicado. Sacó un aparato cónico, lo pegó al disco numerado y se puso a desatornillar este. Al cabo de dos minutos, desencajó el disco, lo puso a un lado y quitó los tornillos que sujetaban una pieza circular, apartó esta a su vez y la puso en el suelo, junto al disco. Sacó a continuación un taladro eléctrico y se puso a abrir un agujero en el metal, en la zona oculta hasta entonces por la pieza circular y el disco.

—¿Le hace un agujero y ya está? —dijo Babe. Parecía decepcionada. A lo mejor esperaba ver cartuchos de dinamita o nitroglicerina. Jones sonrió.

—Yo no hablaría con tanta ligereza. Esta es una caja doméstica contra incendios. Si fuese antirrobo, encontraríamos un blindaje, una coraza protectora detrás de la chapa exterior de acero. He traído brocas especiales por si acaso, pero aun así tardaría media hora en abrir un agujero de medio centímetro. Muchas tienen mecanismos adicionales con cierres de refuerzo. Agujereas donde no debes y a lo mejor se disparan. Cuando esto ocurre, hay que sudar tinta para conseguir algo. Esta es sencilla.

Nos mantuvimos en silencio mientras taladraba, ya que el agudo gemido del metal no invitaba a la conversación. Jones tenía el vello del dorso de las manos de un dorado muy bonito, los dedos largos, las muñecas delgadas. Sonreía para sí, como si supiera algo que a los demás no se nos había ocurrido aún. O puede que fuera un hombre a quien le gustaba su trabajo. En cuanto hizo el agujero, sacó otro aparato.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un oftalmoscopio —dijo—. Los utilizan los oculistas para mirar dentro de los ojos. Permite ver las ruedecillas de la combinación y saber cómo se mueven. —Se puso a mirar por el agujero recién abierto, acercando la cara y girando una ruedecilla que había en el aparato y que servía para regular la longitud focal. Mientras miraba por el oftalmoscopio, se puso a girar con cuidado hacia la izquierda el extremo de la pieza que sobresalía—. Esto mueve el volante, que a su vez está engranado con la tercera rueda de la combinación. La tercera rueda mueve la segunda y esta hace girar la primera —dijo—. Hacen falta cuatro vueltas para que se mueva la primera rueda. La primera rueda es la más próxima a la superficie de la caja. Aquí está. Perfecto. La muesca está debajo mismo de la guía. Ahora invertiremos el sentido de las rotaciones, reduciendo el número de vueltas. En cuanto tenga las tres ruedas en línea, la guía caerá en el instante mismo en que el codo articulado entre en la muesca del volante. Seguimos girando, el codo articulado tira del pestillo y ya está.

Y al decir aquello, tiró de la manija y abrió la caja fuerte. Chester, Bucky y yo lanzamos una exclamación simultánea, como si estuviéramos contemplando fuegos artificiales.

—Pero si está vacía —dijo Babe.

—Seguramente se lo han llevado ya. ¡Maldición! —dijo Chester.

—¿Qué se han llevado? —preguntó Babe. Chester se limitó a mirarla de reojo y no respondió.

Mientras Bergan Jones tomaba nota de la combinación y guardaba las herramientas, Bucky se puso a mirar dentro de la caja, se tendió de espaldas como un mecánico de coches e iluminó el interior con una linterna.

—Papá, aquí han pegado algo.

Me incliné y miré junto a él. Había un objeto pegado en el techo de la caja de seguridad con un

trozo de cinta adhesiva rugosa.

Chester pasó por encima de las piernas de Bucky, se agachó y contempló el objeto con los ojos entornados.

—¿Qué es? Arráncalo, quiero echarle un vistazo.

Bucky despegó con cuidado un extremo de la cinta y acto seguido le dio un tirón como si fuera una tirita. Pegada a la cinta adhesiva había una llave grande de hierro. Parecía una llave maestra de las de antes, con muescas sencillas en el extremo. La levantó.

—¿La reconoce alguien?

—Que me zurzan —dije, y me volví hacia Chester—. ¿Te suena?

—No, pero, ahora que lo pienso, el abuelo estaba siempre tonteando con cerraduras. Le entusiasman. Le gustaba sacarlas de las puertas y limar llaves para que entraran.

—Yo nunca se lo vi hacer —dijo Bucky.

—Hablo de cuando yo era pequeño. Durante la Depresión trabajó con un cerrajero. Recuerdo que decía que era divertidísimo. Tenía una colección de cerraduras antiguas, un centenar por lo menos, pero hace años que no sé nada de ellas.

Sostuve la llave en la palma y le di la vuelta. Se había construido con cierto gusto por los adornos, el mango tenía el borde lobulado y había un agujero en el otro extremo, como si fuera una ganzúa. Vista en posición vertical, la punta parecía un signo de interrogación.

—La cerradura y el ojo de la cerradura tienen que tener una forma como mínimo extraña. ¿No recuerdas haber visto nada parecido en la casa?

Chester hizo un puchero.

—Yo no. ¿Y vosotros? Conocéis ya la casa mejor que yo.

Bucky negó con la cabeza y Babe se encogió ligeramente de hombros. Se la tendí a Jones.

—¿Se le ocurre algo?

Jones sonrió con discreción y echó los cierres de la caja de herramientas.

—Parece una llave de portalón. De esas grandes y antiguas verjas de hierro que suele haber en las casas señoriales. —Se volvió hacia Chester—. ¿Le mando la factura?

—Le extenderé un cheque. Vamos a la cocina y arreglaremos ese asunto. A estas alturas habrá deducido ya que mi padre murió hace unos meses. Todavía estamos poniendo en orden sus cosas. Encontrar la caja de seguridad ha sido una sorpresa. La gente debería dejar instrucciones. Qué es tal cosa y quién ha de quedarse con lo que sea. En cualquier caso, gracias por todo.

—Es mi trabajo.

Los dos hombres se marcharon, dejándonos a Bucky, Babe y a mí contemplando la llave.

—¿Ahora qué? —dijo Bucky.

—Tengo un amigo que sabe mucho de cerraduras —dije—. Puede que se le ocurra algo sobre la cerradura a que corresponde.

—Como quieras. A nosotros no nos sirve de nada.

Babe me quitó la llave y la observó con el entrecejo fruncido.

—Puede que el abuelo la guardara porque le gustaba su aspecto —dijo—. Es bonita. Y antigua. —Se la dio a Bucky y este me la devolvió.

—Sí, pero ¿por qué la guardaba en una caja fuerte contra incendios? Habría podido tenerla en un cajón. O colgada al cuello de una cadena —dijo Bucky.

—Si no os importa, veré lo que opina mi experto local.

—Por mí, de acuerdo —dijo Bucky.

Me guardé la llave en el bolsillo de los tejanos sin comentar que el experto local era el caco que además me había regalado el juego de ganzúas que llevo en el bolso de mano.

Mientras volvía a casa andando, me puse a repasar la película de los acontecimientos. He de confesar que me picaba la curiosidad por lo sucedido durante las últimas veinticuatro horas. No se trataba por fuerza de la teoría chesteriana de los espías, que seguía pareciéndome inverosímil. Lo que me cosquilleaba era la serie de preguntas inconcretas y sin respuesta que afloraban en relación con la vida del difunto. Me gustan el orden y la limpieza; detesto la confusión y las bolas de polvo debajo de la cama.

Nada más llegar, tomé asiento ante la mesa, saqué un puñado de tarjetas de fichero y me puse a tomar notas. Fue increíble la cantidad de detalles que pude recordar en cuanto comencé a ponerlos por escrito. Cuando hube agotado el tema, clavé las tarjetas en el tablón de corcho que tengo colgado en la pared, encima de la mesa. Apoyé los pies en esta, me retrepé en el sillón giratorio con las manos en la nuca y analicé el conjunto. Allí pasaba algo, pero no se me ocurría qué podía ser. Cambié de sitio algunas tarjetas para darles un orden diferente. Era algo que había leído. Birmania. Algo sobre el general Chennault y la Unidad de Voluntarios de Estados Unidos. La esencia de lo que era se me escapaba, pero sabía que estaba allí. Pensé en la identificación de la unidad en que había servido. ¿Se trataba de aquello solamente o había algo más en juego? Al revisar los libros de Johnny, había visto el nombre de varios pilotos de guerra. Aún tenía que estar vivo más de uno. ¿Podrían darme alguna pista para identificar la escuadrilla de Johnny? Sería como tener un grano en el trasero y no iba a ser yo quien lo hiciera, pero al menos podía decir a Chester dónde estaba el buen camino. Tendría que repasar otra vez los libros para encontrar la referencia y que el diablo me llevara, porque la verdad es que no tenía otra cosa que hacer. Además, cuando un nudo me preocupa, tengo que deshacerlo.

Llamé a mi amigo el caco, pero le habían cortado la línea. Empezábamos bien. Más tarde iría a la Jefatura de Policía de Santa Teresa. El inspector Halpern, de la Brigada Criminal, sabría seguramente dónde podría encontrarlo.

A eso de las diez volví a casa de Bucky. Llamé a la puerta, pero como pasaron varios minutos sin que nadie respondiese, eché a andar por el sendero, hacia la parte trasera. La surtida colección de cajas había sido echada a un lado para hacer transitable el sendero. La puerta del garaje, a mi izquierda, estaba abierta y el Buick había desaparecido. Tal vez se habían ido los tres a desayunar. La otra mitad del garaje biplaza estaba llena de trastos y era una impenetrable montaña de cajas, muebles viejos, electrodomésticos y útiles para el cuidado del césped.

La caja de libros sobre la segunda guerra mundial estaba encima de todo. La arrastré hasta las escaleras y tomé asiento mientras miraba el contenido. Encontré lo que buscaba al fondo de la caja, en un libro de Robert Jackson titulado *¡Cazas! Historia de la guerra aérea, 1936-1945*.

«El 4 de julio de 1942, la Unidad de Voluntarios de Estados Unidos dejó oficialmente de ser una unidad de combate independiente para formar parte de la recién creada Fuerza Aérea China, a las órdenes del Décimo Ejército del Aire. El mando de la FAC recayó en Claire Chennault, que cambió el uniforme chino por el estadounidense y obtuvo la graduación de general de brigada.

»Los pilotos de la UV, que habían resistido en Birmania durante tanto tiempo y con tantas y tan intolerables desventajas, se dispersaron por completo. Muy pocos permanecieron en China. Los que se quedaron formaron el núcleo del reciente 23 Escuadrón y siguieron con sus viejos P-40 derrengados por la guerra».

Se mencionaban a continuación algunos nombres: Charles Older, Tex Hill, Ed Rector y Gil Bright. Lo que me interesaba era que a estos pilotos de la UV los había reclamado la Compañía Central de Fabricación de Aviones entre abril y julio de 1941. Todos en calidad de personal militar, y contratados por un año por la CCFA. Pero Bucky me había dicho que Chester recordaba que su padre había llegado, después de pasar dos años en el extranjero, el día que Chester cumplía cuatro años, el 17 de agosto de 1944. Como había sido tan concreto, la fecha se me había quedado en la memoria y la había apuntado en una ficha. El problema era que la UV había dejado de existir hacía dos años. ¿Cuál era la verdad entonces? ¿Había estado Johnny realmente en la UV? Más aún, ¿había ido a la guerra? Chester interpretaría la discrepancia en las fechas como la confirmación de su hipótesis. Ya me imaginaba su reacción: «Pues claro, joder, lo de la UV era una tapadera. Eso ya lo sabía yo». Seguramente se imaginaba a su padre lanzándose en paracaídas detrás de las líneas enemigas, dejándose quizá capturar adrede para acceder al alto mando

japonés.

Por otro lado, si no había visto el frente ni de lejos, es posible que sólo hubiera comprado los libros para poder mentir al respecto. Lo cual explicaba su resistencia a hablar de la guerra. Habría sido peligroso porque siempre podía encontrarse con alguno que hubiera estado en la unidad mencionada por él. Creando la impresión de que era secreto de Estado, justificaba su resistencia a comentar detalles que podían delatarle.

Inspeccioné el patio trasero y me quedé contemplando el Ford Fairlane que descansaba en varios bloques de hormigón. ¿Por qué me preocupaba en un sentido u otro? El viejo estaba muerto. Si complacía al hijo y al nieto creer que había sido un héroe de guerra (o más impresionante aún, un espía cuya identidad había permanecido en secreto durante más de cuarenta años), ¿qué me importaba a mí? No me pagaban por manchar la memoria de Johnny. La verdad es que no me pagaban por hacer nada. ¿Por qué entonces no me olvidaba del asunto?

Porque es contrario a mi naturaleza, me contesté. Cuando se trata de averiguar la verdad soy como un lebel. Meto el hocico en el agujero y me pongo a escarbar hasta que saco lo que hay dentro. A veces me muerden, pero es un riesgo que por lo general estoy dispuesta a correr. En cierto modo, me importa menos la naturaleza de la verdad que saber en qué consiste.

Recordé la llave que llevaba en el bolsillo, pegada al muslo. Estiré la pierna y metí la mano. Saqué la llave y la sostuve en la palma, sopesándola. Froté la oscurecida superficie con el pulgar. Fruncí el entrecejo igual que Babe mientras observaba el oxidado metal. En la caña podía distinguirse, aunque con dificultad, la marca de la llave, pero a simple vista no acababa de comprender lo que ponía. No parecía ser ninguna de las marcas que conocía, Schlage, Weslock, Weiser, Yale. La caja de seguridad era una Amsec y la cerradura era de combinación, así que no pensé que la llave tuviera nada que ver con ella.

Me puse en pie de un salto y volví a guardarme la llave. Estaba nerviosa y no sabía qué hacer hasta que Chester volviera. Siempre cabía la posibilidad de que le hubiera fallado la memoria. Yo sólo conocía la anécdota por Bucky y no era inconcebible que este hubiera equivocado las fechas. Ray Rawson me había dicho que había trabajado con Johnny en los astilleros poco después de que Estados Unidos entrara en la guerra y eso había tenido que ser en 1942. Me parecía raro que una persona que había conocido a Johnny en los «buenos tiempos» se hubiera presentado de pronto en la puerta del viejo. A pesar de las explicaciones que improvisé, me pregunté si no estaría pasando allí algo más.

El Hotel Lexington estaba en una travesía de la parte inferior de State Street, la que queda más cerca de la playa. El edificio era un cubo de cinco plantas, de ladrillo amarillento con aspecto gastado, y con una arcada que cubría toda la planta baja. A un lado del edificio había una grieta zigzagueante, como el dibujo de un rayo, que rasgaba el ladrillo desde el tejado hasta los cimientos y que sugería unos daños sísmicos que probablemente databan de 1925. Las letras de la palabra *Lexington* descendían en sentido vertical en un rótulo fijado a una esquina del edificio, una zumbante franja de neón amarillo con puntos apagados en las curvas. La marquesina fanfarroneaba: SERVICIO DE HABITACIONES - TELEFONO - TV EN COLOR. La entrada estaba flanqueada por un restaurante mexicano y un bar. Los dos establecimientos tenían sendas máquinas de discos que competían con ímpetu por el espacio aéreo, mezclando y revolviendo a Linda

Ronstadt con Helen Reddy.

Entré en el vestíbulo, que estaba escasamente amueblado y olía a lejía. Vi dos hileras de macetones con palmas a ambos lados de una pisoteada alfombra roja que conducía a recepción. El conserje no estaba. Fui a la centralita y le pedí a la telefonista que me pusiera con la habitación de Ray Rawson. El interesado contestó al segundo timbrado y me identifiqué. Cambiamos unas cuantas frases y me indicó que subiese a su habitación, en la cuarta planta.

—Utilice las escaleras. El ascensor tarda una eternidad —dijo y colgó.

Subí los peldaños de dos en dos para probar la capacidad de mis pulmones. Al llegar al descansillo del primer piso ya estaba sin aliento y tuve que aflojar el paso. Me así del pasamanos para subir lo que faltaba. Estar en forma en un deporte parece que no garantiza la eficacia en todos. Conozco corredores que no durarían ni veinte minutos en una bicicleta estática y nadadores que sufrirían un infarto si corriesen dos kilómetros.

Estuve unos segundos recuperando el aliento antes de llamar a la habitación 407. Ray me abrió con una zumbante afeitadora eléctrica en la mano. Iba descalzo, con un pantalón de tela basta, camiseta blanca y la calva todavía húmeda de la ducha. Se había recortado aún más el ya corto pelo gris que le había visto la víspera. Sonreía con confusión y el hueco que tenía entre los dos incisivos superiores le daba cierto aire de inocencia.

—Ha sido usted demasiado rápida. Quería arreglarme para recibirla. Enseguida vuelvo.

Entró en el cuarto de baño y el zumbido de la afeitadora se desvaneció cuando cerró la puerta.

La habitación era grande y monótona: paredes blancas, edredón blanco, cortinas blancas de cretona que colgaban de gruesas barras de madera y que estaban recorridas. Sólo había dos ventanas, más anchas que altas y daban al patio trasero del edificio, al otro lado de un callejón. La moqueta era gris y estaba relativamente limpia. Lo poco que había visto del cuarto de baño tenía paredes con baldosas blancas y un suelo decorado con figuras hexagonales blanquinegras de tres centímetros. Ray reapareció envuelto en el penetrante aroma de la loción.

—No está mal —dije, volviéndome a medias.

—Cincuenta dólares por noche. He pedido que me hagan precios semanales, hasta que encuentre alojamiento. Supongo que Bucky no le ha dicho nada sobre el alquiler.

—A mí no —dije—. ¿Se ha enterado de que han tenido ladrones?

—¿Quiénes? ¿Se refiere a Bucky y los suyos? ¿Cuándo ha pasado?

Le hice un rápido resumen de lo sucedido y vi que primero la incredulidad y luego la preocupación le borran la sonrisa.

—Oiga, eso es terrible —dijo. Vio mi expresión—: Un momento. ¿Por qué me mira así? Espero que no creerá que he tenido algo que ver.

—Es que parece raro que no hubiera ningún problema hasta que ha aparecido usted. Johnny murió hace cuatro meses. Se presenta usted hace una semana y Chester, de pronto, empieza a tener problemas.

—Vamos. Oiga. Anoche estaba sentado en el bar, viendo la televisión de pantalla grande. Puede preguntar.

—¿Le importa que me siente?

—De ningún modo. Siéntese ahí, estará más cómoda. Yo lo haré en esta. —Había una silla de madera y un sillón tapizado. Ray me condujo hacia este y él se instaló en la silla de madera. Apoyó las manos en las rodillas y frotó la tela como si le sudaran las palmas—. Seguramente soy

el mejor y más antiguo amigo que tuvo Johnny en toda su vida. No haría nada que molestara a su hijo ni a su nieto, ni ninguna otra cosa por el estilo. Créame.

—No le acuso de nada.

—Pues lo parece.

—Si creyera que ha sido usted, lo más probable es que no hubiera venido. Habría ido a la policía para sugerirles que buscaran huellas.

—¿No lo han hecho?

—Chester no sabe qué se han llevado, lo que quiere decir que, desde el punto de vista de la policía, no ha sido un robo. Los técnicos sólo buscan huellas si se trata de un delito de verdad. Actos delictivos intencionados, no travesuras. Una barrabasada no tiene interés a menos que los daños causados se eleven a varios miles de dólares pero este no ha sido el caso. —Lo que no me molestó en decirle es que la rutina policial es lenta y que Jefatura está siempre colapsada. Tres semanas es lo normal. En una situación de urgencia, se toman huellas y fotografías, se investiga y los resultados se envían por fax al Centro de Identificación, que está en Sacramento. El tiempo de espera suele ser un par de días. En el presente caso, no teníamos ni siquiera un sospechoso. Salvo él, quizá, me dije. Lo miré, recordando que llevaba la llave en el bolsillo. No quería que conociera todavía su existencia. Parecía un hombre con la cabeza ocupada por algo y quería oír su versión antes de contarle la mía.

—¿Qué hay en Ashland? —pregunté.

Hubo una pausa de un milisegundo.

—Tengo familia allí.

—¿Estuvo Johnny en la guerra realmente?

—No lo sé. Ya le dije que le perdí la pista durante años.

—¿Cómo lo encontró?

—Johnny se puso en contacto conmigo.

—¿Cómo sabía dónde encontrarlo?

La impaciencia le afloró a las facciones como si le estuvieran haciendo una foto.

—Porque tenía mis señas. ¿Qué pasa aquí? No tengo por qué responder a este interrogatorio. No es asunto suyo.

—Trato de llegar al fondo.

—Bueno, pues pruebe en otra parte.

—Chester cree que Johnny fue espía durante la segunda guerra mundial, una especie de agente doble al servicio de los japoneses.

Puso los ojos en blanco durante un segundo y sacudió la cabeza.

—¿De dónde ha sacado esa idea?

—Es demasiado complicado para explicárselo. Dice que el viejo se comportaba de un modo muy paranoico. Y que era a causa de aquello.

—El viejo *era* un paranoico —dijo Ray—, pero eso no tenía nada que ver con los japoneses.

—¿Con qué, entonces?

—¿Por qué he de decírselo? No tengo más motivos para confiar en usted que usted para confiar en mí.

—Yo creía que éramos amigos —dije.

—Pues no lo somos —dijo sin asperezas.

Saqué la llave del bolsillo y la puse en alto.

—¿La había visto antes?

Su mirada se posó en la llave.

—¿De dónde la ha sacado?

—Estaba en una caja fuerte que Bucky encontró en la vivienda de Johnny. ¿La había visto antes?

—No.

—¿Y la caja fuerte? ¿Sabe algo de eso?

Negó despacio con la cabeza. Ni que le estuviera arrancando las muelas.

—No entiendo cuál es su plan —dije.

—No hay ningún plan. No es nada.

—Si no es nada, ¿por qué no lo dice? Ya no puede hacer daño a nadie.

—Mire, puede que sepa quién entró en el piso. Si es quien pienso, cabe la posibilidad de que me hayan seguido hasta aquí. Eso es todo; y podría estar equivocado.

—¿Qué buscaba?

—Oiga, ¿es que no se rinde nunca?

—Tiene que tener usted alguna idea.

—Pues no la tengo.

—Desde luego que sí —dije—. ¿Por qué, si no, ha venido hasta aquí desde Ashland?

Se puso en pie en estado de agitación y se dirigió a la ventana con las manos en los bolsillos.

—Vamos, vamos, basta ya. Me estoy cansando. No puede obligarme a responder, así que deje de fastidiar.

Me levanté, fui a la ventana y me apoyé en la pared para verle la cara.

—Voy a decirle lo que pienso. Esto me huele a delito. —Me toqué la sien—. Estoy pensando en voz alta. ¿Y si Johnny no estuvo en las Fuerzas Aéreas? Es un dato que me preocupa. Si no estuvo en la guerra, entonces cambia toda la historia. Porque en ese caso hay que preguntarse dónde estuvo durante todo aquel tiempo. —Me miró a los ojos. Fue a decir algo, pero pareció pensárselo mejor—. ¿Quiere oír mi teoría? Puede que estuviera en la cárcel. Puede que su pasado en las Fuerzas Aéreas, la historia esa de la Unidad de Voluntarios, fuera sólo una explicación honorable para justificar su ausencia. Estados Unidos ya había entrado en la guerra. Es mucho más patriótico decir que el marido está en el extranjero combatiendo que admitir que está entre rejas. —Aguardé unos instantes, pero Ray no contestaba. Me llevé la mano al oído—. ¿No hay comentarios?

Negó con la cabeza.

—Es su teoría. Puede pensar lo que quiera.

—¿No va a ayudarme?

—En absoluto —dijo.

Me aparté de la pared.

—Bueno. Puede que cambie de idea. Vivo cerca del domicilio de Johnny, al doblar la esquina, en Albanil, la quinta casa. Cuando esté dispuesto, pásese y charlaremos un rato. —Me dirigí hacia la puerta.

—No lo entiendo —dijo—. Quiero decir... ¿a usted qué le va en esto?

Lo miré por encima del hombro.



—Tengo una corazonada y me gustaría saber si me equivoco. Es un buen ejercicio en mi trabajo.

Me regalé para comer con una superhamburguesa con queso y pasé la tarde sumergida en la última novela de Elmore Leonard. Me había estado diciendo lo estupendo que era no tener nada que hacer, pero me di cuenta de que la ociosidad me descentraba un poco. En términos generales, yo no diría que soy compulsiva, pero no me gusta perder el tiempo. Arreglé la casa y ordené algunos cajones, volví a la novela y procuré concentrarme. Al caer la tarde me puse la chaqueta de mezclilla y me fui a la esquina a tomar un bocado. Tenía la vaga intención de ir al cine, si decidía qué película quería ver.

El barrio estaba en silencio, con los porches de la mitad de las casas bañados en luz. Hacía fresco y parecía que iba a anochecer temprano. Olisqueé la cena que se preparaba en alguna casa y tuve visiones reconfortantes. De vez en cuando me entra el desasosiego y es cuando noto la falta de una pareja. Hay algo en el amor que da orientación a la vida. Tampoco me quejaría de la actividad sexual si pudiese acordarme de cómo era. Tendría que sacar el manual de instrucciones si volvía a meterme en la cama con alguien.

El local de Rosie estaba casi vacío, pero poco después de sentarme vi que Babe y Bucky cruzaban la puerta. Los saludé con la mano y se acercaron al reservado en que me encontraba, cadera con cadera, enlazados por la cintura.

—¿Dónde está tu padre, Bucky? —dije—. Esperaba encontrármelo. Tenemos que hablar.

—Se ha ido al vertedero con una carga, pero ya no tardará en volver —dijo Bucky—. ¿Te sientas con nosotros? Queríamos ponernos en la barra para ver las noticias de las seis, hasta que llegara mi padre. —Parecía casi guapo a la media luz de la casa de comidas. Babe llevaba botas, falda vaquera larga y cazadora.

—Gracias, pero creo que cenaré pronto y me iré al cine.

—Bueno, aquí estaremos si cambias de idea. —Y se alejaron hacia la barra.

Rosie salió de la cocina en aquel punto y la vi sacar dos cervezas antes de reunirse conmigo. Ya había cogido el lápiz y el cuaderno y se había puesto a garabatear.

—Te he preparado un plato perfecto —dijo mientras me sonsacaba el menú de la cena—. Hígado de cerdo con salchicha, pepinillos y beicon. Además, una ensalada de manzana y col rizada con galletas crujientes.

—Suena a inspirado —dije. No le dije por quién.

—Y te lo vas a tomar con cerveza. Es mejor que el vino, que no va bien con los pepinillos.

—Debería negarme.

He de decir que comí con entusiasmo, aunque probablemente tendría una indigestión más tarde. El local comenzaba a llenarse con los adeptos del barrio a la Hora del Cóctel y con los solteros que salían del trabajo. El local de Rosie se había puesto de moda entre los deportistas de los alrededores, estropeándolo para quienes buscábamos paz y sosiego. Si no hubiera sido por el cariño que le tenía a Rosie y por lo cerca que estaba, habría cambiado de fonda. Vi que Bucky y Babe se dirigían a una mesa. Chester entró segundos después y los tres conferenciaron antes de pedir la cena. Había ya tanto ruido en el lugar que no me pareció táctico sentarme con ellos para hablar de la historia de Johnny.

A las seis y media pagué la cuenta y me dirigí a la salida. Se me habían quitado las ganas de ir al cine, pero siempre quedaba la posibilidad de que «los hermanos» me levantaran el ánimo.

Al llegar a casa, crucé el patio trasero y llamé al quicio de la puerta. Oí un «¡Yuju!» al fondo. Miré por la tela metálica y vi a Nell sentada en una silla de madera, muy cerca de la cocina. Miraba hacia la puerta y, cuando me vio, me indicó por señas que entrase. Abrí y asomé la cabeza.

—Hola, Nell. ¿Qué tal?

Había desguazado la cocina (el horno abierto, las bandejas y la encimera a un lado), al parecer para lavarla a conciencia. El mármol estaba cubierto de periódicos y encima de estos se encontraban la encimera y las bandejas, todavía chorreando detergente.

—De fábula. Pasa, Kinsey. Me alegro de verte. —Por lo general llevaba su abundante cabellera de plata recogida en un complejo moño rodeado de peinetas de carey, pero aquel día se lo había remetido bajo las vueltas de un pañuelo y parecía una Cenicienta de la cuarta edad.

—Es usted muy trabajadora —dije—. Acaba de llegar y ya está haciendo cosas.

—Bueno, no me quedo contenta hasta que desmantelo una cocina y la limpio a fondo. Henry es muy escrupuloso en labores domésticas, pero toda cocina necesita un repaso femenino. Será sexista, pero es la verdad —dijo.

—¿Quiere que la ayude?

—Te agradeceré la compañía. —Llevaba un delantal de cuerpo entero encima del vestido casero de algodón, las mangas largas protegidas por manguitos de toallas de papel que se había sujetado con gomas. Era corpulenta y seguramente había llegado a medir un metro ochenta de joven. Ancha de espaldas y de pecho abundante, tenía los pies y las manos grandes, aunque sus nudillos estaban ahora como sogas. Tenía la cara alargada y huesuda, con rasgos casi asexuados, las cejas blancas y raleantes, los ojos de un azul intenso y la piel cuarteada en sentido vertical por costuras y pliegues.

Había vaciado todas las bandejas del frigorífico y los mármoles estaban llenos de cuencos de sobras cubiertos con tapadera, tarros de aceitunas y pepinillos en vinagre, especias y verduras crudas. Había sacado los cajones de la despensa y uno yacía en un fregadero lleno de agua jabonosa. Había tirado multitud de artículos a la basura y vi que había metido algo asqueroso y blando en el triturador.

—No mires. Creo que todavía está vivo —dijo. Escurrió el trapo que estaba utilizando para fregar los estantes—. En cuanto termine, me daré un baño de sales y me pondré la bata y las zapatillas. Tengo pendientes de lectura unos cuantos libros. Se me ha metido en la cabeza que voy a perder la vista pronto y quiero aprovechar el tiempo. —Había desenroscado la tapa de un frasco y escrutaba el interior. Lo olisqueó, incapaz de identificar el contenido—. En el nombre del cielo, ¿qué será esto? —Lo alzó a la luz. El líquido era espeso y de un rojo brillante.

—Me parece que es el glaseado que pone Henry a las tartas de cereza. Creo que limpió el frigorífico hace sólo dos días.

Volvió a enroscar la tapa y dejó el frasco en el mármol.

—Eso es lo que él dice. La verdad es que limpiar frigoríficos es una de mis especialidades. Enseñé a Henry cómo se hacía en 1912. Su problema es que le falta rigor. Pocas personas lo tienen cuando se trata de la basura propia. Ya que estoy aquí, aprovecharé para dejarlo todo decente y presentable.

—¿Ha sido esa su misión en la vida, enseñar a los hombres cómo se lleva una casa?

—Más o menos. Tuve que ayudar a mi madre a criar a sus diez hijos. Cuando murió mi padre, me sentí obligada a quedarme hasta que mi madre se recuperase y el proceso duró casi treinta años. Se deprimió mucho cuando perdió al marido, y eso que nunca se llevaron bien, que yo recuerde por lo menos. Ay, Señor. Cuánto lloró por él. Más tarde se me ocurrió pensar que a lo mejor había exagerado un poco para retenerme.

—¿Diez hijos? Pensé que sólo eran cinco hermanos: usted, Charlie, Lewis, William y Henry. Negó con la cabeza.

—Nosotros somos los cinco supervivientes. Somos Tilmann, de la familia de mi madre. En la familia hay una división clara entre los hijos que tuvo. Una mitad salió a los Tilmann y la otra mitad a los Pitts, la familia de mi padre. Si se nos pusiera en fila para hacernos una foto, lo verías con toda claridad. Es un hecho comprobado. Todos los de la familia de mi padre han muerto jóvenes. Ha sido una rama genética lamentable. Bajos y con la cabeza pequeña, lo que quiere decir que ni tenían la inteligencia de nuestra rama ni energía física de ninguna clase. Nuestra abuela paterna se llamaba Mauritz de soltera, apellido que viene de «Moro», lo que sugiere que ha habido gente de piel oscura en algún punto del árbol genealógico. Todos eran morenos y con muy poco aguante. La abuela Mauritz se murió de una gripe, lo mismo que dos hermanos que nacieron antes que yo. Fue una catástrofe. Primero se murió ella, luego uno y luego el otro. También perdimos a nuestra hermana Alice. De piel morena, cabeza pequeña, murió también de gripe dos días después de pillarla. Cuatro primos y una tía. A veces se morían dos a la vez y teníamos entierro doble. Toda la rama de mi padre desapareció en cosa de cinco meses, entre noviembre y marzo. Los que salimos a nuestra madre somos los únicos que sobrevivimos y esperamos vivir mucho más tiempo. Mi madre llegó a los ciento tres años. Cuando cumplió los noventa, se volvió tan cascarrabias que la amenazamos con esconderle el whisky agrio de patata si no se reformaba. Sólo tomaba seis cucharadas soperas al día, pero creía que era esencial para seguir viviendo. Le pusimos la botella en un estante alto, donde pudiera verla pero no tocarla. Tuvo que moderarse y así vivió otros trece años, apacible como un cordero.

Cerró la puerta del frigorífico de manera provisional y volvió al fregadero. El agua jabonosa se había enfriado ya lo suficiente para ponerse a lavar la bandeja de la carne. Abrió las portezuelas que había debajo del fregadero y vi que arrugaba el entrecejo.

—¿Qué ocurre?

—Henry no tiene el detergente con que acostumbro a limpiar las bandejas. —Escrutó otra vez el interior—. En fin, tendré que romperme el codo frotando.

—¿Quiere que vaya al supermercado? Puedo comprar cualquier cosa. Tardaré menos de diez minutos.

—Déjalo, es igual. Me apañaré con el estropajo. Lo limpiaré en un momento. Tú tienes cosas que hacer.

—Pero si no me importa. Pensaba ir al cine, pero la verdad es que ya no tengo ganas.

—¿Seguro que no te importa?

—Palabra de exploradora —dije.

—Pues te lo agradecería. También hay que comprar leche. En cuanto los chicos se tomen esta noche la leche y las pastas, no quedará para el desayuno. Me has salvado la vida.

—Olvídelo. Enseguida vuelvo. ¿Qué clase de leche? ¿Desnatada?

—Una botella de desnatada de dos litros. Quiero quitar a los chicos el vicio de las grasas.

Miré en el bolso si tenía las llaves y me lo colgué del hombro mientras me dirigía a la puerta. Tenía el coche dos casas más abajo. Lo puse en marcha y me alejé de la acera. En el cruce de Albanil y Bay torcí a la derecha, pasando por delante de la casa de Bucky, que se había convertido en mi último punto de referencia del barrio. Probablemente no volvería a pasar ante ella sin volverme. Miré en la dirección del sendero de entrada, hacia la vivienda del garaje. Había luz y vi pasar una sombra por delante de las ventanas.

Pisé el freno y me quedé mirando el piso. Que yo supiera, los Lee no estaban en casa. La última vez que los había visto estaban cenando en el local de Rosie. La luz se apagó y vi salir a alguien al descansillo en sombras. Bueno, la cosa se ponía interesante. Encontré un sitio para aparcar y pegué el coche al bordillo. Apagué el motor y los faros. Moví el espejo retrovisor para enfocar el sendero del garaje y me escurrí en el asiento.

La persona que salió del sendero era un hombre y llevaba en la mano derecha un abultado petate militar. Avanzaba en dirección a mi coche, la cabeza baja, los hombros caídos. A la escasa luz de la farola callejera no pude ver si era Bucky, Chester o Ray. Tenía mucho pelo en toda la cabeza, oscuro y rizado. Vestía de oscuro y seguramente calzaba zapatos de suela de goma porque sus pies no produjeron ningún ruido cuando pasaron por mi lado. Lo seguí con la mirada y vi con interés que se acercaba a un Ford Taurus blanco que estaba aparcado en la otra acera, en dirección opuesta. Cambió el petate de mano para sacar las llaves y abrir la portezuela del conductor. Miré intrigada hacia la casa de Bucky, pero el lugar seguía a oscuras y sin el menor rastro de vida.

El hombre abrió la portezuela y echó el petate en el asiento contiguo, se puso al volante y cerró de un portazo. Advertí que se miraba en el retrovisor, se pasaba la mano por el pelo y se calaba un sombrero Stetson. Me agaché cuando puso el motor en marcha, encendió las luces y arrancó, barriendo mi parabrisas con los faros. En cuanto dobló la esquina, arranqué y me alejé de la acera. Di una vuelta en herradura, encendí los faros y doblé la esquina seis segundos después del intruso. Vi sus luces traseras en el momento en que doblaba a la derecha para entrar en Castle. Tuve que acelerar para no perderlo de vista. Cinco minutos más tarde entraba en un acceso de la autopista, en dirección norte, hacia Colgate. Me puse a dos vehículos de distancia y pisé a fondo el acelerador.

Seguir con un solo coche suele ser una pérdida de tiempo, sobre todo si es de noche, momento en que los faros propios se notan mucho en el retrovisor ajeno. En el presente caso, fueran cuales fuesen las intenciones de aquel individuo, no creía que sospechase que lo seguía. Al salir de la vivienda de Johnny no me había parecido ni alerta ni cauteloso y me figuré que lo que menos esperaba era que lo siguieran. Tampoco lo había esperado yo, así que cuando menos estaba tan sorprendida como él. En la autopista no hizo nada (cambios desorientadores de carril, salidas repentinas) que indicara que se hubiese percatado de mi presencia. El perfil del Stetson me proporcionaba una buena pista visual para prevenir los posibles deslumbres de los coches que corrían hacia nosotros. Tomó la salida de la parte norte de State Street e hice lo mismo detrás de él. Conduje con la izquierda mientras con la derecha buscaba en el bolso papel y lápiz. Ya que lo tenía a la vista, por lo menos apuntaría el número de la matrícula. La clase de matrícula ya indicaba que era un coche de alquiler, entre otras cosas porque en el borde de la placa ponía Alquiler Coches Económicos. Una buena deducción. Apunté el número en el dorso de una antigua factura del supermercado. Ya llamaría más tarde a quien pudiera comprobar la situación del coche alquilado.

Pasaban de las siete y cuarto cuando el Taurus blanco aparcó delante del Capri, un motel de diez plazas que se alzaba a un lado de la carretera. El perímetro del aparcamiento estaba señalado por las ristas de bombillas navideñas que colgaban entre los postes. El motel constaba de dos filas de *bungalows* de madera, todos con un saledizo para dejar el coche. La oscuridad envolvía el exterior lo suficiente para disimular la pintura desconchada, la tela metálica medio rota y la mala calidad de la construcción. Casi todas las plazas parecían vacías: no había luz en las ventanas ni coches bajo los saledizos. Delante de una puerta había un coche grúa tan pequeño que parecía de juguete. Las dos primeras plazas del bloque de la izquierda estaban ocupadas, al igual que la segunda de la derecha, que era donde estaba estacionado el Taurus.

El conductor cerró con llave el coche y se dirigió hacia el pequeño porche del *bungalow*, iluminado por una bombilla de no más de cuarenta vatios. Esperé hasta que hubo abierto y entrado, y entonces deslicé el VW por la grava del aparcamiento hasta una plaza a oscuras. Me metí en marcha atrás debajo del saledizo, apagué los faros y bajé la ventanilla. Sólo los crujidos del motor que se enfriaba interrumpían el silencio reinante. Y una bombilla navideña de color verde que parpadeaba y zumbaba por encima de mí como un abejorro. Me quedé sentada en la oscuridad, calculando cuánto tiempo estaba dispuesta a esperar antes de dar media vuelta. La pobre Nell estaría preguntándose dónde estaba el supermercado. Le había prometido que sería

rápida, quince minutos máximo. Ya habían transcurrido treinta. Sentí una burbuja sólida en la boca del estómago, una extraña mezcla emocional de nerviosismo y excitación. ¿Qué había en el petate que el individuo había sacado de la casa? Tal vez herramientas de desvalijador. Partía de la base de que era el mismo individuo que había entrado anteriormente en la vivienda, pero no adivinaba por qué había tenido que volver. Ray Rawson sospechaba quién podía haber sido el caco, pero no me había dado ninguna pista sobre su identidad. Lamenté no haberle presionado para sonsacarle aquella información. Valía la pena esperar un poco. Si se me agotaba la paciencia, apuntaría la dirección del motel y por la mañana recurriría a una treta telefónica para averiguar quién se hospedaba allí.

Volví a mirar la hora. Pasaban ya de las siete y media. El individuo llevaba ya quince minutos en sus habitaciones. ¿Pensaba quedarse toda la noche? No podía quedarme allí indefinidamente y no me pareció sensato acercarme al *bungalow* para espiar por las ventanas. Puede que viajara con un perro con muy mala uva y capaz de armar un escándalo. Era el lugar indicado para alojar niños y animales raros de compañía. De lo contrario, el negocio no sería rentable, salvo por casualidad.

Estaba ya a punto de irme cuando vi movimiento en el porche del *bungalow*. El hombre apareció acompañado de una mujer, que era quien llevaba ahora el petate. Seguía con el sombrero puesto y llevaba un maletín, que metió en el maletero. La mujer le entregó el petate y el hombre lo puso con el maletín. Abrió la portezuela del copiloto y ayudó a la mujer a subir al vehículo. Advertí que no tomaban ninguna precaución. O se iban a dar una vuelta o se marchaban sin pagar. El hombre rodeó el coche. Arranqué al mismo tiempo que él, aprovechando su ruido para ocultar el mío. Encendió las luces traseras, las rojas de los frenos medio eclipsadas por las blancas de la marcha atrás.

Mantuve apagadas mis luces y esperé a que el Taurus retrocediera y girase hacia la calzada. Partió en dirección a la autopista e hice lo propio a una distancia prudencial. No me gustaba la situación. Había muy poco tráfico y si tenía que seguirlos durante mucho tiempo, acabarían descubriéndome. Por suerte, se dirigió al acceso norte de la autopista y cuando entré en esta detrás de él ya había vehículos de sobra para camuflar mi presencia.

El Taurus se mantuvo por el carril de la derecha y dejó atrás dos salidas antes de tomar la que llevaba hacia el aeropuerto y la universidad. Con dos bultos en el maletero, no creía que fueran a las clases nocturnas. La rampa de salida ascendía y giraba a la izquierda, ensanchándose hasta tener seis carriles. De un acceso lateral surgió de pronto un taxi y aflojé el acelerador para que se me pusiera delante. El Taurus seguía en el carril de la derecha y salió de la rampa al llegar a Rockpit, girando nuevamente a la derecha al llegar a la señal de Stop. Me quedé a merced del viento mientras primero el Taurus y luego el taxi entraban en el aeropuerto.

Vi que el Taurus pasaba al carril izquierdo y que frenaba al llegar al parquímetro de la zona de estacionamiento temporal. Se alzó el brazo del tique como un saludo automatizado. El taxi, mientras tanto, se había ido hacia la derecha para detenerse ante la puerta de facturación de equipajes, donde se apearon dos pasajeros con maletas. Esperé hasta que el Taurus entró en la zona de estacionamiento temporal y reanudé la marcha. Zumbó el parquímetro y por la ranura apareció un tique como si fuera una lengua. Me lo llevé de un tirón y entré en el aparcamiento.

El Taurus se había metido en el primer pasillo de la izquierda y se había detenido ya en la fila frontal, cerca de la calzada. Entreví a la pareja, que se dirigía a la terminal. La mujer llevaba un impermeable sobre los hombros. Busqué algún sitio vacío y metí el coche en el primero que

encontré. Apagué el motor, bajé y seguí a la pareja con disimulo. Hablaban y ninguno parecía haberse dado cuenta de mi presencia.

Era ya noche cerrada y el edificio de la terminal estaba iluminado como un belén. En la acera había dos mozos poniendo etiquetas en las maletas de los pasajeros que habían bajado del taxi. Mi pareja entró en la terminal. Advertí que dejaban atrás las ventanillas de alquiler de coches. ¿Se largaban sin pagar? Apreté el paso y el bolso se puso a golpearme la cadera mientras recorría al trote el corto trecho que había hasta la entrada. La terminal del aeropuerto de Santa Teresa sólo tiene seis puertas.

Las Puertas 1, 2 y 3, en el ala izquierda, son para los vuelos de cercanías, los «saltacharcos» que iban y venían de Los Ángeles, San Francisco, San José, Fresno, Sacramento y otros lugares situados en un radio de seiscientos kilómetros. En el vestíbulo principal, United Airlines compartía el mostrador con la American. Hice una rápida inspección visual entre los pasajeros sentados en los diversos grupos de sillones. El Stetson habría tenido que facilitar la localización, pero no vi el menor rastro de la pareja.

Casi todos los pasajeros que partían pasaban por la Puerta 5, que quedaba bien visible en la otra parte del pequeño vestíbulo. Había poco tráfico aéreo a aquella hora de la noche y un vistazo al panel indicador del movimiento me reveló que sólo iban a despegar dos aviones. Uno era un reactor de United con destino Los Ángeles y el otro un vuelo normal de American Airlines a Palm Beach, con escala en Dallas/Fort Worth. Al lado tenía la Puerta 4, que se utilizaba como puerta de llegada de los vuelos de United. Los ventanales rematados en arco daban a una zona de hierba, iluminada por las luces exteriores, y rodeada por un muro enlucido y coronado por un vidrio protector de un metro de altura. Oía el agudo rugido de un pequeño avión que se acercaba por la pista. Avancé hacia las puertas dobles y miré al exterior. Habría seis o siete personas en aquel sector: una mujer con un niño pequeño, tres universitarios, dos ancianos con un perro. Ni rastro de la pareja que buscaba.

Al cruzar las puertas del vestíbulo principal que conducían al ala de cercanías, vi el Stetson, fieltro negro con ala ancha y cuerpo alto y blando. El hombre estaba en la tienda abonando el importe de un par de revistas. Lo tenía de costado, pero la luz era excelente. Como si quisiera prestarme un servicio, se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo antes de volver a calzarse la prenda con otra inclinación. Lo observé con atención para poder identificarlo más adelante, si llegaba el caso. Le eché casi sesenta años; tenía la cara magra, de ave de rapiña, y ojos oscuros y pequeños. Lucía un bigote poblado y blanquinegro. Lo que a la luz de la farola me había parecido una mata de pelo negro y rizado era en realidad cabellera canosa. Llevaba botas vaqueras, tejanos y chaqueta de lana oscura. Mediría un metro ochenta, aunque las botas podían ser responsables de varios centímetros, y le calculé unos ochenta kilos de peso. Se puso las revistas bajo el brazo y se guardó el cambio en el bolsillo. Me alejé de la puerta cuando se giró.

A mis espaldas había una fila de teléfonos públicos. En parte para ocultarme y en parte por desesperación, me instalé ante el primer teléfono y abrí la guía encadenada al estante de metal. Me puse a buscar el número de Bucky mientras el hombre salía de la tienda. Vi de reojo que cruzaba el vestíbulo y se reunía con la mujer, que se encontraba ya en el mostrador de los pasajes, con la espalda hacia mí y el petate a los pies. ¿De dónde había salido? Seguramente del lavabo de señoras. Ahora hacía cola para comprar los pasajes. Se había quitado el impermeable y lo llevaba colgando del brazo. El pasajero que tenía delante terminó su transacción y le tocó el turno a la

mujer, que puso una maleta grande en la báscula y adelantó el petate con el pie para pegarlo al mostrador.

La empleada de la compañía la saludó y cambiaron unas palabras. Mientras la empleada escribía en el teclado del ordenador, la mujer adelantó la mano y recogió una etiqueta identificadora de una caja. Dio sus señas y entregó la etiqueta a la empleada, que reunía las distintas partes del pasaje. La mujer puso sobre el mostrador un fajo de billetes, la empleada los contó y los guardó. Acto seguido, ató la etiqueta de identificación a la maleta, junto con una ficha de reclamaciones, y puso la maleta en la cinta transportadora. El bulto móvil se coló por una gatera igual que un ataúd camino de las llamas. Las dos mujeres terminaron la operación y la empleada entregó a la pasajera el sobre con el pasaje y la tarjeta de embarque.

Cuando la mujer se volvió hacia su compañero, vi que estaba embarazada de seis o siete meses. ¿Sería la hija? Era mucho más joven que él, de unos treinta y cinco años, con un pelo color fuego amontonado en la parte superior de la cabeza. Su piel tenía ese aire de yeso que da el exceso de crema y se había echado además un poco de colorete, con lo que parecía tener la cara algo sucia. El vestido de premamá era de esos largos y anchos, de tela vaquera azul claro, manga corta y cintura caída, hinchada a causa de la barriga. Debajo del vestido llevaba una camiseta blanca de tamaño extragrande y de manga larga. Calzaba unos calientapiernas a franjas rojas y blancas, y botas de deporte rojas. El vestido de tela vaquera lo había visto en una revista de jardinería y era de un estilo que solían llevar las antiguas *hippies* que habían cambiado las drogas y las comunas sexuales por la comida macrobiótica y la ropa de fibra natural.

El hombre recogió el petate y los dos se apartaron cuando le tocó el turno al siguiente pasajero de la cola. El hombre volvió a dejar el petate en el suelo y los dos se mantuvieron a un lado, enfrascados en una conversación intrascendente. Estaban a punto de subir a un avión y yo no sabía qué hacer. Detenerlos en nombre de la ley me parecía, en el mejor de los casos, peligroso. Yo ni siquiera habría podido afirmar que se hubiera cometido ningún delito. Ahora bien, ¿qué otra cosa había podido hacer aquel sujeto en el piso de Johnny Lee? Había sido poli durante el tiempo suficiente para saber que allí había gato encerrado. A juzgar por las apariencias, el petate estaba a punto de cambiar de estado. Ignoraba si la pareja tenía intención de volver a Santa Teresa o si se estaban fugando contraviniendo alguna ley.

Volví a concentrarme en el teléfono público y pasé las páginas con nerviosismo, hablando para mí misma. Vamos, vamos. Lawrence. Laymon. Recorrí las columnas con el dedo. Leason. Leatherman. Leber. Ajá. Quince personas apellidadas Lee, pero sólo una domiciliada en Bay. Bucyrus Lee. ¿Bucky era el diminutivo de Bucyrus? Encontré una moneda en el bolsillo de la chaqueta, la introduje en la ranura y marqué el número. Descolgaron al segundo timbrazo.

—Hola, ¿Bucky?

—Soy Chester. ¿Quién eres tú?

—Kinsey...

—Mierda. Será mejor que vengas. Aquí ha estallado la bomba.

—¿Qué ha pasado?

—Salimos del local de Rosie y al ir a casa encontramos a Ray Rawson arrastrándose por el sendero del garaje. La cara llena de sangre y una mano tan hinchada que parecía un guante de boxeo. Tenía rotos dos dedos y Dios sabe qué más. Han entrado otra vez en el piso y han hecho agujeros debajo del armario de la cocina.



Se pusieron a decir por los altavoces algo relativo a un vuelo de American Airlines.

—Un momento —dije. Puse la mano en el auricular. Me había perdido los detalles, pero tenía que ser la orden de embarque para los pasajeros del avión de Palm Beach. Por el rabillo del ojo vi que el hombre recogía el petate y que abandonaba la terminal con la embarazada, girando a la izquierda, hacia la puerta de American Airlines. El corazón se me aceleró. Me concentré otra vez en Chester—. ¿Está bien Rawson?

—Oye, tenemos esto lleno de coches de la policía y hay una ambulancia en camino. El hombre no tiene buen aspecto. ¿Qué ruido es ese? Casi no te oigo.

—Por eso te llamaba. Estoy en el aeropuerto —dije—. Vi salir del piso a un individuo con un petate. Va con una mujer y creo que van a subir a un avión. Lo he seguido hasta aquí, pero si perdemos la pista a la bolsa, será ya sólo mi palabra contra la suya.

—Espera. Voy por Bucky y salimos disparados. No te despegues de él hasta que lleguemos.

—Pero Chester, están subiendo ya al avión. ¿Sabes qué se llevaron?

—No tengo ni idea. Mientras esto esté lleno de gente ni siquiera podré entrar. ¿Y la policía del aeropuerto? ¿No podría echarme una mano?

—¿Qué policía? No hay ningún agente a la vista. Estoy completamente sola.

—Bueno, maldita sea, ¡haz algo!

Repasé las posibilidades a toda velocidad.

—Págame el pasaje y lo sigo —dije.

—¿Adónde?

—El vuelo es con destino Palm Beach, con escala en Dallas. Decídete porque dos minutos más y se habrá ido.

—Adelante. Ya arreglaremos cuentas. Llámame cuando puedas.

Colgué y al pasar miré otra vez el panel indicador del movimiento aéreo. La palabra EMBARQUE parpadeaba alegremente al lado de la hora prevista del vuelo 508 de American Airlines. La terminal se había vaciado de pasajeros que sin duda se encontraban agrupados en la puerta. Corriteé por el vestíbulo hacia el mostrador de American Airlines. Una empleada atendía a un pasajero, pero la otra se me quedó mirando.

—Acérquese, por favor.

Me puse ante ella.

—¿Quedan plazas en el avión de Palm Beach? —No sabía si la pareja iba a Dallas o a Palm Beach, pero tenía que partir de lo segundo si no quería que se me escaparan.

—Voy a ver lo que hay. El avión no va lleno. —Se puso a escribir con rapidez en el teclado del ordenador que tenía ante sí, deteniéndose para descifrar los datos que le salían en la pantalla—. Quedan diecisiete plazas libres... doce de clase turística y cinco de primera clase.

—¿Cuánto vale la turística?

—Cuatrocientos ochenta y siete dólares.

No era ningún drama.

—¿Ida y vuelta?

—Sólo ida.

—¿Cuatrocientos ochenta y siete dólares la ida? —La voz me salió aguda y temblona como si acabara de tener la menstruación por primera vez.

—Sí, señora.

—Qué remedio —dije—. Deje la vuelta abierta. No sé cuánto tiempo voy a quedarme. —La pura verdad era que no sabía adónde se dirigía la pareja. Podían irse perfectamente a México, al Cono Sur o al Honolulu. No había visto ningún pasaporte cambiar de manos, pero tampoco podía descartar la posibilidad. Como la empleada que tenía ante mí no era la que había atendido a la embarazada, no tenía sentido interrogarla. Abrí la billetera, saqué una tarjeta de crédito y la puse encima del mostrador. La empleada no pareció poner en duda la prudencia del impulso. Madre mía. O Chester me costaba el viaje o me iba a pique.

—¿Asiento de pasillo o ventanilla?

—Pasillo. Hacia la parte delantera. —Era de cajón que la pareja bajara del avión antes que yo y quería estar preparada para salir tras ellos.

La empleada pasó a otra pantalla tecleando con parsimonia.

—¿Lleva equipaje?

—Sólo lo puesto —dije. Quise gritarle que se diera prisa, pero no tenía sentido. La máquina de los billetes se puso a traquetear y a zumbar, y expulsó el pasaje, la tarjeta de embarque y el comprobante de la tarjeta de crédito, que firmé donde se indicaba. Creo que fruncí el entrecejo al ver lo que me habían cobrado. El viaje de ida y vuelta en clase turística, sin descuentos para estudiantes ni rebajas en posteriores iniciativas, me había costado 974 dólares. Hice unas cuantas operaciones. El límite del crédito de aquella tarjeta era de 2.500 dólares y aún estaba pagando unas compras que había hecho durante el verano. Según mis cálculos, aún disponía de un crédito de cuatrocientos dólares. En fin. Si no hubiera tenido ni un céntimo en el banco habría sido lo mismo, porque no podía sacarlo a aquellas horas.

Recogí el sobre del pasaje, di las gracias a la empleada y corrí alrededor de la terminal para ir a la Puerta 6, donde puse el bolso de mano en la cinta que pasaba por la máquina de rayos X. Saqué la llave de Johnny del bolsillo del pantalón y la guardé en el bolso. Pasé por el detector de metales sin problemas y recogí el bolso en el otro lado. Los pasajeros de primera clase y las personas con niños pequeños ya habían cruzado la puerta y abandonado la terminal. Los veía avanzar por la pista en dirección al aparato. Ya estaba en curso el embarque general y me puse al final de la lenta cola. El hombre del Stetson era claramente visible.

La pareja estaba unos seis pasajeros más allá, sin decirse prácticamente nada. La mujer llevaba ahora las revistas y él acarreaba el petate. Se comportaban como si estuvieran sometidos a cierta tensión y tenían la cara inexpresiva. No vi que hubiera entre ellos ninguna muestra de afecto, descontado el vientre de la señora, que sugería por lo menos un rato de intimidad seis o siete meses antes. Puede que se hubieran visto obligados a casarse por el niño. Fuera cual fuese la explicación, la dinámica sentimental entre ellos parecía nula.

Cuando llegaron a la puerta, el hombre tendió el petate a la mujer y le dijo algo. Ella le respondió con un murmullo, sin mirarle. Parecía reticente y trataba al hombre con un distanciamiento palpable. El hombre le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso. Retrocedió a continuación, se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando mientras la mujer entregaba la tarjeta de embarque al empleado de la puerta y se alejaba con el petate en la mano. Pues estábamos buenos. ¿Qué hacía ahora? El hombre esperó junto a la puerta hasta que la mujer se perdió de vista. Titubeé y repasé mis alternativas. Siempre podía seguirlo a él, pero lo importante era el petate, por lo menos hasta que averiguara qué contenía. Una vez desaparecido el botín, nadie podría ya seguirle la pista hasta sus orígenes.

El hombre se volvió hacia mí, echando a andar hacia la salida. Me miró a los ojos un instante antes de que pudiese desviarlos. Lo miré otra vez con rapidez y tomé una foto mental de su cara grisácea, de la cicatriz de la barbilla, una profunda raya de color blanco que comenzaba en el labio superior y seguía hasta el cuello. O había cruzado volando una ventana o le habían dado un navajazo.

El empleado de la puerta recogió la tarjeta de embarque y me devolvió la matriz. Si había que dar media vuelta, era el momento indicado. Delante de mí, en el asfalto mal iluminado, vi que la embarazada llegaba a lo alto de la pasarela y que cruzaba la puerta del avión. Respiré hondo, salí a la pista y llegué a la pasarela. Hacía fresco y el viento incesante que parecía asolar la pista me traspasaba el tejido de la chaqueta de mezclilla. Subí los peldaños, produciendo ruidos metálicos al pisar las láminas sueltas.

Me sentí mejor cuando hube cruzado el umbral del 737 y entrado en la iluminada calidez del interior. Miré a los pasajeros de primera clase, pero la embarazada no estaba entre ellos. Comprobé el número de mi asiento en la matriz de la tarjeta de embarque: 10D, seguramente sobre el ala izquierda del aparato. Mientras esperaba a que se instalasen los pasajeros que me precedían, me puse a otear las primeras filas de la clase turística. La mujer estaba en la fila octava, en un asiento de ventanilla de la derecha. Había sacado una polvera y se miraba en el espejito. Sacó un tarro de maquillaje, lo abrió y se embadurnó las mejillas de color beige.

Casi todos los compartimientos para el equipaje de mano estaban abiertos a la altura de la cabeza. Avancé un paso y esperé a que el universitario que tenía delante metiera una mochila del tamaño de un sofá en el compartimiento que le correspondía. Al pasar junto a la fila octava, vi el petate medio oculto por el doblado impermeable de la embarazada, ambos objetos encajonados entre un abultado bolso de lona, un maletín y un carrito de transportar maletas, los típicos trastos que se caen y nos dan en la cabeza en el momento de aterrizar. Si hubiera tenido temple, me habría llevado el petate sin más y lo hubiera escondido bajo el asiento hasta el momento de inspeccionar el contenido. La embarazada me miró. Me volví con naturalidad.

Ocupé mi asiento y empotré el bolso en el respaldo del asiento delantero. Los dos que tenía junto a mí estaban vacíos y rogué al dios de los aviones que me dejaran la fila para mí sola. Al cabo de unos minutos me llevaría las manos a la nuca y me estiraría para echar una siesta. La embarazada se levantó en aquel momento y salió al pasillo, desde donde abrió el compartimiento del equipaje de mano. Apartó el bolso de lona y extrajo con esfuerzo un libro encuadernado de un bolsillo exterior del petate. La azafata avanzaba por el pasillo hacia ella, cerrando los compartimientos metálicos con movimientos decididos.

Poco después de cerrarse la puerta del aparato, la azafata se puso delante de los presentes y dio detalladas instrucciones, con ejemplos prácticos, sobre cómo abrochar y desabrochar el cinturón de seguridad. Me pregunté si habría alguien en el avión que todavía no comprendiera el complicado procedimiento. Nos explicó también qué había que hacer si corríamos peligro de estrellarnos, hacernos papilla y carbonizarnos por caer hacia la corteza terrestre a velocidad supersónica desde ochocientos metros de altura. En mi opinión, el tubito del oxígeno que colgaba del techo estaba fuera de lugar, pero la azafata parecía sentirse mejor dándonos indicaciones sobre el uso del aparato. Para distraernos del miedo a morirnos por el camino, nos prometió un carrito de bebidas y una cena rápida en cuanto estuviésemos volando.

El avión se alejó de la terminal y entró en la pista de despegue. Hubo una pausa y el avión

comenzó a correr, adquiriendo velocidad con auténticas ganas. Vibramos y nos sacudimos con los motores a tope. El aparato se elevó en el cielo nocturno y los iluminados edificios de abajo se encogieron hasta que no quedó de ellos más que una reja de luces.

Registré la red del respaldo del asiento delantero: la bolsa para vomitar, una hoja satinada con instrucciones de seguridad ilustradas con dibujos, una aburrida revista de líneas aéreas y un catálogo de regalos por si me apetecía ir de compras navideñas en pleno vuelo. Iba a ser un viaje largo y yo sin mi fiel novela de Leonard. Me volví casi involuntariamente hacia la mujer embarazada, que estaba al otro lado del pasillo y dos filas delante de mí. Desde donde me encontraba sólo podía verle una parte de la cara. La maraña de pelo rojo me despertaba el deseo de asaltarla con un peine.

Aún no podía creer que estuviera haciendo aquello. Para evaluar mi situación me dije que lo mejor era hacer un inventario rápido. Llevaba encima la ropa, es decir, las Reebok y los calcetines, las bragas, los tejanos, el jersey de cuello alto y la chaqueta de mezclilla. Metí las manos en los bolsillos de la chaqueta y encontré una entrada de cine de hacía una semana, dos monedas de veinticinco centavos, un bolígrafo y un sujetapapeles metálico. Me palpé el bolsillo derecho del tejano, que estaba vacío. En el otro había un pañuelo de papel arrugado, lo saqué y me soné la nariz. Saqué el contenido del bolso de mano y lo puse en el asiento contiguo. Tenía la billetera, con el permiso de conducir californiano y la licencia de detective; dos tarjetas de crédito internacionales, una con un límite de 2.500 dólares (menos el saldo de los últimos gastos), la otra, según comprobé en aquel momento, ya caducada. Maldición. Tenía 46 dólares con 52 centavos en metálico, la tarjeta telefónica y una tarjeta de unos grandes almacenes, del todo inútil fuera de California. ¿Dónde tenía el talonario? Ah, en casa, encima de la mesa, donde había estado rellenando algunos cheques. Pero la virtud no sirve de nada cuando la necesidad apremia. Si hubiera sido descuidada, habría llevado el talonario conmigo, aumentando mi magro caudal en trescientos o cuatrocientos dólares. En el fondo del compartimiento interior de la billetera llevaba el juego de ganzúas, un artículo que el viajero improvisado siempre ha de tener a mano.

Tenía además el cepillo de dientes, el dentífrico y las bragas limpias que siempre llevo conmigo. Y una navaja de explorador, unas gafas de sol, un peine, una barra de carmín, un sacacorchos, la llave de la caja de Johnny, dos bolígrafos, la factura de la tienda donde había apuntado la matrícula del Taurus, un frasco de aspirinas y los anticonceptivos. Ocurriera lo que ocurriera, no iba a quedarme embarazada, así que ¿por qué preocuparse? A fin de cuentas, estaba de vacaciones y no me obligaban otras responsabilidades.

No tenía ni la más remota idea de lo que haría cuando aterrizásemos. Como es lógico, esperaba a ver qué decisión tomaba mi compañera de viaje. Si se iba del país, no podría impedirselo, pues entre las cosas que no llevaba encima figuraba el pasaporte. Seguramente

podría entrar en México con el permiso de conducir, aunque no me gustaba la idea. He oído demasiadas anécdotas sobre las cárceles mexicanas. Por el lado positivo, tenía pagado el viaje de vuelta, de manera que siempre podía abordar otro avión y regresar. Lo peor que podía ocurrir mientras tanto era que metiese la pata... y hay antecedentes en mi historial.

En cuanto se apagó el aviso luminoso de abrocharse los cinturones, me desabroché el mío y busqué una manta y una almohada en el compartimiento de arriba. Me dirigí a la parte trasera e hice uso de la grifería volante, me lavé las manos, me miré en el espejo y recogí un ejemplar de la revista *Time* al volver al asiento. El piloto nos habló por los altavoces y nos dio unos datos de vuelo con voz segura. Nos dijo la altura de vuelo, el clima y la dirección que íbamos a seguir, más la hora aproximada de llegada.

Llegó el carrito de las bebidas y adquirí tres dólares de vino malo. Ardía en deseos de engullir el tentempié de cuatrocientos ochenta y siete dólares, que resultó ser un tomate enano, una ramita de perejil y un rollo de primavera del tamaño de un pisapapeles. De postre había un barquillo al chocolate envuelto en papel de aluminio. En cuanto estuvimos llenos se amortiguaron las luces de la carlinga. La mitad de los pasajeros optó por dormir y la otra mitad encendió las lámparas de lectura, para leer o preparar documentos. Cuarenta y cinco minutos más tarde vi que la embarazada pasaba por mi lado.

Me volví con curiosidad y vi que se dirigía hacia los lavabos del extremo del aparato. Observé a los pasajeros más cercanos. Casi todos dormían. Nadie parecía prestarme atención. Nada más cerrarse la puerta del lavabo, me levanté, me adelanté dos filas y me senté junto al pasillo, a dos asientos del de la embarazada. Me puse a revolver el contenido de la red del respaldo del asiento delantero como si buscase algo. No estaba segura de tener tiempo (ni audacia) para bajar el petate. La mujer, por lo visto, se había llevado el bolso (un rasgo de desconfianza), de manera que no podía registrarlo. Miré en su red. No había nada interesante. Sólo se había dejado la novela encuadernada de Danielle Steel, cerrada ahora y en medio del asiento. Miré las guardas, pero no vi ningún nombre escrito. Advertí que utilizaba como punto de lectura la matriz de la tarjeta de embarque. La saqué, me la guardé en el bolsillo de la chaqueta y volví a mi asiento. Nadie chilló, ni me señaló, ni me acusó con la mirada.

Momentos después pasó otra vez la embarazada, que volvía a su asiento. La vi recoger el libro. Se levantó a medias y miró el asiento, luego se agachó y buscó a su alrededor, seguramente la tarjeta perdida. Casi podía ver el signo de interrogación cerrado, en forma de nube, flotando encima de su cabeza. Pareció encogerse de hombros. Se incorporó, sacó del compartimiento una almohada y la manta, apagó la luz y se recostó en el asiento arropada con la manta.

Saqué la matriz del bolsillo y leí la escueta información que contenía. La mujer se llamaba Laura Huckaby y se dirigía a Palm Beach.

Dallas/Fort Worth está en la zona horaria central, dos horas por delante de California, que, sumadas a las tres horas de vuelo, se convirtieron en las dos menos cuarto de la madrugada cuando por fin tomamos tierra. Unos minutos antes de aterrizar, la azafata comunicó por los altavoces el número de las puertas correspondientes a otros vuelos con que podíamos empalmar. Comunicó asimismo que el avión estaría en tierra alrededor de setenta minutos y que luego continuaría el vuelo 508, a Palm Beach. Si queríamos bajar, tendríamos que llevar la tarjeta de embarque para identificarnos a la vuelta. Gracias a mi arte, la pobre Laura Huckaby ya no tenía tarjeta. La contemplé con sentimiento de culpa, pensando que o se pondría a discutir con

nerviosismo con la azafata o se resignaría a permanecer en el asiento, con cara de infelicidad, hasta que el avión despegara.

Pero en cuanto se detuvo el avión ante la puerta y se apagó la orden luminosa de abrocharse el cinturón de seguridad, la mujer se puso en pie, recogió el impermeable y el petate, guardó el libro en el bolsillo exterior de este y se sumó a la lenta cola de pasajeros que bajaban. No supe qué pensar, pero estaba obligada a seguirla. Avanzamos por la pasarela tubular como lo que éramos, un grupo heterogéneo de cansados viajeros de madrugada. Los pocos pasajeros que llevaban bolsa de viaje gravitaban cansinamente hacia las salidas, pero el grueso se dirigió hacia la cinta móvil de los equipajes. Tenía a Laura Huckaby bien a la vista. El pelo rojizo se le había aplastado con sus cabezadas y tenía el respaldo del vestido cubierto de arrugas horizontales. Aún llevaba el impermeable colgado del brazo, pero tuvo que detenerse dos veces para cambiar de mano el petate. ¿Adónde iba? ¿Pensaría que estábamos en Palm Beach?

El aeropuerto Dallas/Fort Worth estaba pintado con colores neutros y matices del beige y los suelos eran de baldosas coloreadas. Los pasillos eran anchos y estaban silenciosos a aquella hora. Un grupo de empresarios asiáticos nos adelantó en un chirriante cochecito eléctrico que emitía continuas notas agudas para advertir a los peatones desprevenidos. Las luces del techo nos ponía en la piel un suave tono de ictericia. Casi todos los establecimientos estaban cerrados y a oscuras. Dejamos atrás un restaurante y una mezcla de quiosco y tienda de regalos donde había libros encuadernados y de bolsillo, revistas del corazón, prensa diaria, salsas tejanas para barbacoa, libros de recetas tejanomexicanas y camisetas estampadas con motivos de Texas. La sección de recogida de los equipajes del vuelo 508 apareció ante nosotros, al otro lado de una puerta giratoria. Laura Huckaby pasó delante de mí y se detuvo titubeando en el umbral, como para orientarse. Al principio pensé que buscaba a alguien, pero por lo visto no era así.

La adelanté y me dirigí a la cinta móvil por la que saldrían los equipajes. No sabía qué estaba pasando. ¿Había tenido intención de bajar en Dallas desde el principio? ¿Había facturado el equipaje a Palm Beach o sólo a Dallas? A la izquierda había una fila de sillas de cromo y cuero de pega. Había un televisor en el rincón, en lo alto de la pared, y casi todas las cabezas estaban vueltas hacia él. En la pantalla se veían, en colores chillones, los restos de un avión estrellado hacía poco; una columna de humo negro se elevaba todavía del carbonizado fuselaje en un paisaje iluminado con crudeza. La informadora hablaba directamente a la cámara. Llevaba un abrigo de pelo de camello y la nieve caía a su alrededor. El viento le azotaba el pelo y coloreaba sus mejillas de rosa fuerte. El sonido era defectuoso, pero ninguno de los presentes tuvo ninguna duda sobre el contenido de sus comentarios. Me acerqué al depósito de agua y bebí en abundancia y con ruido.

Por el rabillo del ojo vi que Laura Huckaby se acercaba al panel informativo, donde se indicaba la forma de avisar al servicio de transporte de los muchos hoteles de los alrededores. Descolgó el teléfono y marcó cuatro cifras. Hubo una breve conversación. Esperé hasta que colgó, busqué su trayectoria y acabé detrás de ella cuando se acercaba a las escaleras mecánicas. Bajamos al nivel de la calle, donde cruzamos una serie de puertas de cristal.

Fuera hacía un frío inesperado. A pesar de la iluminación artificial, la zona de carga y descarga de pasajeros estaba sumida en la oscuridad. Entre la acera y el edificio habían puesto un poco de verde. La hierba, visible a lo ancho de la fachada de color crema, estaba repartida en islotes espaciados, como si fueran implantes de pelo. Me dirigí al área señalizada con el rótulo de

servicio de transbordadores y me puse a esperar mientras escrutaba la avenida. No nos miramos. Laura Huckaby parecía cansada y preocupada, sin manifestar el menor interés por los demás viajeros. En cierto momento hizo una mueca y se llevó la mano a los riñones. Otras dos personas se reunieron con nosotros: un hombre de buen ver con traje y corbata que llevaba un maletín y una bolsa de viaje, y una joven con un plumón de esquiar y una mochila al hombro. Pasaron algunos coches, a velocidad suficiente para levantar una brisa de humo de motor que se arremolinó alrededor de nuestros pies. A aquella hora había disminuido el tráfico aéreo, pero aún se oía el sordo rugido de los aviones que despegaban de tarde en tarde.

Pasaron varios transbordadores. La mujer no hizo nada por detenerlos y tampoco las dos personas que aguardaban con nosotros. Finalmente apareció por la curva un microbus rojo. En un costado podía verse, con caligrafía dorada, la inscripción EL CASTILLO VACÍO, con el perfil de un castillo simbólico. Laura Huckaby levantó la mano para llamar a la furgoneta. El conductor la vio y frenó pegado al bordillo. Bajó del vehículo y ayudó al hombre a meter el equipaje, mientras la embarazada y yo subíamos al microbús, seguidas por el hombre. La joven de la mochila se quedó donde estaba, con la mirada nerviosamente atenta a los vehículos que pasaban. Busqué asiento al final del microbús a oscuras. Laura Huckaby se instaló en la parte delantera, la mejilla apoyada en la palma de la mano. El pelo del moño primitivo se le había soltado casi totalmente.

El conductor se puso al volante otra vez, cerró la puerta, sacó una carpeta y se volvió a medias hacia nosotros para comprobar los nombres de la lista.

—¿Wheeler?

—Sí —dijo el hombre del traje.

—¿Hudson?

Ante mi sorpresa, Laura Huckaby levantó la mano. ¿Hudson? ¿De dónde salía aquello? Curioso desarrollo de los acontecimientos. No sólo se había bajado en una ciudad que no era su destino previsto, sino que al parecer había hecho la reserva hotelera con otro nombre. ¿Qué se proponía?

—Voy a reunirme con otra persona —dije, en respuesta a su mirada interrogativa.

El conductor asintió, dejó a un lado la carpeta, cambió de velocidad y partimos. Seguimos un complicado trayecto por carriles que se cruzaban y descruzaban alrededor de la terminal, y salimos por fin a campo abierto. El terreno era llano y muy oscuro. En la negrura destacaba algún que otro edificio iluminado como un espejismo titubeante. Cruzamos lo que tenía que ser un complejo gastronómico, restaurantes y más restaurantes iluminados con colores chillones como cualquier calle céntrica de Las Vegas. Al fondo apareció por fin la mole de un hotel, uno de esos establecimientos sin estilo con el precio de la habitación (69 dólares por persona) escrito debajo mismo del nombre. Las rojas letras de neón del Castillo Vacío palidecían unos instantes y se volvían a iluminar, y en el proceso se hacía visible otra frase, PARA DORMIR COMO UN REY. Oh, por favor. El logotipo era dos esquemáticas palmeras de neón verde flanqueando una torre de neón rojo con almenas.

Dejamos atrás un oasis de palmeras de verdad que rodeaban una reproducción de la torre pintada en el edificio, una estructura de piedra falsa con foso y puente levadizo. Cuando el microbús se detuvo en el andén del hotel, me entretuve hasta que Laura Huckaby (alias Hudson) hubo bajado. No parecía haber ningún botones de servicio. El hombre del traje recogió el maletín y la bolsa de viaje. Los tres entramos en el vestíbulo por las puertas giratorias, yo en retaguardia.



Laura Huckaby no llevaba más equipaje que el petate.

En el interior se había explotado hasta la saciedad el motivo de la «vieja y alegre Inglaterra». Todo era oro y carmesí, pesadas cortinas de terciopelo, molduras almenadas y tapices que colgaban de ganchos metálicos que sobresalían de los muros del «castillo». Al otro lado de los ascensores, una flecha indicaba el camino a los lavabos, una puerta para los «Caballeros» y otra para las «Damas». En recepción, reacia a llamar la atención de Laura Huckaby, procuré ponerme la última. Dado el precio de las habitaciones, podía costearme quizás una estancia de dos noches, aunque tenía que tener cuidado con los gastos adicionales. Ignoraba cuánto tiempo pensaba estar Laura Huckaby. Terminó esta de rellenar la ficha de registro y se dirigió a los ascensores con el petate a rastras. Estiré un poco el cuello y vi que entre los ascensores había sendas columnas de luces que indicaban en qué piso concreto se encontraba el ascensor respectivo. Subió al primer ascensor y en cuanto se cerraron las puertas, murmuré «Enseguida vuelvo» a nadie en particular y corrí hacia el panel de las luces. El piloto rojo subía sistemáticamente de piso en piso y se detuvo en la planta doce.

Volví a recepción en el instante en que el hombre del traje terminaba de inscribirse y se dirigía a los ascensores. Me acerqué al mostrador. Dada la decoración, esperaba ver como mínimo a una mujer con brial o a un hombre con cota de malla. La mujer, por el contrario, llevaba un típico uniforme de hostelería, blusa blanca, chaqueta azul marino y una falda lisa del mismo color. El marbete decía que era Vikki Biggs, Encargada de Noche. Tenía veintitantos años, seguramente era nueva y por tanto la habían relegado a aquel turno. Me dio una ficha en blanco. Apunté mi nombre y dirección y vi que arrancaba un comprobante de operación a crédito. Miró la dirección al grapar el comprobante a la ficha.

—Mi madre. Esta noche vienen todos de California —dijo—. La otra señora era también de Santa Teresa.

—Ya lo sé. Vamos juntas. Es mi cuñada. ¿Podría ponerme en la misma planta que ella?

—Vamos a ver —dijo. Escribió unas líneas en el omnipresente teclado y miró la pantalla con cara de concentración. A veces me entran ganas de apoyarme en el mostrador para echar un vistazo. Desde el punto de vista de Vikki, no había buenas noticias—. Lo lamento, pero esa planta está completa. Hay una habitación libre en la octava.

—Servirá —dije. Y tras ocurrírseme otra cosa—: ¿En qué habitación está? —Como si Vikki Biggs acabara de decirlo y no la hubiera oído bien.

Biggs no era tonta. Y yo, por lo visto, acababa de meterme en el país de las reticencias hoteleras. Torció la boca en una mueca de pesar.

—No nos permiten revelar el número de las habitaciones. Pero puede hacer otra cosa. Pida hablar con ella en cuanto suba usted a su habitación y la telefonista hará la llamada con mucho gusto.

—Ah, claro, ningún problema. Le puedo llamar más tarde. Sé que está tan cansada como yo. Beber en el avión es fatal.

—Desde luego. ¿Está aquí por trabajo o por placer?

—Un poco de ambos.

Biggs metió mi llave en un sobre y me puso este delante, en el mostrador.

—Que disfrute de la estancia.

En el ascensor me pusieron música sinfónica mientras me miraba en el espejo de superficie

ahumada.

—Das asco, chica —dije a mi reflejo.

Había poca luz en la octava planta y el silencio era absoluto. Avancé con cautela, igual que una ladrona, por el ancho pasillo alfombrado y abrí mi puerta. Las cursilerías medievales no se habían prolongado hasta allí. De la Inglaterra del siglo XIV me vi transportada al violento y salvaje Oeste, residuo decorativo de algún propietario anterior. La habitación combinaba el naranja quemado con los marrones y el papel de la pared imitaba la textura de la madera sin desbatar. El edredón estaba adornado con cactus y sillas de montar, separados por un muestrario de marcas ganaderas bordadas. Hice una rápida inspección, recorriendo la habitación para ver los servicios de que disponía.

A la derecha de la puerta había un armario doble con cuatro colgadores de madera, una plancha y una tabla de planchar de patas metálicas y setenta centímetros de longitud. Más allá había un espacio destinado a arreglarse, con tocador, pila y un secador de pelo adosado a la pared de la derecha. En el tocador había una cafetera de cuatro tazas, sobres de azúcar y pequeños envases de leche vegetal. En un recipiente había frascos pequeños de champú, fijador y colonia, una cajita de costura y un sobre con un gorro de baño. En el lavabo había una bañera de fibra de vidrio y un tubo de ducha que iba desde la pared hasta la altura del cuello. La cortina de plástico estaba decorada con herraduras y potros dando coces. Había una taza, tres toallas de baño, una alfombra pequeña y una de esas esterillas de goma que se han hecho para reducir las caídas desagradables y las demandas judiciales más desagradables aún.

No había minibar, pero sí un tarro con caramelos de cuatro sabores fuertes, envueltos en papel transparente. Todo un detalle. Me habían concedido también teléfono, televisor y un radiodespertador. Por la mañana llamaría a Henry para que me contara las últimas noticias de Santa Teresa. Eché las cortinas y me quité la ropa, que colgué esmeradamente en el magro surtido de perchas. Por razones sanitarias, lavé las bragas ahora que tenía tiempo, utilizando un sobre de champú hotelero. Luego las secaría con el secador de pelo y la plancha, y las dejaría listas para volver a ponérmelas. Una rápida llamada a American Airlines me reveló que no habría ningún vuelo de Dallas a Palm Beach hasta la tarde del día siguiente, lo que quería decir que Laura pasaría allí la noche. Eran cerca de las tres y media cuando colgué el rótulo de «No molestar» y me metí entre las sábanas casi desnuda. Me dormí casi inmediatamente, sin que nada me turbara el sueño. Si Laura Huckaby se despertaba con las gallinas y se iba durante las ocho horas siguientes, entonces al diablo. Subiría al primer avión y volvería a casa.

Desperté a mediodía y me saqué el corcho de la boca con el cepillo de dientes plegable. Me duché, me lavé el pelo y me puse la ropa de la víspera, menos las bragas que había lavado y que aún estaban húmedas. Acto seguido me di un banquete integral a base de café caliente con dos sobres de azúcar y otros dos de leche, y cuatro caramelos del frasco, dos de naranja y dos de cereza. Al descorrer las cortinas tuve que retroceder ante el sol cegador de Texas. Fuera no había más que tierra llana y seca que se extendía por todas partes hasta el horizonte, con algún árbol o arbusto ocasional. La luz se reflejaba en el único edificio visible, un complejo de oficinas con espejos en la fachada del entrante central. A la derecha, una autopista de cuatro carriles se perdía en ambas direcciones sin que se indicara en ningún sitio adónde se iba por uno u otro lado. El

hotel parecía construido en el centro de un polígono comercial-industrial donde sólo había otra empresa. Mientras miraba apareció un grupo de corredores por mi izquierda. Parecían jóvenes, estudiantes de instituto, en esa etapa de la adolescencia donde se dan cita todos los tamaños y complexiones. Altos, bajos, chaparros y delgados como fideos, corriendo con las huesudas rodillas por delante mientras los lentos van en la cola. Llevaban pantalón corto y camiseta verde de raso, pero estaban demasiado lejos para ver el nombre del colegio estampado en el uniforme.

Eché las cortinas y volví a la cama, donde me estiré y me recosté en las almohadas mientras llamaba a Henry. En cuanto descolgó, dije:

—Adivine dónde estoy.

—En la cárcel.

Me eché a reír.

—En Dallas.

—No me sorprende. He hablado con Chester esta mañana y me ha dicho que te habías ido en pos de una liebre.

—¿Qué noticias hay en casa de Bucky? ¿Se sabe ya qué robaron anoche?

—Que yo sepa, no. Chester me dijo que habían arrancado la chapa del fondo del armario de la cocina. Parece que el viejo construyó una especie de escondrijo cuando instaló el fregadero. Puede que el agujero estuviese ya vacío, pero da la sensación de que se han llevado algo.

—¿Un escondrijo además de la caja de seguridad? Qué interesante. ¿Qué querría esconder?

—Chester cree que eran documentos de guerra.

—Ya me habló de eso. No me lo creo y tengo intención de averiguarlo. El individuo que vi entregó el petate a su mujer o amante y esta tomó anoche el avión. El individuo no subió, pero seguramente tiene intención de reunirse con ella. La mujer tenía pasaje para Palm Beach, pero se bajó en Dallas y yo, como es lógico, hice lo mismo.

—Claro, claro. ¿Por qué no?

Sonreí al oír su entonación.

—En cualquier caso, podría usted avisar a la policía para que vigilara el motel Capri. No tuve tiempo de decírselo a Chester. No sé el número, pero es el segundo *bungalow* de la derecha. Puede que el sujeto esté aún allí.

—Lo estoy apuntando —dijo Henry—. Se lo entregaré a la policía, si quieres.

—¿Y Ray? ¿Creen que ha tenido algo que ver?

—Bueno, seguramente hubo alguna relación. La policía le preguntó, pero no soltó prenda. Si sabe algo, no ha querido decirlo.

—Es como si le hubieran dado una paliza para que no contara lo de la chapa de la cocina.

—Eso creo yo. Un agente se lo llevó a urgencias del St. Terry, pero se fue en cuanto lo curaron y desde entonces no se sabe nada de él.

—Hágame un favor. Vaya al hotel Lexington y compruebe si sigue allí. Habitación 407. No llame antes por teléfono. Puede que no quiera...

—Demasiado tarde —dijo Henry, interrumpiéndome—. Ya se ha ido y no creo que vuelva a aparecer. Bucky fue al hotel esta mañana y ya habían limpiado su habitación. No me extraña, a la policía le interesa como testigo material. ¿Y tú? ¿Quieres que cuente a la policía lo que has visto?

—Adelante, pero no sé hasta qué punto servirá. En cuanto sepa lo que pasa, llamaré personalmente a la policía de Santa Teresa. La de aquí no tiene jurisdicción sobre el caso y a estas

alturas ni siquiera soy capaz de decir qué delito pensamos que se ha cometido.

—Agresión, por ejemplo.

—Sí, pero ¿y si Ray Rawson no reaparece? Y aunque diera la cara. Puede que desconozca la identidad de su agresor, puede que se niegue a hacer la denuncia. En cuanto al supuesto robo, ni siquiera sé lo que se han llevado, y no digamos quién.

—Pensaba que habías visto al individuo.

—Desde luego. Lo vi salir del piso de Johnny. Pero no puedo jurar que robara nada.

—¿Y la mujer del petate?

—Puede que ignore la importancia del bulto que transporta. Ella no tuvo absolutamente nada que ver con la agresión.

—¿No podría ser culpable de recoger objetos robados?

—No podemos ni siquiera afirmar que ha habido un robo —dije—. Además, es posible que la mujer no sepa que se ha cometido un delito. El marido vuelve a casa. Ella se va de viaje. El dice: Hazme un favor y llévate esto cuando te vayas.

—¿Qué piensas hacer?

—No estoy segura. Me gustaría meter las manos en ese petate. Puede que nos dé una pista sobre lo que se cuece.

—Kinsey... —advirtió Henry.

—No se preocupe, caramba. No pienso arriesgarme.

—Me pongo mal cuando dices eso. Te conozco. ¿En qué hotel te hospedas? Dame el teléfono. Le recité el número que había en el centro del disco.

—El hotel es el Castillo Vacío, está cerca del aeropuerto de Dallas. Habitación 815. La mujer está en la planta doce.

—¿Cuál es el plan?

—Yo qué sé —dije—. Supongo que esperar a ver qué hace la mujer. Su pasaje era para Palm Beach, de modo que si sube a otro avión, tendré que hacerlo yo también.

Henry guardó silencio durante unos instantes.

—¿Y el dinero? ¿Te hacen falta fondos adicionales?

—Tengo unos cuarenta dólares en metálico y un pasaje de vuelta. Me apañaré mientras tenga cuidado con la tarjeta de crédito. Espero que impresione usted a Chester con mi profesionalidad. No me gustaría quedarme sin blanca.

—No me gusta eso.

—Tampoco me entusiasma a mí la situación. Yo sólo quería que supiera usted dónde estaba.

—Procura no infringir la ley.

—Me sería más fácil si conociera el código tejano —dije.

Bajé al vestíbulo. Recorrí los alrededores para familiarizarme con el lugar. A la luz del día, el terciopelo rojo y la purpurina poseían la misma atmósfera plomiza que un cine vacío. Un joven con uniforme rojo pasaba una aspiradora por la alfombra. La recepcionista de noche se había ido y en su lugar había un equipo de jóvenes de aspecto sano y traje azul marino. Nada iba a sacar del personal de guardia. Cualquier pregunta rara se transferiría al jefe de turno, al gerente o al director, que me mirarían con el escepticismo que merecía. Para conseguir información tendría que valerme del ingenio, es decir, de las mentiras y engaños de costumbre.

Casi todos los huéspedes de hotel tienden a ver los servicios en función de sus propias necesidades: recepción, restaurantes, la tienda de regalos, lavabos, teléfonos públicos, el servicio de botones, los salones de congresos y las salas de reuniones. En la primera incursión busqué los despachos de los directivos. Recorrí el perímetro y por último crucé una puerta de cristal que daba a un pasillo lujosamente alfombrado, con mucha ebanistería e iluminación indirecta. Los despachos de diversos jefes de departamento se identificaban por las placas de bronce grabadas.

En aquella parte del hotel no se había hecho nada por introducir la nota medieval o vaquera. Puesto que era sábado, las puertas de cristal del director de ventas y del director de seguridad estaban a oscuras y con el cerrojo echado. Las horas de servicio estaban diáfananamente escritas en oro y aclaraban que iba a tener las manos libres hasta las nueve de la mañana del lunes. Supuse que habría guardias jurados de servicio las veinticuatro horas del día, pero hasta el momento no había visto a ninguno. El director de ventas era directora y se llamaba Jillian Brace. El director de seguridad se llamaba Burnham J. Pauley. Memoriqué los nombres y proseguí la expedición por la zona administrativa hasta una puerta que había al final del pasillo vacío.

Volví a recepción y esperé hasta que estuvo libre uno de los empleados. El joven que avanzaba hacia mí tendría veinticinco años, iba bien afeitado y era de piel clara, de ojos azules y algo gordo. Según el marbete de la pechera se llamaba Todd Luckenbill. Los señores de Luckenbill se habían ocupado de que el hijo tuviese la dentadura recta, de que sus modales fueran impecables y de que supiera estar de pie. Ni pendientes, ni piedrecillas en la nariz, ni tatuajes a la vista.

—¿En qué puedo servirla? —dijo.

—A eso vamos, Todd —dije—. Estoy de paso en Dallas por un asunto familiar, pero resulta que mi jefe anda buscando un hotel donde poder reservar plaza para una importante convención comercial que ha de celebrarse la primavera que viene. Estoy pensando en recomendarle este, pero no sé con exactitud con qué servicios cuenta. ¿Me podrías indicar cómo puedo hablar con el

director de ventas? ¿Está hoy en el establecimiento?

Todd sonrió.

—No es director —dijo con cierto tono de reproche—. Jillian Brace es nuestra directora de ventas, pero no trabaja los fines de semana. Podrá hablar con ella el lunes por la mañana. Suele llegar a las nueve y la atenderá con mucho gusto.

—Sí, me encantaría, pero mi avión sale a las seis. ¿Por qué no me das una tarjeta suya? Así podré llamarla desde Chicago.

—Cómo no. Espere un momento que enseguida se la traigo.

—Gracias. Ah, otra cosa, ya que estamos en esto. A mi jefe le preocupa la seguridad de la convención. Ya tuvimos un pequeño problema con un gran hotel el año pasado y sé que le cuesta decidirse si no está convencido de las medidas de seguridad.

—¿A qué se dedica su empresa?

—Inversiones bursátiles. De altísimo nivel.

—Tendrá que hablar entonces con el señor Pauley. Es el director de seguridad. ¿Quiere también una tarjeta suya?

—Claro, sería estupendo. Si no es molestia, te lo agradecería mucho.

—No hay ningún inconveniente.

Mientras iba a lo suyo, saqué un par de postales de un expositor del mostrador. La imagen satinada de la fachada permitía ver el vestíbulo color clarete y dos heraldos con hopalandas que empuñaban sendos cuernos, más grandes que sus brazos. Los busqué, pero no parecían estar en el establecimiento aquella mañana. Todd volvió momentos más tarde con las tarjetas prometidas. Le di las gracias y crucé el vestíbulo hasta un entrante amueblado con una mesa de caoba y dos banquetas con asiento de terciopelo.

Encontré papel de cartas en el cajón y me puse a tomar notas. Respiré hondo, descolgué el teléfono y dije a la telefonista que me pusiera con Laura Huckaby. Hubo una pausa y la telefonista dijo:

—Lo siento, señora, pero no encuentro a nadie con ese nombre.

—¿De veras? Pues sí que es raro. Ah, sí. Espere. Pruebe con Hudson.

La telefonista no dijo nada, aunque al parecer, me estaba comunicando con una huésped apellidada de aquel modo. Esperaba que fuese la que me interesaba. Escribí el apellido y tracé un círculo alrededor para no olvidarme.

Al primer timbrado se puso una mujer que habló con voz nerviosa y descompuesta.

—¿Farley?

¿Farley? ¿Qué nombre era aquel? Igual era el sujeto que se había quedado en el aeropuerto de Santa Teresa.

—¿Señora Hudson?, Soy Sara Fullerton, ayudante de Jillian Brace en Ventas y Comerciales. ¿Qué tal estamos hoy? —Empleé la entonación cálida y falsa que todos los negociantes telefónicos aprenden en la facultad de transacciones por teléfono.

—Bien —dijo Laura con cautela, en espera del chiste.

—Oh, eso es estupendo. Me alegro de oírsele decir. Señora Hudson, estamos llevando a cabo una encuesta confidencial con ciertos huéspedes selectos y quería saber si puedo hacerle algunas preguntas. Le prometo que no la entretendré más de dos minutos. ¿Nos concedería usted ese tiempo?

La mujer no parecía tener interés alguno, pero tampoco quería ser grosera.

—Está bien, pero que sea rápido. Estoy esperando una llamada y no quiero bloquear la línea.

El corazón se me puso a latir más aprisa. Si no era la huésped que buscaba, pronto lo sabría.

—Lo comprendo y agradecemos su cooperación. Bien. Según la información facilitada, sabemos que llegó usted anoche de Santa Teresa, estado de California, en el vuelo 508 de American Airlines, ¿es exacto? —Hubo un momento de silencio—. Disculpe, señora Hudson. ¿Es exacto?

Respondió con un timbre de alarma en la voz.

—Sí.

—¿Y llegó aproximadamente a las dos menos cuarto de la madrugada?

—Eso es.

—¿Tuvo alguna dificultad para encontrar el servicio de transbordadores del hotel cuando llamó usted desde la zona de recogida de equipajes?

—No. Descolgué y marqué el número.

—¿Apareció pronto el transbordador?

—Supongo. Tardó en llegar un cuarto de hora, pero lo encontré normal.

—Entiendo. ¿Fue el conductor amable y servicial?

—Fue muy educado.

—¿Cómo clasificaría usted el servicio? ¿Excelente, muy bueno, normal o deficiente?

—Yo diría que excelente. Quiero decir que no tuve ningún problema ni nada parecido. —Se lo estaba tomando ya en serio y procuraba responder con objetividad, pero también con justicia.

—Es muy satisfactorio oír eso. ¿Y cuál es la duración prevista de su estancia entre nosotros?

—No lo sé aún. Por lo menos estaré otra noche, pero no sé si me quedará más tiempo. ¿Quiere que se lo diga cuando lo sepa?

—No será necesario. Nos complacerá tenerla con nosotros todo el tiempo que estime usted conveniente. Si me confirma ahora el número de su habitación, ya no la molestaré más.

—La 1236.

—Perfecto... 1236, coincide con nuestros datos. Ya hemos terminado la encuesta. Le damos las gracias por la paciencia que ha tenido, señora Hudson, y esperamos que disfrute de su estancia. Si podemos serle útiles, por favor, no dude en llamarnos.

Sólo me faltaba encontrar el modo de entrar en su habitación.

Hice otra incursión por el vestíbulo, esta vez buscando el acceso a la parte trasera del edificio. Me interesaban los montacargas, las escaleras de servicio, cualquier puerta anónima, o una que pusiera «Personal». Encontré una que decía «Sólo Empleados». Entré y bajé unos peldaños hasta otra puerta en que ponía «Prohibida la entrada». No podían haberlo puesto en serio porque la puerta estaba abierta, así que entré sin llamar.

Todos los hoteles tienen su cara pública, aseada, alfombrada, tapizada, encerada, adornada y pulimentada. Pero la administración real de un hotel se hace en condiciones menos deslumbrantes. El pasillo al que accedí era de paredes de hormigón y con el suelo de cuadrados marrones de vinilo. El aire era allí mucho más cálido y olía a maquinaria, a comida cocinándose y a fregonas viejas. El techo era alto y estaba cubierto de cañerías, cables gruesos y tubos de la calefacción. Percibí ruido de platos, pero la acústica dificultaba la identificación del origen.

Miré en ambas direcciones. A mi izquierda se habían subido unas anchas persianas metálicas

que dejaban al descubierto la zona de carga y descarga. Había camiones con la parte trasera pegada a los andenes y cámaras de seguridad en los rincones, ojos mecánicos que observaban a todo el que se les ponía delante. No quería que advirtieran mi presencia, así que me di la vuelta y anduve en la otra dirección.

Avancé por el pasillo y al doblar una esquina me vi en la primera de las diversas cocinas que se comunicaban entre sí como un laberinto. En la pared que tenía delante había seis máquinas de hielo. Conté veinte carritos metálicos de servir comida, con soportes para las bandejas. El suelo se había fregado recientemente, brillaba aún a causa de la humedad y olía a desinfectante. Anduve con cuidado entre grandes peroles de acero inoxidable, cisternas de sopa y lavaplatos de tamaño industrial que echaban humo. De vez en cuando me miraba con curiosidad alguna empleada del servicio de cocina, con delantal blanco y cofia, pero nadie parecía cuestionar mi presencia en el lugar. Una mujer negra troceaba pimientos verdes. Un blanco envolvía los carritos con plástico transparente para proteger la comida. Había encimeras del tamaño de una sala y frigoríficos más grandes que el depósito de cadáveres del Hospital Clínico de Santa Teresa. Otras empleadas, con delantal blanco, cofia y guantes de goma, lavaban las hortalizas de las ensaladas y las ponían en fuentes alineadas sobre el largo mostrador de acero inoxidable.

Me asomé a una despensa que tenía el tamaño de un cuartel de la Guardia Nacional y donde había cajas de frascos de ketchup, tarros de mostaza, latas de aceitunas y pepinillos; estantes llenos de pan de molde en bolsas; expositores con *croissants*, pasteles caseros, tartas de queso, pastas, brazos de gitano. Las verduras y frutas naturales estaban en bidones de plástico. El aire estaba lleno de olores fuertes: cebollas cortadas, sofrito de tomate, coles, apio, limón, levadura; las capas de olores culinarios alternaban con las de los productos de limpieza. Había algo desagradable en aquella acumulación de olores y me daba cuenta de que mis nervios olfativos enviaban una confusa amalgama de datos a olvidados rincones de mi cerebro. Fue un alivio salir por un extremo del complejo. La temperatura del aire cayó en picado y los olores se volvieron de pronto tan limpios como los de un bosque. Encontré el pasillo principal y giré a la derecha.

Ante mí y pegado a la pared había un tren expreso de carritos de ropa. Los laterales eran de lona amarilla y estaban llenos hasta los topes de sábanas y toallas sucias. Eché a andar con incontenible resolución, mirando al pasar las habitaciones que encontraba. Me detuve en la puerta de la lavandería, una amplia sala llena de lavadoras empotradas, casi todas más altas que yo. Del techo colgaban unas guías móviles y gigantescas bolsas de ropa giraban por el recodo sujetas por ganchos. Percibí el zumbido de gigantescas secadoras en acción. El aire estaba impregnado de olores a algodón húmedo y detergente. Dos mujeres uniformadas trabajaban al alimón con una máquina cuya misión parecía ser planchar y doblar las sábanas del hotel. Los movimientos de las mujeres eran repetitivos, sacando las sábanas cuando la máquina terminaba el doble proceso. La sábana se volvía a doblar y se ponía a un lado, sin que la máquina permitiese ningún margen de error mientras escupía la siguiente sábana doblada.

Seguí andando por el pasillo a menor velocidad. Esta vez pasé ante un estrecho vano con media puerta coronada por un estante que hacía de mostrador. El rótulo de encima del hueco decía Ropa de Empleados. Bien, bien, bien. Me detuve y eché un vistazo a lo que sin duda era la lavandería de los uniformes del personal. Al igual que en los establecimientos de lavado en seco, había cientos de uniformes de algodón idénticos, lavados, planchados y colgados de un riel mecánico, en espera de que el personal los retirase. Me asomé por el hueco y escruté el denso



bosque de bolsas de ropa. No parecía haber nadie a cargo de aquello.

—¿Hola?

No hubo respuesta.

Así el tirador, abrí la media puerta y entré. Estudié los uniformes en rápida sucesión. Todos parecían consistir en una falda corta de algodón rojo y una bata roja. Imposible adivinar de qué tamaño eran. Un papel enganchado a cada colgador informaba del nombre de pila de la usuaria: Lucy, Guadalupe, Historia, Juanita, Lateesha, Mary, Gloria, Nettie. Nombres y más nombres. Elegí tres al azar y salí al pasillo, cerrando a mis espaldas.

—¿Busca algo?

Di un respingo, a punto ya de darme de manos a boca con la gorda de uniforme rojo que estaba en el pasillo, delante mismo de la puerta. La mente se me puso en blanco.

Las aletas de su nariz palpitaron como si percibieran los falsos testimonios.

—¿Qué hace con esos uniformes? —añadió. Tenía las fosas nasales por encima de mi frente y lo que veía no era un bonito espectáculo. Su marbete decía que era Spitz, Encargada de Lavandería.

—Ah, buena pregunta, señora Spitz. Precisamente andaba buscándola. Soy ayudante de Jillian Brace, de Ventas y Comerciales. —Con la mano libre saqué una tarjeta y se la puse delante.

Me la arrebató y la observó con el entrecejo fruncido.

—Aquí dice Burnham J. Pauley. ¿Se puede saber qué está pasando? —Tenía la cara grande y cada rasgo parecía vibrar de sospecha.

—Bueno —dije—, la madre que... Me alegro de que lo haya preguntado. Porque..., en realidad, la empresa está pensando implantar otros uniformes. Por motivos de seguridad. Y el señor Pauley ha dicho a la señorita Brace que le enseñe una muestra de lo que tenemos actualmente.

—Es lo más absurdo que he oído en mi vida —me soltó—. Estos uniformes son nuevos, como la empresa sabe muy bien. Además, no es el procedimiento indicado y estoy ya hasta las narices. En la última reunión del departamento le dije al señor Tompkins que esto es de mi competencia y que quiero que siga así. Espere aquí. Voy a llamarle ahora mismo. No quiero que nadie de Asociados se meta en mis asuntos. —Hasta su aliento olía a indignación. Me traspasó con los ojos—. ¿Cómo se llama usted?

—Vikki Biggs.

—¿Y la placa de identificación?

—Arriba.

Me apuntó con el dedo.

—No se mueva. Tengo intención de llegar al fondo de esto. Asociados tiene mucha cara al enviar a alguien de esta manera. ¿Cuál es la extensión de la señorita Brace?

—202 —dije automáticamente. ¿Lo comprendéis ahora? Esto es lo hermoso de conservar ciertas habilidades. En una situación crítica, sólo tenía que abrir la boca y me salía una mentirijilla. Una embustera sin experiencia no siempre podría estar a la altura de las circunstancias con la misma espontaneidad que yo.

Entró a velocidad sorprendente. La media puerta se cerró con fuerza a sus espaldas. Me colgué los uniformes del brazo izquierdo y eché a andar como si fuera a algún sitio, con el corazón a cien por hora. Doblé la esquina y eché a correr. Encontré la escalera y subí los peldaños de dos

en dos. No me atreví a utilizar los ascensores. Imaginé a Spitz alertando a Seguridad y guardias jurados acudiendo a las salidas en mi busca. Al llegar a la tercera planta estaba ya sin aliento, pero seguí subiendo. Rebasé la sexta planta jadeando, con los pulmones ardiendo y sintiendo las rodillas como si las rótulas estuvieran a punto de caérseme. Por fin crucé tambaleándome la puerta del descansillo que ostentaba un 8 y pisé tierra conocida, un recodo del pasillo donde estaba mi habitación.

Me colé en la 815. Tiré los uniformes confiscados sobre el respaldo de una silla y me desplomé en la cama, que estaba recién hecha. Me entró un ataque de risa mientras recuperaba el aliento. Spitz haría bien en analizarse los niveles hormonales o en regular su medicación. Acabaría por despedirla si seguía hablando mal de Asociados. Casi esperaba que aporrearan mi puerta soltando preguntas y acusaciones, un informe detallado de las mentiras que había contado hasta el momento.

Me levanté, fui a la puerta y eché la cadena de seguridad. Pasé varios minutos probándome los uniformes robados. El primero era el que mejor me quedaba. Me miré en el espejo de cuerpo entero. La falda me venía ancha por la cintura, pero no se veía con la bata que la cubría. De cada bata colgaba una franja blanca alechugada, una especie de cuello que había que abotonar. La bata tenía una pequeña pinza en las mangas. El color no era desagradable. Vestida así, con las piernas desnudas y el calzado deportivo, parecía preparada para fregar el cuarto de baño en un santiamén. Me puse otra vez los tejanos y guardé el uniforme en el armario. No sabía qué hacer con los dos restantes, de modo que los doblé y los metí en el cajón del escritorio. Ya encontraría un lugar donde ponerlos antes de irme del hotel.

Comí el menú del servicio de habitaciones, temerosa de aventurarme tan pronto por el hotel. A las dos salí al pasillo para hacer una expedición de reconocimiento y trazar un plano mental de la planta. Localicé el extintor, dos salidas contra incendios y la máquina de hielo. Enfrente de los ascensores había una consola con un teléfono interior. En el hueco del final del pasillo vi dos carritos de la ropa encajados. Me dirigí a aquel punto y dediqué unos minutos a informarme sobre el material a mano. Planchas y tablas de planchar, dos aspiradores. Al lado del entrante había un gran armario de ropa, lleno hasta el techo de estantes cargados de sábanas y toallas limpias. Vi cajas de papel higiénico y torrecillas de estuches de plástico con útiles de aseo en miniatura. Genial. Me gustaba aquello. Un montón de toallas en el brazo suele ser una buena coartada para entrar en una habitación. Vi un colgante de plástico que ponía Servicio de Habitaciones y, ya que estaba en ello, me lo llevé.

Tras agotar las restantes posibilidades, bajé a la tienda de regalos para comprar un libro. No tuve más remedio que elegir entre quince novelones de título tremebundo, que constituían todas las reservas del hotel. Me compré un puñado de pastillas de menta y me detuve en el vestíbulo el tiempo imprescindible para llamar a la habitación de Laura. Cuando respondió, murmuré «Ay, perdón» y colgué. Al parecer le había interrumpido la siesta. Pasé la tarde leyendo y dormitando. Con una asombrosa falta de imaginación, pedí la cena del servicio de habitaciones, que era igual que la comida que me habían servido antes: hamburguesa al queso, patatas fritas y Pepsi Diet.

Poco después de las siete, me despojé de los tejanos y me puse el coqueto uniforme rojo. No me entusiasmaba estar con las piernas al aire ni lo del calzado deportivo, pero ¿qué podía hacer? Me llené los bolsillos de pastillas de menta y saqué del cajón los otros dos uniformes. Me guardé la llave de la habitación en el bolsillo y fui hacia la escalera de incendios. Subí y al llegar a la

planta décima me entretuve el tiempo necesario para dejar los uniformes en el cuarto de la limpieza. No quería que el robo afectara a las otras empleadas.

La distribución de la planta duodécima era idéntica a la de la octava; la única excepción era el cuarto de la limpieza, que estaba peor surtido. Me hice con un trapo del polvo y un aspirador, busqué un enchufe en el pasillo y me puse a limpiar mientras avanzaba hacia la habitación de Laura. La alfombra era un reguero extravagante de formas geométricas, triángulos que se superponían en un vistoso dibujo de lazos oro y verde. Pasar la aspiradora relaja siempre: un movimiento lento y reiterado envuelto en un zumbido y ese chasquido satisfactorio cada vez que absorbe algo realmente bueno. Jamás se había limpiado una alfombra con tanta minuciosidad. Sudé la gota gorda, pero me entretuve el tiempo que quise.

A las siete y media oí el *ping* del ascensor y un empleado del servicio de habitaciones apareció con una bandeja de comida. Se dirigía hacia la 1236; con la bandeja sostenida con comodidad a la altura del hombro, llamó a la puerta. Avancé en aquella dirección, arreglándomelas para ver a Laura cuando hizo pasar al mozo. Iba descalza y parecía una tienda de campaña, envuelta en la bata del hotel y con el camisón colgándole por debajo. El refrigerio sugería que pensaba pasar la noche allí, lo cual era positivo desde mi punto de vista. El camarero salió momentos más tarde. Se cruzó conmigo sin decir nada y desapareció en el ascensor sin percatarse de mi existencia. Seguí vigilando por si Laura recibía visitas o salía a reunirse con alguien.

Cuando me cansé de pasar la aspiradora, saqué el trapo, me puse a gatas y empecé a quitar el polvo a unos zócalos que por lo visto no tocaba nadie desde hacía años. A veces rompe el corazón imaginar a los detectives del otro sexo haciendo lo mismo. De vez en cuando pegaba la cabeza a la puerta de Laura Huckaby, pero no oía nada. Puede que me hubiera dejado entrar si hubiera ladrado y arañado. De tarde en tarde pasaban otros huéspedes, pero ninguno me prestó atención.

He aquí lo que he aprendido sobre ser empleada de hotel: la gente casi nunca te mira a los ojos. Ocasionalmente hay una mirada que se posa en tu cara por casualidad, pero, por lo que se refiere a la acción recíproca, nadie podría identificarte después en una rueda de identificación policial. Magnífica noticia, aunque creo que ni siquiera en Texas se consideraría delito suplantar a una empleada de hotel.

A las ocho y cuarto volví a meter la aspiradora en el cuarto de la ropa y recogí una provisión de toallas limpias. Volví a la 1236 y llamé con los nudillos, exclamando «Servicio de habitaciones» con voz clara y musical. Fue cosa de magia. Laura Huckaby entreabrió la puerta, que tenía la cadena echada.

—¿Sí?

Sin rímel, sus ojos de color avellana parecían fofos y descoloridos. Tenía la piel rojiza a causa de la lluvia de pecas que había ocultado el maquillaje. También tenía un hoyuelo en la barbilla que no le había notado antes. Hablé al tirador de la puerta para no parecer altanera.

—Vengo a hacerle la cama.

—¿Hacen la cama en este hotel? —Lo dijo con la sorpresa justa, como si la idea le resultara ridícula.

—Sí, señora.

Hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Aguarde —dijo. Cerró la puerta. Transcurrieron unos minutos, soltó la cadena y se apartó

para dejarme pasar.

Tenía curiosidad por saber cuánto podía percibir mi vista periférica. ¿Sería muy coqueta? Habría jurado que había tardado en abrir porque había corrido a maquillarse. El enmarañado pelo rojizo se lo acababa de lavar y aún lo tenía pegado al cráneo. Del cuarto de baño salían ráfagas calientes y húmedas que olían a champú. Puse las toallas limpias en el estante próximo a la pila, volví junto a la cama y eché las cortinas. El televisor estaba encendido, con el sonido bajo. La llave de la habitación estaba en el escritorio. Inmediatamente me entraron ganas de echarle el guante. Por el desorden resultante deduje que había estado en la cama con el teléfono cerca. Puede que hubiera recibido la llamada que esperaba. Del petate no se veía el menor rastro.

Se sentó ante el escritorio con una revista. Cruzó las piernas y se las vi durante unos segundos. Tenía la pantorrilla derecha, desde el tobillo hasta la rodilla, surcada por una ennegrecida cadena de moraduras antiguas, orladas de verde. ¿Le había zurrado su amigo el cincuentón? Esto explicaría la frialdad con que lo trataba y su obsesión por el aspecto. La bandeja de la cena seguía en la mesa, delante de ella, con la servilleta arrugada encima de los platos sucios. No sé lo que había pedido, pero había comido poco. Aunque en teoría se trataba de mi trabajo, parecía cortada por mi presencia, cosa que me beneficiaba. Me hacía muy poco caso, aunque de tarde en tarde me lanzaba una mirada de turbación. Empezaba a gustarme la invisibilidad. Podía espiarla de cerca sin necesidad del engorroso acercamiento personal. ¿Tenía un rastro de moradura en la parte derecha de la mandíbula o eran figuraciones mías? ¿Con qué sujeto se había juntado? Por lo que se sabía, había sacudido a conciencia a Ray Rawson, así que también había podido pegarle a ella.

El uniforme produjo un frufú cuando doblé el edredón en dos y luego en cuatro. Lo enrollé como un saco de dormir y lo puse en un rincón. Bajé la sábana, mullí las almohadas y puse una pastilla de menta en la mesita de noche.

Volví a la zona del tocador y limpié la pila, abriendo y cerrando el grifo, que fue casi lo único que hice. Inspeccioné su arsenal cosmético: un lápiz, base, polvos, colorete. En un frasco redondo había un producto llamado DermaSeal, «cosmético impermeable para ocultar las imperfecciones faciales». Me asomé ligeramente para mirarla y vi que ella me miraba del mismo modo. A mis espaldas estaba el armario, que ardía en deseos de registrar. Fui al cuarto de baño y recogí la toalla húmeda que Laura había dejado en el borde de la bañera. Puse en orden la cortina de la ducha y tiré de la cadena como si hubiera limpiado la taza por dentro. Volví a la zona del tocador y abrí el armario. Bingo. El petate.

—¿Qué hace usted? —exclamó. Parecía atónita y pensé que a lo mejor me había pasado de la raya.

—¿Necesita más colgadores, señora?

—¿Qué? No. Tengo de sobra.

Yo sólo quería ser útil. No tenía por qué ponerse así.

Cerré el armario y recogí las toallas limpias que me habían sobrado. Se había levantado y me observaba atentamente mientras terminaba la faena. Me fijé en un punto situado a su izquierda.

—¿Y la bandeja? Si ha terminado, me la llevaré.

Se volvió para mirar hacia la mesa.

—Gracias.

Puse las toallas a un lado, me acerqué a la mesa, cogí la llave de la habitación y la puse en la bandeja, ocultándola con la servilleta arrugada. Me dirigí a la puerta y la sostuve con la cadera

mientras dejaba la bandeja en el pasillo. Fui a recoger las toallas.

Se había situado en la puerta con algo que me tendía. Al principio pensé que era una nota. No tardé en darme cuenta de que era una propina. Murmuré «Gracias» y me guardé el billete en el bolsillo de la bata sin mirar de cuánto era. Comprobarlo de reojo habría supuesto avaricia por mi parte.

—Buenas noches —dije.

—Gracias.

En cuanto crucé la puerta, saqué el billete y miré de cuánto era. Guau. Me había dado uno de cinco. No estaba mal por una sencilla limpieza de diez minutos. Me entraron ganas de llamar a la puerta de enfrente. Si me hacía toda la planta, podría costearme la habitación aquella noche. Recogí la llave de la bandeja y dejé esta donde estaba. Tenía un aspecto imponente y no me gustaba el efecto que producía en mi pasillo recién adecentado, pero como se dice hoy profesionalmente, llevármela no era cosa de mi departamento.

Cuando regresé a mi habitación eran ya las nueve menos cuarto. Me sentía sucia y agotada de tanto trabajo manual, tensiones y comida grasienta, y encima con el sueño cambiado. Me quité el uniforme, me metí en la ducha y dejé que el agua caliente me cayera como si estuviese debajo de una cascada. Me sequé y me puse una de las dos batas unisex que proporcionaba el hotel. Las bragas estaban secas ya, aunque algo tiesas, y pendían del colgador de la toalla como el pellejo de un animal del bosque. Al salir del cuarto de baño vi parpadear la lucecita del contestador automático. Sin duda me habían llamado mientras estaba en la ducha, Henry probablemente, puesto que era el único que conocía mi paradero. A menos que la dirección del hotel estuviera tras de mí. Intranquila hasta cierto punto, llamé a la centralita del hotel.

—Soy Kinsey Millhone. El piloto de mi contestador automático parpadea.

Me dejó a la espera y poco después volvió al aparato.

—Han dejado un recado para usted. A las nueve menos diez llamó un tal señor Pitts: «Urgente. Llama, por favor».

—Gracias. —Marqué el número de Henry. Descolgó antes de que yo oyese el primer timbrado—. Qué rápido —dije—. Seguro que estaba usted sentado encima del teléfono. ¿Qué ocurre?

—Me alegro de oírte. No sé qué hacer. ¿Sabes algo de Ray Rawson?

—¿Por qué tendría que saber nada? Creía que había desaparecido.

—Bueno, sí, pero ha vuelto y me temo que hay complicaciones. Nell y yo nos fuimos de compras esta mañana, poco después de que llamas. William y Lewis se habían ido al local de Rosie, para ayudar con los preparativos de la comida, y Charlie se quedó solo en casa. ¿Estás ahí?

—Sí, aquí sigo —dije—. No sé adónde quiere ir a parar, pero le escucho.

—Ray Rawson se presentó en casa de Chester y Bucky le dijo lo que pasaba.

—¿Qué exactamente? ¿Que yo había visto al individuo que le dio la paliza?

—No sé lo que le diría, sólo que te habían contratado. Bucky sabía que te habías ido de la ciudad, pero no dónde estabas. Parece que Ray vino a mi casa y mareó a Charlie hablándole del peligro en que estabas.

—¿Peligro? Qué interesante. ¿Qué peligro?

—Charlie no llegó a oír bien esa parte. Algo relacionado con una llave, eso es lo que dijo.

—Ya. Seguramente la que Johnny tenía en la caja de seguridad. Iba a enseñársela a un amigo que sabe de cerraduras. Sospecho que, por desgracia, está ahora en prisión por culpa de sus habilidades.

—¿Dónde está la llave? Bucky le dijo a Ray que la última vez que la había visto la tenías tú.

—Así es. La tengo en el fondo del bolso —dije—. Parece usted preocupado.

—Bueno, sí, pero no es por eso. —Percibía el nerviosismo pegado a la base de la entonación de Henry—. Preferiría no decírtelo, pero Charlie le contó a Ray dónde estabas porque este lo convenció de que necesitabas ayuda.

—¿Y cómo sabía Charlie dónde estaba?

Henry suspiró, atribulado por la necesidad de confesarse totalmente.

—Anoté el nombre y el teléfono del hotel en un cuaderno que tengo aquí, junto al aparato. Ya conoces a Charlie. Oye menos que un mueble. Se le metió en la cabeza que Ray era un buen amigo y que no te enfadarías si le daba la información. Sobre todo porque estabas en apuros.

—Pues estamos buenos. ¿También el número de habitación?

—Me temo que sí —dijo Henry. Parecía tan culpable y compungido que no pude quejarme, aunque no me gustaba la idea de que Rawson supiera dónde estaba—. No puedo creer que ese hombre haya tomado el avión de Dallas, pero seguramente te llamará y querrá ponerte sobre aviso. Este asunto me ha puesto nervioso, Kinsey, pero no puedo hacer nada más.

—No se preocupe. Le agradezco el aviso.

—Si quieres, estrangulo a Charlie.

—Estoy convencida de que lo hizo con la mejor intención —dije—. En cualquier caso, no se ha hecho daño a nadie, espero. No creo que Ray Rawson represente ninguna amenaza.

—Ojalá sea así. Me siento fatal por haber dejado esos datos a la vista.

—No sea tonto. No tenía motivos para suponer que preguntaría nadie y menos para imaginar que Rawson iba a reaparecer de este modo.

—Sí, ya lo sé —dijo—, pero habría podido alertar a los muchachos. Le dije de todo a Charlie, pero el único culpable soy yo. Jamás se me ocurrió que haría una cosa así.

—No se preocupe, lo pasado, pasado está. No ha sido culpa suya.

—Te agradezco que digas eso. Lo primero que se me ocurrió fue llamarte enseguida. Creo que deberías irte o por lo menos cambiar de habitación. No me gusta la idea de que aparezca de pronto. Hay algo raro en toda esta historia.

—Tendría que seguir su consejo, pero no sé qué hacer. Por el momento, procuro asomar la nariz lo menos posible —dije.

Me di cuenta de que había puesto a Henry en alerta roja.

—¿Por qué? —preguntó.

—No tengo ganas de entrar en detalles. Digamos sólo que en este momento no creo que sea un movimiento inteligente.

—No quiero que te expongas. Para empezar, ya cometiste la torpeza de subir al avión. No es asunto tuyo, y cuanto más se prolonga, más se complica.

Sonreí.

—Chester me contrató. Estoy trabajando. Además, es divertido. Me arrastro por los pasillos y espío a la gente.

—No lo prolongues mucho. La boda está al caer.

—No pienso olvidarme. Estaré allí, se lo prometo.

—Llámame si crees que puedo serte útil.

Nada más colgar, corrí a la puerta y eché la cadena de seguridad. Pensé en colgar del tirador

de la puerta el cartel de «No molestar», pero lo único que conseguiría sería anunciar que estaba yo dentro. Me puse a pasear, meditando seriamente la situación. Me sentía raramente indefensa ahora que Rawson conocía mi paradero, aunque no sabía por qué tenía que tener importancia ese detalle. Por lo que había dicho Chester, había quedado hecho unos zorros, de manera que el viaje tendría que resultarle incómodo como mínimo. Le costaría además un buen pellizco, y no tenía ninguna garantía de que yo siguiese en Dallas. Desde luego, si la policía de Santa Teresa lo buscaba para interrogarlo, largarse de la ciudad no era un mal movimiento. Yo no creía que corriese peligro alguno, pero tampoco desestimaba la posibilidad. Fuera cual fuese la relación de Rawson con los últimos acontecimientos, estaba claro que no me había contado lo importante. Estaría mucho más segura en otra habitación.

Por otro lado, no me gustaba la idea de solicitar el cambio de habitaciones. Los directivos del hotel no eran idiotas. Spitz había tardado menos de un minuto en adivinar que yo no tramaba nada bueno. Los hoteles no se toman a la ligera ni a los gamberros ni a los ladrones. Spitz me había visto de cerca y para entonces los guardias de seguridad seguramente tenían ya una descripción de mis rasgos más o menos exacta. La noticia se habría difundido entre el personal responsable, como cuando la central de la policía radia una orden urgente a todos los coches patrulla, pero en un hotel. Si Vikki Biggs, la encargada de noche, recordaba mi nombre, no tardaría en oír golpes en la puerta. Por el contrario, si la dirección del hotel no sabía nada, sería una imbécil si me pusiera a llamar la atención. Así que ni hablar de cambiar de habitación.

En cuanto a ahuecar el ala, ya había quemado casi mil dólares entre el pasaje del avión y los gastos. No podía volver y decir a Chester que había abandonado la persecución porque Ray Rawson podía presentarse en mi puerta sin avisar. Lo mejor era quedarme donde estaba, sobre todo ahora que tenía un modo de acceder a la habitación de Laura Huckaby. Me vestí. Si echaban la puerta abajo a las tantas de la noche, quería estar preparada. Guardé en el bolso los enseres del aseo y añadí el dentífrico y el cepillo plegable, por si tenía que salir volando.

Saqué del bolso la llave de Johnny y me pregunté si habría un sitio más seguro para guardarla. Por la mañana la metería en un sobre y se la enviaría a Henry por correo. Mientras tanto, inspeccioné la habitación y los diversos muebles, en busca de posibles escondrijos. Dadas mis perspectivas, no acababa de decidirme. Si tenía que salir a toda velocidad, no me gustaría tener que detenerme para recoger la llave. Saqué del bolso la cajita de costura. Me quité la chaqueta, observé la confección, extendí las tijeras de la navaja de explorador e hice un pequeño corte en el forro, en la costura interior de la hombrera. No pasaría el detector de metales de ningún aeropuerto, pero siempre podía quitarme la chaqueta y enviarla a los rayos X.

Me dormí vestida, calzada, con los pies cruzados, tendida de espaldas y con el edredón encima.

Cuando sonó el teléfono a las ocho de la mañana me sentí como si me hubieran electrocutado. El corazón, que iba a cincuenta latidos por minuto, se lanzó a ciento cuarenta sin que mediara más actividad que el chillido que di. Así el auricular con la garganta llena de palpitaciones.

—Qué.

—Oh, vaya, la he despertado. Lo siento. Soy Ray.

Puse los pies en el suelo y me senté en la cama, frotándome la cara con la mano para



despejarme.

—Lo suponía. ¿Dónde está?

—En el vestíbulo. Tenemos que hablar. ¿Le importa si subo?

—Sí, me importa —dije de mal humor—. ¿Qué hace aquí?

—Buscarla. Pensé que debería saber con qué está jugando.

—Nos veremos en la cafetería dentro de quince minutos.

—Gracias.

Volví a echarme en la cama y me quedé acostada durante un minuto, tratando de recomponerme. No sirvió. Tenía el interior irritado a causa de cierta dosis de temor. Conseguí llegar al tocador, me cepillé los dientes y me lavé la cara. Olisqueé el jersey de cuello alto; después de llevarlo dos días ya empezaba a oler. Tendría que hacer de tripas corazón y comprarme otra cosa. Si enviaba la ropa a la lavandería para que la lavaran y plancharan, tendría que vestir el uniforme rojo hasta las seis de la tarde. Si Laura Huckaby se iba mientras tanto, tendría que seguirla por todo Texas con aquel atuendo de camarera de casa de comidas. Eché colonia del hotel en las partes corporales implicadas, con la esperanza de que el perfume disimulara el olor rancio que tenían las prendas sin lavar.

Me guardé las dos llaves en el bolsillo, la de mi habitación y la que me había llevado de la mesa de Laura Huckaby, y espí por la mirilla de la puerta. Rawson, por lo menos, no estaba en el pasillo. Para eludir el ascensor, bajé por la escalera de incendios y fui a parar al otro extremo del vestíbulo.

Cuando llegué a la cafetería, me detuve en la puerta. Rawson no era difícil de localizar. Era el único de los presentes que tenía la cara hinchada y llena de moraduras. Tenía además una tirita en la nariz, un ojo negro, un labio partido, cortes diversos y tres dedos de la mano derecha vendados juntos. Se tomaba el café con la cucharilla, seguramente para que no le dolieran los dientes rotos, partidos o arrancados. La camiseta blanca que llevaba era tan nueva que aún se notaban los pliegues del empaquetado. O se compraba las camisetas pequeñas o era más fornido de lo que recordaba. Gracias a la manga corta, por lo menos, pude admirar el dragón que llevaba tatuado.

Recorrí el salón, llegué al reservado y me senté a su mesa, frente a él.

—¿Cuándo ha llegado?

En la mesa había dos menús y me tendió uno.

—A las tres y media de la madrugada. El avión se retrasó por culpa de la niebla. Alquilé un coche en el aeropuerto. Quise llamarla en cuanto llegué, pero la telefonista no quiso pasar la llamada y esperé hasta las ocho. —Tenía los ojos inyectados en sangre a causa de la paliza y el detalle daba un aire demoníaco a unos rasgos por lo demás apacibles. El lóbulo izquierdo, habían tenido que cosérselo.

—Ha sido usted muy amable —dije—. ¿Tiene habitación?

—Sí, la 1006. —Esbozó una rápida sonrisa y se puso serio—. Mire, sé que no hay ningún motivo para que usted se fie de mí, pero ya es hora de hablar claro.

—Habría podido hacerlo hace dos días, antes de meternos en esto... sea lo que fuere.

Llegó la camarera con la cafetera en la mano. Tenía cierto aire maternal, de las que abren la puerta a los perros y gatos callejeros. Se sujetaba el pelo gris y rizado con una redecilla que parecía una telaraña y su voz grave sugería una afición vitalicia por los cigarrillos sin filtro. Lanzó a Ray una mirada interrogante.

—¿Qué le ha pasado?

—Que naufragué en alta mar —dijo—. Si me trae una aspirina, le dejaré dinero en el testamento.

—Voy a mirar. Seguramente encontraré algo. —Se volvió hacia mí—. ¿Le apetece un café? Tiene usted cara de necesitarlo.

Sin decir palabra, levanté mi taza y la camarera me la llenó hasta el borde. Dejó la cafetera en la mesa y sacó el cuaderno.

—¿Piden ahora o prefieren esperar?

—Está bien así —dije, dándole a entender que a mí me bastaba con el café.

—Tomemos algo para desayunar —dijo Ray—. Yo pago. Es lo menos que puedo hacer.

Miré a la camarera.

—En ese caso, quiero café, zumo de naranja, beicon, salchichas normales, tres huevos revueltos y pan de molde, de centeno.

Ray le enseñó dos dedos.

—Lo mismo para mí.

Cuando se hubo ido la camarera, apoyó los codos en la mesa. Parecía un boxeador de peso semipesado veinticuatro horas después de perder el campeonato.

—Está molesta conmigo y no se lo reprocho, pero seré sincero. Después de entrar en el piso de Johnny, no creí que volviera. Supuse que allí se acababa todo y que por tanto no tenía sentido decir nada.

—¿De quién habla usted?

—A eso voy. Ah, antes de que me olvide. ¿Conoce la llave que Bucky sacó de la caja de Johnny?

—Sí —dije con cautela.

—¿La tiene aún?

Dudé durante una décima de segundo y mentí por instinto. ¿Por qué tenía que confiar en él? Hasta el momento no me había dicho nada.

—No la llevo encima, pero sé dónde está. ¿Por qué?

—He pensado en eso. Me refiero a que tiene que ser importante. ¿Por qué, si no, la tenía Johnny en la caja de seguridad?

—Creía que lo sabría usted. ¿No le dijo a Charlie que yo estaba en peligro por culpa de la llave?

—¿En peligro? Yo no. Jamás he dicho eso. ¿De dónde habrá sacado esa idea?

—Hablé con Henry anoche. Me ha contado que así convenció usted a Charlie para que le dijera dónde me encontraba. Dijo usted que yo estaba en peligro y que Charlie le dio la información por eso.

Ray negó con la cabeza, como confundido.

—Seguramente me malinterpretó —dijo—. La buscaba, eso sí, pero no dije nada de peligro alguno. Es extraño. El viejo no oye. Seguramente se confundió.

—No importa. Olvidémoslo. Hablemos de otra cosa.

Miró hacia la entrada de la cafetería, donde empezaba a reunirse un heterogéneo grupo de adolescentes. Seguramente eran los mismos que había visto corriendo la víspera. Sin duda estaban en la ciudad por algún acontecimiento deportivo. Aumentó el nivel del ruido y la voz de Ray se

elevó para competir con el alboroto.

—¿Sabe? La verdad es que el otro día me sorprendió usted en el hotel.

—¿Sí?

—Tenía razón en lo de Johnny. No estuvo en el frente. Tal como dijo usted, estuvo en la cárcel. Me gusta tener razón. Siempre me estimula.

—Y en cuanto a lo de cómo se conocieron, ¿había algo de verdad en eso?

—A grandes rasgos —dijo. Hizo una pausa y sonrió, enseñando un hueco donde había tenido que encontrarse el primer molar. Se llevó la mano a la mejilla, donde tenía una contusión azul oscuro rodeada de una corona circular de color morado—. No mire, pero estamos rodeados.

El equipo de corredores parecía haberse extendido a nuestro alrededor como un líquido y llenaba ya los reservados que nos flanqueaban. La solitaria camarera distribuía menús como si fueran programas de una competición deportiva.

—Déjese de subterfugios —dije.

—Perdone. Nos conocimos en Louisville, pero no en los Astilleros Jeffersonville. Tampoco fue en 1942. Puede que fuera en 1939 o 1940. Coincidimos en la celda de los borrachos y trabamos amistad. Yo tenía diecinueve años entonces y había estado en la cárcel un par de veces. Íbamos por ahí, ya sabe, de juerga. Ninguno de los dos estuvo en el ejército. No nos consideraron aptos para el servicio. He olvidado la incapacidad de Johnny. Algo relacionado con una fractura interdiscal. Yo tenía dos tímpanos rotos y una rodilla jodida. La maldita todavía me da guerra cuando hace mal tiempo. El caso es que teníamos que hacer algo, nos aburríamos como ostras, así que empezamos a robar en tugurios, a forzar la puerta de ferreterías, almacenes, ya sabe, cosas así. Nos entretuvimos demasiado en un trabajito y nos cogieron con las manos en la masa. Yo fui a parar a la prisión del condado y a él lo enviaron a la cárcel estatal de Lexington. Le cayeron cinco años, pero cumplió sólo veintidós meses de condena, y se trasladó con su familia a California en cuanto lo soltaron. Desde entonces, que yo sepa, no se metió en ningún fregado.

—¿Y usted?

Bajó los ojos.

—Sí, bueno, ya sabe, cuando se fue Johnny anduve con malas compañías. Me creía un listo, pero era sólo un mierda como cualquier otro. Un individuo me la jugó en otro trabajito que hicimos. Nos pescaron y me enviaron a la penitenciaría nacional de Ashland, estado de Kentucky, donde pasé quince meses. Estuve un año fuera y volvieron a encerrarme. No tenía dinero para pagar un buen abogado y tenía que conformarme con el rancho. Entre unas cosas y otras, he estado en la cárcel desde entonces.

—¿Ha estado usted en prisión más de cuarenta años?

—En total. ¿Creía que nadie había estado encerrado tanto tiempo? Pude haber salido antes, pero el carácter me jugaba malas pasadas, hasta que aprendí a comportarme —dijo—. Tenía lo que los médicos llaman «falta de control de impulsos». Lo aprendí en la cárcel. A hablar así. Cuando estaba dentro, si me concentraba en algo, lo hacía. Nunca he matado a nadie —añadió inmediatamente.

—Es un alivio —dije.

—Bueno, en la cárcel sí, pero fue en defensa propia.

Asentí.

—Ya.

—A fines de los años cuarenta —prosiguió— me puse a escribir cartas a una mujer llamada María, que conocí por un anuncio de solicitud de correspondencia. Me escapé y estuve fuera el tiempo suficiente para contraer matrimonio con ella. Se quedó embarazada y tuvimos una niña que no veo desde hace años. Muchas mujeres se enamoran de presidiarios. Se sorprendería usted.

—Nada de cuanto se haga me sorprende —dije.

—Otra vez salí en libertad condicional, pero me la salté. A veces creo que Johnny se sentía responsable. Como si pensase que, de no haber sido por él, yo nunca me habría metido tanto en la delincuencia. No era verdad, pero creo que es lo que él creía.

—¿Me está diciendo que Johnny estuvo en contacto con usted todos aquellos años porque se sentía culpable?

—Sobre todo por eso —dijo—. Y quizá porque yo era el único que sabía que había estado en la cárcel, aparte de su mujer. Con los demás siempre fingía ser lo que no era. Las historias aquellas sobre Birmania y Claire Chennault. Las sacó de los libros. Sus hijos creían que era un héroe, pero él sabía que no. Conmigo podía ser quien era realmente. Mientras tanto, me compliqué en un robo a mano armada y acabaron facturándome para chirona. He cumplido condena en Lewisburg y en Leavenworth, pero casi todo el tiempo he estado encerrado en Atlanta. Toda una prueba para la capacidad de supervivencia. En Atlanta era donde encerraban a todos los delincuentes cubanos que nos mandaba Castro para hacernos compañía.

—¿Y qué ha sido de María? ¿Sigue casado con ella?

—Qué va. Se divorció al final porque yo no podía enderezarme e ir por el buen camino, pero era culpa mía, no suya. Es una buena mujer.

—Estar libre después de cuarenta años tiene que ser inquietante.

Se encogió de hombros y se puso a mirar el local.

—Se esforzaron en prepararme para el exterior. Cuando cumplí sesenta años, la Oficina de Prisiones se propuso concienciarme. Mi nivel de peligrosidad descendió hasta que entré en el umbral de los trasladados. Me enviaron otra vez a la penitenciaría nacional de Ashland y fue como una revelación. Hacía treinta y cinco años que no veía aquella cárcel. Y me puse a mirar a los que tenían una edad parecida a la mía. De pronto fue como si lo comprendiera todo, ¿me sigue? Como ver la imagen general. Cambié radicalmente en cosa de un año, saqué un certificado de escolaridad y me puse a estudiar el bachillerato. Me preocupé por mí mismo, dejé de fumar, me puse a levantar pesas y cosas por el estilo. Me puse como un toro. Esta vez fui a la junta de libertad condicional y me dejaron salir antes.

Se detuvo para echar un vistazo a los adolescentes más próximos. Se habían apelotonado en los reservados y alrededor de las mesas, que estaban totalmente cercadas de sillas. Los menús iban de mano en mano, por encima de las cabezas, mientras el rumor de las risas nerviosas recorría los grupos como un oleaje. Me gustaba aquel rumor, vigoroso e inocente. Ray cabeceó.

—Tengo a los críos en mi planta, dos habitaciones más allá. Gritando y corriendo por los pasillos, joder. Sin parar, a todas horas.

—¿Sigue en contacto con María?

—De vez en cuando. Ha vuelto a casarse. Lo último que supe fue que seguía en Louisville, en alguna parte. En cuanto termine con esto, me gustaría ir a verla. También quiero ver a mi hija y ser amigo suyo. Sé que no he sido un buen padre, estaba demasiado ocupado estropeándolo todo, pero me gustaría intentarlo. También tengo ganas de ver a mi madre.

—¿Vive aún su madre? —pregunté con incredulidad.

—Desde luego. Tiene ochenta y cinco años, pero está fuerte como un roble.

—No es asunto mío, pero ¿cuántos años tiene usted?

—Sesenta y cinco. La edad de jubilarme si alguna vez hubiera tenido un trabajo de verdad.

—Entonces ha salido hace muy poco —dije.

—Unas tres semanas. Después de Ashland estuve seis meses en un centro que se encuentra a mitad de camino. En cuanto me soltaron, me fui para la costa. Escribí a Johnny en abril y le dije cuándo me ponían en libertad. Me dijo que adelante, que me echaría una mano. El resto es tal como le conté. No supe que había muerto hasta que llamé a la puerta de Bucky.

—¿Qué clase de ayuda pensaba prestarle Johnny?

Se encogió de hombros.

—Un techo. Iniciativas. Tenía algunas ideas para una pequeña empresa que podíamos fundar. Yo trabajaba en la cárcel, todos los presos capacitados trabajan, pero allí sólo ganaba cuarenta centavos la hora y con eso tenía que costearme los dulces, los refrescos, el desodorante y esas cosas, de manera que no podía ahorrar.

—¿Con qué dinero ha venido a Dallas?

—Me lo ha prestado mi madre. Le dije que se lo devolvería.

—¿Quién forzó el piso de Johnny?

—Se llama Gilbert Hays y es un antiguo compañero de celda mío. Coincidió dos veces con él en sendas condenas. Me fui de la lengua tratando de impresionar al muy cerdo. No me pregunte por qué. Es un montón de mierda mal parida, todavía me doy de puntapiés por aquello. —La mueca le abrió la herida del labio inferior y manó un hilo de sangre. Se apretó contra la boca una servilleta de papel.

—¿En qué se fue de la lengua?

—Mire, estábamos en la cárcel. No teníamos nada que hacer, salvo contarnos estupideces. Él siempre estaba fanfarroneando por cualquier cosa, así que le hablé de Johnny. Que era un tacaño y que ahorrraba todo lo que podía. Johnny no lo había dicho exactamente así, pero me había dado a entender que tenía un montón de billetes escondido en su casa.

—¿Pensaban desvalijarlo?

—De ningún modo. Por favor, señora. Yo no le habría hecho una cosa así. Estábamos fanfarroneando. Hays y yo tuvimos ciertas desavenencias tiempo después. Seguramente pensaba que podía quedarse con un buen pellizco y que yo no me enteraría de la diferencia.

—¿Le dijo usted dónde vivía Johnny?

—Sólo le dije que en California. Seguramente me siguió, el muy cabrón.

—¿Cómo supo él que lo habían soltado a usted?

—Eso no lo sé. Puede que hablara con el juzgado que me concedió la libertad condicional. Me parece recordar que lo amenacé hace mucho tiempo. Supongo que diría que tenía miedo de que fuese a buscarlo. Cosa que aún puedo hacer.

—¿Cómo supo que era él?

—Al principio no lo sabía. En cuanto me enteré de que habían forzado el piso, intuí que algo andaba mal, pero no pensé en Hays. Cuando supe lo sucedido, entonces me convencí de que tenía que ser él. Simple proceso de eliminación, porque nunca dije una sola palabra sobre Johnny a nadie más. —Se apartó la servilleta del labio—. ¿Qué tal?

—Bueno, no le chorrea —dije—. ¿Retrocedemos un poco? Cuando se enteró de que Johnny había muerto, ¿por qué estaba usted tan seguro de que aún tenía dinero escondido en alguna parte?

—No estaba seguro, pero era lo más lógico. El tipo se queda frito de un ataque al corazón y no ha tenido tiempo de hacer nada. Al hablar con Bucky, me di cuenta de que el muchacho no tenía un céntimo, de manera que si había dinero, seguramente estaba escondido en algún punto de la vivienda. Y pensé que si la alquilaba, podría registrarla a mis anchas.

—Mientras tanto, usted no dijo nada a Bucky del asunto.

—¿Del dinero? Ni hablar. ¿Y sabe por qué? ¿Y si estoy equivocado? ¿Por qué hacerles concebir esperanzas si luego no hay nada? En cambio, si encuentro dinero, puedo pedir una comisión.

—Claro, claro. Encuentra usted un dinero del que no saben nada ¿y quiere hacerme creer que lo devolvería?

Sonrió con timidez.

—Tal vez me quedara con una parte, pero ¿a quién perjudicaría? Aún les quedaría más de lo que les correspondería esperar en buena lógica.

—Y entretanto, el antiguo compañero de celda lo siguió hasta la casa de Johnny.

—Eso creo.

—¿Cómo supo ese hombre lo de la chapa del armario de la cocina?

Alzó las magulladas manos.

—Porque yo se lo dije. Si no, me habría roto todos los huesos de la mano. Me atacó por sorpresa. La próxima vez estaré preparado y sólo quedará en pie uno de los dos.

—¿Y cómo supo usted lo de la chapa?

Se tocó la sien.

—Sé cómo trabajaba la cabeza de Johnny. ¿Recuerda el día en que me presenté en la casa y estaba usted mirando los libros? Lo que hacía era inspeccionar. Ya había utilizado antes el truco de la chapa, hace mucho tiempo, y me dije que sería el primer lugar que miraría. —Se removió en la silla—. No me cree. Lo leo en su cara.

Sonreí.

—Es usted muy astuto. Miente tan bien como yo, pero tiene más práctica.

Fue a decir algo, pero la camarera acababa de llegar con dos platos humeantes en una bandeja. Parecía hecha polvo, por no decir algo peor. Dejó el zumo en la mesa, dos raciones de pan de molde con mantequilla y una serie de mermeladas. Sacó un par de sobrecitos del bolsillo del uniforme y los puso en la bandeja de Rawson.

—He encontrado esto —dijo.

Ray asió un sobrecito.

—¿Qué es Midol?

—Es para los calambres musculares, pero le pondrá bien. No tome demasiados. Le podría dar el SPM.

—¿El Síndrome Premenstrual? —dijo Ray sin expresión.

Ninguna de las dos dijo nada. Que lo averiguase. Volvió a servirnos café y se acercó a otra mesa, sacando el cuaderno. Ray abrió un sobrecito y se tomó dos tabletas con el zumo de naranja. Dedicamos a engullir la comida un breve y concentrado periodo de tiempo. Rawson se pasó una servilleta de papel por los labios con satisfacción.

—Si quiere un consejo, olvidemos lo ocurrido y pensemos en lo que se aproxima.

—Ah. Ahora somos socios. El truco de los amiguetes —dije.

—Claro, ¿por qué no? Gilbert Hays se llevó el dinero de Johnny y quiero recuperarlo. No sólo por mí. Pienso también en Bucky y en Chester. ¿No la contrataron para eso? ¿Para recuperar lo que Hays ha robado?

—Supongo —dije.

Se encogió de hombros sin ganas de soltar prenda.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Cuál es el plan?

—¿Por qué me responsabiliza a mí? Usted ya tiene uno —dije.

—Pero es a usted a quien pagan. Yo sólo estoy aquí para ayudarla.

Lo miré con atención, calibrando la desaliñada historia que acababa de contarme. En el fondo creía que me había mentado, pero no lo conocía lo suficiente para saber qué clase de mentiras decía.

—Creo que hay una posibilidad y tal vez necesite ayuda —dije.

—Estupendo. ¿Cómo lo hacemos?

Saqué la llave de la habitación de Laura y la puse en la mesa.

—Es la llave de la habitación de Laura Huckaby.

La cara se le vació totalmente de expresión y en su frente se dibujaron los frunces de un interrogante. Se inclinó hacia delante y se me quedó mirando.

—¿Qué? —dijo.

—La mujer del petate. Utiliza el apellido Hudson, pero esta es la llave de su habitación.

Saqué uno de los carritos de la ropa del trastero de la planta donde estaba Laura Huckaby. Había vuelto a ponerme el uniforme rojo y estaba lista para empezar el trabajo. Saqué sábanas y toallas limpias del estante del armario de la ropa y las puse en el carrito, junto con cajas de pañuelos de papel, papel higiénico, objetos de aseo y el colgante del Servicio de Habitaciones que me había agenciado con anterioridad. Comprobé el cuaderno que colgaba del carrito por un extremo. De la parte superior, atado con un cordel, pendía un bolígrafo. Por lo que leí, no se había arreglado ninguna habitación. Bernardette y Eileen tenían turno a aquella hora, pero ninguna de las dos había terminado la respectiva faena. No sabía lo que sucedería si una de ellas me sorprendía. Lo más probable es que nadie se ofendiera por verme trabajar con ahínco... a menos que aquellas mujeres se creyeran con derecho a monopolizar la taza del retrete. Empujé el carrito por el pasillo alfombrado. Las ruedas se trababan y tenía que evitar que el carrito se me fuera contra las paredes.

El plan que Ray Rawson y yo habíamos trazado era como sigue: Rawson llamaría a Laura por el teléfono interior, desde el extremo del vestíbulo, y con el mostrador de recepción bien a la vista. Diría que era el recepcionista, que acababa de recibir un paquete y que necesitaba su firma. Añadiría que se iba a comer, pero que el paquete se quedaría en recepción. Si bajaba enseguida, se lo entregaría cualquier otro empleado. Si Laura decía que se lo subiesen, Rawson le diría con voz pesarosa que iba contra las normas del hotel. Hacía poco se había entregado un paquete a quien no correspondía y desde entonces la dirección quería que los huéspedes los recogieran personalmente.

Mientras tanto, yo estaría en el pasillo, cerca de la habitación de Laura, atenta al momento en que saliese. En cuanto se cerrasen las puertas del ascensor «de bajada», entraría en la 1236 con su llave. Laura llegaría al vestíbulo y el recepcionista buscaría en vano el inexistente paquete. Confusión, conmoción y excusas previsibles. Todos dirían no saber nada ni del paquete ni de las normas del hotel. Perdón por las molestias. En cuanto apareciera el paquete, se enviaría a la habitación.

En cuanto se alejase de recepción para volver arriba, Rawson llamaría a la habitación y dejaría que el teléfono sonara una vez. Sería la señal para irme, en el caso de que aún estuviera allí. Puesto que sabía dónde estaba el petate, no tardaría más de diez segundos en sacar el contenido. Cuando Laura bajara del ascensor en la planta doce, yo ya iría camino de la planta octava por la escalera de incendios. Me pondría la ropa de calle y recogería el bolso de mano. Me reuniría con Rawson en el vestíbulo y antes incluso de que Laura se diese cuenta de que le



habían robado los dos iríamos camino del aeropuerto, donde tomaríamos el primer avión. No me afectaba la ética de robar a los ladrones. Lo que me producía palpitaciones era el miedo a que me sorprendieran.

Estacioné el carrito a dos puertas de la habitación de Laura y miré la hora. Rawson esperaba para hacer la llamada a las diez en punto, con objeto de darme tiempo para prepararme. Faltaban dos minutos para las diez. Me puse a manosear un puñado de toallas, que doblé y volví a doblar, para parecer ocupada cuando Laura Huckaby apareciese. El pasillo estaba en silencio y la acústica era tal que oí el teléfono cuando Rawson llamó a Laura. Descolgaron a los dos timbrazos y siguieron unos instantes de silencio. El estómago se me puso a murmurar en previsión de lo que iba a suceder. Ensayé mentalmente, imaginándomela ya por el pasillo, en el ascensor y hacia el mostrador de recepción. Cruce de frases con el recepcionista, búsqueda del paquete, contrariedad y garantías, y vuelta a la habitación. Disponería de un margen mínimo de cinco minutos, tiempo más que suficiente para cumplir la misión que yo misma me había encomendado.

Volví a consultar el reloj. Las diez y ocho minutos. ¿Por qué tardaba tanto? Supuse que sentiría mucha curiosidad por la llegada de un paquete, sobre todo si este necesitaba su firma. Fuera cual fuese la causa de la demora, cuando salió eran ya las diez y diecisiete minutos. Mantuve la cara apartada y evité su mirada mientras trazaba cruces al azar en el cuaderno del servicio. Cerró a sus espaldas y entonces me vio.

—Ah, hola. ¿Se acuerda de mí?

La miré.

—Sí, señora. ¿Cómo está? —dije. Dejé el cuaderno, me hice con una toalla y la doblé.

—¿Vio usted mi llave cuando arregló anoche mi habitación? —Llevaba el habitual maquillaje recargado y se había recogido el pelo en una cola de caballo, que se había atado con un pañuelo de seda verde.

—No, señora, pero si la ha perdido, pida un duplicado en recepción. —Doblé otra toalla y la puse en el montón.

—Es lo que voy a hacer —dijo—. Gracias. Buenos días.

—Buenos días. —Observé su espalda mientras avanzaba hacia los ascensores. Llevaba un jersey blanco de algodón y de cuello alto debajo de un chaquetón verde oscuro de pana, que tal vez formase parte del atuendo premamá. El chaquetón le colgaba más por detrás que por delante. La mujer se tiraba de la prenda, que se abolsaba en la parte central. Calzaba las botas de deporte rojas y aquel día se había puesto leotardos verde oscuro. Si mis sospechas eran acertadas y era víctima de malos tratos conyugales, esto explicaría su tendencia a taparse por entero. Metí la mano en el bolsillo, donde los cinco dólares de propina seguían doblados desde la noche anterior. Aquel billete era la única brizna de reconocimiento que me había ganado disfrazada de señora de la limpieza. Ojalá no se hubiera comportado tan amablemente conmigo. De pronto me sentí como una cerda por lo que iba a hacer.

Dobló la esquina. Dejé las toallas y saqué la llave. Pausa. Me sentía como en espera del disparo del juez que da comienzo a la carrera. Oí el *ping* que produjo el ascensor al detenerse en la planta y a continuación el ahogado murmullo de las puertas al abrirse y cerrarse. Yo ya me dirigía a la habitación 1236. Introduje la llave en la cerradura, la giré, abrí la puerta y colgué del tirador el plástico del Servicio de Habitaciones, por si volvía sin previo aviso. Las diez y dieciocho minutos. Eché un rápido vistazo para comprobar que la habitación y el cuarto de baño

estaban tan vacíos como esperaba. Encendí la luz de la zona del tocador.

Desde la noche anterior se habían abierto y ordenado alrededor de la pila más útiles de aseo. Fui al armario y abrí la puerta. El petate estaba donde lo había visto la víspera, con el bolso de Laura al lado. Saqué el primero y lo puse sobre el tocador. Lo miré por encima, para asegurarme de que no era una trampa. Era de lona beige, seguramente impermeable, con asas de cuero oscuro y un bolsillo lateral para revistas. En ambos extremos había bolsillos con solapa para guardar objetos pequeños. Abrí la cremallera del petate y miré el contenido con rapidez. Calcetines, pijamas de franela, braguitas limpias, pantis. Registré las fundas de los extremos, pero estaban vacías. Nada en el bolsillo lateral. Puede que Laura hubiera sacado el dinero y lo hubiese puesto en otra parte. Miré la hora. Las diez y diecinueve minutos. Me quedaban aún tres minutos largos.

Dejé el petate, bajé el bolso y registré el contenido. En la billetera había un permiso de conducir extendido en Kentucky, varias tarjetas de crédito, identificación heterogénea y alrededor de cien dólares en metálico. Dejé el bolso junto al petate. ¿Cuánto dinero pensaba yo que habían robado y cuanto espacio ocupaba? Me puse de puntillas y pasé la mano por el estante del armario, pero no encontré nada. Registré los bolsillos del impermeable, luego metí la mano en los bolsillos del vestido de tela vaquera que le había visto puesto y que en aquellos momentos colgaba al lado del impermeable. Miré en el armarito de debajo de la pila, pero sólo vi cañerías de agua y una llave de paso. Inspeccioné la ducha y la cisterna de la taza. Volví a la habitación principal y me puse a mirar los cajones uno por uno. Todos estaban vacíos. Nada en el mueble del televisor. Nada en la mesita de noche.

El teléfono sonó de pronto. Una vez. Silencio a continuación.

El corazón se me puso a doscientos por hora. Laura Huckaby estaba subiendo. El tiempo se me acababa. Fui al escritorio y saqué el cajón para ver si tenía algo pegado debajo. Me puse a cuatro patas y miré debajo de las camas, recogí el edredón y levanté el colchón de la que más cerca tenía. Nada. Miré en la otra cama, metiendo el brazo entre el colchón y el somier. Me incorporé y alisé la cama. Volví a registrar el petate, manoteando entre el desorden de ropa y preguntándome qué habría pasado por alto. Puede que hubiese un bolsillo con cremallera dentro del petate. Al diablo. Así el petate y me dirigí a la puerta. Recogí el colgador del Servicio de Habitaciones y cerré a mis espaldas. Oí el *ping* del ascensor y el murmullo de las puertas al abrirse. Metí a toda velocidad el petate bajo un montón de sábanas limpias y me puse a empujar el carrito por el pasillo.

Laura Huckaby se cruzó conmigo andando con rapidez. Llevaba en la mano la llave de la habitación, de modo que el paseo no había sido por lo menos una pérdida de tiempo total. Esta vez ni siquiera me miró. Entró en la habitación y cerró de un portazo. Metí el carrito en el rincón del extremo del pasillo, recogí el petate y me dirigí a la salida de incendios. Llegué a la escalera y bajé corriendo y saltándome peldaños. Si Laura Huckaby tenía la mosca detrás de la oreja, no tardaría en advertir el ligero desorden. Me la imaginé yendo derecha al armario y maldiciendo su estupidez al comprobar que no estaba el petate. Seguro que se daría cuenta de que le habían tomado el pelo. Que armase un escándalo o no dependería del temple que tuviera. Si hubiera transportado una cantidad elevada de dinero honrado, ¿no la habría guardado en la caja de seguridad del hotel? A no ser que Ray Rawson me hubiera mentado en lo tocante al botín.

Llegué a la planta octava y abrí la puerta, encaminándome a la habitación 815. Me detuve en seco. En el pasillo, delante de mi puerta, había un hombre con traje y corbata. Se volvió al notar

mi presencia. El petate se me antojó de pronto enorme y visible como una montaña. ¿Qué hacía una camarera de hotel con un petate de lona? Automáticamente me dirigí al rincón de la limpieza. El pecho me ardía y las fosas nasales se me habían dilatado. Por el rabillo del ojo vi que el hombre volvía a llamar a mi puerta. Miró a izquierda y derecha, sacó una llave maestra y entró en mi habitación. Por el amor de Dios, ¿qué hago ahora?

Dejé el petate en un estante del cuarto de la ropa y puse unas cuantas sábanas limpias encima. Las sábanas cayeron al suelo y el petate las siguió. Recogí el petate y lo metí por el momento en una gran bolsa destinada a las sábanas sucias. Me arrodillé y me puse a recoger las sábanas caídas. Algo tenía que hacer mientras esperaba a que el individuo saliera de mi habitación. Me asomé por la puerta. Ni rastro del individuo, por lo que supuse que estaba aún en mi cuarto, husmeando entre mis pertenencias. Tenía el bolso en el armario y no tenía ganas de que lo registrara, pero no podía impedirselo, a no ser que prendiera fuego al edificio. Oí abrirse y cerrarse la puerta de la salida de incendios. Por favor, no, por favor, que no sea una camarera de verdad, pensé. Una persona entró en mi campo visual. Levanté los ojos. Bueno, mi petición se había escuchado. No era la camarera, era un guardia de seguridad.

Sufrí una descarga de miedo y el calor me enrojeció la cara. Era cuarentón, de pelo corto, con gafas, recién afeitado, gordo. En mi opinión, habría tenido que estar haciendo abdominales para remediar aquella barriga. Se quedó inmóvil, mirándome mientras yo doblaba una funda de almohada. Sonreí como una tonta. Me sentía como una actriz que interpreta una obra poseída por el pánico de las candilejas. La saliva se me fue de la boca y se me escurrió por el otro extremo.

—¿Se puede saber qué haces?

—Ah. Ordenaba las sábanas. La señora Spitz me dijo que comprobara la ropa de cama de esta planta. —Me puse en pie. Aunque disfrazada de fregona sin lustre, no tenía ganas de que me mirase desde arriba.

Me observó con atención. En sus ojos había una expresión muerta y su voz era una mezcla de autoridad y enjuiciamiento.

—¿Quiere decirme cómo se llama?

—Sí. —Era evidente que había que decirle algo—. Katy. Soy nueva. Estoy aprendiendo. Las encargadas de este turno son en realidad Eileen y Bernardette. Yo tenía que echarles una mano, pero se me cayeron las sábanas. —Quise sonreír, pero me salió una mueca de crispación.

Me miró con detenimiento, sopesando al parecer la cantidad de verdad que había en la afirmación que acababa de hacer. Bajó los ojos a mi uniforme.

—¿Y el marbete de identificación, Katy?

Me llevé la mano al corazón como en el Juramento de Lealtad. No se me ocurría nada.

—Lo he perdido. El otro no lo he recogido aún.

—¿Te importa si lo compruebo hablando con la señora Spitz?

—No, qué va. Adelante.

—¿Cuál es tu apellido? —Había sacado ya el *walkie-talkie* y acercaba el pulgar al botón.

—Beatty, como Warren Beatty —dije sin pensar. Un segundo después me daba cuenta de que mi nuevo nombre era Katy Beatty. Puse la directa—. Si ha subido para hablar con el director, está en la 815. La mujer que busca bajó hace un rato —dije. Señalé hacia la 815. La mano me temblaba como un flan, pero el guardia no pareció percatarse. Se había dado la vuelta para mirar hacia el pasillo.

—¿Está aquí el señor Dentón?

—Sí. Por lo menos, me pareció él. Creo que buscaba a la mujer que acababa de irse.

—¿Cuál es el problema?

—No me lo dijo.

Bajó el *walkie-talkie*.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hace cinco minutos. Yo salí del ascensor y entró ella.

Se me quedó mirando mientras se enganchaba el *walkie-talkie* al cinturón. Sus ojos se posaron en mis pies y ascendieron hasta mi cara.

—Ese calzado no es de reglamento.

—Ah, ¿no? Nadie me ha dicho nada hasta ahora.

—Si lo ve la señora Spitz, dará parte por escrito.

Me ruboricé.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Eché a andar por el pasillo. Me quedé clavada, deseosa de salir corriendo, reacia a moverme por miedo a llamar la atención. Llamó a mi puerta. Transcurrió un momento y la puerta se entreabrió. El guardia de seguridad habló con el intruso. Inmediatamente después, salió el hombre del traje y cerró a sus espaldas. Los dos avanzaron por el pasillo, hacia el ascensor. Esperé hasta oír el *ping* del aparato y recuperé el petate. Aún no se habían cerrado las puertas del ascensor cuando ya estaba en mi habitación echando la cadena de seguridad. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que adivinaran que Kinsey Millhone y la camarera antirreglamentaria y sin etiqueta identificativa eran la misma persona?

Me quité los zapatos. Me quité la bata roja por la cabeza, bajé la cremallera de la falda del uniforme y la dejé en el suelo. Me apoyé en la pared para ponerme los calcetines de correr. Recogí los tejanos y me enfundé en ellos, perdiendo el equilibrio al subírmelos. Me puse el jersey de cuello alto y volví a calzarme sin atarme los cordones. Abrí el armario. El bolso seguía en el suelo, donde lo había dejado, pero me bastó una ojeada para darme cuenta de que el hombre del traje lo había registrado. Víbora asquerosa. Descolgué la chaqueta de un tirón y me la puse a toda velocidad. Miré a mi alrededor para comprobar que no me dejaba nada. Recordé los cinco dólares de la propina y saqué el billete del bolsillo del uniforme. Así el petate y me dispuse a partir. Retrocedí, recogí el uniforme rojo del suelo, hice una bola con él y lo guardé en el interior del petate. Si volvían a registrar, ¿por qué darles la satisfacción de encontrarlo? Cerré la puerta de la habitación a mis espaldas y anduve medio al trote hacia la escalera de incendios.

Bajé ocho tramos de escalones. Cuando llegué a la puerta del vestíbulo, la entreabrí y eché un vistazo. Un reducido grupo de empresarios parecía haber improvisado una reunión profesional en uno de los rincones amueblados. La mesa estaba llena de papeles. Miré hacia la izquierda. Una pareja hablaba con el conserje, que sostenía un plano abierto de la ciudad. No vi el menor rastro del señor Dentón ni del guardia de seguridad. Tampoco de Ray Rawson, puestos a ello. Me había dicho que nos reuniríamos junto al teléfono, que podía ver claramente al otro lado del vestíbulo. En los alrededores no había nadie, pero estaba demasiado a la vista para mi gusto.

Miré a mi derecha. A unos dos metros había una fila de teléfonos públicos y, más allá, los «Caballeros» y las «Damas». Frente a mí, hacia la izquierda, estaba la entrada de la cafetería. Dejé la seguridad relativa de la escalera, anduve un trecho de pasillo y entré en el lavabo de

señoras. Dos de los cinco excusados estaban cerrados, pero al mirar por debajo de la puerta no vi pies de ninguna clase. Me encerré en el excusado de las minusválidas, me senté en la taza y me até los zapatos. Luego vacié el petate, sacudiéndolo para que todo el contenido cayera al suelo.

Primero comprobé el petate, mirando en todos los bolsillos y pliegues, metiendo los dedos en todos los rincones. Había pensado que a lo mejor encontraba un compartimiento secreto, pero no parecía haber nada por el estilo. Toqueteé todas las costuras, todos los ganchos, todos los refuerzos. Inspeccioné todas las prendas que había vaciado en el suelo, doblando y volviendo a guardar el uniforme robado, un pijama de algodón, dos leotardos, camisetas, tampones, dos sostenes y una cantidad incalculable de bragas y calcetines. Allí no había absolutamente nada.

Empezaba a ponerme nerviosa. Había seguido la pista de aquel absurdo equipaje por tres estados, basándome en la suposición de que contenía algo que valía la pena recuperar. Y ahora resultaba que no contenía más que ropa usada. ¿Qué le iba a decir a Chester? Se iba a poner furioso cuando le contara que había volado de Santa Teresa a Dallas sólo por aquello. No ganaba el dinero para mandarme a recorrer el país en pos de un puñado de bragas de algodón. En cuanto a mí, había violado la ley. Podía ir a parar a la cárcel. Había puesto en juego mi licencia y mi medio de vida. Me dispuse a meter de nuevo las prendas en el petate. Por suerte, las bragas parecían de mi talla, podía llevarme unas que estuvieran limpias. Titubeé. No, seguramente no era una buena idea. Si me detenían por ladrona, no quería llevar las pruebas en el culo.

Salí del excusado esforzándome por parecer indiferente y no una fugitiva cazadora de recompensas de lencería. No me animaba a abandonar el petate. Básicamente, seguía aferrada a la idea de que simbolizaba algo raro y precioso y no el visado para la cárcel. Miré hacia el teléfono, pero no vi el menor rastro de Ray. Me puse ante uno de los teléfonos públicos. Rebusqué en un bolsillo de la chaqueta y saqué el contenido para ver cuántas monedas tenía. Puse en el estante de metal la entrada de cine, el bolígrafo, los cinco dólares de la propina, dos monedas de veinticinco centavos y el sujetapapeles metálico. Introduje una moneda de veinticinco centavos en la ranura y puse una conferencia a California, a casa de Chester, cargando la llamada a la tarjeta de crédito. Recuperé la moneda, la puse con la otra y para calmarme toqueteé y removí las cuatro cosas que había en el estante. A Chester no le iba a gustar. Deseé que no estuviera en casa, pero descolgó al tercer timbrazo.

—Sí.

—Hola, ¿Chester? Soy Kinsey.

—Habla más alto. No te oigo. ¿Quién dices que eres?

Me cubrí la boca con la mano y me volví de espaldas para que mi nombre no resonara por todo el vestíbulo.

—Yo. Kinsey —susurré—. Tengo el petate, pero no contiene nada de importancia.

Silencio sepulcral.

—Bromeas.

—No, no, de verdad. O han sacado el botín o no robaron nada.

—¡Desde luego que robaron! Arrancaron la chapa de la cocina. Mi padre seguramente escondía allí dinero.

—¿Viste alguna vez dinero en aquel sitio?

—No, pero eso no significa que no estuviera.

—Eso es pura especulación. Puede que el tipo entrase y no encontrara nada. Puede que el

petate saliera vacío de la casa. —Seguí removiendo los objetos del estante metálico, poniendo una de las monedas de veinticinco centavos encima de la cara de Lincoln del billete de cinco dólares. El George Washington de la moneda parecía desnudo, mientras que el Lincoln del billete se había acicalado con el traje de los domingos. Por lo visto sorprendieron a George en la sauna, con el pelo echado hacia atrás.

—No me lo trago —dijo Chester con voz malhumorada—. ¿Y me llamas para esto, para soltarme todas esas tonterías?

—Pensé que querías estar al tanto. Creí que era lo justo.

—¿Lo justo? ¿Crees que es justo que me gaste el dinero enviándote a Dallas para nada? Esperaba resultados.

—Alto ahí. Hasta ahora no has gastado nada. El dinero lo he gastado yo. Lo que te corresponde en principio es pagarme. —Quitó la funda al bolígrafo y pintó a Lincoln un bigote que le redujo la nariz. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo narigudo que era.

—¿Pagarte por qué? ¿Por aire y humo? Olvídalo.

—Vamos. Tomamos una decisión y ha salido mal.

—Entonces ¿por qué tengo que pagarte? No pienso pagar por tu incompetencia.

—Créeme, Chester, me lo he ganado. Podrían retirarme la licencia por la mitad de lo que he hecho. Ni siquiera estoy autorizada a trabajar en este estado. —Puse las dos monedas en los dos extremos del billete, para pegarlo al metal.

—Es tu problema, no el mío. No habría accedido si hubiera sabido que ibas a volver de una absurda persecución con las manos vacías.

—Bueno, yo tampoco. Es el riesgo que aceptamos. Sabías tanto como yo al principio —dije. Escribí una palabrota en el billete. No conocía otra forma de contener las ganas de gritarle.

—A la mierda entonces. ¡Estás despedida! —Le oí murmurar para sí «¡Maldita sea!» en el momento de colgar con brusquedad.

Hice una mueca al auricular y puse los ojos en blanco. Cogí la guía y busqué el teléfono de las reservas de American Airlines. Me daba vergüenza admitir que había dado un patinazo, pero no entendía qué utilidad podía tener quedarme en Dallas. Me había equivocado. Había sabido desde el principio que obraba guiada por un impulso. Me había basado en la única información que tenía y si mis juicios habían resultado erróneos, ya no podía hacer nada. Me daba cuenta de que me estaba justificando, pero no podía evitarlo después del enfado de Chester. A ver quién le echaba la culpa a él.

Recogí el billete de cinco dólares y me lo acerqué a la cara para observar los detalles. El papel moneda tiene una complicada colección de nombres y números impresos con variada intensidad, dibujos con mucho ringorrango geométrico y sellos oficiales. Qué raro. ¿Desde cuándo era Henry Morgenthau ministro de Hacienda? ¿Y quién era aquel Julián cuya firma de loco era tan imposible de descifrar? Inmediatamente a la derecha de la cara de Lincoln ponía «Serie 1934 A». Metí la mano en el bolso y saqué la billetera para comprobar los billetes que llevaba encima. El único de cinco dólares que tenía era de la serie 1981 Buchanan-Reagan. Los de un dólar eran 1981 Buchanan-Reagan y 1981-A Ortega-Reagan, más un par de 1985 Ortega-Baker que acababan de ponerse en circulación. El de veinte y el de diez parecían de la misma emisión. Mucho me equivocaba o la propina que me había dado Laura Huckaby era un billete de 1934. ¿No daba a entender esto que se dedicaba a gastar dinero de un alijo de billetes antiguos? Era improbable que

tuviera aquel billete en su poder por pura casualidad.

Dejé la guía, renunciando a la idea de tomar el avión de vuelta. Puede que no estuviera todo perdido. Recogí el petate y eché a andar, inspeccionando con la mirada la superficie del vestíbulo. Los cinco empresarios habían juntado las cabezas y se pasaban las hojas de algún informe. Como suele suceder en tales grupos, un individuo parecía concentrar la atención de los otros. De repente se abrió una puerta a mis espaldas y antes de que pudiera volverme me asieron por el codo y me arrastraron hacia las escaleras.

—¿Dónde carajo has estado?

Me volví sobresaltada. Era Ray, con la cara amoratada a unos diez centímetros de la mía. Se había quitado la tirita de la nariz, pero al parecer aún tenía las fosas nasales llenas de algodón. La piel le olía a productos farmacéuticos, a esa colonia que solemos ponernos en la sala de cuidados intensivos, compuesta a partes iguales de alcohol alcanforado, esparadrapo y yodo. Aún me tenía sujeta con la maltrecha mano, los dedos rotos en posición rígida.

—¿Que dónde he estado? ¿Dónde has estado tú? —Nuestras voces subían rebotando por las escaleras como una bandada de pájaros chillones. Levantamos la vista y bajamos la voz hasta hablar en susurros. Ray me llevó al callejón sin salida que formaba el último tramo de escalones por la parte de la pared.

—Joder, van detrás de ti —exclamó en voz baja—. Un cretino con *walkie-talkie* me ha estado aplicando el tercer grado. Estoy esperando junto al teléfono y va y me dice que tenga la bondad de «entrar en la oficina». ¿Qué iba a hacer? Sabe quién eres y quiere saber qué haces aquí.

—¿Y por qué te lo han preguntado a ti?

—Habían hecho averiguaciones. La camarera tuvo que decirle que nos había visto juntos. A mí no era difícil localizarme con esta facha. Le dije que eras una investigadora privada que trabajaba en secreto en un caso del que no estaba autorizado a hablar.

—¿Qué pensó que eras?, ¿policía?

—Le dije que yo tenía parte activa en un plan de protección de testigos y que iban a enviarme a otro estado. No tuve más remedio que contárselo como si todo fuera muy secreto y asunto de vida o muerte.

—¿Y si no te hubieran creído? ¿Cómo habrías escapado?

—Les traía sin cuidado quién era yo. Lo único que querían era que me fuese. Dije que tenía que subir a mi habitación para recoger mis cosas. Me acompañaron al ascensor y, en cuanto se marcharon, di media vuelta y bajé. ¿Es ese el petate? Dámelo.

Lo puse fuera de su alcance.

—Un momento, listo. ¿Me juras por un montón de Biblias que me has dicho la verdad? ¿Que es dinero lo que buscamos y no drogas, diamantes o documentos robados?

—Es dinero. Lo juro. ¿No lo has visto?

—No he visto nada. ¿De cuánto hablamos?

—De ocho mil dólares, quizás un poco menos ya.

—¿Sólo eso?



—Vamos. Es mucho cuando no tienes un centavo y yo no lo tengo.

—No sé por qué, pero tenía la impresión de que era más —dije. Nuestras voces habían empezado a resonar otra vez. Se llevó el dedo a los labios—. ¿De dónde salió el dinero? —susurré con voz silbante.

—Después te lo contaré. Ahora vamos a ver si podemos salir de aquí.

—Debajo de este hay un pasillo de servicio, pero no se puede entrar por aquí —dije.

—¿Y el piso de arriba?

—No lo creo. —Fue a subir, pero le así del brazo—. Espera. No corras tanto. Necesitamos un plan.

—Necesitamos el dinero —me corrigió— antes de que los de seguridad del hotel nos echen el guante otra vez. Puede que la Huckaby entregara el dinero a la dirección.

—Imposible. Yo estaba en la misma cola que ella cuando se inscribió. No dejó en depósito nada de valor. Lo habría visto.

—¿Dónde está entonces? No es lógico que lo haya perdido de vista. Si averiguáramos dónde lo ha puesto, podrías agenciártelo y salir corriendo.

—¿Yo? Qué simpático. ¿Y tú?

—Hablo en sentido figurado —dijo.

—Bueno, el dinero no está en su habitación porque ya la he registrado.

—Entonces lo lleva encima.

—Que no. Ya te lo he dicho. ¡Hey! —Oí el chasquido que producen las ideas cuando el cerebro se nos ilumina, una explosión insignificante, como una combustión espontánea en la base del cráneo—. Un momento. Ya lo tengo. Creo que ya sé dónde está. Ven conmigo.

Llamé a la puerta de Laura Huckaby. Hubo un momento de silencio. Seguramente estaba con el ojo pegado a la mirilla para ver quién era. Ray se había pegado a la pared, a la izquierda de la puerta, con cara de sufrimiento.

—Sé cómo se enteró Gilbert del día que me soltaban —dijo con voz pesarosa—. No quería decírtelo a menos que fuera necesario.

—Silencio —murmuré casi sin voz. No sabía qué le pasaba, salvo lo que saltaba a la vista. Se había mostrado curiosamente reacio a subir conmigo hasta la habitación, aduciendo toda clase de motivos para que fuese yo sola. Me había mantenido firme. Primero: si nos sorprendían, podíamos comportarnos como si nos estuviéramos marchando. Segundo: puesto que Chester se había rajado, no quería cargar sola con la responsabilidad. Como la vez anterior, Laura entreabrió la puerta sin soltar la cadena de seguridad.

Levanté el petate.

—Hola, soy yo. Ya he terminado el turno. He encontrado esto en el pasillo.

—¿Es mío?

—Creo que sí. ¿No estaba anoche en su armario?

—¿Y cómo ha salido de allí?

—A mí no me pregunte. Lo he visto al pasar y he querido devolvérselo.

Me observó durante unos momentos.

—Espere. Voy a ver. —Dejó la puerta entornada, asegurada todavía con la cadena, mientras se

dirigía hacia el tocador y abría el armario. Ray y yo nos miramos. Estaba claro que Laura no iba a ver el petate, pero esperé como es debido para no estropear la farsa. Volvió a la puerta con cara de confusión—. Creo que es mío. —Era evidente que no se fiaba de mí, pero yo no podía hacer nada por remediarlo. Desde su punto de vista, venían sucediéndole cosas inexplicables. Perdía una llave, no encontraba cierto paquete y ahora el petate errante.

—Si quiere, lo dejo aquí en el suelo.

—No, perdóneme. —Cerró la puerta y sacó la cadena de la guía. Volvió a abrir la puerta, lo suficiente para que pasara el petate, y alargó la mano como esperando que se lo diera.

Apoyé la otra mano en el borde de la puerta para impedir que la cerrase. Pareció sobresaltarse al ver la maniobra y exclamó:

—¡Oiga! —con irritación.

Sonreí con la esperanza de tranquilizarla.

—¿Le importa si entro? Tenemos que hablar. —Empujé la puerta.

—Váyase —dijo, empujando también.

Forcejamos con la puerta, pero Ray acababa de entrar en la foto y, después de unos segundos de resistencia muda, Laura Huckaby se dio por vencida. Comenzaba a darse cuenta de que pasaba algo muy serio.

—Soy Kinsey Millhone —dije mientras entrábamos en la habitación—. Y este es mi amigo Ray.

Laura retrocedió, observando la cara hinchada y magullada de Ray.

—¿Qué es esto?

—Llamémoslo un simposio sobre el dinero —dije—. Los tres solos, usted, yo y él.

Se giró en redondo, se dirigió a toda velocidad a la mesita de noche y descolgó el teléfono. Ray golpeó la horquilla antes de que Laura pudiese marcar el 0.

—Tranquila, señora. Sólo queremos hablar con usted —dijo. Le quitó el auricular de la mano y lo depositó en la horquilla.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Y qué es esto, un chantaje?

—De ningún modo —dije—. La hemos seguido desde California. Su amigo Gilbert robó cierto dinero y el amigo Ray lo quiere recuperar.

Los ojos de Laura se posaron en mí y saltaron hacia Ray mientras despuntaba en ellos un atisbo de comprensión.

—Usted es Ray Rawson.

—El mismo.

Laura alzó la mano como para propinarle una bofetada. Ray detuvo el movimiento y recibió el golpe en el antebrazo. Le atenazó la muñeca con la mano sana.

—No hagas eso —dijo.

—¡Quítame tus sucias manos de encima!

—Devuélvenos el dinero y te dejaremos en paz.

—No es tuyo. Es de Gilbert.

Ray negó con la cabeza.

—Me temo que no. El dinero es mío y de un tío llamado Johnny Lee. Johnny murió hace cuatro meses y no tengo inconveniente en ceder su parte a su hijo y su nieto. Gilbert nos vendió.

—¿Serás cabrón? ¡Eso no es verdad! El dinero es suyo y tú lo sabes. Fuiste tú quien se fue de

la lengua. Su hermano murió por tu culpa.

—Eso es mentira. ¿Es lo que va diciendo?

—Pues sí. Me dijo que fue una especie de encerrona y que todo estaba preparado. Tú diste el chivatazo a la poli y Donnie murió en el tiroteo —dijo Laura.

—Eh, eh, un momento —dije—. ¿Qué pasa aquí?

Ray pareció calmarse, pero ni siquiera me miró.

—Te mintió, criatura. Gilbert te contó una película. Seguramente tuvo que hacerlo para asegurarse tu participación, ¿me equivoco? Porque si hubieras sabido la verdad, no le habrías ayudado. Espero.

—Cerdo. Ya me dijo que lo intentarías, tergiversar la verdad según te conviniera.

—¿Quieres la verdad? Te la diré. ¿Quieres saber qué ocurrió?

Laura se llevó las manos a los oídos, como para no oírle.

—No tienes por qué contármela tú. Gilbert ya me contó lo que ocurrió.

Alcé una mano.

—¿Les importaría callarse y decirme de qué va todo esto? ¿Se conocían ya?

—No exactamente —dijo Ray. Se volvió hacia Laura y los dos se miraron con fijeza a los ojos. Los ojos de Ray se desviaron hacia mí—. Te presento a mi hija. Hacía años que no la veía.

Laura se lanzó sobre él, golpeándole el pecho con los puños.

—Eres un cabrón —dijo y se echó a llorar.

Miré a uno y luego a la otra. No me quedé con la boca abierta, pero así es como me sentía.

Ray la rodeó con los brazos.

—Lo sé, pequeña, lo sé —murmuró acariciándola—. Siento muchísimo lo ocurrido.

Las lágrimas de Laura tardaron en secarse cinco o seis minutos. Había ocultado la cara en el hombro de Ray y el abrazo tenía su punto de torpeza a causa de la barriga de la mujer. Ray apoyó la magullada barbilla en el enmarañado pelo de la mujer, que casi se había soltado ya y le colgaba en mechadas de fuego. Ray casi gemía de tristeza al ver la desdicha de Laura, que esta expresaba con infantil ausencia de inhibiciones. Ninguno de los dos estaba acostumbrado al contacto físico y sospechaba para mí que aquel acercamiento pasajero no significaba en absoluto que se hubieran resuelto las cosas. Si habían estado separados desde siempre, haría falta algo más que un Momento Sublime para reparar el pasado. Mientras tanto, me prohibí pensar en mi prima Tasha y en mi repudio de la abuela.

Fui a la ventana y contemplé el estéril paisaje tejano. Me sentía igual de seca. Allí, como en California, el uso generoso de agua importada era el único medio de rescatar la tierra del desierto. Por lo menos ya sabía por qué Ray no había querido subir a la planta doce. Seguramente había temido el momento de encontrarse con su hija, en particular al comprender cómo la había utilizado Gilbert Hays. ¿Por qué los momentos más conmovedores de la vida suelen ser los más deprimentes?

Advertí que el llanto comenzaba a mitigarse a mis espaldas. Cambiaron algunos murmullos y me entregué a pensar respetuosamente en otra cosa. Cuando me volví, estaban sentados juntos en una de las camas. Las lágrimas de Laura habían abierto regueros en las múltiples capas del maquillaje, dejando al descubierto magulladuras antiguas. Se notaba que le habían puesto un ojo negro recientemente. Tenía en la barbilla una mancha verdosa orlada de amarillo, matices que reproducían los de las magulladuras de la cara de su padre. Resultaba extraño pensar que el

mismo hombre había golpeado a ambos. Ray observó la cara de Laura y no se le escapó lo que sucedía. En sus ojos se dibujó una expresión de dolor.

—¿Ha sido él? Porque si ha sido él, lo mataré, lo juro por Dios.

—No fue así —dijo Laura.

—No fue así. ¡Mentira!

Los ojos de la mujer volvieron a humedecerse. Me acerqué al tocador y saqué de la caja un puñado de pañuelos de papel. Al acercarme a la cama, Ray cogió los pañuelos y se los dio a Laura. Esta se sonó la nariz y me miró con resentimiento.

—Usted no es del servicio de habitaciones —dijo con resquemor—. Ni siquiera sabe meter bien las puntas de las sábanas.

—Soy detective privada.

—Ya sabía yo que en este hotel no se hacían las camas. Habría tenido que fiarme de mi instinto.

—*Esa* no es la verdad —dije. Me senté en la otra cama—. ¿Le importaría a cualquiera de los dos informarme de lo que pasa?

Ray se volvió hacia mí con expresión expectante.

—Vamos a ver. ¿Cuál es el trato?

—¿Trato?

—Yo no sé dónde está el dinero. Pensaba que estaría en esta habitación.

—Ah, el dinero. ¿Por qué no le preguntas a ella?

—¿A mí? Yo no lo tengo. ¿De qué hablas?

—De esto. —Alargué la mano y golpeé el hinchado vientre de Laura. El ruido sordo que oí no fue de los que suele producir la blanda carne materna. Me apartó de un manotazo.

—No me toques.

Ray nos miraba atónito.

—¿Lo tiene en el estómago? ¿Encajado en la tripa?

—No exactamente. La barriga es falsa.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Hay tampones en el petate. Si estuviera embarazada, no los necesitaría. Cosas de mujeres —dije.

—Estoy embarazada. ¿No te lo crees? El niño nacerá en enero. El dieciséis, para ser exactos.

—En ese caso, levántate el vestido para que veamos las pataditas.

—No tengo por qué hacerlo. Es increíble que lo hayas sugerido.

—Ray, hazme caso. Seguro que tiene el dinero en una especie de faja. Así lo metió en el avión sin que se viera en seguridad. Ocho mil dólares en un petate, habrían hecho demasiadas preguntas.

—Es ridículo. No hay ninguna ley que prohíba ir de un estado a otro con dinero encima.

—Sí, cuando el dinero es robado —dije con mi mejor voz de marisabidilla. La verdad es que éramos tal para cual, discutiendo por cualquier cosa.

—Vamos, señoritas. Por favor.

Cerré el puño.

—¿Quieres que te dé un puñetazo en el estómago? Sería una buena comprobación.

—¡Maldita sea! No es asunto tuyo.

—Sí lo es. Chester me contrató para encontrar el dinero y es lo que he hecho.

—No-tengo-el-dinero —dijo Laura, separando las palabras.

Alcé el puño.

—¡Está bien! Maldita sea. Lo llevo en un chaleco de lona que se engancha por delante. Espero que estés satisfecha.

Me encantó su indignación, como si hubiera sido yo quien le hubiera estado mintiendo.

—Estupendo. Veámoslo. Tengo curiosidad por ver qué aspecto tiene.

—Ray, ¿quieres decirle que se aparte de mí?

Ray me miró.

—Olvidalo. Esto es una estupidez. Me pareció que decías que querías oír la historia.

—Y es verdad.

—Déjate entonces de majaderías y vayamos al asunto. —Miró a su hija—. Empieza. Me gustaría oír la versión de Gilbert. ¿Qué dice, que yo traicioné a los otros?

—Antes quiero lavarme la cara —dijo Laura—. Estoy horrible. —La nariz se le había enrojecido y tenía los ojos hinchados de la emoción. Se levantó, se dirigió a la pila contigua al tocador y abrió el grifo.

—¿Tu hija? Habrías podido decírmelo —dije.

Ray evitó mi mirada, igual que un perro que se ha hecho caca en la mejor alfombra. Cuando volvió Laura, Ray dejó que se sentara en la cama mientras él acercaba una silla. La cara de Laura, ya sin maquillaje, tenía todas las abotargadas irregularidades que se podían esperar. Miró una vez a Ray con expresión titubeante. Cogió un puñado de pañuelos de papel y se los puso alrededor del dedo índice. Aunque era el centro de la atención, se mostraba extrañamente reacia a hablar.

—Gilbert dice que asaltasteis un banco en 1941.

—Correcto.

Me volví como un rayo.

—¿¿Correcto?!

—Fuisteis cinco. Tú, Gilbert, su hermano Donnie, el tipo que mencionaste...

—Johnny Lee —dijo Ray.

—Ese. Y un hombre apellidado McDermid.

—En realidad éramos seis. Había dos McDermid, Frank y Darrell —rectificó Ray.

Laura se encogió de hombros, admitiendo una rectificación que por lo visto no afectaba a su comprensión de los hechos.

—Dice Gilbert que te chivaste a la poli y que los agentes aparecieron en pleno atraco. Hubo un tiroteo y su hermano Donnie resultó muerto. También cayeron McDermid y un policía. El dinero desapareció, pero Gilbert estaba convencido de que tú y Johnny sabíais dónde estaba escondido. Johnny estuvo dos años en la cárcel y cuando lo soltaron desapareció. Gilbert no sabía cómo encontrarlo, esperó a que salieras, te siguió y, bueno, allí estaba. Gilbert sólo se llevó su parte. Bueno, creo que también la parte de su hermano. Pensaba que Johnny y tú lo habíais usado durante años y que, por tanto, lo que quedara era suyo por derecho propio.

—¿Podemos aclarar un punto? —dije.

—Adelante.

—¿Fue tu madre quien te dijo cuándo iba a salir Ray de la cárcel?

Asintió.

—Me lo comentó. Gilbert me había contado ya lo sucedido y estaba furiosa. Quiero decir que,

por si no bastaba con que mi padre se hubiera pasado toda la vida en la cárcel, encima descubro que traicionó a todos sus amigos. Es lo más ruin del mundo.

—Tengo que decirte algo, pequeña. No sé qué relación tendrás con Gilbert, pero ¿no se te ha ocurrido pensar que se acercó a ti para tenerme a mí vigilado?

—No. Categóricamente. No puedes hablar de lo que no sabes —dijo.

—Tú concéntrate en los hechos. Quiero decir que es lo más lógico —dijo Ray—. ¿No te preguntó por mí ya desde el primer momento? Puede que no por mi nombre, bastaba aludir a la situación familiar, que si esto, que si lo otro, que si tu padre, que si tu padrastro, cosas por el estilo.

—¿Y qué si preguntó? Todo el mundo pregunta esas cosas al principio.

—¿Y no te parece extraño? Oye, qué casualidad, si resulta que hace cuarenta y tantos años atracamos juntos un banco.

—No fue así. Gilbert conocía a Paul del trabajo... es mi padrastro —dijo Laura volviéndose hacia mí—. Lo más seguro es que Paul mencionara el apellido Rawson en un momento dado.

—Oh, sí, claro —dijo Ray con acritud—. A Paul le daba por ponerse a decir perrerías sobre mí ante sus compañeros de trabajo.

—¿Qué importancia tiene? —dijo Laura—. Salió a relucir y ya está. Puede que fuera el karma.

La cara de Ray ardía de impaciencia (no se había tragado el cuento ni por un segundo) e hizo con la mano ese movimiento giratorio que quiere decir: «al grano».

—Ray, si te comportas así no me dejarás hablar —dijo Laura en plan remilgado—. Me has preguntado por mi versión y es lo que quiero hacer, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Tienes razón. Lo siento. Pero me gustaría preguntarte...

—No digo que conozca todos los detalles —añadió Laura interrumpiéndolo.

—Lo comprendo. Sólo preguntaba por la lógica. Mira, en el evangelio según Gilbert, si lo que dice él es cierto, ¿cómo es que he pasado cuarenta años entre rejas? Si yo di el chivatazo, es de suponer que llegué a un acuerdo. No habría estado encerrado ni un solo día. O me habrían rebajado la condena y habría estado en la cárcel el tiempo imprescindible para disimular.

Laura guardó silencio y advertí que se esforzaba por encontrar una explicación coherente.

—La verdad es que no lo sé. Nunca me he detenido a pensarlo.

—Pues piénsalo ahora.

—Sé que Gilbert no estuvo mucho tiempo encerrado —dijo Laura tanteando.

—Sí, pero él tenía diecisiete años. Entraba todavía en la categoría de delincuente juvenil y era su primer delito. Johnny creyó siempre que había sido Darrell, el menor de los McDermid. Frank era demasiado chulo. Darrell fue el único que declaró contra los demás ante el juez y pasó menos de un año en la cárcel. ¿Quieres saber por qué? Porque nos entregó y a cambio le rebajaron la condena. Gilbert quiere echarme a mí la culpa porque el muy cabrón es avaricioso y quiere una justificación para quedarse con el botín. A propósito, no me lo has dicho, ¿os habéis casado?

—Vivimos juntos.

—Vivís juntos. Muy bonito. ¿Hace un año, dos?

—Más o menos —dijo Laura.

—¿Y todavía no sabes cómo es?

Laura no dijo nada. A juzgar por las moraduras, sabía de sobra cómo era Gilbert.

—No creo que me mintiera. Tú eres quien miente.

—¿Por qué no suspendes el juicio hasta oír mi versión?

Levanté una mano.

—¿Eh, Ray? ¿Me voy a quedar de piedra por lo que voy a oír? ¿Va ser el notición que me cabrearé?

Sonrió con apocamiento.

—¿Por qué?

—Porque me pregunto cuántas versiones tienes intención de contar. Que yo sepa, es la número tres.

—Ahora va en serio. Es la última. Lo juro por Dios.

Miré a Laura.

—Miente como respira, si es que respira.

—Yo no miento —dijo Ray—. Puede que haya dejado de mencionar un par de cosas.

—¿Un tiroteo con la poli? ¿Qué más has olvidado mencionar? Sabré resistirlo —dije.

—Puedo hacerlo sin sarcasmos.

—¡Y yo sin mentiras! A mí me dijiste que Gilbert era un antiguo compañero de celda.

—Tenía que decirte algo. Vamos. Esto no es fácil para mí. He tenido cerrada la boca durante cuarenta años. Johnny Lee y yo juramos que jamás revelaríamos nada. El problema es que murió sin darme cierta información vital.

—Voy a ponerme cómoda —dije. Saqué las almohadas de debajo del edredón y las amontoné pegadas al respaldo de la cama, quitándome los zapatos antes de recostarme. Aquello era como el cuento de antes de irse a la cama y no quería perdmelo.

—¿Estás a gusto?

—A gustísimo.

—Johnny trazó el plan y me convenció de que participara. Para comprenderlo tengo que ponerte en antecedentes. Espero que no te importe.

—Si para variar vas a decir la verdad, tómate el tiempo que quieras.

Ray se puso en pie y comenzó a pasearse.

—Estoy pensando a cuándo hay que remontarse. Vamos a ver. El río Ohio se desbordó en el invierno de 1937. Creo que se puso a llover en enero y que el río creció. Al final se inundaron unas seis mil hectáreas a ambos lados del río. Johnny estaba entonces en la cárcel de Lexington. Bueno, los presos se sublevaron. Escaparon sesenta y Johnny Lee entre ellos. Llega a Louisville y desaparece en la confusión. Se pone a colaborar en las medidas contra la inundación. —Se detuvo para mirarnos por turno—. Tened paciencia —dijo—. Tenéis que comprender cómo se forjó el plan.

—Por mí no hay problema —dijo Laura.

Ray me miró.

—Sigue, sigue —dije.

—De acuerdo. El caso es que llegaron a la ciudad miles de voluntarios. Y nadie hacía preguntas. Por lo que me contó Johnny, mientras arrimaras el hombro, a nadie le importaba quién eras ni de dónde venías. De manera que se fue dando tumbos por el oeste, rescatando gente de los techos. El agua llegaba al primer piso en muchos lugares, he visto fotos del suceso, tan arriba como las luces de los semáforos. Johnny hizo una barca con cuatro barriles y unas cestas y se lanzó a remar por la calle. Fue el gran momento de su vida. Incluso se quedó por allí después y

ayudó en las tareas de limpieza, y así fue como se le ocurrió lo del golpe.

»Muchos edificios se habían derrumbado. Quiero decir que todo el centro estuvo inundado durante semanas, y cuando el agua se retiró, se formaron grupos para reparar lo que se había estropeado. Johnny era listo. Se las sabía todas. Dijo que había trabajado en la construcción y lo pusieron en un grupo. El caso es que estaba recorriendo un sótano cierto día cuando se da cuenta de que está debajo de un banco. La electricidad no funciona desde hace días, los desagües han reventado y el sótano está lleno de agua. En la pared hay una grieta que tiene que reparar. Hace una chapuza que no engañaría a un profesional, pero no hay ninguno por allí. Todos están demasiado ocupados para fijarse en él. Dice entonces que lo ha arreglado cuando lo único que ha hecho ha sido taparlo. Incluso firma la inspección con una falsa rúbrica. Quiero decir que nadie va a revisar su trabajo.

»Cuando nos conocimos... fue ya cuatro años después. En aquella época se construían grandes cámaras de seguridad, utilizaban barras de refuerzo de veinte, que quiere decir veinte milímetros de diámetro, diez centímetros en el centro, repartidas al azar. Haceos cargo, no soy ningún experto. Todo esto lo aprendí de él. La cámara se había construido durante la Depresión, en algún plan de obras públicas, así que ya podéis imaginaros lo bien construida que estaba. En una cámara así se puede entrar con las herramientas indicadas y con tiempo por delante. Me dijo que lo tenía en la sesera desde hacía mucho tiempo, pero que sabía que no podría hacerlo solo cuando llegase el momento y ahí fue donde entré yo.

»Johnny se pone a trabajar en el sótano. Noches y semanas, desde el sótano del edificio contiguo ataca la estructura subterránea. Probablemente tarda un mes, pero al final entra por el suelo de la cámara. Ahora se hace todo con equipo de alta tecnología, pero en aquella época, para asaltar un banco había que tener temple y trabajar como un animal. Hacía falta paciencia y habilidad. Johnny suponía que el sistema de alarma era más resistente que la cámara. Por entonces estaban ya con nosotros unos cuantos muchachos, porque necesitábamos ayuda. Johnny había trabajado de pequeño con un cerrajero, había leído todos los manuales y se conocía todos los detalles de memoria, pero para desconectar la alarma necesitábamos a otro especialista. Yo había estado en chirona con un tío en el que me parecía que se podía confiar. Era Donnie Hays y Donnie nos presentó a su hermano Gilbert. Como ha dicho Laura, Donnie murió y yo tengo que agradecerle esto a Gilbert. —Nos enseñó la mano magullada y con los dedos vendados».

Ví que Laura apartaba la cabeza y nos miramos. Por lo visto no se le había ocurrido hasta entonces que Gilbert había sido el responsable de las lesiones que Ray Rawson tenía en la cara.

—Johnny contactó con un par de sujetos que se apellidaban McDermid. Creo que eran primos y que los había conocido mientras estaba en Lexington. Donnie Hays desconectó la alarma y nos pusimos a trabajar con los sopletes y taladros, perforando como locos hasta que por fin entramos. Johnny se puso a abrir cajas de seguridad con el taladro mientras los demás limpiábamos el contenido.

—Un momento. ¿Quién es Farley? ¿Cómo encaja en la historia? —pregunté.

—Es el sobrino de Gilbert —dijo Laura—. Fuimos a la costa los tres juntos.

—Perdón por la interrupción. Sigue.

—Bueno, trabajamos en cadena, sacando la pasta y las joyas de las cajas de seguridad, metiéndolas en bolsas de lona y luego pasando las bolsas por el agujero, hasta el coche que esperaba en el callejón. Trabajamos como animales, y parecía que todo iba a salir según lo



planeado cuando de repente aparece la poli y se arma el gran follón. Estalla el tiroteo y en el cruce de disparos Frank McDermid y Donnie Hays resultan muertos, junto con un policía. Yo tenía un carácter endiablado en aquella época, el tiro que mató al poli salió de mi pistola. Detuvieron a Gilbert y también a Darrell McDermid. Oí después que Darrell había muerto en un accidente, pero hasta hoy no he sabido nada que lo confirme.

—¿Y a ti y a Johnny no os detuvieron? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No en aquel momento. Escapamos, pero sabíamos que era cuestión de tiempo y que antes o después nos atraparían. Estábamos desesperados, con los bolsillos rebosantes de dinero y deseosos de guardarlo en un lugar seguro antes de que la poli se nos echara encima. Decidimos separarnos. Johnny dijo que conocía el lugar perfecto para guardar la pasta, pero pensaba que lo mejor era que sólo lo supiese uno de nosotros. Le habría confiado mi vida. Me juró que no tocaría el dinero hasta que estuviéramos libres para gastarlo. Nos separamos y cuando nos capturaron él ya no tenía nada encima. La poli le aplicó el tercer grado para que cantase, pero no dijo nada. Al final admitió el delito, pero jamás dijo a nadie qué había sido del dinero. Lo paradójico fue que, como le habían arrancado la confesión a la fuerza, le anularon la condena.

»Mientras tanto, sospechábamos que había sido Darrell quien había dado el chivatazo. Como ya he dicho, cuando nos detuvieron, testificó contra nosotros ante el juez. Luego juró y perjuró que no nos había delatado, y quiso echarle las culpas a su hermano Frank. A mí y a Johnny nos cayeron de veinticinco años a cadena perpetua, pero Johnny apeló y anularon la condena. Se fue a casa con su familia mientras yo daba con mis huesos en la penitenciaría nacional de Atlanta, estado de Georgia. Johnny volvió más tarde y recogió el dinero que necesitaba para mantenerse él y mantener a mi madre, que sigue en Kentucky. —Señaló la barriga de Laura—. Y eso es lo que queda.

—Un momento. ¿Cómo estás tan seguro de que son ocho de los grandes?

—Porque Johnny me dijo cuánto se llevó y lo que había gastado desde entonces. Hice operaciones y deduje el saldo.

—¿Dónde está lo demás?

—Bueno, verás. Sospecho que donde estaba.

Lo miré con fijeza.

—No me estarás diciendo que murió sin revelar dónde lo había escondido.

Ray se encogió de hombros con nerviosismo.

—Pues eso hizo.

Laura dio un gemido e hice amago de sujetarla como si estuviera a punto de desmayarse. Quiso apoyar la cabeza en las rodillas, pero el bulto de la barriga se lo impidió. Se recostó de lado sobre las almohadas, encogiendo las rodillas como una criatura con dolor de vientre.

—¿Qué pasa? —preguntó Ray.

—Joder, pensaba que habría más. Pensaba que sabías dónde estaba —susurró, echándose a llorar otra vez. Pero no me iba a impresionar. Me pregunté por qué a veces decimos gimotear en vez de llorar. Yo jamás he visto que una persona que llora articule bien las palabras.

Ray se acercó a Laura y se sentó a su lado.

—¿Estás bien?

La mujer negó con la cabeza mientras se mecía.

—Laura está perfectamente —dije, harta ya de todo. Me di cuenta de que hablaba con rudeza, pero sabía lo que se proponía y aquellas lágrimas de niña me ponían fatal. Ray le acarició la espalda y le dio en el hombro unas palmadas, enfrascándose en una serie de movimientos que, pese a todo, expresaban su simpatía y su preocupación.

—Vamos, vamos. No pasa nada. Dime qué te ocurre y te ayudaré, te lo prometo. No llores.

—Perdona, Ray, pero puede que te convenga ser discreto. Laura ya está traicionando a Gilbert y eso que en teoría está enamorada de él. No digamos lo que hará con las personas que no le importan un pimiento. Por ejemplo, nosotros, por si no sabes de qué hablo —dije.

Ray la miró con el entrecejo fruncido.

—¿Es verdad eso? ¿Quieres dejar a Gilbert?

—Pegándose a nosotros —dije con retintín. Ninguno de los dos me hizo caso. No sé por qué me molestaba.

Alargué a Laura otro puñado de pañuelos y la mujer repitió las operaciones destinadas a sonarse la nariz. Se pasó un pañuelo por los ojos para bloquear el desbordamiento de las lágrimas. Barbotó una explicación fragmentada, pero como no conseguía hacerse entender, me encargué de traducirla.

—Laura y Farley se han hecho socios. Y ella quiere escaparse con el dinero. Sólo es una suposición.

—¿Se la vais a jugar tú y Farley? —preguntó Ray. Se esforzaba por aparentar calma, pero me di cuenta de que estaba muy alarmado. Conocía demasiado bien a Gilbert para saber el tamaño del problema en que estaba su hija. Laura asintió con las mejillas arrasadas de lágrimas.

—Por el amor de Dios, criatura. Ojalá lo hubiera sabido antes. No es buena idea, en absoluto.

—No puedo remediarlo. Farley me quiere. Me dijo que me ayudaría. Sabe que Gilbert me pega. Tengo que huir o me matará.

—Te comprendo, pequeña, pero Gilbert está loco. No le va a gustar. Si lo averigua, no quiero ni pensar lo que hará para vengarse. Vamos a hablar. Puede que demos con una forma de sacarte de esto.

Me encantaban sus plurales.

Laura dio un suspiro y se incorporó. Sin el contrapeso del maquillaje parecía que los ojos se le hubieran subido un centímetro. Tenía la nariz congestionada y hablaba en un registro menos agudo. La piel se le había puesto de color rosa apagada y los ojos color avellana resaltaban entre el rojo del pelo. El chaquetón verde de pana se le había arrugado y el cuello del jersey blanco se le había manchado de crema.

—No pensaba en nada, sólo en que tenía que escapar. —Se subió la manga—. Mira, estoy llena de magulladuras. Tengo peor aspecto que tú y esto se ha venido repitiendo durante meses.

—Tienes que alejarte de él. No le des más vueltas. ¿Cómo has podido tolerarlo?

—Porque no he tenido elección. He ido a centros de mujeres maltratadas. Me he escondido en casa de amigas en dos ocasiones. Pero siempre me encuentra y me obliga a volver. Ahora me vigila para que no hable con nadie. Tengo que darle cuenta de lo que hago cada minuto. No me deja trabajar. No quiere que tenga ni un centavo propio. Cuando se presentó esto, supe que era la única oportunidad que tendría en la vida. Y me dije: si tuviera dinero, si pudiera huir con él...

—Entonces quédate con el dinero —dijo Ray—. Es tuyo. No podía creerlo cuando Kinsey mencionó tu nombre. Pregúntale a ella. Me quedé atónito...

—Yo no diría atónito, pero te quedaste muy callado.

—No sabía que estabas metida en esto —prosiguió Ray.

—Habría sido igual —dijo Laura, sonándose la nariz. Haber pillado desprevenido al padre parecía tranquilizarla.

—No habría venido. Habría dejado que te quedaras con los ocho mil. Ya te lo he dicho. Es tuyo. Quédatelo. Es un regalo.

—Olvidalo. No lo quiero.

—Me pareció que decías que no tenías otra salida.

—Pues la tengo.

—¿Cuál?

—No sé. Hablaré con Farley. Ya se nos ocurrirá algo.

—Laura, no seas idiota. Antes estabas dispuesta a quedártelo. ¿Por qué ahora no?

Se volvió hacia el hombre con brusquedad.

—Estaba dispuesta a quedármelo porque creía que habías traicionado a tus amigos para apoderarte de él. Pensaba que te lo merecías, que no tenías derecho a él después de lo que hiciste. El melodrama empezaba a fastidiarme y ya tenía ganas de que llegaran a un acuerdo.

—¿Por qué no os repartís el dinero y dejáis de discutir?

Ray negó con la cabeza.

—Nada de repartirlo. Que se quede con los ocho billetes. Yo puedo volver a Louisville a buscar el resto.

—¿Qué posibilidades hay de encontrarlo al cabo de cuarenta años? —pregunté.

—Seguramente pocas, pero me sentiría mejor sabiendo que ella tiene lo suficiente para

escapar.

—Ray, te dije que intervendría y pienso hacerlo —dije.

—¿Por qué no me dejas ser bueno?

—Es demasiado tarde.

Se me quedó mirando con expresión confusa.

—Habla con ella. Díselo tú. No sé a quién habrá salido esta hija.

—La idea es la siguiente, Ray, y te advierto que puedes creerme. Lo que ella quiere es tu afecto. Quiere estímulo. Quiere que le pidas perdón por la vida que le has dado. No quiere nada más de ti. Y está claro que no quiere tu ayuda. Antes moriría.

—¿Por qué?

—Porque no quiere deberte nada —le solté.

Ray miró a su hija.

—¿Es verdad lo que dice?

—No sé. Supongo. —Se detuvo para limpiarse los ojos y sonarse otra vez la nariz—. Creía que habría más. Creía que tendrías millones. Contaba con eso.

—Jamás hubo millones. ¿Es eso lo que te ha contado Gilbert?

—¿Cómo iba a saberlo yo? Durante estos años no ha hablado de otra cosa —dijo Laura—. Puede que el dinero creciera en su imaginación a medida que pasaba el tiempo. La cuestión es que con ocho mil dólares no se va a ninguna parte. Yo me imaginaba ya en el extranjero, escondida en algún lugar, pero ocho mil dólares duran muy poco.

—Durarán lo suficiente. Vete a otro estado. Cambia de nombre. Busca trabajo. Los ocho de los grandes te ayudarán por lo menos a instalarte.

En las facciones de Laura se pintó la desesperación.

—Me encontrará. Sé que me encontrará. Creía que con Farley habría una oportunidad, pero ahora estoy desolada.

—¿Y dónde está Farley en este momento? —pregunté.

—En Santa Teresa, con Gilbert. No queríamos que sospechara.

Levanté la mano.

—Un momento. Estoy confusa. ¿Cuál era el plan inicial?

—¿Cuando me fui de Santa Teresa? Tenía que ir a Palm Beach, estado de Florida, donde me esperaba un colega de Gilbert. Es un tipo al que contrató para que me vigilara. Gilbert quería sacar el dinero de California lo antes posible, pero pensó que si viajábamos los tres juntos se notaría mucho. Además, Farley y él tenían que esperar hasta recibir los pasaportes. Yo ya tenía el mío y en principio tenía que quedarme en Palm Beach hasta que se reunieran conmigo. Luego volaríamos a Río.

—Así que Farley se quedó a solas con Gilbert —dije—. Mal hecho. Yo ni siquiera conozco a Farley, pero apuesto a que no tiene mollera suficiente para pegársela a Gilbert.

—Tiene razón, pequeña —dijo Ray a Laura—. Gilbert está para que lo encierren y más si cree que lo han traicionado. Fíjate en lo que me hizo a mí. ¿Crees que no habrá más?

—¿Qué puedo hacer? Ya está hecho. Ya no tiene solución. He huido con el dinero. En cuanto llegué, me puse a contarlo. Creí que me moría al ver lo poco que había.

—Retrocedamos un paso —dije—. ¿Cuándo tenía Farley que reunirse contigo?

—En cuanto pudiera. Llamaron a la oficina de pasaportes y les dijeron que se los enviaban

por correo. Farley sabe dónde estoy y acordamos que me llamaría desde la cabina telefónica que hay en la calle.

—¿No te ha llamado?

—Una vez. Esta mañana. Tuvo que esperar a que saliera Gilbert. Cuando le dije lo de los ocho mil, se quedó helado de miedo, fue como si lo viera. Dijo que pensaría algo y que me volvería a llamar al cabo de una hora.

—¿No has vuelto a saber de él? —dijo Ray.

Laura negó con la cabeza.

—Pero Gilbert ha tenido que saber que no bajaste del avión en Palm Beach. ¿No le llamó inmediatamente su espía para informarle de que no habías aparecido?

—Claro que llamó, pero Gilbert no sabe dónde estoy.

—La verdad es que es un plan muy complicado —dije—. ¿Y Farley? ¿Seguro que Gilbert no sospecha de él?

—¿Crees que lo habrá adivinado?

—¡Pues claro que sí! —exclamó Ray—. Ha esperado cuarenta años para echarle el guante a la pasta. Gilbert es un psicópata. Está tan paranoico que casi tiene poderes psíquicos. Tú eres una aficionada. ¿Crees que no adivina todo lo que piensas?

—Pero Dallas es grande. Nunca me encontrará —dijo Laura—. He abonado la cuenta en metálico y utilizo nombre falso.

—Farley sabe dónde estás.

—Bueno, sí, pero me fío de él —dijo Laura.

Ray cerró los ojos.

—Tienes que irte corriendo.

—Pero ¿adónde voy?

—¿Qué importa eso? Tú lárgate de aquí.

—¿Y Farley? No sabrá dónde estoy.

—De eso se trata —dije—. Estoy de acuerdo con Ray. No te preocupes por Farley. Lo que has de hacer es poner muchos kilómetros entre tú y Gilbert.

—Pues no quiero. Le dije a Farley que estaría aquí y aquí pienso estar —dijo Laura.

—¡Dios mío! —exclamé.

—Gilbert no es Superman. No le salen rayos X por los ojos ni nada parecido.

—Sí, claro —dije. Miré en mi bolso hasta que encontré el pasaje de avión. Abrí los cajones de la mesita de noche en busca de la guía telefónica—. Bueno, pareja. No sé cómo resolveréis este pequeño conflicto, pero yo me largo.

—¿Nos dejas? —dijo Ray, sobresaltado—. ¿Y Chester?

—Me ha despedido —dije. Las páginas amarillas de la guía de Dallas formaban un volumen independiente que pesaría unos cinco kilos. Lo saqué del cajón, me lo puse en las rodillas y pasé las páginas en busca de la sección de Líneas Aéreas—. Decidáis lo que decidáis, será cosa de ambos. Yo vine para recuperar el dinero que repartes con tanto empeño. Me voy. No tiene sentido que me quede. Si a Chester no le gusta, que se entienda contigo. Está ya tan cabreado que probablemente no me abonará el pasaje, lo que significa que estoy en las últimas. Otra solución es irme a mi casa. Por lo menos procuraré remediar la situación hasta donde pueda. —Encontré el número de American y fui a apretar el primer botón mientras descolgaba el auricular.

—No puedes abandonarnos —dijo Ray.

—Yo no lo llamaría así —dije.

—¿Cómo lo llamarías?

—Ray, no somos compinches. Vine movida por un impulso y he pensado que voy a volver del mismo modo. —Me encajé el auricular en el cuello y marqué el número de American Airlines. En cuanto descolgaron, me pusieron a la espera mientras una voz mecánica me aseguraba que mi tiempo no tenía precio—. Además, es dinero robado —añadí en tono coloquial—, motivo más que suficiente para que no quiera enredarme en esto.

—Han pasado cuarenta años desde que limpiamos la cámara —protestó Ray—. El banco ya no existe. Remodelaron el edificio en 1949. Casi todos los clientes están muertos, así que, aunque quisiera jugar limpio, ¿a quién tendría que devolverle el dinero? ¿Al estado de Kentucky? ¿Con qué fin? Me he pasado la vida entre rejas por esa pasta y me he ganado hasta el último centavo.

—No deja de ser un delito —le dije con buenos modos, ya que no quería parecer pendenciera.

—¿Y la ley de sobreseimientos? ¿Quién va a hacer acusaciones después del tiempo transcurrido? Además, ya me procesaron y he pagado por mis pecados.

—Consúltalo con un abogado. Puede que tengas razón. Pero por si no la tienes, prefiero mantenerme al margen —dije.

Laura comenzaba a impacientarse. Por lo visto no le interesaba nuestro debate jurídico. Se acercó a mí y murmuró:

—Preferiría que no bloquearas el teléfono. ¿Y si llama Farley?

Levanté la mano como un agente de tráfico. El encargado de pasajes de American Airlines acababa de ponerse al aparato y se presentó.

—Hola, Brad —dije—. Soy Kinsey Millhone. Tengo un vuelo abierto de un pasaje de ida y vuelta de Santa Teresa, California, a Palm Beach, Florida, y quisiera reservar el viaje de vuelta. Ahora estoy en Dallas y sólo me interesa el trayecto Dallas-Santa Teresa.

—¿Y para qué día lo quiere?

—Cuanto antes. Hoy, si es posible.

Mientras el encargado Brad y yo hacíamos la transacción, Ray y Laura parecían pactar una tregua paternofilial, una especie de alto el fuego de índole económica. Por lo visto, ella le permitía que le regalara los polémicos ocho mil dólares. Percibí por encima que Ray le explicaba que tenía que bajar a su habitación de la cuarta planta para recoger su equipaje. Y pidió permiso a Laura para dejarlo en su habitación hasta que se le ocurriera algún lugar adonde dirigirse.

Laura, mientras tanto, empezó a pasear y su agitación no hizo sino aumentar mientras el encargado y yo gestionábamos mi itinerario. Había rutas alternativas que podían llevarme a Santa Teresa por San Francisco o por Los Ángeles, con unos cuantos desplazamientos cortos en la etapa final. Puesto que era domingo, los vuelos directos estaban al completo y sólo se le ocurría sugerirme que me pusiese en lista de espera. Antes de que le respondiese, me apuntó para dos vuelos, uno sin escalas y otro con. El primer vuelo estaba previsto para las dos y veinte. Miré mi reloj. Eran las doce y media pasadas, y con el transbordador del hotel o en un taxi probablemente llegaría al aeropuerto en treinta y cinco o cuarenta minutos.

Laura se había acercado a la mesita de noche, se agachó para ponerme la cara delante y dijo vocalizando:

—Cuelga. —Se sentó en la otra cama y comenzó a desatarse los cordones del calzado

deportivo.

Sonreí a Laura como una tonta y reanudé la conversación telefónica para confirmar las notas que había tomado sobre los vuelos en cuestión. Cuando colgué, me di cuenta de que Ray seguía allí.

—Creí que ibas a bajar a buscar tu equipaje —dije.

—Tenía miedo de no encontrarte al volver.

—Buena premonición. ¿Qué has decidido? ¿Vas volver a California?

—No, no me seduce. Creo que me quedaré con Laura hasta que tenga noticias de Farley. En cuanto se aclare su situación, me iré a Louisville. Tengo abajo un coche alquilado. Si mientras tanto me escondo, la dirección no sabrá que estoy aquí.

—¿Y Chester? No quiero estropear el pastel, pero la mitad del dinero le pertenece y tú lo sabes.

—¿Quién lo dice?

—Tú lo dijiste. Dijiste que ibas a devolvérselo.

—Tengo que darte una noticia. Chester se engaña. Jamás he tenido intención de incluirlo en el trato.

—Ya. Tendría que haberlo intuido, ¿verdad?

—Eres la única que se ha fijado en lo mucho que miento —dijo.

—¿Y por eso tengo que ser yo quien le dé la noticia? Muchas gracias, Ray. Valiente basura. ¿Qué tengo que decirle?

—Ya se te ocurrirá algo. Alega ignorancia. Invéntatelo.

—Genial.

—De todos modos es un mierda. Apuesto a que no te ha pagado.

—Tu fe en él es conmovedora —dije.

Laura estaba todavía de morros, de modo que nos ahorramos las despedidas tiernas. Recogí el bolso, me lo colgué y salí de la habitación. Me dirigí a la escalera de incendios y bajé al vestíbulo.

Fui en taxi al aeropuerto. Habría podido esperar al transbordador, que era gratis, pero la verdad era que no quería arriesgarme a tropezar con el personal administrativo. Hasta el momento había conseguido despistarlo y era un alivio poder abandonar Texas sin haber tenido ningún roce con la ley. Inspeccioné la billetera en el taxi. Puesto que volvía a casa, supuse que para el viaje dispondría de efectivo suficiente... que ascendía a unos treinta y cinco dólares. Tendría que hacer algunos gastos circunstanciales, pero en términos generales me apañaría con lo poco que me quedaba. También debería tener en cuenta el pago del aparcamiento cuando llegase, siete dólares al día por los dos o tres días que había estado ausente, pero podía llamar a Henry y decirle que me llevara el dinero que necesitase. No me había ido formalmente del hotel, pero la recepcionista había tomado nota de mi tarjeta de crédito al inscribirme y estaba convencida de que la cuenta del hotel figuraría en el siguiente balance mensual que me enviasen. Los hoteles no se chupan el dedo en estos asuntos.

El taxi me dejó delante de las puertas de embarque de American Airlines. Entré en la terminal y crucé el vestíbulo para comprobar en el panel de movimiento el número de los vuelos que me habían dado. El primero partía a las dos y veintidós, el segundo a las seis y diez. Este último no constaba aún en el panel, pero sí el número de puerta de embarque en el avión de las dos y veinte.

Viajar sin equipaje por lo menos simplificaba las operaciones hasta cierto punto. Dejé atrás el mostrador de venta de pasajes y me puse en la cola de los pasajeros que tenían que pasar el control de seguridad. El bolso pasó sin problemas por los rayos X, pero cuando crucé el detector de metales, sonó un zurrido revelador. Me palpé los bolsillos, que no contenían más metal que el sujetapapeles y las monedas con que había llamado por teléfono. Retrocedí, dejé los objetos en la bandeja de plástico. Volví a pasar. El zurrido fue esta vez de un agudo acusador. Ya veía a los zahoríes de seguridad pasándome por el cuerpo la vara inteligente, cuando recordé la llave que había cosido en la hombrera de la chaqueta.

—Un momento. Ya está. —Ante la confusión de los que estaban detrás de mí, retrocedí nuevamente, me quité la chaqueta y la puse en la cinta móvil. Esta vez pasé sin problemas. Medio esperaba que me interrogaran por la llave cosida en la ranura de la hombrera, pero nadie me dijo nada. Los funcionarios seguramente veían cosas más raras incluso las fiestas de guardar. Recogí el bolso y la chaqueta y me dirigí a la puerta de embarque.

Saqué el pasaje del bolso y se lo entregué a la empleada de la puerta, explicándole mi situación. Todas las plazas del avión estaban reservadas y no se mostró optimista a propósito de mis posibilidades de conseguir alguna. Me quedé en la zona de espera mientras pasaban otros pasajeros. Por lo visto éramos varios los que estábamos en la lista de espera de aquel buscadísimo vuelo. Miré a la competencia y algunos individuos se me antojaron de esos que arman un escándalo cuando algo les sale mal. Puede que también yo lo hiciera si me hubiera servido de algo. Que yo sepa, hay un número limitado de plazas. El avión o está en condiciones de volar o no lo está. Entre comprobaciones mecánicas y el control del tráfico aéreo, o despegar o no despegar. Jamás he conocido ninguna compañía aérea que organizara los vuelos en función de las quejas de los usuarios alborotadores, de manera que ¿por qué gritar y quejarse?

Saqué la novela y me puse a leer. Conforme se aproximaba la hora de partida iban subiendo los pasajeros en grupos ordenados, con los privilegiados en vanguardia. Por último llamaron a seis inscritos en la lista de espera, ninguno de los cuales era yo. Pues qué bien. La empleada de la puerta me dedicó una sonrisa de disculpa, pero nada podía hacerse. Me juró que en la lista de espera del siguiente vuelo me pondría la primera.

Mientras tanto tenía por delante casi cuatro horas de tiempo muerto. Según mis cálculos, la tripulación hacía diariamente dos vuelos completos entre Dallas y Santa Teresa, utilizando siempre la misma puerta, los siete días de la semana. Lo único que tenía que hacer era llenar el tiempo que faltaba y presentarme antes de que comenzara el proceso de embarque. Con suerte, conseguiría una plaza y volvería a Santa Teresa. Sin suerte, me quedaría empantanada en Dallas hasta las dos de la tarde del lunes.

Para estirar las piernas, anduve por el pasillo de la terminal hasta recorrer dos kilómetros. Utilicé el lavabo de señoras, donde fui toda una señora. Al salir y girar a la derecha pasé ante una especie de terraza de cafetería, en versión aeropuerto, con las mesas aisladas del pasillo por una pequeña valla metálica y plantas artificiales. Había vino, cerveza, combinados exóticos y, debajo del vidrio, marisco fresco sobre un montón de hielo picado. Aún no había comido y pedí una cerveza y una ración de gambas, que me sirvieron con salsa picante, galletitas saladas y gajos de limón. Pelé y mojé las gambas, y mientras comía, para entretenerme, me puse a mirar a la gente. Cuando terminé, volví a la puerta de embarque.

Me senté junto al ventanal. Me enfrasqué en la lectura de la novela y de vez en cuando miraba



los aviones que aterrizaban y despegaban. Di un par de cabezadas, pero aquellos asientos no se habían hecho para dormir en serio. De cualquier modo me las arreglé para que cuatro horas me parecieran sólo una. Cuando se acercaba el momento, fui al quiosco y adquirí un periódico local. Volví a la puerta a las cinco, cuando aterrizaba ya el avión de Santa Teresa. Hablé con la empleada de la puerta para comprobar que mi nombre figuraba en la lista de espera.

En la sala de espera estaban ya ocupados casi todos los asientos, de modo que me apoyé en una columna y leí el periódico. Se abrieron las puertas y comenzaron a bajar los pasajeros de primera clase, que siempre tenían un aspecto más despejado que los que iban detrás. Los de clase turística aparecieron a continuación, recorriendo la multitud con los ojos para localizar a quienes habían ido a recibirlos. Muchos reencuentros alegres. Abuelas que estrechaban niños entre sus brazos. Un soldado que abrazaba a su novia. Maridos y esposas que se daban los besos de rigor. Dos adolescentes con un manojito de globos hinchables se pusieron a chillar cuando vieron bajar a un joven de expresión tímida. En conjunto era una forma muy agradable de pasar el tiempo y me hizo olvidar la ceñuda colección de noticias que traía la prensa. Iba ya a pasar a la página de las tiras cómicas cuando bajó del avión el último grupo de pasajeros. Fue el Stetson lo que me llamó la atención. Desvié los ojos y sólo los levanté un segundo cuando pasó Gilbert por mi lado.

Miré la hora. No tendría que embarcar en mi avión hasta pasados otros veinte o treinta minutos. El personal de limpieza tenía que barrer, recoger los periódicos, los pañuelos arrugados, los auriculares y los objetos olvidados por los usuarios. Dejé el periódico y seguí a un Gilbert fácil de distinguir gracias al Stetson y a la chaqueta y las botas vaqueras. Tenía que ser algo mayor de lo que me había parecido a primera vista, más de la edad de Ray. Le había echado cincuenta y tantos, casi sesenta, pero tenía que tener sesenta y dos o sesenta y tres. No comprendía qué había visto Laura en aquel hombre, a menos que buscase un padre, como quien dice al pie de la letra. Fuera cual fuese la clave de la atracción, la química sexual tenía que estar mezclada con su brutalidad. Son muchas las mujeres que confunden la agresividad masculina con la inteligencia y el silencio con la profundidad.

Cruzó las puertas giratorias y entró en la zona de recogida de equipajes en la que había estado yo a primera hora del sábado. La zona estaba atestada, lo que favorecía mi anonimato. Mientras Gilbert esperaba el equipaje, miré a mi alrededor en busca de un teléfono. Tenía que haber alguno al doblar la esquina, pero no quería perderlo de vista. Me dirigí al panel de información hotelera y vi el número del Castillo Vacío. La red telefónica comunicaba con todos los hoteles que transportaban pasajeros aéreos, pero no admitía más llamadas exteriores que las relacionadas con el transporte. Saqué del bolso papel y bolígrafo mientras sonaba el teléfono al otro lado de la línea.

—Castillo Vacío —dijo una mujer al descolgar.

—Hola, estoy en el aeropuerto. ¿Me puede poner con la centralita?

—No, señora. No estoy conectada. Esta línea es independiente.

—Bueno, ¿podría decirme en tal caso el número del hotel?

—Sí, señora. ¿Reserva de habitaciones, ventas o *catering*?

—Sólo el de información general.

Me recitó el número y tomé cumplida nota del mismo. Buscaría un teléfono público a la primera oportunidad.

A mis espaldas se oyó por fin una escala de sonidos que imitaba las alarmas antirrobo. Las solapadas planchas metálicas de la cinta giratoria sufrieron una convulsión y comenzaron a moverse en sentido contrario a las agujas del reloj. Dos maletas aparecieron por la curva, luego otra y a continuación otra, todas procedentes del nivel inferior. Los pasajeros se adelantaron en grupo, situándose en posición de recogida mientras los bultos caían por la pendiente e iniciaban la lenta trayectoria por aquella especie de tiovivo.

Mientras Gilbert buscaba su equipaje con la mirada, saqué las dos monedas del bolsillo de la chaqueta y me puse a jugar con ellas con nerviosismo, a la espera de lo que hiciese aquel. Recogió de la cinta giratoria una maleta de lona y se abrió paso entre el gentío, en dirección al pasillo. Me volví mucho antes de que me adelantara, consciente de que cualquier movimiento brusco podía llamar su atención. Al acercarse a la escalera metálica, se hizo a un lado, se agachó, abrió la cremallera de la maleta y sacó una pistola de gran tamaño, en cuyo cañón incrustó un silenciador. Varias personas miraron y vieron lo que hacía, pero siguieron su camino como si no pasase nada. Era evidente que no les parecía hombre capaz de liarse a tiros con una multitud, liquidando a todo el que se le pusiera por delante. Se introdujo la pistola en el cinturón y se abotonó la chaqueta vaquera.

Se ajustó el Stetson, cerró la cremallera de la maleta y siguió andando con desenvoltura hacia las ventanillas de alquiler de coches. No era probable que hubiese hecho una reserva por anticipado, porque lo vi preguntar en Budget y dirigirse a Avis a continuación. Encontré una fila de teléfonos públicos y comprobé que de los cinco sólo había uno libre. Introduje una moneda en la ranura y marqué el número del Castillo Vacío. Me volví para inspeccionar el espacio que me rodeaba, pero no divisé a ningún agente de seguridad del aeropuerto.

—Castillo Vacío. ¿Con quién quiere hablar?

—Con la habitación de Laura Hudson, por favor. Es la 1236 —dije.

La línea de Laura comunicaba. Esperé a que la telefonista volviera a ponerse, pero por lo visto había dejado el empleo y se había ido a trabajar al extranjero. Pulsé la palanca y comencé de nuevo, empleando la última moneda que me quedaba en llamar otra vez al hotel.

—Castillo Vacío. ¿Con quién quiere hablar?

—Hola, quisiera hablar con Laura Hudson, habitación 1236, pero comunica. ¿Podría decirme si Ray Rawson sigue hospedado ahí?

—Un momento, por favor. —Se desconectó, introduciendo un silencio sepulcral en la línea. Conectó de nuevo conmigo—. Sí, señora. ¿Quiere que la ponga con su habitación?

—Sí, pero ¿querría volver a hablar conmigo si no contesta?

—Naturalmente.

El teléfono sonó quince veces en la habitación de Ray antes de que la telefonista volviera a conectar conmigo.

—El señor Rawson no contesta. ¿Quiere dejarle un recado?

—¿No se le puede avisar?

—No, señora. Lo siento. ¿Desea alguna cosa más?

—Creo que no. Ah, sí, un momento. Póngame con el director.

Colgó antes de oír la frase completa.

Tenía ya tanta adrenalina en el aparato circulatorio que me costaba respirar. Gilbert Hays estaba en la ventanilla de Avis, rellenando unos papeles. Parecía consultar uno de esos mapas multicolores de los alrededores mientras el empleado le orientaba señalándole la ruta. Tomé la escalera mecánica para salir a la calle.

Fuera habían encendido las luces, pero sólo despejaban parcialmente la oscuridad de la zona de carga y descarga de pasajeros. Una limusina se detuvo en la acera delante de mí y el uniformado conductor de raza blanca bajó y corrió a la portezuela del otro lado para ayudar a bajar a una pareja de la tercera edad. La mujer llevaba un pellejo de animal salvaje que no había

visto en mi vida. Miró a su alrededor con nerviosismo, como si estuviera acostumbrada a rechazar agresiones. El conductor sacó el equipaje del maletero. Inspeccioné la zona con la mirada, en busca de la policía del aeropuerto. Luces y sombras rayaban el cemento formando figuras tan reiterativas como una greca. Las obras habían abierto un túnel aerodinámico y por él soplaba un ventarrón con perfume de combustible, generado por el tráfico continuo. No vi ninguno de los microbuses del hotel. No vi paradas de taxis ni taxis en movimiento. Seguramente Gilbert había recogido ya las llaves del coche alquilado. Estaría saliendo por la puerta que había a mis espaldas, buscando con los ojos la parada del transbordador que lo llevaría al patio donde le aguardaría el vehículo. O lo que sería mucho peor, que el coche alquilado estuviera en el garaje que había enfrente, con lo cual no tendría más que cruzar la calzada.

Me quedé mirando la limusina. El conductor había recogido la propina, se había rozado la gorra y había cerrado la portezuela trasera. Rodeó el vehículo por detrás y se dirigió a la portezuela del conductor, la abrió y se deslizó ante el volante. Me puse a golpear con los nudillos la ventanilla del copiloto. El cristal era tan oscuro que no veía absolutamente nada del interior. La ventanilla bajó con un zumbido. El conductor me miró con cara inexpresiva. Era un treintañero de cara redonda y con un pelo rojo y raleante que llevaba peinado hacia atrás. Se le notaba la marca de la gorra a la altura de las sienes. Me incliné ligeramente y le enseñé la billetera, con el permiso de conducir y la licencia de detective bien a la vista.

—Escucha con atención, por favor —dije—. Necesito ayuda. Soy investigadora privada, con sede en Santa Teresa, California. Detrás de mí hay un hombre armado con una pistola que ha venido a Dallas a matar a dos amigos míos. Tengo que llegar al Castillo Vacío. ¿Sabes dónde está?

Recogió la billetera con precaución, como un gato que condesciende con un regalo de mano desconocida.

—Conozco el Castillo Vacío. —Miró la foto de mi permiso de conducir. Lo vi digerir los datos de la licencia de detective. Miró por encima el resto de la documentación identificadora. Me devolvió la billetera y se me quedó mirando. Quitó el seguro de la portezuela y puso la mano en la llave de contacto.

Abrí la portezuela del copiloto y subí.

La limusina se alejó de la acera tan silenciosa como un tren que sale de la estación. Los asientos eran de cuero gris y el salpicadero era de nogal con nudos, tan pulimentado que parecía de plástico. A la altura de mi rodilla izquierda estaba la bandeja del teléfono móvil.

—¿Te importa si llamo a la policía? —pregunté.

—Estás en tu coche.

Marqué el 911 y expliqué la situación al agente de guardia, que me preguntó dónde estaba aproximadamente y me aseguró que enviaría a un ayudante del sheriff al Castillo Vacío para que se reuniese con nosotros. Volví a llamar al hotel, pero la telefonista no respondió.

Rodeamos el aeropuerto y nos desviamos para salir a pleno campo. Ya era noche cerrada. La tierra parecía inmensa y llana. Los faros iluminaban grandes extensiones verdes salpicadas de aislados y monolíticos edificios de oficinas que rasgaban el horizonte. Los rótulos iluminados se sucedían como una serie de fichas didácticas. Al coronar una cuesta vi el nudo de las autopistas que se cruzaban dibujado por las luces de los vehículos en movimiento. El nerviosismo vibraba en mi interior y chisporroteaba en la boca del estómago como un tubo de neón defectuoso que me

transparentara órganos vitales.

—¿Cómo te llamas? —pregunté. Si no hablaba, reventaba.

—Nathaniel.

—¿Y cómo es que haces esto?

—Es una forma de ganar dinero mientras acabo una novela. —Hablaba con cierta reticencia.

—Ah —dije.

—Antes vivía en California Sur. Quería colocar un guión de cine, me trasladé a Hollywood y trabajé para una actriz que hacía de cuñada imbécil en un culebrón sobre una camarera que tiene cinco hijos adorables. La serie duraba sólo dos temporadas, pero ella ganaba dinero a manos llenas. Si he de ser sincero, creo que invertía casi todo el dinero en su nariz. La llevaba y traía del estudio todos los días, lavaba el coche y cosas por el estilo. El caso es que me dijo que si se me ocurría alguna idea para hacer una película, ella me pondría en contacto con su agente y a lo mejor me conseguía una oportunidad. Bueno, se me ocurrió una idea, una relación demencial entre madre e hija en que la chica se muere de cáncer. Se la expliqué y me dijo que ya veríamos. Nadie me dice nada y un día entro en un cine de Westwood Boulevard y veo una película sobre una chica que se muere de cáncer. ¿Puedes creértelo? Esa que se llama... Shirley McLaine; y la otra, Debra Winger. Y allí estaba. Habría tenido que registrarla en el sindicato de guionistas, pero nadie me dijo que lo hiciera. Muchas gracias, pandilla.

Me lo quedé mirando.

—¿Era tuyo el argumento de *La fuerza del cariño*?

—Bueno, el argumento en cuanto tal, no, pero sí la idea de base. Mi protagonista no se casaba ni tenía todos aquellos niños. Por si te interesa saberlo, fue el colmo.

—Pero ¿no estaba basada esa película en una novela de Larry McMurtry?

Negó con la cabeza suspirando.

—Ahí vamos. ¿De dónde te crees que sacó la idea?

—¿Y el astronauta? ¿El personaje que interpretaba Jack Nicholson?

—Fue para despistar y, en mi opinión, no pegaba ni con cola. Tiempo después averigüé que el agente de mi actriz había sido socio del agente de Shirley McLaine por aquella época. Así es Hollywood. Incestuoso hasta la médula. El asunto me dolió, si he de serte sincero. Nunca vi un céntimo y cuando pregunté a mi actriz, me miró como quien no sabe de qué le están hablando. La emprendí a patadas con su coche de paseo y le prendí fuego.

—Ah, ¿sí?

Me miró de reajo.

—En tu trabajo te tienen que pasar muchas cosas interesantes.

—A mí no. Hago sobre todo gestiones de oficina.

—Lo mismo que yo. La gente cree que tengo que conocer a todas las estrellas del rock. Lo más cerca que he estado fue cuando llevé a Sonny Bono a un hotel. El vidrio de separación estuvo subido casi todo el trayecto, un detalle desesperante. Como si hubiera ido a llamar al *National Enquirer* por verle meter la mano bajo la falda de alguna tía.

Me giré. El vidrio de separación estaba bajado e inspeccioné el interior de la limusina hasta la ahumada ventanilla trasera. Nos seguía un río de vehículos que corría por la autopista a velocidad de vértigo. Nos desviamos de la autopista principal para adentrarnos en el polígono comercial-industrial. Vi aparecer a lo lejos el Castillo Vacío, los tubos de neón brillando con furia

en el cielo de la noche. Me quedé mirando mientras el rojo abandonaba las letras y volvía a llenarlas. La proporción entre habitaciones iluminadas y las que estaban a oscuras creaba un efecto de damero descompensado, donde la abundancia de escaques negros sugería un uso del quince por ciento. Ya sólo nos seguían unos cuantos coches. Era domingo por la noche y costaba creer que alguien se dirigiese a las oficinas de enfrente. Dejamos atrás el oasis en miniatura y su torre de piedra falsa, una estructura casi tan baja como yo. Nathaniel dobló hacia el camino circular, de acceso al hotel y se detuvo con suavidad delante de la entrada.

Empecé a ponerme nerviosa y me pregunté si esperaba que le abonase el trayecto.

—No llevo nada encima. Estoy sin blanca.

—Tranquila. —Me alargó una tarjeta—. Si se te ocurre algo para una película a lo Sam Spade pero en mujer, podríamos colaborar. Tías que dan hostias y cosas así.

—Lo pensaré. Y muchas gracias.

Bajé y cerré la portezuela a mis espaldas, consciente de que el vehículo se alejaba ya. No vi el menor rastro del ayudante del sheriff, pero el condado de Dallas es muy grande y había transcurrido muy poco tiempo desde la llamada. Me dirigí a las puertas giratorias, con tanta prisa que casi corría. El vestíbulo estaba prácticamente tomado por los corredores que se iban, críos en pantalón corto, tejanos y cazadora estudiantil con el símbolo del colegio bordado en la espalda. Todos calzaban zapatos de competición y parecían tener unos pies enormes y unas piernas delgadas como palillos. Las bolsas de deporte y las mochilas se habían agrupado en montones desiguales mientras los críos se entretenían gastándose una variada gama de bromas pesadas y ruidosas. Algunas chicas se habían sentado en las mochilas. A un muchacho le habían quitado la camiseta y forcejeaba por ella con dos compañeros. Las carcajadas tenían un punto de crispación. La verdad es que me recordaron a esos cachorrillos que juegan a disputarse un calcetín viejo tirando de él con los dientes. Los adultos que estaban al mando parecían dar por sentado aquel derroche de energía, probablemente con la esperanza de que los chicos estuvieran ya agotados cuando subieran al autobús.

Llegué a los ascensores y apreté el botón de subida. Se abrieron las puertas y entré en el ascensor girando la cabeza por si veía a Gilbert. En aquel momento llegaba el plateado autobús de transbordo de Trailways, el motor rezongando mientras las puertas se abrían con farfullar de gases intestinales. Apreté el botón número 12 y se cerraron las puertas del ascensor.

Ya en la planta de Laura, troté por el pasillo y llamé a la puerta de la 1236. Murmuraba para mí mientras chascaba los dedos a toda velocidad. Vamos, vamos, vamos.

Fue Laura quien abrió. Dio un paso atrás al verme.

—¿Qué haces aquí? Creía que te habías ido.

—¿Dónde está Ray? Tengo que hablar con él.

—Está durmiendo, aquí mismo. ¿Qué ha pasado?

—Vi a Gilbert en el aeropuerto. Viene hacia aquí y lleva una pistola. Despierta a Ray, recoge tus cosas y vámonos de aquí.

—¿Qué pasa? —dijo Ray a espaldas de Laura. Se había levantado y se remetía la camisa mientras avanzaba hacia la puerta. Entré en la habitación y Laura cerró a mis espaldas. Se apoyó en la pared y el miedo le hizo cerrar los ojos durante unos segundos. Eché la cadena de seguridad.

—Andando —dije.

El verbo movilizó a la mujer, que se dirigió al armario y sacó el impermeable y el petate.

—¿Qué ocurre? —dijo Ray, mirando a una y a otra.

—Ha visto a Gilbert. Tiene una pistola y está al llegar.

—Deberías haber llamado en vez de recorrer todo el camino hasta aquí —dijo Laura en son de reproche. Abrió el petate y comenzó a guardar los cosméticos del tocador.

—Llamé, pero estaba comunicando.

—Estaba hablando con el servicio de habitaciones. Teníamos que comer —dijo Laura.

—Señoras, os recomiendo dejar de discutir y ponerse en movimiento.

—¡Yo ya me muevo! —Laura se puso a recoger el camisón, las zapatillas, las bragas sucias. Había dejado el vestido de tela vaquera colgado del respaldo de la silla, lo recogió y se lo sujetó contra el pecho para doblarlo en tres y luego por la mitad. Ray se lo quitó de las manos, hizo con él una pelota y lo empotró en el petate, cuya cremallera cerró a continuación.

Vi las dos maletas del hombre a la izquierda de la puerta. Recogí la más pequeña y me quedé mirando mientras él recogía la otra.

—Llévate lo esencial y tira el resto —dije—. ¿Tienes coche?

—En el aparcamiento.

—¿Por dónde subirá Gilbert, por el ascensor o por las escaleras?

—¿Quién sabe?

—Vamos a ver —dije—. Creo que vosotros dos deberíais ir por detrás. Gilbert puede romperse la mano llamando a la puerta, si quiere. También podría llamar a la de Ray si se le ocurre pensar que también Ray está aquí. Dame las llaves del coche y dime dónde está aparcado.

—¿Y qué hacemos nosotros mientras tanto? —preguntó Laura.

—Esperadme fuera, junto a la torre de pega del camino de entrada. Recogeré el coche y volveré por vosotros. Gilbert no me conoce y no pasará nada si me cruzo con él en el pasillo.

Ray me dio una descripción rápida del vehículo y de su situación. El colgante de plástico de la llave tenía escrito el número de la matrícula, de modo que estaba dentro de lo normal que lo encontrase sin problemas. Di a Ray la maleta mientras Laura hacía una rápida inspección para asegurarse de que no dejaba nada revelador. Quitó la cadena, asomó la cabeza y la giró para mirar el pasillo en ambas direcciones. Ray y Laura se fueron por la derecha, hacia la escalera de incendios del fondo. Yo me fui por la izquierda, hacia los ascensores.

Bajar en el ascensor era como caer a cámara lenta. Vi los números iluminados de las plantas que se movían de derecha a izquierda, avanzando hacia el 0 con lentitud. Cuando llegué al vestíbulo, se oyó el *ping* de costumbre y se abrieron las puertas. Gilbert estaba a medio metro de distancia, esperando para entrar. Nos miramos a los ojos durante unos segundos. Los suyos eran agujeros negros sin fondo. Aparté la mirada con naturalidad, mientras me cruzaba con él y me iba por la derecha, como ocupada en un trámite hotelero normal y corriente. Oí que las puertas se cerraban detrás de mí. Miré en el vestíbulo, por si veía al ayudante del sheriff del condado. Ni el menor rastro de los representantes de la ley. Seguí andando, no sin volverme de manera automática para mirar el indicador luminoso del movimiento del ascensor. El ascensor ya debería de estar subiendo. Pero la luz estaba inmóvil. Oí un *ping* y se abrió la puerta del ascensor. Salió Gilbert. Se detuvo en la alfombra que se extendía ante los ascensores y miró hacia donde yo estaba. Los polis y los cacos entran a veces en estados de hiperconciencia en que la percepción adquiere una agudeza hija de la adrenalina. Su trabajo, y en muchas ocasiones también su vida, depende de la claridad de ideas. Gilbert, por lo visto, era una persona que grababa la realidad con

una precisión siniestra. En su expresión había algo que me decía que recordaba haber visto mi cara en un breve encuentro tenido en el aeropuerto de Santa Teresa. Cómo me relacionó con Laura Huckaby es algo que no sabré nunca. El momento fue electrizante, con las ondas del reconocimiento trazando entre nosotros un arco voltaico.

Seguí andando «normalmente» al doblar la esquina. Pasé ante la puerta de la cafetería y volví a girar a la derecha para acceder a un pasillo en el que había tres puertas, una sin nada, otra con el rótulo de Sólo Personal Autorizado y la tercera de Mantenimiento. En cuanto salí del campo visual de Gilbert, eché a correr con el bolso rebotándome en la cadera. Crucé a toda velocidad la puerta sin nada y me vi en un desolado pasillo de la parte trasera que no había visto antes. El suelo de cemento y las desnudas paredes de hormigón trazaban una curva hacia la izquierda. Las paredes se perdían en la oscuridad de las alturas. No había ninguna clase de techo a la vista, sólo una serie de sogas y cadenas que colgaban inmóviles de las sombras. Avancé entre los bastidores de guardar las bandejas de servicio, todas vacías; escurridores de madera cubiertos de vasos y copas; montañas de manteles, carritos llenos de platos de tamaños variados. Las torres de sillas bordeaban las paredes, estrechando el paso en algunos puntos.

Mis pasos sólo producían un rumor apagado, gracias a las suelas de goma de las Reebok. No tenía más remedio que creer que era un pasillo de servicio que rodeaba alguna sala de banquetes, círculo inscrito en otro círculo con acceso a los montaplatos y a las cocinas de la planta inferior. Vi unas escaleras que subían. Me así del pasamanos y tiré de mí, saltándome peldaños mientras corría. Sentía el bolso como si fuera un ancla, pero no podía separarme de él. Rebasados los peldaños, el pasillo continuaba. Las paredes de aquel nivel servían para acoger motivos decorativos de temporada, ángeles navideños, abetos artificiales, dos gigantescas máscaras de tragedia y comedia, unidas como siameses, angelitos y cupidos de madera pintada con purpurina, enormes corazones de San Valentín traspasados por flechas de oro. Una colección de ficus de seda sugería un bosquecillo de interiores privado de pájaros y demás fauna salvaje.

Oí gemir un gozne a mis espaldas. Aceleré el paso, avanzando por el pasillo vacío. En la pared de mi izquierda subía una escalerilla metálica que era como las de incendios. Subí primero con la vista, pues ignoraba qué habría allí. Miré a mis espaldas, percibiendo vagamente que una persona se acercaba por el pasillo. Me así del primer barrote y comencé a subir, con las Reebok produciendo gemidos en el metal. Me detuve al llegar al final, a unos seis metros de altura. Delante tenía una pasarela metálica que se extendía en línea recta, pegada a la pared. Ya estaba lo bastante cerca del techo para tocarlo si me ponía de pie. La pasarela tenía menos de un metro de anchura. Abajo, más allá de las bostezantes sombras, el suelo semejaba un río de cemento, liso e inmóvil. Lo único que me impedía caer era el pasamanos, una cadena que colgaba de postes metálicos. Como siempre que me enfrentaba a las alturas, lo que más miedo me daba era el irresistible impulso que sentía de arrojarme al vacío.

Avancé pegada a la pared a velocidad reptante. No me atrevía a ir más aprisa por temor de que la pasarela se soltara de los montantes de la pared. Me sentía más o menos segura, protegida por las sombras de las alturas, aunque el pasillo funcionaba como una especie de cámara de resonancia que delataba mi presencia. Oí ruido de tacones que golpeaban el cemento, una carrera que de pronto redujo la velocidad. Me puse a gatas y avancé con cuidado por aquella superficie metálica que vibraba y temblaba. Tenía que empujar el bolso por delante de mí mientras avanzaba. No quería que me descubrieran, pero la destartalada pasarela crujía y bailaba acusando mi peso.



Descubrí en la pared una pequeña puerta de madera. Giré el pomo con sumo cuidado y la abrí. Se trataba de un pasadizo mohoso, mal iluminado y de un metro ochenta de altura, bordeado por la parte superior por una serie de ventanucos que se abrían con manivela; algunos estaban abiertos y por ellos entraba luz artificial. El suelo estaba enmoquetado y olía a polvo. Seguí avanzando, todavía a gatas, ahora tirando del bolso. Lo único que rompía el silencio era el ritmo de mi respiración jadeante.

Me volví para cerrar la puerta, me acerqué reptando a la ventana más próxima y me enderecé con cautela. Abajo había una de esas salas que se destinan a banquetes y reuniones concurridas. La alfombra estaba decorada con un infinito dibujo a base de flores de lis, azul metálico sobre fondo gris. En el centro podía ponerse una serie de puertas de corredera para dividir la sala en dos. Del techo colgaban ocho arañas separadas por distancias regulares que parecían racimos de estalactitas y apenas daban luz. En la circunferencia que trazaban los bordes del techo, la cenefa continua de ventanucos con cristal de espejo ocultaba el pasadizo en que me encontraba. Miré por encima del hombro. En la semioscuridad distinguí los aparatosos paneles del sistema de iluminación que sin duda se ponía en funcionamiento en ocasiones especiales, reflectores y focos con filtros de varios colores.

Abrí el bolso a la luz que entraba por los ventanucos y saqué la billetera. Recogí el permiso de conducir, la licencia de detective y otros documentos identificativos, incluidos el dinero y las tarjetas de crédito, que me guardé en los bolsillos de la chaqueta a toda velocidad. Saqué las llaves del coche de Ray, los anticonceptivos, las ganchuzas y la navaja de explorador, maldiciendo la costumbre de no poner bolsillos interiores en las chaquetas de las mujeres. Saqué el cepillo de dientes y me lo guardé con los restantes objetos. Tenía los bolsillos de la chaqueta como si hubiera ido a robar melocotones, pero no podía remediarlo. Llegado el caso, agunto unas bragas sucias, pero no unos dientes sin cepillar.

Advertí que el suelo vibraba, aunque ligeramente. En California habría pensado que se trataba de un temblor de magnitud 2,2 que recorría la tierra como una ola del mar. Volví la cabeza hacia la puerta. Aparté el bolso, me agaché y avancé como una oca por el estrecho pasadizo. Palpé el montante de la puerta, buscando con los dedos el pomo de este lado. Al otro lado de la pared, alguien avanzaba entre crujidos metálicos, como yo minutos antes, por la pasarela. Encontré el pomo y, siempre sin hacer ruido, giré la tarabilla del centro.

Tenía aún la mano en el pomo cuando la puerta sufrió una sacudida intencionada. Alguien situado en el otro lado intentaba girarlo. Una inyección de miedo me recorrió de arriba abajo, llenándome los ojos de lágrimas. Me llevé la mano a la boca para reprimir un grito. La puerta vibró contra los batientes con tanta fuerza que pensé que iba a ceder, dejándome al descubierto. Silencio. El suelo comenzó a temblar otra vez, Gilbert reanudaba el camino. Miré hacia mi izquierda, siguiendo su progreso mientras avanzaba por la pasarela. Recé para que no hubiera otra puerta de madera un poco más allá.

Tuvo que llegar a un callejón sin salida porque unos minutos más tarde noté que el suelo volvía a vibrar y pasó otra vez por delante de la puerta, esta vez en dirección a la escalera que bajaba hasta el pasillo.

Esperé un tiempo prudencial. Me pareció una eternidad, aunque seguramente fueron quince minutos. Me estiré con cuidado y giré la espita del centro del pomo. Escuché con atención, pero no oí nada. En cuanto abrí la puerta, se puso a sonar la alarma contra incendios.

El abrir la puerta y sonar los alaridos metálicos fue tan seguido que pensé que Gilbert había accionado alguna clase de trampa. Los aspersores del techo empezaron a soltar agua. Percibí un lejano olor a humo, tan inconfundible como el rastro del perfume que deja una mujer cuando pasa. Volví a las ventanas que daban al salón de los banquetes. No vi rastro de llamas ni hilachas de humo negro. El salón parecía vacío, iluminado y aséptico. Por los altavoces se oyó una voz que daba instrucciones o consejos sobre lo que tenían que hacer los huéspedes del hotel. Lo único que entendí fue el amordazado apremio del anuncio. El punto exacto del incendio había que adivinarlo.

Se apagaron las luces y quedé sumida en la más absoluta oscuridad. Avancé palpando hacia la puerta de madera, ajena a las riquezas del mundo. Me estaba despojando de todo hasta quedarme con lo más esencial, y me sentía ligera y libre, y al mismo tiempo nerviosa. El bolso era un talismán, tan tranquilizador como una manta eléctrica. Su peso y volumen formaban parte de mi cotidianidad y su contenido era la garantía de que ciertos elementos totémicos estaban siempre al alcance de la mano. El bolso me había servido de almohada y de arma. Me producía una impresión extraña abandonarlo, pero sabía que no había más remedio. Medí en la oscuridad la anchura de la pasarela, intuyendo el profundo abismo de mi izquierda cuando de pronto hundí la mano en la nada.

Todo estaba oscuro como boca de lobo, pero oía un ruido seco y crujiente. Soplaba un viento helado que desviaba el aguacero hacia mí. Percibí un olor a madera seca y caliente mezclado con el aroma penetrante de los productos del petróleo cuando cambian de estado químico. Me puse en camino con cautela. Empecé a distinguir delante un suave resplandor rojizo que perfilaba la pared donde el pasillo torcía a la izquierda. Una alargada nube de humo dobló la esquina y avanzó hacia mí. Si el fuego me sorprendía en la pasarela, seguramente pasaría sin alcanzarme, pero la nube de humo tóxico que se levantaría me dejaría tan frita como las mismas llamas.

Aunque el agua de los aspersores manaba sin parar, no parecía tener efecto visible alguno sobre el incendio. El reflejo de las llamas anaranjadas se extendió bailoteando por las paredes, empujando ceniza en polvo y humo y devorando el oxígeno disponible. La pasarela metálica estaba resbaladiza y la cadena que hacía de pasamanos oscilaba frenéticamente mientras yo seguía avanzando. Volví a oír los altavoces. Se repitió el anuncio de antes, un barbotar de consonantes confusas. Llegué a la escalerilla. Temía ponerme de espaldas al fuego invasor, pero no tenía alternativa. Busqué el primer peldaño con el pie derecho, midiendo la distancia cuando comencé a bajar. Descendí con cuidado, deslizando las manos por los pasamanos laterales, metálicos y

mojados. Las cadenas que colgaban del techo se habían vuelto de oro con el resplandor, las chispas subían titilando como luciérnagas intermitentes en una noche de verano. El fuego daba ya luz suficiente para ver que el aire se volvía gris mientras el humo se acumulaba.

Llegué a la base de la escalerilla y me dirigí hacia la izquierda. El incendio caldeaba el aire poniéndolo a una temperatura agradable. Oí chasquidos secos, cristales rotos, el alegre rugido de la destrucción que producían las llamas. A pesar de la abundancia de cemento, el hotel contenía material combustible de sobra para alimentar el fuego que se propagaba con rapidez. Oí un trueno sordo cuando algo que había a mis espaldas cedió y se vino abajo. Toda aquella parte del hotel había quedado destruida, por lo visto. Vi una puerta a mi izquierda. Palpé el pomo, que estaba frío. Lo giré, empujé y sin previo aviso me encontré en un pasillo de la segunda planta.

El aire era allí mucho más fresco. Las duchas del techo rociaban el vacío pasillo con chorros irregulares. Me estaba acostumbrando a la oscuridad, que me parecía ya menos densa, una tiniebla harinosa y no la impenetrable negrura del pasillo circular. La alfombra estaba empapada y mis pies formaban charcos mientras avanzaba dando traspies por el oscuro pasillo. Insegura de mi capacidad visual, alargué los brazos y me puse a dar manotazos delante de mí como si estuviera jugando a la gallinita ciega. La alarma contra incendios seguía emitiendo su alarido metálico, mientras una bocina daba ronquidos al fondo. En una película de submarinos ya nos estaríamos hundiendo. Adelanté la mano hacia otra puerta. También aquel pomo estaba frío, lo que quería decir que, por el momento, el fuego no se había propagado a aquella zona. Giré el pomo y empujé la puerta. Me encontré ante las escaleras de incendios, que ya conocía íntimamente. Bajé en medio de la oscuridad, tranquilizada por la confianza que me producía la escalera. El aire era frío y olía a limpio.

Cuando llegué a la planta baja, los generadores de emergencia se pusieron en marcha y volvieron a encenderse las luces. El pasillo estaba vacío, las puertas cerradas. Allí no había el menor signo de movimiento, ni rastro de humo, y los aspersores del techo estaban secos. Todas las habitaciones ante las que pasé estaban vacías de huéspedes. Vi una puerta con un rótulo que decía SALIDA DE EMERGENCIA, con un barrote flexible cruzándola por el centro y la superficie cubierta de advertencias. Mientras cruzaba la puerta se puso a aullar a mis espaldas otra sirena más. Anduve con rapidez, sin mirar atrás, hasta que llegué al aparcamiento lateral donde estaba el coche de Ray.

La entrada del hotel estaba rodeada de coches de bomberos y grupos de huéspedes evacuados. El cielo nocturno era de un amarillo tórrido, estrangulado por columnas de humo blanco allí donde el fuego y el agua de las mangueras estaban en contacto. A un lado del edificio, dos chorros de agua se cruzaban en el aire como si fueran reflectores de un monumento turístico. Algunas partes del hotel eran pasto del fuego, los vidrios saltaban hechos pedazos y las llamas se agitaban como látigos escupiendo nubes de humo negro. El sector del camino de entrada que podía ver estaba bloqueado por los coches de bomberos y las mangueras, y los vehículos de auxilio despedían relámpagos de luz ambarina. Un helicóptero sobrevolaba el punto donde un equipo de televisión filmaba el siniestro, dando en vivo la noticia.

Saqué de la chaqueta las llaves de Ray y subí al coche. Encendí el motor y la calefacción. Tenía la ropa empapada y el agua me corría aún por las mejillas, cayendo del pelo que se me pegaba al cráneo. Olía a humo, a lana mojada, a algodón y a calcetines mojados. La noche de Texas era fría y no tardé en ponerme a tiritar. Dejé que el motor se calentara. El vehículo era un

Ford «tamaño familiar», un cuatro puertas automatizado, blanco con el interior rojo. Puse la marcha atrás y salí reculando de la plaza, recorriendo con los ojos el vacío aparcamiento, en busca de algún rastro de Gilbert.

Mantuve las luces apagadas mientras recorría el perímetro interior del aparcamiento, hacia la izquierda. La salida estaba bloqueada por un policía que empuñaba una linterna y obligaba al tráfico a desviarse. Elegí un punto del seto corrido, subí a la acera y me abrí paso con el coche entre los arbustos hasta salir a la calzada de acceso, a unos cien metros del control de carreteras. El policía tuvo que verme, pero no podía impedirlo. Tenía las manos ocupadas en contener y desviar los coches llenos de mirones. Giré a la derecha en dirección a la autopista. Al pasar junto a la pequeña torre de piedra, reduje la velocidad y toqué el claxon. Ray y Laura salieron corriendo de las sombras, Ray cargado con los tres bultos igual que una acémila. Laura llevaba todavía la faja del falso embarazo, con los ocho mil dólares pegados al vientre igual que un niño. El falso embarazo era tan convincente que Ray se movía con ademanes protectores. Oí que abrían el maletero, a continuación el impacto sordo de los bultos y por fin el golpe que produjo al cerrarse. Ray abrió la puerta del copiloto y se sentó a mi lado mientras Laura se instalaba detrás. Pisé el acelerador y salimos con un gemido de neumáticos, deseosa de poner kilómetros entre nosotros y el enemigo.

—Ya creíamos que te habías perdido —dijo Ray—. Estábamos a punto de marcharnos. —Se giró para mirar el hotel en llamas por la ventanilla trasera—. ¿Lo ha hecho Gilbert?

—Eso creo —dije.

—Desde luego que ha sido él —dijo Laura de mal humor—. Seguramente esperaba en la puerta principal, preparado para salir a nuestro encuentro en cuanto cruzáramos las puertas giratorias.

La miré por el retrovisor. Al igual que Ray, se había vuelto a contemplar el incendio. El resplandor del horizonte variaba del rojo sangre al salmón y una nube blanca se elevaba en el punto donde el agua de las mangueras se convertía en vapor.

—Menudo infierno. ¿Cómo lo habrá hecho sin combustible?

—No lo subestimes. El tío tiene recursos. Corre mucho y sabe improvisar —dijo Laura.

Ray se volvió para mirar al frente y se abrochó el cinturón de seguridad. Vi que se volvía para contemplar mi lamentable estado. Me sentía como una gata que se ha quedado encerrada en el patio durante una tormenta. Se hizo a un lado, sacó un pañuelo y me lo alargó. Me sequé con alivio los riachuelos que me corrían por las mejillas.

—Gracias.

—¿Vuelves al aeropuerto?

—Yo diría que no. Además, ya he perdido el... ¡Mierda! —Me di cuenta con un sobresalto de que el pasaje del avión me lo había dejado en el bolso. Me palpé los bolsillos de la chaqueta, pero no tenía objeto. No me lo podía creer. Con las prisas había olvidado recoger el sobre de la compañía aérea. Ojalá me lo hubiera llevado o, mejor aún, ojalá no me hubiera dejado el bolso. Sólo me quedaban ya las cuatro cosas que llevaba puestas. Estuve a punto de desmayarme de tristeza. El pasaje de avión representaba no sólo el regreso, sino también casi la totalidad de mi capital líquido. Golpeé el volante—. Maldita sea —dije.

Laura se apoyó en el respaldo del asiento delantero.

—¿Qué ocurre?

—Me he dejado en el hotel el pasaje del avión.

—Pues a estas horas se habrá quemado —dijo, remachando lo evidente con algo parecido a una sonrisita de suficiencia. Si no hubiera estado al volante, habría saltado al asiento trasero y la habría mordido.

Ray tuvo que ver la cara que puse.

—¿Adónde vamos? —preguntó, sin duda con la esperanza de evitarse la inyección antirrábica.

—Ni siquiera sé dónde estamos —mascullé. Señalé la guantera—. ¿No habrá algún mapa ahí?

Abrió la guantera, donde no había más que el contrato de alquiler del coche y una brocha cuyas cerdas parecían masticadas. La cerró de golpe y buscó en el compartimiento interior de la portezuela. Metí la mano en el compartimiento de mi portezuela y saqué varios papeles, entre ellos un mapa de Estados Unidos doblado con pulcritud. Ray gruñó de satisfacción y encendió la luz interna. Una vez abierto, el crujiente mapa ocupó casi todo el espacio disponible.

—Yo diría que tienes que seguir la Nacional 30, dirección norte.

—¿Adónde exactamente?

Laura miró a Ray.

—Apuesto que a Louisville.

—¿Tienes algo que objetar? —dijo Ray, volviéndose hacia Laura.

—Gilbert no es tonto. ¿Adónde crees que irá?

—Bueno, supongamos que va a Louisville. ¿A quién le importa? Son doce horas de coche. Se pasará la vida buscando las carreteras.

—Oye, tú, Einstein —dijo Laura—. Sólo hay una carretera.

—Imposible. Eso es mentira. Tiene que haber media docena —dijo Ray.

Laura se adelantó y le arrebató el mapa.

—Has estado en la cárcel demasiado tiempo. —Oí que extendía ruidosamente el mapa en el asiento trasero y que lo doblaba para destacar la parte de Dallas y la zona oriental—. Fíjate. Puede que se pueda ir por otra carretera, pero la Nacional 30 es la que tomaría todo el mundo. Lo único que tiene que hacer Gilbert es conducir como un loco y llegar primero.

—No nos encontrará. En cuanto lleguemos, nos inscribiremos en un motel con nombre falso. Pagaremos en efectivo y pediremos por teléfono lo que queramos. ¿No es lo que tú hiciste?

—Sí y fíjate lo que ha pasado. Kinsey me encontró en un abrir y cerrar de ojos. Y lo mismo Gilbert, para el caso.

—Por chiripa. Encontrarte fue pura casualidad. Pregúntaselo —dijo Ray.

—Yo no lo llamaría chiripa —dije, ofendida.

—Ya sabes a qué me refiero. Porque no dedujiste lo que se proponía ni la localizaste a partir de aquí. Lo único que hiciste fue seguirla, ¿no?

—Sí, pero ¿y Gilbert? ¿Cómo lo ha averiguado él? —pregunté.

Ray se encogió de hombros.

—Seguramente convenció a Farley y Farley cantó.

Laura se quejó en el asiento trasero.

—Ay, no. ¿Es eso verdad? No se me había ocurrido. ¿Crees que Farley estará bien?

—No puedo ocuparme de eso ahora —dijo Ray.

Me volví para mirar a Laura, que todavía tenía el mapa.

—¿Cuál es la ciudad grande más cercana entre nuestra posición y nuestro destino?

Laura volvió a mirar el mapa.

—Primero pasaremos por Texarcana y luego por Little Rock. Después está Memphis, a continuación Nashville y luego todo seguido. ¿Por qué?

—Porque yo me voy a mi casa. Daremos un rodeo por el aeropuerto en Little Rock y tomaré un avión.

—¿Y tu billete? —preguntó Ray.

—Llamaré a un amigo mío. Me ayudará.

—¿Y qué tal si paramos antes de que me mee encima? —dijo Laura.

—Por mí, perfecto —dijo Ray.

Estuve al tanto de los indicadores de la autopista hasta que vi uno de salida, con los símbolos internacionales de la comida y los lavabos. A cien metros de la carretera encontramos una gasolinera independiente, mal iluminada, con una cafetería adjunta. Ni Gilbert, con toda su astucia, nos encontraría allí. Teníamos el depósito casi lleno, así que dejamos atrás los surtidores y aparcamos a un lado de la gasolinera, alejados de la calzada. Ray se dirigió a los lavabos de caballeros, mientras Laura abría el maletero y sacaba el petate.

—Te puedo dejar el vestido.

A la cruda luz del lavabo de señoras, me quité las Reebok y los calcetines mojados, y a continuación me despojé de la chaqueta, los tejanos y el jersey de cuello alto, que estaban empapados, y de las bragas, que estaban hechas una sopa. Me puse a tiritar otra vez, aunque la ropa seca de Laura me calentó apenas ponérmela. Aún llevaba el chaquetón verde de pana y el jersey blanco de cuello alto, y a mí me tocó el vestido de tela vaquera, unos leotardos y unas zapatillas de tenis que me quedaban un poco grandes.

—Enseguida vuelvo —dijo. Salió de los lavabos y me quedé sola unos minutos.

Dejé correr el agua hasta que salió caliente, me lavé la cara y sumergí la cabeza para quitarme el olor a humo. Me serví de las ásperas toallas de papel para secarme el pelo y de los dedos para poner en su sitio los mechones. De pronto, me entraron unas ganas locas de vomitar. Me apoyé en la pila para recuperarme. Domingo por la noche y estaba empantanada en un barrio sin nombre de las afueras de Dallas, con un expresidiario, su hija y un montón de dinero ilícito. Di un largo suspiro y me miré en el mugriento espejo. Tragué saliva con tristeza. Las cosas (probablemente) podían ir peor. Hasta el momento nadie había resultado herido y aún teníamos unos cuantos dólares. Tenía hambre, pero para pagar la comida dependía de mis compañeros. En cuanto llegáramos a Little Rock, llamaría a Henry para que acudiera a rescatarme. Me enviaría un giro telegráfico, me pagaría el pasaje de avión con la tarjeta de crédito, o al revés, era igual. Y por la mañana estaría tan ricamente en mi cama, soñando con los angelitos.

Volví al coche y metí casi todas mis mojadas pertenencias en el maletero, al lado de las maletas de Ray. La chaqueta, aunque todavía mojada, me la llevé a la cafetería, reacia a perderla de vista. El lugar estaba casi vacío y tenía un aire desagradable, de abandono. Hasta los lugareños parecían evitar el establecimiento, que seguramente había comenzado como negocio familiar y había ido decayendo hasta dar en su orfandad presente. No vi moscas, pero en el aire parecían flotar los fantasmas de la Historia del Mosqueo. Los ventanales exteriores estaban cubiertos de un polvo procedente de una construcción que había al otro lado de la calle. Hasta las plantas artificiales estaban forradas de mugre.

Ray y Laura estaban sentados frente a frente en un reservado del extremo. Me deslicé en la

banqueta junto a Ray, ya que no quería tener a la vista sus magulladuras e hinchazones mientras trataba de comer algo. Laura no tenía mucho mejor aspecto. Al igual que yo, iba sin maquillar, pero así como la piel desnuda es la condición que prefiero, ella había tenido que camuflar con mucho cuidado los golpes que Gilbert le había propinado sistemáticamente. Inferí que casi todas sus magulladuras eran de hacía algún tiempo, porque los tonos más oscuros habían cedido el paso a los verdes y amarillos de la gama media. Ray, por el contrario, era un arco iris de agresiones, con costras, cortes y puntos aquí y allá. Me esforcé por mirar sólo el menú, que ofrecía los platos de costumbre: pollo frito, hamburguesas de pollo, hamburguesas de vacuno, patatas fritas, sándwiches de beicon con lechuga y tomate, bikinis y sopa «recién hecha» que sin duda sacaban de los bidones del patio. Pedimos hamburguesas con queso, patatas fritas y unas Coca-Colas grandes que llegaron casi sin burbujas. Sin las burbujas, los refrescos saben igual que aquellos jarabes que se preparaban antaño como remedio casero para las indisposiciones de las señoras. La camarera tuvo la gentileza de no preguntar a mis compañeros por sus heridas.

Mientras comíamos dije a Ray:

—Sólo por curiosidad. Una vez que llegues a Louisville, ¿cómo sabrás dónde está escondido el dinero?

Terminó de tragar un bocado de hamburguesa y se limpió la boca con una servilleta de papel.

—No lo sé aún. Johnny dijo que se lo tenía que contar a mi madre por si a él le ocurría algo por un casual, pero ve tú a saber si lo hizo. El plan era que cuando yo saliese de la cárcel, iría a California para reunirme con él. Los dos volveríamos entonces a Louisville y recogeríamos el dinero. Quería algo solemne, ¿sabes?, para conmemorar toda la espera y todos los sudores que nos había costado. En cualquier caso, por lo que sé, y se encuentre el dinero donde se encuentre, para llevárselo hace falta una llave.

—Que tengo yo —dije.

—¿Qué llave? —preguntó Laura. El dato, por lo visto, era nuevo para la hija de Ray. Pareció resentirse de que yo supiese más que ella. Ray no le hizo caso.

—¿La tienes aún?

—Casi al alcance de la mano —dije.

—Bien. Pues no desaparezcas sin devolverla.

—¿De veras crees que voy a ayudarte a robar a Chester lo que le corresponde en justicia?

—Oye, él me haría lo mismo a mí. Y a ti también, seguro.

—No quiero ni hablar de ese tema —dije—. ¿Crees que Johnny hizo lo que dijo?

—Lo que creo es que no pudo esconder en el limbo un alijo tan grande. Lo lógico es que tuviese un plan de seguridad, alguna medida de verificación, por si lo atropellaba un coche o algo por el estilo. ¿Por qué lo preguntas? ¿Se te ocurre algo?

Negué con la cabeza.

—Era sólo un planteamiento digno de tenerse en cuenta. ¿Cuál es tu estrategia?

—Mi estrategia es resolver el problema cuando lo tengamos delante —dijo.

Cuando estuvimos otra vez en la carretera, Ray pasó al asiento trasero para dormir mientras yo conducía y Laura se instalaba en el asiento del copiloto. Las dos mirábamos con fijeza la grisácea alfombra de la autopista que se perdía a toda velocidad debajo del coche. Las luces del salpicadero formaban una nube luminosa. Para no molestar a Ray mantuvimos la radio apagada y limitábamos la conversación a observaciones ocasionales. Ray se puso a roncar con salpicantes

espiraciones espaciadas por silencios, como si le apretasen la nariz con los dedos cada tantos segundos. Cuando quedó claro que no lo iba a despertar nada que hiciese menos ruido que un batallón de motoristas, nos pusimos a hablar en voz baja.

—Tengo entendido que nunca te dieron ocasión de estar un tiempo con él —dije.

Laura se encogió de hombros.

—Pues no. Mi madre me obligaba a escribirle una vez al mes. Siempre se compadecía de los que eran menos afortunados que nosotros. Recuerdo que miraba a mi alrededor y me preguntaba de qué carajo hablaba. Luego se volvió a casar y pareció olvidarse de Ray. Yo me sentí culpable al principio, hasta que yo también me olvidé. Los niños no son conocidos precisamente por satisfacer las necesidades de los demás.

—La verdad es que los críos se esfuerzan por complacer a todo el mundo —dije—. ¿Qué otra salida tienen? Cuando dependes de otros, lo mejor que se te ocurre es tenerlos contentos.

—Hablas como una neurótica. ¿Viven tus padres?

—No. Murieron en un accidente cuando yo tenía cinco años.

—Ya. Bueno, imagina que de pronto aparece uno. Has estado toda la vida deseando tener un padre. De repente lo tienes y te das cuenta de que no sabes qué hacer con él. —Dirigió una mirada nerviosa al asiento trasero, a Ray. Si fingía dormir, lo hacía muy bien.

—¿Estás muy unida a tu madre? —dije.

—Hasta que apareció Gilbert. No simpatiza con él, pero probablemente porque él no le ha prestado mucha atención a ella. Es una belleza del sur y le gustan los tipos atentos.

—¿Y tu padrastro? ¿Qué pinta en todo esto?

—Él y Gilbert son uña y carne. Siempre ha preferido creer que las palizas que me ha dado Gilbert han estado justificadas. Lo que no quiere decir que las apruebe. Siempre da por sentado que se puede ver de otro modo. Es de los que dicen: Bueno, esa es tu versión. Seguro que Gilbert dice otra cosa. Le enorgullece ser equitativo, no precipitar conclusiones. Como si fuera un juez, ¿entiendes? Quiere oír los alegatos de la defensa y la acusación antes de pronunciar sentencia. Dice que no quiere ser terminante, pero lo que en el fondo quiere decir es que no cree una palabra de lo que le digo. Haga lo que haga Gilbert, me lo merezco, ¿entiendes? Seguro que también a él le gustaría zurrarme.

—¿Y tu madre? ¿Se opone a que Gilbert te pegue o no lo sabe?

—Repite todo lo que dice Paul. Es como un acuerdo tácito. No quiere liarla. No le gustan los conflictos ni los enfrentamientos. Lo único que quiere es paz y tranquilidad. Le emociona tanto que alguien cuide de ella que no quiere que nada altere la situación. Paul se comporta siempre como si le hubiera hecho un favor grandísimo casándose con ella. Creo que mi madre tenía veinticuatro años cuando se conocieron. Yo tendría alrededor de cinco. Figúrate, con el exmarido en la cárcel y sin medios de vida. El único trabajo que había tenido en su vida era el de dependienta. No tenía suficiente para vivir y tuvo que recurrir a las ayudas sociales, que para ella era lo más vil de este mundo. La peor vergüenza de su vida. Pero qué caramba. Necesitaba ayuda. Yo no era hija ilegítima, pero a sus ojos nada podía empeorar la situación. No le gustaría repetir aquella experiencia. Además, con Paul no tiene que trabajar. Él no quiere que trabaje. Quiere que cuide de la casa y le complazca en todo. No es mal trato.

—Sí lo es. A mí me parece horrible.

Laura sonrió.



—Sí, supongo que sí. El caso es que conforme fui creciendo, Paul se volvió dominante y autoritario. Era el amo del corral. Casi se rompía el brazo dándose palmadas de felicitación por todo lo que había hecho por nosotras. A su manera, era bueno con mi madre. Yo nunca le he importado un rábano, pero para ser justa he de confesar que yo era insoportable. Puede que lo siga siendo aún, si vamos a ello. —Apoyó la cabeza en el respaldo—. ¿Estás casada?

—Lo he estado. —Le enseñé dos dedos.

—¿Has estado casada dos veces? Yo también. La primera con un tipo que tenía un problema de «abuso de sustancias estupefacientes» —dijo, moviendo los dedos para encerrar la frase entre comillas.

—¿Cocaína?

—Y heroína. Anfetaminas, hierba, porquerías así. El otro era un alfeñique. Dios mío, qué débil era. Era tan inseguro que me ponía los nervios de punta. No sabía hacer nada. Y encima necesitaba toneladas de confianza. Qué sé yo. Estoy en tales circunstancias que fastidio a todo el mundo.

—¿Y Gilbert?

—Al principio era genial. Su problema es que no se fía, ¿comprendes? No sabe intimar. Y puede llegar a ser muy dulce. A veces, cuando bebe, rompe a llorar como un niño. Me parte el corazón.

—Además de la nariz —dije.

Dejamos atrás Greenville, Brashear, Saltillo y Mount Vernon cruzando suaves colinas cultivadas y salpicadas de árboles. Laura se quedó dormida con la cabeza en la ventanilla. Había poco tráfico y la carretera producía un efecto hipnótico. Dos veces desperté con un sobresalto de un microsueño pasajero. Para mantenerme despierta, repasé mi personal *Atlas histórico de Texarcana*, descubriendo en el proceso que el fichero contenía sólo dos informaciones. Primera, que la frontera entre Arkansas y Texas pasa por el centro urbano de Texarcana, de tal modo que media población es de Texas y la otra media de Arkansas. Y segunda, que en la ciudad había una cárcel del Estado de la que no sabía nada. Pero basta de gimnasia mental.

Ya en las afueras de la ciudad, aparqué en una gasolinera de servicio las 24 horas y bajé a estirar las piernas. Ray seguía en brazos de Morfeo y cambié de sitio con Laura, que se puso al volante. Sacó cinco dólares y llenamos toda la gasolina que nos dieron por ellos. Eran casi las diez y media cuando cruzamos la frontera del estado y nos faltaban unas dos horas de carretera para llegar a Little Rock. Me acomodé en el asiento del copiloto, doblé el espinazo, levanté las rodillas y apoyé los pies en el salpicadero. Crucé los brazos para abrigarme. La humedad que aún quedaba en la chaqueta me envolvió en una vaporosa nube de olores de lana. El zumbido del motor, combinado con los ronquidos de Ray, tenía un efecto tranquilizante. Desperté con la saliva resbalándome por el cuello. Bajé los pies y me enderecé, sintiéndome confusa y desorientada. Dejamos atrás un indicador que decía que habíamos salido de la Nacional 30 y que nos dirigíamos al norte por la Nacional 40.

—¿Cuánto falta para Little Rock?

—Ya hemos pasado Little Rock. Estamos llegando a Biscoe.

—¿Que hemos pasado Little Rock? Te dije que quería bajarme —dije con voz áspera y susurrante.

—¿Qué querías que hiciera? Tú tenías el mapa y dormías como un lirón. No sabía dónde estaba el aeropuerto y no me apetecía ponerme a dar vueltas para encontrarlo.

—¿Por qué no me despertaste?

—Lo intenté. Te llamé por tu nombre, pero no respondiste.

—¿No estaba señalizada la carretera?

—No vi ningún indicador. Además, a estas horas no hay vuelos. Estamos en el campo. Que no te enteras —susurró a su vez. Recuperó el tono normal, aunque mantuvo el volumen bajo por deferencia a Ray—. Ya es hora de buscar un motel para dormir un par de horas. Estoy medio muerta. En la última hora me he salido de la carretera más de una vez.

Inspeccioné el terreno con un giro de trescientos sesenta grados, aunque vi muy poco en la oscuridad, aparte de granjas y algunas arboledas densas.

—Elige tú —dije.

—Pronto llegaremos a una ciudad —dijo sin interés en la voz.

Efectivamente, llegamos a un pueblo que tenía un motel al lado de la carretera, con el rótulo de Habitaciones Libres parpadeando. Laura estacionó el coche en un pequeño aparcamiento de grava y bajó. Se puso de espaldas al coche y metió la mano bajo el chaquetón, al parecer para sacar un puñado de billetes de la hinchada faja que llevaba. Di un codazo a Ray y este emergió de las profundidades como un buzo en proceso de descompresión.

—Laura quiere parar —dije—. Estamos rendidas.

—Por mí, de acuerdo —dijo. Se incorporó en el asiento, parpadeando para despejarse. ¿Estamos todavía en Texas?

—Estamos en Arkansas. Hemos pasado Little Rock y tenemos delante Memphis.

—Creía que ibas a dejarnos.

—Yo también.

Bostezó y se pasó las manos por la cara. Miró el reloj entornando los ojos, esforzándose por vez la esfera a la escasa luz reinante.

—¿Qué hora es?

—La una pasada.

Ví a Laura en la puerta del motel. Dentro había muy poca luz y la puerta tenía que estar cerrada porque la vi golpear varias veces y luego pegar la cara al cristal con la mano por visera. Por último, un alma de aspecto desdichado salió de la oficina de recepción. Mucha conversación animada, ademanes con la mano y giros de cabeza para mirar en dirección a nosotros. Dejaron pasar a Laura, a quien vi poco después ante el mostrador, rellenando la ficha de hospedaje. Supongo que el embarazo le daba cierto aire de fragilidad, en particular a aquella hora. El par de billetes no le restó puntos. Momentos después salía de la oficina y volvía al coche con las llaves de dos habitaciones, que me entregó cuando se sentó otra vez al volante.

—Ray ocupará una habitación. Yo no podría dormir en el mismo sitio que ese bandido.

Arrancó y aparcó en la parte trasera del motel. Nuestras habitaciones eran las dos que quedaban en el extremo. Sólo había otro coche y tenía matrícula de Iowa, por lo que supuse que por el momento estábamos a salvo de Gilbert. Ray sacó una maleta del portaequipajes, Laura recogió el petate y yo recuperé el montón de ropa húmeda. Puede que se secara del todo si la tendía toda la noche.

Ray se detuvo ante su puerta.

—¿A qué hora por la mañana?

—Yo creo que deberíamos ponernos en camino a las seis. Si vamos, que sea cuanto antes. No tiene sentido entretenerse —dijo Laura—. Levanta la persiana cuando te levantes, nosotras haremos lo mismo. —Me miró—. ¿De acuerdo?

—Claro, claro.

Ray se metió en su habitación y yo entré en la nuestra detrás de Laura: dos camas de matrimonio y un interior donde no faltaba el moho. Era uno de esos sitios donde no apetece salir de la cama sin hacerla crujir antes, no sea que sin darnos cuenta pisemos un bicho corredor de caparazón duro. El diminuto sinvergüenza que vi estaba atrapado en el rincón, cuyas paredes

arañaba como un perro que quiere salir. Nadie aplasta estos bichos sin quedarse con un pegote de budín de limón en la suela del zapato. Colgué mis enseres en el armario después de una cautelosa inspección. No había pardas arañas cavernícolas ni roedores peludos.

El cuarto de baño tenía baldosas pardas de vinilo, una ducha cerrada con láminas de fibra de vidrio, dos vasos de plástico en una bolsa de celofán y dos jabones envueltos en papel del tamaño de una caja de cerillas. Saqué el cepillo de dientes plegable y el dentífrico, y mientras me cepillaba caí en un éxtasis inenarrable. A falta de camisón, dormí en bragas (prestadas), tapándome con medio edredón. Laura entró en el cuarto de baño y cerró religiosamente la puerta antes de quitarse la faja del embarazo. Puesto que me quedé dormida al cabo de unos minutos, no la oí meterse en la crujiente cama.

Aún era de noche cuando me zarandeó a las seis menos cuarto.

—¿Quieres ducharte primero?

—Hazlo tú.

Centelleó la luz en el cuarto de baño y me recorrió la cara durante unos instantes, mientras Laura cerraba la puerta. Había levantado las persianas, dejando entrar la luz artificial del aparcamiento. A través de la pared oí la ducha de la habitación contigua, lo que significaba que Ray estaba despierto. Cuando estaba en la cárcel, seguramente se levantaba todos los días a aquella hora. Ahora una ducha tenía que ser un lujo, puesto que se la podía dar solo y sin tener que preocuparse por las agresiones sexuales cada vez que se le cayera el jabón. Me incorporé apoyándome en el codo y me quedé mirando el taller de reparación de coches que había al otro lado de la calle. Una bombilla de cuarenta vatios brillaba sobre el área de servicio. Lunes por la mañana ¿y dónde me encontraba? Miré la caja de cerillas del cenicero. Ah, sí. Whiteley, Arkansas. Recordé el rótulo de las afueras que daba cuenta de una población de 523 habitantes. Seguramente exageraban. Sentí una repentina punzada de melancolía y nostalgia de mi casa. En los alocados años de mi juventud, antes del herpes y del sida, despertaba a veces en habitaciones parecidas. Hay cierto horror en no poder recordar bien quién silba alegremente en el cuarto de baño. Cuando lo averiguaba, solía cuestionarme mi gusto en materia de compañía masculina. No tardé en ver la moralidad como la forma más rápida de evitar el autodesprecio.

Cuando Laura salió del cuarto de baño, completamente vestida, la faja del embarazo en su sitio, me cepillé los dientes, me duché y me lavé la cabeza con la menguante pastilla de jabón. Los tejanos, aunque secos, seguían evocando ceniceros y rescoldos de hogueras campestres, así que volví a ponerme el vestido de Laura, el de tela vaquera. Sólo por sentirme limpia volvía a tener ánimos. Recogí la ropa del armario y la llevé al coche.

Habíamos estado subiendo hacia el norte en línea recta. El frío era allí más pronunciado. El aire estaba más enrarecido y el viento era más cortante. Ray se había puesto un chaquetón de tela vaquera con forro de pelo y al subir al coche nos lanzó una sudadera de chándal a cada una. Me puse aliviada la sudadera por la cabeza y encima me puse la chaqueta. Con lo que abultaba la sudadera, la chaqueta me quedaba tan estrecha que apenas podía mover los brazos, aunque por lo menos estaba caliente. Laura se puso la suya encima de los hombros, como un manto. Me senté en el asiento trasero y esperé en el coche mientras Laura devolvía las llaves y Ray introducía monedas en la máquina que había al doblar la esquina donde estaba recepción. Volvieron al

vehículo con una provisión de bolsas, paquetitos y refrescos, que Ray repartió entre los tres. Cuando llegamos a la autopista con Laura al volante, desayunamos la cola sin marca, los cacahuetes, las barras de chocolate, las galletas de crema de cacahuete y las galletas al queso, todo de elevado valor nutritivo.

Laura encendió la calefacción y el coche no tardó en oler al jabonoso aroma de la loción del afeitado de Ray. Al margen de la cara magullada y los dedos rotos, que tenían un aspecto de pena, era un hombre que se preocupaba por acicalarse. Parecía tener un surtido infinito de camisetas blancas y pantalones de tela basta. Para tener alrededor de sesenta y cinco años parecía en buena forma física. Laura y yo, en cambio, acusábamos el madrugón. Vista de medio perfil, se notaba que se había teñido de tono incendiario un pelo cuyo color natural era el caoba. Le había crecido por la raya una franja gris en trance de ensancharse. Las mechas que le envolvían la cara tenían un borde blanquecino, como el borde ondulado de las fotos antiguas. Me pregunté si el encanecimiento prematuro era un rasgo familiar.

El sol salió tras una montaña de nubes tempranas apelonadas en el horizonte y el cielo cambió rápidamente del albaricoque al azul claro pasando por el amarillo mantequilla. La tierra que nos rodeaba era llana. Según el mapa, aquella sección del estado formaba parte de la cuenca del Misisipi, cuyos afluentes bajaban del este y el sur. Los lagos y las fuentes termales moteaban el mapa como salpicaduras de lluvia, y el rincón noroccidental del estado aparecía sobrecargado con los montes Boston y Ouachita. Laura tenía el pie pegado al acelerador, manteniendo una velocidad uniforme de cien kilómetros por hora.

Llegamos a Memphis a las siete. Busqué con la mirada un teléfono público, pues quería llamar a Henry, pero me di cuenta de que California llevaba dos horas de retraso con relación a nosotros. Solía madrugar, pero a las cinco de la mañana era realmente un atropello. Laura, leyendo mis pensamientos, me miró por el retrovisor.

—Sé que tienes ganas de volver, pero ¿no puedes esperar hasta Louisville?

—¿Qué tiene de malo Nashville? Llegaremos a eso de las doce, a lo cual no tengo nada que objetar.

—Nos retrasaría. Mira el mapa si no me crees. Tendríamos que salirnos de la 40 y cruzar la frontera del norte por la 65. El aeropuerto de Nashville está en la otra punta de la ciudad. Perderíamos una hora. —Me entregó el mapa, doblado por la sección a la que se refería.

Calculé las distancias.

—No perderíais una hora. A lo sumo veinte minutos. Creía que no querías ir a Louisville, ¿a qué viene tanta prisa ahora?

—Jamás he dicho que no quisiera ir a Louisville. Es donde vivo. Ya te dije que Gilbert se dirigía allí. Quiero llevarme las cosas del piso antes de que aparezca.

—Olvídate de tus cosas —dijo Ray—. Ya comprarás otras. Mantente alejada de allí. Si vas al piso, te encontrarás con él.

—No si llegamos antes —dijo Laura—. Por eso no quiero perder tiempo llevándola al aeropuerto. Puede hacerlo en Louisville. No está tan lejos.

La cólera comenzó a subirme la temperatura del cuerpo.

—Otras tres horas de coche.

—No pienso parar —dijo Laura.

—¿Quién te ha dado el mando?

—¿Quién te lo ha dado a ti?

—¡Señoras, ya está bien! Me vais a poner enfermo de los nervios. Tenemos que enfrentarnos a Gilbert. Yo ya tengo bastante. —Ray se volvió hacia mí con actitud comprensiva—. Tengo una idea. Sé que tienes muchas ganas de volver a tu casa, pero unas horas de retraso no creo que tengan importancia. Vente a Louisville con nosotros. Te llevaremos a casa de mi madre y allí estarás segura. Te darás una ducha caliente y mi madre te lavará la ropa. —Miró a Laura—. Ven tú también. Le alegrará verte, en serio. ¿Cuánto hace que no ves a tu abuela?

—Cinco o seis años.

—Pues claro. Seguro que se acuerda de ti con cariño —dijo Ray—. Nos preparará una buena comida casera y luego te llevaremos al aeropuerto. Te pagaremos el pasaje.

Laura apartó los ojos de la carretera.

—¿Se lo pagaremos? ¿Desde cuándo?

—Vamos. Nosotros la hemos metido en esto. Chester no le dará ni un dólar, de modo que está sin blanca. ¿Qué nos cuesta? Es lo menos que podemos hacer.

—Eres muy generoso con un dinero que no tienes —observó Laura.

La sonrisa de Ray se alteró. Incluso desde atrás me di cuenta de que le cambiaba el ánimo.

—¿Insinúas que no tengo derecho a lo que hay ahí? —dijo, señalando la barriga de Laura.

—Pues claro que tienes derecho. No me refería a eso, sino a que esto nos está costando ya un riñón —dijo Laura.

—¿Y?

—Que podrías preguntarme primero. También yo tengo parte en esto. Lo último que dijiste fue que me ibas a dar los ocho mil.

—Los rechazaste.

—¡No los rechacé!

—Lo hiciste estando yo delante —dije, prácticamente sacándole la lengua.

—¿Quieres decirle que no se meta en nuestros asuntos? Esto no tiene nada que ver contigo, Kinsey, de modo que ocúpate de tus cosas.

Me subió a la boca una burbuja de risa.

—Sé deportiva. Yo lo encuentro divertido. Soy la hija adoptiva. Esto es «dinámica de familia», ¿no se llama así? Había leído algo sobre esto, pero hasta ahora no lo había vivido en directo. La rivalidad de «los hermanos» es una bagatela.

—¿Qué sabes tú de la familia?

—Nada en absoluto. Y ahí está la cuestión. Ahora que les he cogido el tranquilo, me gustan estas peleas.

—¿Es verdad? —dijo Ray—. ¿No tienes familia?

—Tengo parientes, pero ninguno cercano. Unas primas en Lompoc, pero nada cotidiano donde la gente se cabrea y se fastidia entre sí, y todos se hacen perrerías.

—Yo he vivido muchos años sin familia. Es lo que más siento —dijo Ray—. Bueno, ¿te vienes a Louisville o no? Te devolveremos a tu casa. Te lo juro.

Me vuelvo idiota cuando me lo piden con amabilidad, sobre todo si es un padre honorario que olía tan bien.

—De acuerdo. ¿Por qué no? Tu madre tiene que ser increíble.

—Es lo que yo digo.

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Diecisiete años. Estaba en libertad condicional, pero no tardaron en pillarme haciendo un trabajito. Nunca fue a verme a la cárcel. Creo que no quería afrontarlo.

Firmado el acuerdo, seguimos el camino en paz. Llegamos a Nashville a las diez y media y con un hambre de lobo. Laura distinguió los arcos dorados de un McDonald's en la avenida Briley. Tomó la salida siguiente. En cuanto estacionamos el coche en el aparcamiento, metió la mano bajo el chaquetón y retiró una modesta suma del Banco Nacional del Ombligo. Puesto que mi cara era la única que no había recibido golpes últimamente, se me eligió para entrar en el establecimiento y adquirir la comida. Para asegurar la variedad del menú, me llevé un surtido de hamburguesas, Big Mac y Súper con Queso. Me llevé además dos envases de patatas fritas, aros de cebolla y Coca-Colas suficientes para hacernos mear cada veinte minutos. Me llevé también tres cajas de galletas de animales, con estilizadas asas de cuerda, para los niños obedientes que no dejaban nada en el plato. Para demostrar nuestra educación, comimos con el coche estacionado al fondo del aparcamiento e hicimos una visita a los lavabos antes de reanudar el trayecto. Esta vez condujo Ray, Laura se pasó al asiento del copiloto y yo me estiré en el trasero para dar una cabezada.

Cuando desperté, Ray y Laura hablaban en voz baja. El murmullo me hizo recordar los viajes en coche de mi infancia, mis padres en el asiento delantero haciendo comentarios intrascendentes. Probablemente fue así como aprendí a escuchar a escondidas. Mantuve los ojos cerrados y presté atención a lo que hablaban.

—Ya sé que no he sido un buen padre —decía Ray—, pero déjame intentarlo.

—Ya tengo un padre. Paul se ha comportado como un padre conmigo.

—Olvidalo. Ese tipo es un mierda. Tú misma lo has dicho.

—¿Cuándo?

—Anoche, en el coche, mientras hablabas con Kinsey. Dijiste que cuando creciste se volvió dominante.

—Por eso mismo. Ya he tenido un padre. ¿Para qué quiero otro?

—Llámalo relación. Quiero ser parte de tu vida.

—¿Para qué?

—¿Para qué? ¿Qué clase de pregunta es esa? Eres mi única hija. Somos de la misma sangre.

—La misma sangre. Tonterías.

—¿De cuántas personas puedes decir lo mismo?

—De pocas, por suerte —dijo Laura con mordacidad.

—Olvidalo y ve a tu aire. No quiero imponerte mi existencia. Haz lo que te plazca.

—No tienes por qué ofenderte. No es nada personal —dijo Laura—. Son cosas de la vida. Seamos sinceros. Lo único que me han dado los hombres es sufrimiento.

—Te agradezco el voto de confianza.

La conversación naufragó. Esperé unos minutos y bostecé con ruido como si acabara de despertarme. Me senté y miré con los ojos entornados el paisaje que pasaba volando al otro lado de las ventanillas. El sol había salido, pero a la luz le faltaba solidez. Vi lomas onduladas, alfombradas por la opaca vegetación de noviembre. La hierba era verde todavía, pero los árboles de hoja caduca estaban ya pelados. Las ramas desnudas creaban una bruma gris que se extendía hasta el infinito. En algunas zonas veía pinos y abetos americanos. Supuse que aquella tierra sería

de un verde intenso en verano y que las lomas estarían enteramente cubiertas de vegetación. Ray me miraba por el retrovisor.

—¿Has estado alguna vez en Kentucky?

—Que recuerde, no —dije—. ¿No es la tierra de los caballos? Esperaba alfalfa y cercas blancas.

—Eso está alrededor de Lexington, al noreste de aquí. Las cercas actuales son negras. En la parte oriental del estado están los yacimientos carboníferos del condado de Harlan. Esto es el Kentucky occidental, donde se cultiva casi todo el tabaco.

—No quiere un cicerone, Ray.

—Sí, sí lo quiero —dije. No hacía más que darle cortes y Ray me despertaba el instinto de protección. Si ella quería ser la hija mala, yo quería ser la buena—. Señálamelo en el mapa.

Señaló una zona al norte de la frontera con Tennessee, entre Barren River Lake y Nolan River Lake.

—Acabamos de pasar Bowling Green y por la izquierda veremos enseguida el Parque Nacional Cueva del Mamut. Si tuviéramos tiempo, haríamos el recorrido. Aquello sí que está oscuro. Bajas a las grutas y el guía apaga las luces, ¿entiendes? No se ve un carajo. Está negro como la pez y hay un silencio de muerte. Doce grados centígrados. Es como una fábrica de conservas. Cien metros de túneles han encontrado hasta ahora. La última vez que estuve allí fue en 1932, creo. Una excursión escolar. Me impresionó mucho. Cuando estaba en la cárcel me acordaba de aquello. Algún día volveré para hacer otra vez el recorrido.

Laura lo miraba con extrañeza.

—¿Pensabas en eso? ¿No en mujeres, ni en whisky, ni en coches rápidos?

—Lo único que yo quería era huir de las luces del techo y del ruido. La cárcel te vuelve loco. Y cómo huele. Es otra cosa que tiene la Cueva del Mamut. Huele a musgo y a piedras mojadas. No huele a sudor ni a testosterona. Huele a la vida antes del nacimiento, cómo se dice... a primordial.

—Oye, pues qué lastima que tenga que volver tan pronto a California. Me estás convenciendo —dije con sequedad.

Ray sonrió.

—Tú riéte, pero te gustaría. Te lo aseguro.

—¿Primordial? —dijo Laura con incredulidad.

—¿Qué pasa? —dijo Ray—. ¿Te sorprende que sepa palabras así? Hice el bachillerato. Incluso seguí algún curso en la universidad. Economía, psicología y esas historias. Que haya estado en la cárcel no quiere decir que sea idiota. Hay muchos tíos inteligentes en la cárcel. Te quedarías boquiabierto.

—¿De veras? —dijo Laura sin acabar de creérselo.

—Sí, de veras. Por ejemplo, apuesto a que sé manejar una máquina de coser mejor que tú.

—Eso no es difícil —dijo Laura.

—Hablar contigo me está resultando muy edificante. Sabes hacer que una persona se sienta bien consigo misma.

—Vete a la mierda.

—Eres tú quien se queja de que tu padrastro te humillaba siempre. ¿Por qué no prosperas y mejoras la situación en vez de comportarte como él?

Laura no contestó. Ray contempló su perfil y volvió a posar los ojos en la carretera.



El silencio se prolongaba de manera incómoda y empecé a sentir hormigueo.

—¿Cuánto falta?

—Hora y media. ¿Cómo te va ahí atrás?

—Bien —dije.

Llegamos a Louisville por la 65 poco antes de las doce. Vi el aeropuerto a la izquierda y casi me eché a llorar de frustración. Tomamos una carretera perpendicular hacia el oeste, por una zona llamada Shively, evitándonos así casi todo el centro comercial. A la derecha vi grupos de edificios altos, resistentes bloques de hormigón, casi todos de tejado plano. Delante teníamos el río Ohio, al otro lado del cual podía verse Indiana.

Salimos a una zona llamada Portland, donde había crecido Ray. Vi que hacía un amago de sonrisa al adentrarse en el barrio. Se volvió a medias hacia mí, apoyando el brazo en el respaldo.

—Por ahí se va al Canal de Portland. Hace cien años construyeron esclusas para que el tráfico fluvial salvara las cataratas. Mi bisabuelo trabajó en las obras. Te llevaré a que lo veas, si tenemos tiempo.

Me interesaba más tomar un avión que ver los monumentos locales, pero sabía que el ofrecimiento era parte de la emoción que sentía por estar de vuelta. Había pasado entre rejas la mayor parte de los últimos cuarenta y cinco años y seguramente se sentía como Rip van Winkle, que se maravillaba de todos los cambios acaecidos en el mundo. Si al barrio de su infancia no le había afectado el paso del tiempo, le resultaría gratificante. Las calles eran anchas y en los árboles oscilaban las últimas hojas de otoño. Casi todos los árboles estaban ya pelados, pero aún quedaban manchas de follaje rojo y amarillo. En la calle por la que íbamos, y que quedaba perpendicular a la carretera, había muchos comercios relativamente recientes, rótulos de centros de atención infantil, un salón de peluquería, una tienda de artículos de pesca donde vendían cebos vivos. Los jardines eran pequeños y tristes, y estaban separados entre sí por cercas de tela metálica y puertas desvencijadas. Las hojas secas, como papel de embalar arrugado, embozaban las bocas de las alcantarillas y alfombraban las aceras. En los bordillos había coches estacionados que tendrían entre diez y doce años de antigüedad. En los patios particulares vi modelos más antiguos con el rótulo de Se Vende en el parabrisas. Había más postes telefónicos que árboles y los cables cruzaban las calles como las cuerdas de sujeción de una carpa que no se hubiese levantado todavía. Por una calle lateral vi vagones estacionados en una vía muerta.

Habría apostado hasta la camisa a que el barrio tenía el mismo aspecto que en los años cuarenta. No había indicios de que se hubiera construido nada, ni señales de que se hubiesen derribado o vaciado edificios antiguos para construir otros. Los arbustos estaban demasiado crecidos. Los árboles eran grandes y robustos, e impedían ver porches y ventanas allí donde las frondosas ramas de antaño se habían limitado a dar sombra. Las aceras aparecían levantadas y agrietadas por las raíces. El clima de los últimos cuarenta años había afectado al revestimiento impermeable de algunas casas. Aquí y allá veía pintura reciente, pero para mí que todo había cambiado muy poco desde que Ray había salido del lugar.

Al aparcar delante de la casa de su madre, sentí que se imponía cierta gravedad en el ambiente. Fue como la nota baja y resonante que oímos en las películas de miedo, el breve acorde que aleja una forma oscura en el agua, o algo que no vemos y que aguarda en las sombras tras la puerta del sótano. Puede que fuera sólo una simple depresión causada por llevar ropa prestada, comer mal y dormir peor. Fuera cual fuese el motivo, supe que aún tardaría unas cuantas horas en

subir a un avión rumbo a California.

Laura apagó el motor del coche y bajó. Ray bajó por su lado y se puso a inspeccionar la fachada de la casa con cara de pasmo. No tuve más remedio que reunirme con ellos. Me sentía como una prisionera y sufría un ataque temporal de claustrofobia tan fuerte que la carne se me puso de gallina.

La casa de la madre de Ray ocupaba una estrecha parcela de una calle de viviendas unifamiliares. Era una casa de ladrillo rojo, con un primer piso y una planta baja que se prolongaba por la parte delantera. Las dos estrechas ventanas de la fachada, con barrotes antirrobo, estaban juntas y coronadas por dinteles idénticos. Tres peldaños de hormigón subían hasta la puerta, que comunicaba directamente con la casa y estaba coronada por un pequeño frontón de madera. Vi otra puerta en la parte derecha de la casa, al final de un corto sendero. La casa de al lado era su hermana gemela, con la única diferencia de que el porche no tenía techo y dejaba la puerta a merced de los elementos.

Ray se digirió a la puerta lateral con Laura y yo pisándole los talones como un par de gallinas. Hacía mucho frío en el espacio que quedaba entre las dos construcciones. Crucé los brazos para entrar en calor, saltando primero con un pie y luego con el otro, deseosa de entrar en la casa. Ray llamó a la puerta, cuyo ventanuco estaba cruzado por barrotes de adorno. Por el ventanuco vimos la luz que salía de una habitación situada a la izquierda, aunque no había indicios de movimiento. Ray me habló por encima del hombro, con naturalidad.

—Les llaman las casas de las escopetas, una sala grande y cuatro habitaciones muy profundas; te pones en la puerta de la calle y de un escopetazo llegas a la parte trasera. —Señaló el primer piso—. La de mi madre es la casa de la joroba, porque encima de la cocina tiene otro dormitorio. Mi bisabuelo construyó las dos partes en 1880.

—Me lo creo —dijo Laura.

Ray la apuntó con un dedo.

—Escúchame bien. No consentiré que hieras los sentimientos de tu abuela.

—Vale, vale. Ni que hubiera venido adrede para ofender su casa. Cómo eres, Ray. Concédeme un poco de sentido común.

—¿Qué te pasa? ¿Siempre tienes que hacerte la víctima? —dijo Ray.

Se encendió otra luz en la casa. Laura reprimió la venenosa réplica que le había suscitado la observación de su padre. Se apartó la cortina y se asomó una anciana. No tenía dientes y los labios se le habían doblado hacia el interior de la boca, como si se le hundieran. Era baja y gorda, de cara redonda y fofa, y con el blanco pelo anudado con gomas elásticas en un prieto moño. Entornó los ojos detrás de las gafas de montura metálica y lentes de muchos aumentos.

—¿Qué quieren? —exclamó desde el otro lado del vidrio.

—Mamá, soy yo. Ray —exclamó Ray.

La mujer tardó unos segundos en asimilar la información. Las dudas se le despejaron y se

llevó las nudosas manos a la boca. Comenzó a mover metales, cerrojo, pestillo, cadena de seguridad, y terminó abriendo una anticuada cerradura sin muelles que tardó unos segundos en ceder. La puerta se abrió y la anciana se arrojó en brazos del hijo.

—Ray —dijo con voz trémula—, mi Ray.

Ray se echó a reír y la abrazó mientras la anciana emitía maullantes gemidos de alegría y ternura. Aunque gorda, abultaba la mitad que Ray. Llevaba un delantal blanco encima de un vestido casero que parecía cosido a mano: algodón rosa con botones blancos estampados en filas diagonales, con las mangas adornadas con una cenefa rosa. Se apartó de él con las gafas inclinadas en el puente de la nariz. Sus ojos se posaron en Laura, que estaba detrás de su padre. Era evidente que le costaba distinguir las caras en el nebuloso mundo de su visión defectuosa.

—¿Quién es? —dijo.

—Yo, abuela. Laura. Y esta es Kinsey. La recogimos en Dallas. ¿Cómo estás?

—Santo cielo, Laura. Mi pequeña. No puedo creerlo. Es maravilloso. Estoy muy contenta de verte. Fíjate, estoy hecha un desastre. Nadie me dijo que ibais a venir y me sorprendéis con estos harapos. —Laura la abrazó y le dio un beso, manteniéndose de costado para ocultar el sólido bulto de la faja del embarazo.

La madre de Ray no lo advertía ni de frente ni de perfil.

—Deja que te mire. —Encerró la cara de Laura entre sus manos y la miró con atención—. Ojalá pudiera verte mejor, pequeña, pero creo que has salido a tu abuelo Rawson. Dios te bendiga, criatura. Cuánto tiempo ha pasado. —Las lágrimas le rodaron por las mejillas y al final se llevó el delantal a la cara para ocultar la emoción. Acto seguido se abanicó para serenarse—. Ay, no sé qué me pasa. Entrad, entrad todos. Hijo, no te perdonaré por no haberme avisado. Estoy aturdida. Toda la casa está revuelta.

Entramos en el vestíbulo, Laura en cabeza, luego Ray, y yo cerrando la retaguardia. Nos detuvimos mientras la anciana volvía a cerrar la puerta. Hasta el momento no se había mencionado su nombre de pila. A la derecha estaba la escalera estrecha que conducía al dormitorio del primer piso; estaba sumida en la oscuridad a pesar de la hora que era. A la izquierda estaba la cocina, al parecer la única estancia con las luces encendidas. Como las casas estaban allí tan pegadas, era escasa la luz solar que entraba en aquella parte. En la cocina sólo había una ventana, al final de la pared de la izquierda, encima de un fregadero de metal y porcelana. Una gran mesa de roble con cuatro sillas de madera desiguales ocupaban el centro de la estancia, debajo de una bombilla desnuda. Esta debía de ser de 250 vatios, porque la luz que daba no sólo era cegadora, sino que además había elevado la temperatura por lo menos diez grados.

La vieja cocina estaba esmaltada en verde con cenefas negras, y tenía cuatro quemadores y horno en la parte superior. A la izquierda de la puerta había un mueble modernista con tablero de metal extensible, un bidón de harina y un cedazo. Los recuerdos me invadieron. Yo había visto una habitación así en algún otro sitio, tal vez en la casa de la abuela, en Lompoc, cuando tenía cuatro años. Aún podía representarme mentalmente los objetos que poblaban los estantes, la caja de papel encerado, el salero cilíndrico azul oscuro, con la chica del paraguas («Cuando llueve, cae»), café Sanka en una pequeña lata anaranjada, la lata de cacao de Hershey. La despensa de la señora Rawson estaba llena de objetos muy parecidos, incluso tenía el mismo frasco de vidrio de color hierbabuena con la palabra AZÚCAR pintada en el centro. Los frascos de la pimienta y de la sal, desproporcionados y con tapón de rosca, estaban al lado.

La madre de Ray, a pesar de las protestas del hijo, se había puesto enseguida a quitar montones de periódicos de las sillas de la cocina.

—Vamos, mamá, vamos. No tienes que hacer eso. Déjame a mí.

La anciana le dio un golpe en la mano.

—Cállate. Puedo hacerlo yo sola. Si me hubieras dicho que venías, habría limpiado un poco. Laura pensará que no sé cuidar una casa.

Ray le quitó un fardo de periódicos y lo puso contra la pared. Laura murmuró una disculpa y se fue a la habitación del fondo. Esperaba que hubiera cerca un cuarto de baño que pudiera visitar en el momento oportuno. Acerqué una silla y me senté, haciendo una inspección general mientras Ray y su madre ponían un poco de orden.

Desde allí veía parte del comedor, con vitrinas empotradas para la porcelana. La habitación estaba atestada de trastos, muebles y cajas de cartón que dificultaban el paso. Vi a lo lejos una antigua radio de madera marrón, una Zenith con un dial redondo inserto en un mueble de esquinas redondeadas del tamaño de una cómoda. Se notaba la sombra redonda del altavoz tras el tirante tejido de la parte de abajo. El papel de la pared era un mágico remolino de hojas pardas.

La habitación que había al otro lado del comedor era seguramente un salón, con dos ventanas a la calle y una puerta principal como es debido. La cocina olía a bolas de polvo y a café fuerte y recalentado. Oí el gemido de las cañerías, el murmullo pluvial que sugiere que una masa de agua cae de mucha altura. Cuando Laura salió de la habitación del fondo, ya no llevaba la faja del embarazo. Seguramente le incomodaba la idea de tener que explicar su «estado» si su abuela se daba cuenta.

Me puse a escuchar a la anciana, que seguía quejándose de buena fe de lo inesperado de la visita.

—¿Cómo quieres que tenga una buena comida preparada si no me avisas antes?

—Si te lo estoy diciendo —dijo Ray con paciencia—. Haz una lista con lo que necesitas, vamos al supermercado y en dos patadas estamos de vuelta.

—Tenía una lista a medio hacer, pero no sé dónde la he puesto —dijo, buscando entre los papeles sueltos que había en el centro de la mesa—. Freida Green, la vecina del otro lado, es la que me lleva al supermercado una vez a la semana, cuando va ella. No, aquí no. ¿Qué pone aquí?

Ray asió la lista y leyó en voz alta y afectada.

—Dice chuletas de cerdo con bechamel, batatas, manzanas fritas y cebollas, pan de centeno...

La anciana quiso arrebatarse el papel, pero Ray lo mantuvo lejos de su alcance.

—Nunca se me ocurriría. Esa no es. Déjame que la vea. ¿Es esto lo que te apetece, hijo?

—Sí, señora. —Le tendió el papel.

—Bueno, puedo prepararlo. Tengo batatas por ahí y creo que aún me queda algo de las judías tiernas y el tomate frito que traje en verano. Acabo de sacar del horno una bandeja de galletas de crema de cacahuete. Nos las podemos comer de postre si traéis un kilo de helado de vainilla. El mío de verdad. No quiero leche merengada. —Escribía mientras hablaba, letras grandes y angulosas que iban a la deriva por la página.

—Por mí, estupendo. ¿Tú qué dices, Kinsey?

—Genial.

—Oh, lo siento, Kinsey, perdona mis malos modales. Te había olvidado, querida. ¿Qué podría darte? Tengo que tener en alguna parte una lata de refresco. Mira en la despensa tú misma, pero no

te fijas en su estado. Tenía intención de ponerla en orden, pero no ha podido ser.

—La verdad es que me gustaría utilizar su teléfono, y lápiz y papel, si es tan amable.

—Sírvete tú misma, siempre que no llames a París. Tengo ingresos fijos y ese teléfono ya me cuesta demasiado. Aquí tienes papel. Laura, señáleme dónde está el teléfono. Está ahí dentro, al lado de la cama. Yo voy a ocuparme de la lista.

—También le prometí que podría lavar la ropa en tu lavadora —dijo Ray—. ¿Tienes detergente?

—En el cuarto de la limpieza —dijo la anciana, señalando hacia la puerta.

Recogí el papel y lápiz prometidos, y entré en el dormitorio, que estaba tan intransitable como un armario de abrigo. La luz de la estancia entraba por el pequeño cuarto de baño que había a la izquierda. Las ventanas, con las persianas echadas, estaban cubiertas por gruesas cortinas. El colchón de la cama de matrimonio, una estructura de hierro, estaba cubierto de edredones hechos a mano. La habitación habría quedado perfecta en la feria de muestras del estado, en alguna exposición de interiores domésticos de los años cuarenta. En todas las superficies había una fina capa de polvo. La verdad es que no había un solo punto en toda la casa que estuviese técnicamente aseado, probablemente por culpa de la pésima vista de la anciana.

El viejo y negro teléfono de disco estaba en la mesita de noche, al lado de una lámpara de mesa y en medio de libros de tipografía grande, frascos de píldoras, cremas y lociones. Encendí la lamparita y llamé a Información para pedir el teléfono de United y American Airlines. Llamé primero a United y escuché la grabación que me garantizaba que me atenderían inmediatamente, y que no me retirase, por favor. Por deferencia a la madre de Ray reprimí las ganas de registrar el cajón de la mesita de noche mientras esperaba. Inspeccioné visualmente la habitación, en busca de la faja del embarazo. Tenía que estar por allí.

Se puso por fin el empleado y me informó del movimiento aéreo que me interesaba. Había un avión a Chicago a las siete y cuarto de la tarde que llegaba a las siete y veinticinco, intervalo que reflejaba la diferencia de zona horaria. Tras una breve espera, empalmaría con un vuelo que salía de Chicago a las ocho y cuarto y que llegaba a Los Ángeles a las diez y veinticinco, hora de California. El avión de Santa Teresa despegaba a las once y aterrizaba cuarenta y cinco minutos más tarde. La última conexión disponía de un margen de tiempo muy estrecho, pero el empleado me juró que las puertas de llegada y salida de un vuelo y otro estaban muy cerca. Como viajaba sin equipaje, pensaba que no habría ningún problema. Me aconsejó que estuviera en el aeropuerto una hora antes de la prevista para el despegue, con objeto de abonar el pasaje reservado.

En cuanto el empleado se retiró apareció Ray en la puerta con una toalla limpia en la mano.

—Para ti —dijo, arrojándola sobre la cama—. Cuando hayas terminado de hablar, puedes ducharte si quieres. Hay una bata detrás de la puerta. Mi madre te lavará la ropa.

Puse la mano en el auricular.

—Gracias —dije—. Enseguida estoy. ¿Y lo que hay en el coche?

—Ya lo tiene Laura. Lo he traído todo. —Iba a salir, pero asomó la cabeza—. Ah, casi me olvidaba. Dice mi madre que en el mismo paseo donde está el supermercado hay una tintorería ultrarrápida. Si me das la chaqueta, la dejaré al ir a comprar y la recogeré al volver.

El empleado se había puesto al aparato otra vez y se puso a confirmarme los transbordos mientras yo asentía a Ray con entusiasmo. Con el auricular pegado al cuello, vacié los bolsillos de la chaqueta y se la entregué. Se despidió con la mano y se alejó mientras yo terminaba la

gestión.

Me dirigí al cuarto de baño, donde, tras una rápida búsqueda, encontré la faja en el cesto de la ropa sucia. La saqué y la inspeccioné, maravillándome del ingenio con que se había confeccionado. La bolsa delantera parecía una careta de béisbol, una armazón convexa hecha con plástico tubular semiflexible envuelto en guata, en cuyo interior había ordenados incontables fajos de dinero. La faja se ataba con fuertes tiras de lona. Saqué un par de fajos y vi billetes de cinco, de diez, de veinte, de cincuenta dólares, de diversos tamaños. Muchos billetes me resultaban desconocidos y supuse que ya no estaban en circulación. Algunos fajos parecían recién salidos de la Casa de la Moneda. Sufrí al pensar que Laura venía pagando los gastos cotidianos con billetes de banco por los que un coleccionista serio pagaría una burrada. Ray era un idiota por cruzarse de brazos mientras la hija se desprendía del dinero. ¿Quién sabía cuánto quedaba aún por recuperar?

Volví a meter la faja en el cesto. Me gustan las soluciones y me pica todo cuando hay muchas preguntas sin responder. Sin embargo, aquello no era asunto mío. Seis horas más tarde partiría para California. Si había más dinero en algún escondrijo, era exclusivamente cosa de Ray. Había una bata azul de algodón colgada de un gancho, detrás de la puerta. Me quité el vestido de tela vaquera y las bragas, me puse la bata y llevé la ropa sucia a la cocina. Ray y Laura, por lo visto, se habían ido ya de compras. Vi batatas en la cocina, humeando en una cazuela esmaltada con motas blanquiazules. De los estantes de la despensa habían bajado varios frascos herméticos de tomate y judías tiernas, y los habían dejado en el mármol. Pensé fugazmente en las posibilidades de botulismo que ofrecían los productos mal conservados, pero qué demonios, el índice de mortalidad es sólo el sesenta y cinco por ciento. La madre de Ray no habría podido llegar a edad tan avanzada si no hubiera sabido cerrar bien los envases.

La puerta del cuarto de la limpieza estaba abierta. La habitación no estaba aislada y de ella salía un aire helado. La madre de Ray vivía como si no sintiera la crudeza del clima. Había una lavadora antigua con secadora aparte, arrinconada contra la pared de la izquierda. Entre ambas máquinas había un aspirador de bolsa, con una forma que parecía el morro cónico de una nave espacial.

—Voy a meterme en la ducha, señora Rawson. ¿Puede hacerse cargo de esto? —pregunté.

—Ah, eres tú —dijo la anciana—. Estaba poniendo las cosas de Laura. Llámame Helen, por favor. Mi difunto marido me llamaba Helena de Troya.

La observé mientras palpaba el vaso del detergente, introduciendo el pulgar para conocer al tacto la altura alcanzada por el polvo.

—Hace años que legalmente se me considera ciega y cada día veo peor. Puedo andar normalmente siempre que no me pongan obstáculos delante. Tenía que haberme operado, pero quise esperar a que Ray volviera. Bueno, te estoy entreteniendo.

—No se preocupe —dije—. ¿Quiere que la ayude?

—Oh, no, querida. Tú ve a ducharte. Lleva la bata hasta que la ropa esté seca. Estas lavadoras antiguas trabajan muy aprisa. Mi amiga Freida Green tiene una lavadora nueva y tarda tres veces más en hacer la colada y gasta el doble de agua. En cuanto termine con esto, prepararé tortas de maíz. Espero que te gusten.

—Desde luego. No tardaré en volver y le echaré una mano.

La ducha fue una fuente de bendiciones encontradas. El agua casi no tenía presión y salía fría o caliente en una anárquica fluctuación que dependía de los ciclos de la lavadora. Conseguí

frotarme a conciencia y me lavé el pelo cubriéndolo de chorros jabonosos superpuestos, raspándolo y aclarándolo hasta que volví a sentirme limpia. Me sequé y me puse la bata de Helen. Me calcé las Reebok, ya que me da alergia andar descalza por suelos sólo parcialmente limpios. No suelo ser vanidosa, pero me moría de ganas por ponerme mi propia ropa.

Antes de volver a la cocina llamé otra vez por teléfono, utilizando la tarjeta de crédito para poner una conferencia a Henry. Por lo visto había salido, pero se puso el contestador automático.

—Henry, soy Kinsey —dije—. Estoy en Louisville, Kentucky. Aquí es algo más de la una y salgo en avión a las siete. No sé a qué hora iremos al aeropuerto, pero aún tengo que estar aquí dos horas. Si es posible, me gustaría que fuera usted a buscarme al aeropuerto. Apenas tengo dinero y no sé cómo recuperar el coche. Podría pedirlo prestado aquí, pero estoy con unas personas en las que no acabo de confiar. Si no tengo noticias tuyas antes de irme, le llamaré en cuanto llegue a Los Ángeles. —Miré el número escrito en la pegatina circular del centro del disco y se lo leí a Henry antes de colgar. Me pasé el peine por el pelo y entré en la cocina, donde Helen me puso a preparar la mesa.

Ray y Laura volvieron con mi chaqueta dentro de una bolsa de plástico transparente y con los brazos cargados de comestibles, que fuimos abriendo y apartando. Colgué la chaqueta en el pomo interior de la puerta del dormitorio. Laura fue tras de mí, desviándose hacia el cuarto de baño para darse una ducha. La colada tenía que estar ya limpia porque oí la secadora retumbando en la pared. En cuanto estuviera seca, sacaría mi ropa y me la pondría.

Helen me enseñó a pelar y prensar las batatas, mientras ella troceaba manzanas y cebollas, y las echaba en la sartén con mantequilla. Yo guardaba silencio igual que una mosca en la pared, y oía charlar a Ray con su madre, mientras esta preparaba la cena.

—Hace cosa de cuatro meses entraron en la casa de Freida Green, entonces mandé instalar los barrotes antirrobo. Los vecinos celebramos una reunión con dos agentes de policía y nos dijeron qué podíamos hacer si nos atacaban. Freida y su amiga Minnie Paxton fueron a un cursillo de defensa personal. Dijeron que les enseñaban a gritar y a dar patadas, así de lado, de las que hacen daño. El objetivo es romperle la rodilla al agresor y derribarlo. Freida estaba practicando, se cayó de espaldas y se rompió la rabadilla. Minnie se rio tanto que casi se mea, hasta que se dio cuenta de que lo de Freida era serio. Tuvo que sentarse encima de una bolsa de hielo durante un mes, la pobre.

—Bueno, pero ni se te ocurra a ti atacar a nadie.

—No, qué dices. Yo no haría una cosa así. Es absurdo, una anciana como yo. Los viejos no siempre podemos depender de la fortaleza física. Incluso Freida lo dice. Por eso he puesto tantas cerraduras. Antes, en verano, dejaba las puertas abiertas para que corriese el aire. Pero eso se acabó. Ahora ni pensarlo.

—Ah, antes de que se me olvide. ¿He recibido algo por correo? Pensaba que a lo mejor mi amigo de California me había enviado una carta o un paquete a esta dirección.

—Pues sí, ahora que lo dices, te guardaba algo que te enviaron. Llegó hace mucho. A ver si recuerdo dónde la puse, tiene que estar por aquí. Mira en ese cajón que está debajo de todo.

Ray abrió el cajón y revolvió el contenido: cordones de lámpara, pilas, lápices, chapas de botella, cupones, un martillo, un destornillador, utensilios de cocina. Al fondo había un fajo de



cartas, pero casi todas iban dirigidas al «Sr. Propietario» del inmueble. La única con destinatario nominal iba dirigida a Ray Rawson y no tenía remite. Miró el matasellos entornando los ojos.

—Esta es —dijo. Rasgó el sobre y sacó un recordatorio de condolencia con la foto de un cementerio en blanco y negro pegada en la parte delantera. Detrás había un mensaje:

«Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares sobre la tierra quedará atado en los cielos, y cuanto desatares sobre la tierra, quedará desatado en los cielos».

Mateo 16, 19.

»Pienso en la hora de tu libertad».

En la parte trasera había una pequeña llave metálica sujeta con cinta adhesiva. La arrancó y la agitó en la mano antes de tendérmela. Inspeccioné primero un lado y luego el otro, tal como había hecho él. Tenía cuatro centímetros de longitud. En un lado podía leerse la palabra *Master* y en la otra el número M550. No era difícil de recordar. El número era la fecha de mi cumpleaños, escrita de forma abreviada.

—Seguramente de un candado —dije.

—¿Y la llave que tenías tú?

—En el dormitorio. La traeré en cuanto salga Laura.

La cena casi estaba ya en la mesa cuando salió Laura. Por lo visto se había empleado realmente a fondo con el pelo y el maquillaje, a pesar de que su abuela apenas podía verla. Mientras servían los platos fui al dormitorio y recogí la navaja de explorador del montón de pertenencias que había dejado en la mesita de noche. Saqué la chaqueta de la bolsa de la tintorería y corté con las tijeras los puntos que había dado en la costura interior de la hombrera. Saqué la llave por el agujero. La mía era pesada, de quince centímetros de longitud y tenía la tija redonda. La acerqué a la lámpara para ver si también era una Master. En la tija se había grabado la palabra *ley*, sin más señas identificativas. Conocía candados Master, pero jamás había oído hablar de candados Ley. Puede que fuese una marca local o una empresa que ya no existía.

Volví a la cocina, me senté a la mesa y alargué la llave a Ray.

—¿De dónde es? —preguntó Laura, tomando asiento.

—No tengo ni idea, pero creo que va con esta otra —dijo Ray. Puso la llave grande en el centro de la mesa, al lado de la pequeña—. Esta la había pegado Johnny en el interior de su caja de seguridad. Chester la encontró esta misma semana, mientras limpiaban el piso.

—¿Guardan relación con el dinero escondido?

—Espero que sí. De lo contrario, mala suerte —dijo Ray.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no tenemos más pistas. A menos que se te ocurra dónde buscar un montón de dinero que se escondió hace cuarenta años y pico.

—Yo no sabría por dónde empezar —dijo Laura.

—Yo tampoco. Esperaba que a Kinsey se le ocurriera algo, pero parece que vamos mal de tiempo —dijo Ray, que se volvió hacia su madre—. ¿Bendigo yo la mesa, mamá?

¿Por qué me sentía culpable? Yo no había hecho nada.

La cena era un claro ejemplo de la anticuada cocina sureña. Era la primera comida que tomaba

en los últimos días que no estaba saturada de aditivos y conservantes. El contenido en azúcares, sodio y grasas distaba de ser el deseado, pero no suelo ponerme puritana cuando se trata de comida. Comí con ganas y concentración, sin prestar atención apenas a la conversación que sostenían los otros, hasta que la voz de Ray se elevó. Había dejado el tenedor y miraba a su hija con horror y desaliento.

—¿Eso has hecho?

—¿Qué hay de malo?

—¿Cuándo has hablado con ella?

Vi que Laura se ruborizaba.

—Nada más llegar —dijo Laura a la defensiva—. Me viste entrar en el otro cuarto. ¿Qué creías que estaba haciendo? Hablar por teléfono.

—Jesús bendito. ¿La llamaste?

—Es mi madre. Claro que la llamé. No quería que se preocupase si Gilbert se presentaba en su casa. ¿Qué hay de malo?

—Que si Gilbert se presenta en su casa, le dirá dónde estás.

—No se lo dirá.

—Desde luego que lo hará. ¿Crees que Gilbert no tiene encanto para sonsacarla? Joder, olvídate del encanto. La molerá a golpes. Desde luego que se lo dirá. Lo hice yo. En cuanto empezó a romperme dedos, canté de plano. ¿Se lo advertiste por lo menos?

—¿Qué?

—Oh, vamos —dijo Ray. Se frotó la cara con la mano, desfigurándose las facciones.

—Oye, Ray, no tienes por qué tratarme como si fuera idiota.

—Todavía no lo comprendes, ¿eh? Ese tío quiere matarme. Y también te matará a ti. Matará a Kinsey, a mi madre y a todo el que se interponga en su camino. Quiere el dinero. Para él no eres más que un medio para conseguir un fin.

—¿Y cómo nos va a encontrar? —dijo Laura—. No nos encontrará.

—Hay que irse de aquí. —Ray se puso en pie, arrojó la servilleta en la mesa y se me quedó mirando. Los dos sabíamos que en cuanto Gilbert conociese nuestro paradero, aparecería en menos de una hora.

—Estoy de acuerdo —dije, echando la silla atrás.

Laura estaba atónita.

—Ni siquiera habéis terminado de comer. ¿Qué os pasa?

Ray se volvió hacia mí.

—Vístete. Mamá, ponte el abrigo. Apaga el fuego. Déjalo todo como está. Ya lo arreglaremos más tarde.

Su pánico era contagioso. Helen miró a su alrededor y dijo con voz trémula:

—¿Qué pasa, hijo? No entiendo lo que ocurre. ¿Por qué nos vamos? Aún no he servido el helado.

—Haz lo que te digo y no preguntes —dijo Ray, levantándola de la silla.

Se puso a apagar los fuegos de la cocina. Apagó el horno. Yo no estaba vestida para tomar el avión. Sólo llevaba puestas las Reebok y el albornoz de Helen. Corrí al cuarto de la limpieza y con las prisas por llegar a la secadora casi derribé la silla de Ray. Laura se quejó con energía, pero vi que se movía tan deprisa como los demás. Abrí la secadora, saqué una brazada de ropa

caliente y me dirigí al dormitorio. Me descalcé, me puse los calcetines, el sostén, las bragas, el jersey de cuello alto y los tejanos, y volví a ponerme las Reebok, aplastándoles el talón. Maldita sea, ya estaba otra vez compitiendo por la medalla de oro en las Olimpíadas de las Prisas. Me puse la chaqueta y me llené los bolsillos de pertenencias personales, dinero, tarjetas de crédito, las llaves de casa, las píldoras, las ganzúas. Laura dio un grito en la cocina y a continuación se oyó el impacto de una fuente al romperse en el suelo. Entré en la cocina con las manos todavía en los bolsillos.

Helen, Ray y Laura estaban en silencio e inmóviles. La fuente del puré de batatas yacía en el suelo convertida en una nube de fécula color calabaza acribillada por la porcelana rota. Pero la cosa no tenía la menor importancia porque Gilbert estaba en la puerta del comedor y me apuntaba con una pistola.

Ya no llevaba el Stetson. Iba despeinado y se le notaba el surco que le había dejado el sombrero. Llevaba un chaquetón vaquero forrado de piel y el tejido parecía tieso y manchado de rojo oscuro en algunos puntos.

—Marla os envía saludos. Habría venido conmigo si hubiera estado en condiciones.

Al oír aquella alusión a su madre, Laura se echó a llorar. Lo hizo en silencio, con la cara congestionada y roja, y los ojos anegados en lágrimas. De su garganta brotó un gemido estrangulado. Se dejó caer en una silla.

—Hey, tú, ponte en pie y levanta las manos donde yo pueda verlas.

La pistola se movió para exigir diligencia. Yo no tenía la menor intención de discutir. Laura se levantó despacio y sin mirar a Gilbert. Soltó el aire de los pulmones con un suspiro audible y las lágrimas le rodaron por las mejillas. Nos encontrábamos en aquella situación por su culpa, porque todo lo que había hecho, lo había hecho mal. Ella se la había jugado y las consecuencias las pagábamos nosotros. Los veía a todos con claridad meridiana: Ray con el chaquetón puesto y las llaves del coche en la mano; había conseguido ponerle el abrigo a su madre; esta estaba cerca de donde había estado sentada a la mesa, con los brazos levantados, envuelta en lana como una niña durante una nevada. Cinco minutos más y ya no habríamos estado allí. Pero seguro que Gilbert nos había estado espiando un rato, de manera que tampoco tenía importancia. Que los cuatro estuviéramos con los brazos levantados no dejaba de tener su lado cómico. Era como si nos hubieran sorprendido en medio de un *spiritual*, agitando las manos al cielo. En una película de vaqueros, ya habría saltado alguien sobre Gilbert y los dos estarían forcejeando por la pistola. Allí no. Lo miraba con fijeza, esforzándome por adivinar sus intenciones. Helen se volvía a todas partes con la mirada desenfocada, barriendo con los ojos la niebla gris de la habitación y sus sombras inmóviles. No sé si estaba confusa o alterada, pero no hizo ningún comentario, intuyendo tal vez que la situación no estaba para preguntas. Empezó a tiritar de manera casi imperceptible, tal como suelen hacer los perros en la mesa del cuidador canino.

El aire olía aún a carne de cerdo y bechamel. Los restos de la cena seguían en los platos y fuentes, y los cacharros de cocinar estaban amontonados en el fregadero. Puede que Freida Green quisiera pasar unos días más tarde para fregar todo aquello... cuando hubieran retirado el cordón protector de la escena del crimen y quitado el precinto de la puerta de la calle.

Gilbert empuñaba la pistola con la derecha y se introdujo la izquierda en el bolsillo del chaquetón. Sacó un rollo de cinta aislante.

—Os diré lo que vamos a hacer —dijo en tono coloquial—. Tú, Ray, siéntate en aquella silla.

Laura te atará con la cinta aislante. Eh, eh, eh, criatura. Maldita sea. Deja de llorar. No ha pasado nada todavía. Yo sólo procuro que todo esté bajo control. No quiero que nadie se me eche encima. No quiero que se me dispare la pistola porque entonces habría heridos. La abuela tendría un aspecto espantoso con un agujero en la cabeza, los sesos chorreándole, y Ray con un boquete en el pecho. Vamos, vamos. Colabora, aunque sólo sea para demostrar que aún tienes sentimientos.

Le arrojó el rollo de cinta aislante y Laura lo recogió al vuelo. Pareció quedarse congelada y pasaron varios segundos sin que hiciera el menor movimiento. Después volvió a suplicarle:

—Gilbert, te pido por favor...

—¡¡Átalo con la cinta!!

Lo repentino del grito me hizo dar un respingo. Laura ni siquiera parpadeó, pero se puso en movimiento, acercándose a Ray. Despacio y sin bajar las manos, Ray se sentó en la silla que le había señalado Gilbert. Laura lloraba con tanta intensidad que me costaba creer que viese lo que hacía. Las lágrimas le limpiaron el maquillaje de las mejillas y dejaron al descubierto las viejas magulladuras como si fuese otra capa de pintura que había debajo. Se le habían soltado algunas mechas de pelo rojo que le colgaban alrededor de la cara.

La mirada de Gilbert se posó en Ray.

—Dame problemas y la mato —le dijo.

—No lo hagas —dijo Ray—. Tranquilo. Cooperaré.

Gilbert me miró a mí a continuación.

—Si me dieras las llaves, te lo agradecería —dijo.

Así las llaves, que seguían en la mesa de la cocina. No me gustaba desprenderme de ellas, pero no se me ocurría ninguna otra alternativa. Las puse sobre la palma izquierda de Gilbert. Este las miró por encima y se las guardó en el bolsillo del chaquetón.

—Escucha, Gilbert, este asunto viene de muy lejos. No tiene nada que ver con ellas tres. Haz conmigo lo que quieras, pero deja que se vayan.

—Haré lo que se me antoje. Ya lo estoy haciendo. No me preocupan estas dos, la vieja y esa —dijo señalándome—. Pero a esta otra tengo que ajustarle las cuentas. Huyó de mí. —Se quedó mirando a Laura con el entrecejo fruncido—. ¿Quieres hacer lo que te he dicho?

—Gilbert, por favor, eso no. Por favor.

—¿Quieres callarte? No estoy haciendo nada —dijo con indignación—. ¿Qué hago en este momento? Sólo estar aquí, hablando con tu padre. Ve y haz lo que te he dicho. No quiero que Ray juegue sucio.

—¿Por qué no nos vamos? Subimos al coche y nos vamos los dos solos.

—No estás preparada. Ni siquiera has empezado —dijo Gilbert. En su voz se habían colado unas notas de exasperación y eso era mala señal.

Ray miraba a Laura con ternura.

—Tranquila, pequeña, no pasa nada. Acércate y haz lo que dice. Lo importante es que nadie pierda los estribos.

—Totalmente de acuerdo —dijo Gilbert con una sonrisa—. Todo el mundo tranquilo. Quiero que le ates los tobillos a las patas de la silla. Y las manos en la espalda, con un nudo bien fuerte. Voy a vigilarte, de manera que no lo ates mal fingiendo que lo atas bien. No soporto que me engañen. Ya me conoces. Suénate la nariz y deja de lloriquear.

Laura metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo de papel y obedeció. Tiró el pañuelo y

estiró una cantidad de cinta, que crujió al despegarse. Pasó la cinta por el tobillo derecho de Ray, pegándole primero al tobillo el dobladillo de la pernera y luego pasando varias veces la cinta por la pata de la silla.

—Que esté tirante. Si no tiras más, le meteré una bala en la pierna.

—¡Ya lo hago! —Laura fulminó a Gilbert con la mirada y durante unos segundos no hubo miedo en sus ojos, sino violencia pura.

La reacción pareció gustar a Gilbert, que sonrió ligeramente.

—¿Por qué te pones así?

—¿Dónde está Farley? —preguntó Laura con voz sombría.

—Ah, ese. Lo dejé en California. Vaya montón de mierda resultó el muchacho. Se derritió como la mantequilla. Me revienta la gente así. Te lo diré en pocas palabras: te ha traicionado. Es la verdad. Te delató. Me lo contó todo para salvar el pellejo. Un comportamiento poco loable. Más bienapestoso. —Se acercó a la silla donde estaba sentado Ray. Sin quitarnos el ojo de encima, se agachó junto a la silla y comprobó la cinta aislante. Se incorporó, satisfecho al parecer del trabajo de Laura—. Cuando lo hayas atado, repite la operación con ella —dijo, refiriéndose a mí.

Laura estiró otra cantidad de cinta y se puso a atar la pierna izquierda de Ray al travesañ de la silla.

—¿Qué le has hecho? —preguntó.

Gilbert se había alejado un par de pasos.

—¿Qué le he hecho? No hablábamos de lo que le había hecho. Yo no le hice nada. Es lo que hiciste tú. Me traicionaste, pequeña. ¿Cuántas veces te lo dije? No me escuchaste, ¿verdad? Me he esforzado, Dios sabe que me he esforzado por que entendieras lo que yo esperaba.

—¿Está muerto?

—Sí, está muerto —dijo Gilbert con solemnidad—. Siento tener que darte yo la noticia.

—Era tu sobrino. De tu misma sangre.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? El dato no rompe el hielo. Tener la misma sangre no significa una mierda. Lo que importa es la lealtad. ¿Tanto te cuesta entender una idea tan sencilla? Escucha, quiero decirte algo. No me eches la culpa de lo que pasa. Si alguien sale herido, caerá sobre ti, no sobre mí. Te he dicho cientos de veces que hay que hacer lo que yo digo. No quieres obedecerme, luego yo no soy el responsable.

—Hago lo que me has dicho. ¿En qué te he desobedecido?

—No me refiero a eso. Hablo del dinero. Hablo de lo de Río. ¿Vas entendiendo? Presta atención. No fuiste a Río como convinimos y mira ahora las consecuencias de tu conducta. Farley... bueno, no importa. Creo que ya hemos hablado bastante de él.

Helen, al igual que yo, había estado manos arriba y sin rechistar, pero en aquel punto tomó la palabra.

—Por favor, joven, quítese el abrigo y siéntese.

Gilbert frunció el entrecejo, irritado por la interrupción. Saltaba a la vista que le gustaba rentabilizar la eficacia en todo, hacerse el sensato y señalar los mil defectos de los demás. Helen no lo miraba. Tenía la vista fija en un punto situado a la derecha de Gilbert, a quien seguramente confundía con el quicio de la puerta. A Gilbert le hizo gracia la confusión y perdió el hilo durante unos instantes. Agitó los brazos.

—Eh, aquí, tesoro. Parece que no ve usted muy bien. Me ha confundido con la percha.

—Veo de sobra. Es que se me cansan los pies —dijo la anciana—. Tengo ochenta y cinco años.

—¿Es verdad? Se le cansan los brazos, ¿es eso?

Helen no dijo nada. Su húmeda mirada iba de un lado a otro. Me puse a inspeccionar la habitación, en busca de armas y deseosa de trazar un plan. No quería que nadie corriera más riesgos. Las intenciones de Gilbert parecían estar claras. Nos ataría y amordazaría uno por uno y al final nos mataría sin que pudiéramos evitarlo. Yo estaba más cerca de él que Laura, pero si me arrojaba sobre él podía ponerse nervioso y darle al gatillo. Tenía que actuar pronto, pero no dar pasos en falso, no hacerme la heroína cuando podía empeorar la situación.

—Voy a sentarme. Si no está de acuerdo, dispare —dijo Helen.

Gilbert agitó la pistola.

—Siéntese exactamente donde está. Baje las manos, pero no toque nada de la mesa.

—Gracias —dijo la anciana. Apoyó las manos en la mesa y se dejó caer en la silla. Se quitó el abrigo. Vi que doblaba los dedos con cuidado para estimular la circulación y que al final apoyaba las manos en el regazo.

Gilbert se movió de lado para vigilar los progresos de Laura, que estaba ya atándole las manos a Ray. Este tenía los brazos en la espalda. Para unir las muñecas se arqueó ligeramente hacia delante y forzó los hombros hacia atrás.

A Gilbert pareció gustarle la incomodidad de Ray.

—¿Dónde está la faja? —preguntó a Laura.

—En la otra habitación.

—Cuando hayas terminado, tráela y veremos lo que tenemos.

—¿No me dijiste que la atara a ella?

—Traes la faja y después la atas, so desgraciada —dijo Gilbert.

—Sólo hay ocho mil dólares. Dijiste que había un millón —exclamó Laura irritada.

Dejó a un lado el rollo de cinta aislante y entró en la habitación contigua. Si he de ser franca, yo no me habría atrevido a hablarle de aquel modo. A Gilbert no pareció sorprenderle lo del dinero, por lo que deduje que Farley le había contado lo de los ocho mil y todo lo demás. Laura volvió con la faja en la mano, Gilbert la recogió y la puso en el mármol que tenía al lado. Miró el contenido, sacando los fajos de billetes. Miró a Ray.

—¿Dónde está el resto? ¿Dónde están las joyas y las colecciones de monedas?

—No lo sé. Y tampoco puedo jurar que falte nada —dijo Ray.

Gilbert cerró los ojos con la paciencia a punto de agotarsele.

—Ray, yo también estaba allí, ¿lo recuerdas? Os ayudé a sacar todo el dinero y las joyas. ¿Y los diamantes y las monedas? Allí había una fortuna, por lo menos dos millones, y Johnny no llevaba nada encima cuando le echaron el guante.

—Mira, no quiero discutir, pero tú tenías entonces diecisiete años. Ninguno de nosotros había visto en su vida un millón de dólares, y menos dos. Nunca supimos en realidad cuánto había porque no tuvimos oportunidad de contarlo, esa es la verdad —dijo Ray.

—Había muchísimo más de lo que hay aquí. Siete u ocho sacas. Un botín así no desaparece en el aire. El muy cabrón tuvo que esconderlo. Así que dime dónde lo puso.

—Sé tanto como tú. Por eso estoy aquí. Para ver si adivino el lugar.

—¿No te lo dijo?

—Te juro por Dios que no. Sin duda confiaba en sí mismo, pero creo que no estaba totalmente seguro de mí.

—¿Cómo sabéis —dije, mirando a Ray— que no lo gastó?

—Siempre es posible —dijo Ray—. Sé que envié dinero a mi madre. Fue un acuerdo que hicimos.

—¿Que hizo qué? —dijo Gilbert, volviéndose hacia Helen—. ¿Es verdad eso?

—Sí, joven, sí lo es —dijo la anciana con actitud complaciente—. He estado recibiendo un giro mensual de quinientos dólares desde 1944, pero se interrumpió hace unos meses. En julio o agosto, creo.

—¿Desde 1944? No puedo creerlo. ¿Cuánto le enviaba? ¿Quinientos al mes? Absurdo —dijo Gilbert.

—Doscientos cuarenta y seis mil dólares —intervino Ray—. Estudié matemáticas cuando estuve en el penal de Ashland. Deberías intentarlo tú también, Gilbert. Mejorar tu conocimiento del vocabulario, de la gramática...

Gilbert seguía dándole vueltas al plan de pensiones de Johnny.

—Quieres engañarme. ¿Johnny Lee regaló a este saco de huesos doscientos cuarenta y seis mil dólares de mi dinero? No me lo creo. Es un crimen.

—Lo tengo todo apuntado, por si quiere comprobarlo. En un cuaderno rojo que hay en aquel cajón —dijo Helen, señalando con dedo tembloroso hacia el cajón donde había guardado la correspondencia de Ray.

Gilbert se acercó al cajón, lo abrió de un tirón y rebuscó entre los objetos con impaciencia. Sacó el cajón de las guías y vació el contenido en el suelo. Se agachó y recogió un cuaderno de espiral, que hojeó con la mano izquierda. Incluso desde donde yo estaba podían verse cantidades y fechas garabateadas y puestas en columna página tras página.

—¡Será cabrón! —dijo Gilbert—. ¿Cómo pudo hacer una cosa así, regalar el dinero? —Arrojó el cuaderno sobre la mesa de la cocina y aterrizó en la fuente del tomate.

Ahora le tocaba reír a Ray. No cometió la torpeza de sonreír, pero se notó la satisfacción que impregnaba su voz.

—Él se quedó otros quinientos para su uso personal, lo que, después de cuarenta y un años, nos da un total de cuatrocientos noventa y dos mil dólares —dijo Ray—. Haz las cuentas tú mismo. Si nos llevamos medio millón entonces, sólo pueden quedar unos ocho mil dólares.

Gilbert se acercó a Ray y le clavó el cañón de la pistola bajo la barbilla, con fuerza.

—¡Maldita sea! ¡Sé que había más y lo quiero! Y voy a volarte la cabeza en el acto si no me lo das.

—Matarme no te servirá de nada. Si me matas, pierdes la oportunidad —dijo Ray sin moverse—. Si falta algo, es posible que lo encuentre. Sé cómo trabajaba la cabeza de Johnny. Y tú no tienes ni idea sobre su forma de administrarse.

—Encontré la chapa, ¿no?

—Sólo porque te hablé de ella. Jamás la habrías encontrado sin mí —dijo Ray.

Gilbert apartó la pistola con cara de pocos amigos. Sus movimientos eran espasmódicos.

—Oye el plan. Me llevo a Laura conmigo. Preséntate mañana con algo o morirá, ¿me has entendido?



—Oye, vamos. Sé razonable. Necesito tiempo —dijo Ray.

—Mañana.

—Haré lo que pueda, pero no te prometo nada.

—Yo sí. O me traes el dinero o se va al otro barrio.

—¿Cómo te encontraré?

—No te preocupes por eso. Ya te encontraré yo —dijo Gilbert.

Helen hizo una mueca y se frotó las nudosas manos.

—¿Qué le pasa a usted?

—Otra vez me ha dado la artritis. Me duele.

—¿Quiere que se la cure? Yo se la curo en un santiamén con esto —dijo Gilbert, agitando la pistola. Se volvió hacia Ray. Helen levantó la mano para llamar su atención—. Qué.

—Ya llevo sentada demasiado rato. Lo malo de la vejez es que no puedes hacer lo mismo más de cinco minutos seguidos. Quisiera levantarme y espero que no le importe.

—Maldita vieja. Levántese, acuéstese o póngase a bailar por la habitación.

Helen se echó a reír, confundiendo al parecer la ira criminal de Gilbert con un simple enfurruñamiento. Una pompa de desesperación me subió por la boca del estómago. Puede que la senilidad se le manifestase en todos los aspectos de la vida. Gilbert la habría matado sin vacilar, nos habría matado a todos, pero Helen no parecía haberse dado cuenta. Las amenazas de Gilbert le traían sin cuidado. Puede que fuera mejor así. A la edad que tenía, habría sido una hazaña vencer el miedo. Un ataque de nervios habría bastado para provocarle un infarto. A mí también, para el caso.

Gilbert la apuntó con el arma.

—Póngase en pie, pero compórtese —dijo—. No quiero que salga corriendo para avisar a nadie. —Bajaba la voz cuando hablaba con Helen, adoptando una actitud parecida al coqueteo. También podríamos hablar de «condescendencia», pero la anciana no se enteraba de nada.

Helen dio al aire un manotazo de desestimación.

—Me temo que mis días de correr ya pasaron. En cualquier caso, no es por mí por quien tiene que preocuparse. Es por mi amiga, Freida Green.

Por lo menos había despertado el interés de Gilbert. Le vi reprimir una sonrisa, fingiendo que la tomaba en serio.

—Ja, ja, ¿quién es esa Freida, una alborotadora de tomo y lomo?

—Y que lo diga. Pero si es por eso, yo también. ¿Sabe cómo me llamaba mi difunto marido? Helena de Troya. ¿No lo entiende? Que armo la de Troya.

—Lo entiendo, abuela. ¿Quién es Freida? ¿Podría presentarse sin avisar?

—Es una vecina. Vive dos casas más allá con su amiga Minnie Paxton, pero ahora están fuera. No lo he comentado con nadie, pero para mí que las dos son amantes. Bueno, hace cosa de cuatro meses tuvimos una epidemia de robos. Así lo llamaron, epidemia, como cuando muchas personas contraen la misma enfermedad. Dos policías simpáticos vinieron al barrio y nos hablaron de la defensa personal. Minnie aprendió a dar coces de lado y Freida se dio una costalada cuando quiso imitarla.

Ray me clavó la mirada, pero no conseguí descifrar el mensaje. Seguramente era la desesperación pura que le producía la trivialidad de la conversación.

Gilbert se echó a reír.

—Ay, Señor, Señor, me habría gustado verlo. ¿Cuántos años tiene la vieja esa?

—Vamos a ver. Creo que Freida tiene treinta y uno. Minnie es dos años más joven y está en mejor forma física. Freida se partió la rabadilla y se puso como loca. ¡Uuuh! Dijo que para combatir el delito tenía que haber métodos mejores que dar patadas a las rodillas de la gente.

Gilbert cabeceó con escepticismo.

—Pues no sabría qué decirle. Joderle la rodilla a un tío duele que da gusto —dijo.

—Bueno, sí —dijo Helen—, pero primero hay que acercarse para dar la patada y eso no siempre es fácil. Y encima yo no sé mantener bien el equilibrio.

—Tampoco el de Freida es bueno, por lo que cuenta usted. ¿Qué sugería ella?

—Se ofreció ella misma a clavar debajo de la mesa de todos los vecinos un par de hierros, para guardar allí una escopeta cargada. Fijese.

Helen se inclinó un poco de lado mientras se levantaba, se apartó de la mesa y sacó una escopeta de dos cañones de noventa centímetros de longitud y doce milímetros de calibre. Sujetó la culata entre el antebrazo y el costado, apoyando aquella en la cadera derecha. Los cuatro nos la quedamos mirando, hechizados por la aparición de un arma tan peligrosa en manos de una persona que un nanosegundo antes parecía totalmente inofensiva y ajena a todo. El efecto, por desgracia, lo echaba a perder la edad, porque la pobre veía tan mal que apuntaba a la ventana, no a Gilbert, detalle que no se le escapó al interesado. Este hizo una mueca y exclamó:

—¡Oiga! Aparte ese arma.

—Aparte usted la suya si no quiere conocer el más allá —dijo Helen. Reculó hacia la pared, dueña totalmente de la situación de no ser por el asunto de la puntería, que no era para tomárselo a risa. La prieta carne de los brazos le temblaba y saltaba a la vista que apenas podía sostener el cañón del arma, incluso apuntando mal. El corazón me empezó a latir con fuerza. Esperaba que Gilbert disparase en cualquier momento, pero por lo visto no se había tomado en serio a Helen.

—Esa escopeta pesa mucho —dijo Gilbert—. ¿Seguro que la puede sostener?

—Un rato —dijo Helen.

—¿Cuánto pesa? Tres kilos y pico, ¿no? Parece una bagatela hasta que se soooostiene un buen rato. —Prolongó la primera sílaba de «sostiene» para recalcar el hecho y me sentí agotada sólo de oírla, pero no pareció hacer mella en Helen.

—Pienso apretar el gatillo mucho antes de que se me cansen los brazos. Quien avisa no es traidora. Un cañón está cargado con perdigones del nueve y en el otro hay un misil de precisión que se te llevará la cara por delante.

Gilbert volvió a reír. Por lo visto era verdad que le hacía gracia la actitud de la anciana.

—Vamos, Helena de Troya, esas no son formas. ¿Y la artritis? Creía que le dolía mucho.

—Es verdad. Me duele. Me afecta a todas las articulaciones, menos a la del índice. Fíjate. — Helen giró el cañón hacia la izquierda, apuntó a Gilbert y apretó el gatillo. ¡Bum! Vi un chorro de chispas amarillas. El estampido fue ensordecedor, llenó la cocina entera. De la boca de los cañones brotó una furiosa ola de aire y gas, seguida de un aro de humo. La masa de perdigones pasó rozando la oreja derecha de Gilbert, siguió su trayectoria ascendente e hizo añicos la ventana de la cocina. Los perdigones periféricos le arrancaron el lóbulo y la parte superior del hombro, y los haces del material proyectado le arañaron el cuello, pintándoselo de sangre. Laura dio un grito y se arrojó al suelo, pero yo llegué antes que ella. La sobresaltada reacción de Ray volcó su silla. Gilbert gritó de dolor e incredulidad, levantando las manos. La pistola que empuñaba dio un salto

hacia delante y resbaló en el suelo.

El retroceso había lanzado a Helen contra la pared, mientras los cañones salían despedidos hacia arriba y la culata le asestaba un golpe en la cadera. Se recuperó y volvió a colocar la escopeta en posición, lista para hacer fuego. Gilbert tenía la mejilla derecha embadurnada de rojo como si sufriera una alergia repentina, y la sangre comenzaba a extenderse por el pelo, encima de la oreja derecha. El aire olía al perfume acre de la pólvora y percibí al instante un sabor dulzón al final de la lengua.

—La próxima vez te volaré la cabeza —dijo Helen.

Gilbert emitió un rugido salvaje mientras se agachaba y asía a Laura del pelo. La puso en pie de un tirón y la apretó contra sí mientras se apoderaba de la faja del dinero con la otra mano.

Ray, en el suelo, estiró el cuello para ver lo que pasaba.

—¡No dispares, mamá!

—Aprieta el gatillo y esta morirá. Le retorceré el pescuezo —dijo Gilbert. Se notaba que sufría, respiraba jadeando, sin armas ya pero todavía descontrolado. Tenía a Laura sujeta por la barbilla con el antebrazo. La mujer no tenía más remedio que pegarse a él y retrocedía para que el antebrazo no la ahogase. Gilbert retrocedió de espaldas y accedió al comedor. Laura retrocedía igualmente, medio a rastras.

Helen titubeó, confundida sin duda por el caos de ruidos y sombras.

Gilbert desapareció en el comedor, retrocediendo entre los muebles amontonados. Laura emitía resuellos ruidosos, incapaz de vocalizar con la tráquea estrangulada. Oí un estrépito y rumor de vidrio astillado, Gilbert que abría de un puntapié la puerta de la calle. Después, silencio.

Me debatí entre el deseo de correr en pos de Gilbert y el impulso de ayudar a Helen, que tiritaba y estaba mortalmente pálida. Bajó la escopeta y se dejó caer medio desfallecida en la silla.

—¿Qué ocurre? ¿Adónde ha ido?

—Se ha llevado a Laura. Tranquilízate. Todo saldrá bien —dijo Ray. Este seguía en el suelo, caído de lado en la silla, y forcejeaba por soltarse de las ligaduras. Me acerqué a él casi a gatas y quise ayudarlo a ponerse en pie, pero con el estorbo de la silla pesaba demasiado para mis fuerzas. Cogí del mármol un cuchillo de trinchar y corté las capas de cinta aislante que le ataban manos y pies. El mismo Ray se quitó los restos de la cinta con la primera mano que tuvo libre, sin dejar de mirar a su madre—. Dame la mano —me gruñó.

—¿Qué le va a hacer?

—Nada hasta que consiga el dinero. Laura es su seguro de vida. —Así la mano de Ray, me sujeté y tiré de él hasta levantarlo del suelo. Se me quedó mirando—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dije. Nos volvimos para ayudar a Helen.

Tenía la escopeta cruzada en el regazo. Me acerqué a ella, recogí el arma y la dejé en la mesa de la cocina. Los hombros de Helen se habían hundido, las manos le temblaban mucho, y tenía la respiración superficial y silbante. Seguramente se había lesionado la cadera en el punto donde la culata la había golpeado. Había echado mano de todas sus reservas energéticas y me preocupaba la posibilidad de que sufriera una conmoción.

—Tendría que haberlo matado. La pobre Laura. No me atreví, pero habría debido matarlo.

Ray acercó una silla a su madre. Le tomó la mano, se la acarició y la habló con dulzura.

—¿Cómo está Helena de Troya? —dijo.

—Me pondré bien enseguida. Tengo que recuperar el aliento —dijo la anciana. Se dio ligeras palmadas en el pecho para reanimarse—. No soy tan idiota como he hecho creer.

—No podía imaginar lo que planeabas —dijo Ray—. Aún no me creo que lo hayas hecho tú. Te pusiste a hablarle y pensé que todo era invención tuya, hasta que empuñaste la escopeta. Estuviste impresionante. Qué valor.

Helen ahuyentó el elogio de un manotazo, pero parecía complacida y halagada en su amor propio.

—Que una sea vieja no quiere decir que pierda el temple.

—Yo creía que era usted corta de vista —dije—. ¿Cómo supo dónde estaba Gilbert?

—Estaba delante de la ventana de la cocina y me limité a calcular la anchura de su forma. Estaré medio ciega, pero aún oigo bien y ese hombre habló demasiado. Freida me ha iniciado en el levantamiento de pesas y puedo levantar diez kilos. ¿Oíste lo que dijo? Creía que ni siquiera podía sostener una escopeta de tres kilos. Fue indignante. El típico tópico sobre la tercera edad. Vosotros y vuestra fanfarronería. —Se llevó el dedo a los labios—. Creo que voy a vomitar. Ay, Dios mío.

Ray condujo a Helen al cuarto de baño. Poco después oí el agua de la cisterna y los murmullos tranquilizadores de Ray mientras acomodaba a su madre en la cama. Mientras esperaba, volví a guardar los objetos del cajón y metí este en su sitio. Enderecé la silla de Ray y a continuación me puse a gatas para buscar la pistola de Gilbert. ¿Dónde estaría? Erguí el tórax como un perrito de las praderas e inspeccioné el punto donde había estado Gilbert, tratando de adivinar la trayectoria del arma al resbalar esta en el suelo. Avanzando con cuidado entre los vidrios rotos, me acerqué al rincón más cercano y fui siguiendo el zócalo. Por fin localicé el arma, un revólver Cok de 0,45 pulgadas de calibre, con cachas de nogal, estaba empotrado detrás del mueble modernista. La saqué con ayuda de un tenedor para no borrar las huellas que tuviera. Si la policía de Louisville investigaba a Gilbert, cabía la posibilidad de que encontrase una orden de búsqueda y captura todavía en vigor y más de un motivo para detenerlo... si lo encontraban, claro.

Puse la pistola en la mesa de la cocina y me acerqué de puntillas a la puerta del dormitorio. Golpeé con los nudillos y un momento después asomaba Ray la cabeza.

—Tenemos que avisar a la policía —dije. Quise entrar para utilizar el teléfono, pero Ray me puso la mano en el brazo.

—No lo hagas.

—¿Por qué? —Hablábamos en voz baja para no molestar a Helen, que ya había tenido suficientes emociones aquel día.

—Mira, me reuniré contigo enseguida, en cuanto se duerma. Tenemos que hablar. —Fue a cerrar la puerta, pero se lo impedí con la mano.

—¿De qué hay que hablar? Necesitamos ayuda.

—Por favor. —Me enseñó la palma de la mano y asintió para darme a entender que la conversación ya había comenzado. Y me dio con la puerta en las narices.

Volví a la cocina a regañadientes, para esperarlo. Encontré la escoba y el recogedor detrás de la puerta del cuarto de la limpieza y puse un poco de orden. Alguien había pisado el puré de la fuente caída y dejado un ligero rastro de batata, semejante a las cagadas de perro, por toda la habitación. Saqué el cubo de la basura de debajo del fregadero y me puse a recoger con cuidado los vidrios rotos y los cascajos de la fuente. La porquería que quedaba la recogí con una toalla de papel húmeda.

El fregadero y el mármol estaban alfombrados de vidrios rotos procedentes de la ventana reventada por la perdigonada. Me, costaba creer que los vecinos no hubieran llegado corriendo. Por el hueco entraba aire frío, pero no podía impedirlo. Saqué el viejo aspirador y enchufé la

manguera al depósito de piel sintética. Lo puse en marcha y estuve unos minutos chupando vidrio. Entre que perseguía yo o me perseguían a mí, lo único que había hecho desde que había salido de casa había sido barrer y pasar la aspiradora. En cierto momento pegué el oído a la puerta del dormitorio y habría jurado que oía a Ray hablando por teléfono. Bueno. Puede que al final hubiera seguido mi consejo.

Volvió a la cocina cerrando la puerta del dormitorio a sus espaldas. Si dirigió en línea recta a la despensa, sacó una botella de whisky, bajó dos vasos de vidrio grueso y sirvió una potente ración para cada uno. Me tendió un vaso y me lo rozó con el suyo para brindar. Mientras yo contemplaba mi vaso, echó atrás la cabeza y apuró el contenido del suyo. Tragué aire y me bebí mi ración, ignorante del incendio abrasador que se me iba a declarar en el esófago. El calor me subió a la cara en el momento en que el estómago comenzó a arderme. Instantes después, la tensión se me iba como si fuera humo. Cabeceé tiritando mientras un gusano revulsivo me recorría el esqueleto.

—Puf. Qué porquería. Jamás seré alcohólica. ¿Cómo puedes tragártelo sin más?

—Hace falta práctica —dijo Ray. Se sirvió otro trago y lo engulló igual que el primero—. Es una de las cosas que echaba de menos en la cárcel.

Vio el Colt en la mesa, lo empuñó sin decir nada y se lo encajó en la cintura del pantalón.

—Gracias, Ray. Has echado a perder las huellas.

—Nadie va a buscar huellas —dijo.

—¿En serio? ¿Por qué lo dices?

No me hizo caso. Entró en el comedor y sacó una caja de cartón, la vació, la aplastó, cubrió con ella la ventana rota y la fijó con la cinta aislante de Gilbert. La luz solar disminuía y seguía entrando frío, pero así al menos no podrían entrar los pájaros y los ovnis pequeños. Lo observé mientras sacaba las cazuelas y sartenes de la pila y las amontonaba al lado para fregarlas. Me gusta contemplar a los hombres que colaboran en las faenas domésticas.

—Te he oído hablar por teléfono. ¿Llamaste al 911?

—Llamé a María para saber cómo estaba. Gilbert le ha dado una paliza. Dice que tiene la nariz rota, pero no quiere presentar ninguna denuncia mientras él tenga a Laura.

—Llama al 911 —dije. ¿Me oyó?

Volví a conectar el aspirador y me puse a recoger astillas de vidrio conforme las descubría. Seguía esperando a que Ray reanudara la conversación, pero parecía evitar intencionadamente el asunto. Por último apagué el aspirador y dije:

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no llamas a la policía? Han raptado a Laura. No pensarás resolver esto por tu cuenta.

—Ya te he dicho que María no va a hacer nada. Dice que no hay que precipitarse.

—No hablo de María. Hablo de ti.

—Primero busquemos el dinero. Si en un día no aparece nada, avisamos a la poli.

—Estás loco. Necesitas ayuda.

—Puedo hacerlo.

—Eso es mentira. Gilbert la matará.

—No si encontramos el dinero.

—¿Y cómo lo encontrarás?

—Aún no lo sé.

Se ató un delantal alrededor de la cintura. Puso el tapón en el desagüe y abrió el grifo del agua caliente. Empuñó el detergente líquido y soltó un buen chorro en el fregadero, procurando no meter los dedos lastimados en el agua. Comenzó a formarse un cerro de espuma blanca y Ray metió en ella platos y cubiertos.

—Aprendí a fregar platos cuando tenía seis años —dijo con naturalidad, empuñando un cepillo de mango largo—. Mi madre me subía a un cajón de madera y me indicaba cómo se hacía. Desde entonces me lo impusieron como un deber. En la cárcel había grandes máquinas industriales, pero el principio es el mismo. Todos los presidiarios de cierta edad saben arreglárselas solos, pero estos mierdas de ahora no saben nada, sólo pelearse. Drogados y pandilleros. Unos mierdas.

—Ray.

—Me recuerdan a los gallos de pelea... agresivos y con muchos humos. No les importa nada. Están educados para morir. No tienen esperanzas ni expectativas. Son pura pose, sólo pose. Y encima te hablan de respeto sin haber hecho nada para merecerlo. La mitad ni siquiera sabe leer.

—Al grano —dije.

—No hay grano. He cambiado de conversación. El grano es que no quiero llamar a la poli.

—¿Hay algún problema?

—No me gusta la poli.

—No te pido que establezcas una relación duradera —dije. Lo observé—. ¿Qué pasa? Seguro que hay algo más.

Aclaró un plato y lo puso en el escurridor, evitando mi mirada.

—¿Ray?

Puso otro plato en el escurridor.

—La he quebrantado.

Pienso: ¿quebrantar?

—¿El qué? —dije. Se encogió de hombros. La moneda se coló por fin—. ¿La libertad condicional? ¿Has quebrantado la condicional?

—Algo así.

—¿Qué exactamente?

—Bueno, pues exactamente es que me fui.

—¿Te fugaste?

—Mujer, yo no lo llamaría fuga. Estaba en régimen abierto.

—Pero no para irte. Todavía eras un recluso. ¿O no?

—Oye, allí no había muros. No nos encerraban en las celdas por la noche. Ni siquiera había celdas. Teníamos habitaciones —dijo—. Por eso ha sido más irme que fugarme. Sí, eso es. Como ausentarse del cuartel sin desertar.

—Madre mía —dije. Di un fuerte suspiro y medité las consecuencias—. ¿Cómo obtuviste el permiso de conducir?

—Yo no tengo permiso de conducir.

—¿Has conducido sin carnet? ¿Y cómo alquilaste un coche sin carnet de conducir?

—Yo no alquilé nada.

Cerré los ojos con ganas de tenderme en el suelo y dormir una siesta. Abrí los ojos.

—¿Robaste el coche de alquiler?! —No pude evitarlo. El tono fue acusatorio, pero se debió

en buena parte a que la acusación iba contra él.

Ray curvó la boca hacia abajo.

—Podría decirse que fue así. O sea que la situación es la siguiente: llamamos a la poli, me investigan y me meten dentro otra vez. Una condena de aquí te espero.

—¿Pondrías en peligro la vida de tu hija sólo por eludir la cárcel?

—No es sólo eso.

—¿Qué más hay entonces?

Se volvió para mirarme con unos ojos de color avellana tan transparentes como el agua.

—¿Cómo voy a enfrentarme a Gilbert si meto en escena un montón de policías?

—Ray, tienes que confiar en mí. No vale la pena. Pasarías entre rejas el resto de tu vida.

—¿Qué resto? Tengo sesenta y cinco años. ¿Cuánto tiempo me queda?

—No seas cabezota. Te queda mucho tiempo. Fíjate en tu madre. Conseguirá vivir un siglo. No lo estropees.

—Escucha, Kinsey —dijo—. Voy a contarte la verdad. Llamamos a la poli, ¿sabes qué ocurrirá a continuación? Iremos a la comisaría. Rellenaremos formularios. Nos harán muchas preguntas a las que no me apetecerá contestar. Me investigarán o no me investigarán. Si me investigan, paso a la historia y adiós Laura. Si no me investigan es lo mismo. Estamos jodidos igualmente. Las horas van pasando, ¿y qué ocurre? Que al final la poli no puede hacer nada. Ah, qué lástima. De modo que al final volvemos a estar en la calle y sin una maldita pista sobre el paradero del botín. Créeme. Cuando Gilbert vuelva a ponerse en contacto con nosotros, no querrá oír excusas. ¿Y qué le diremos? «Lo siento, aún no hemos encontrado el dinero. Nos han entretenido en comisaría y se nos ha pasado el tiempo».

—Dile que estás en ello —sugerí—. Dile que tienes el dinero y que quieres reunirte con él en otro sitio. La policía le echará el guante.

Ray puso cara de aburrimiento.

—Has visto demasiada televisión. La verdad es que cuando la poli interviene, lo estropea todo la mitad de las veces. Detienen al delincuente y la víctima muere. ¿Sabes qué pasa a continuación? Juicio sonado. Publicidad. Un abogado peleón se pone a contar la atribulada infancia del secuestrador. Que está mal de la cabeza, que la víctima lo maltrataba y que raptó a esta en legítima defensa. Miles de dólares pasan por el tubo. El jurado no tiene un veredicto unánime y el muchacho sale libre. Mientras tanto, Laura está en el cementerio y yo otra vez en la cárcel. ¿Quién gana entonces? Yo no y ella te puedo asegurar que tampoco.

Empezaba a calentárseme la sangre. Dejé el trapo de cocina.

—¿Sabes qué? Que hagas lo que te dé la gana. No es mi problema. ¿No quieres llamar a la poli? De acuerdo. Allá tú. Yo me voy.

—¿A California?

—Si consigo administrarme —dije—. Claro que como ahora tiene Gilbert los ocho mil, supongo que no irás a pagarme el pasaje de vuelta, como habías prometido, aunque esto tiene poca importancia. El caso es que no tengo dinero para ir en taxi al aeropuerto, así que te agradecería que me llevaras. Es lo menos que puedes hacer.

Por lo visto, también a él se le había calentado la sangre.

—Claro. Ningún problema. Deja que arregle un poco la cocina y nos pondremos en marcha. Si Laura muere, caerá sobre tu conciencia. Has podido echarnos una mano. Has dicho que no.



Tendrás que vivir con eso dentro de ti, igual que yo.

—¿Yo? Pero si todo esto es obra tuya. Y encima quieres endosármelo a mí. Hablas igual que Gilbert.

Me asió la mano.

—Oye. Necesito ayuda. —Nos miramos a los ojos durante unos instantes. Aparté la mirada. Cambió de tono. Se puso a darme coba—. Vamos a idear algo. Tú y yo. No te pido nada más. Aún falta mucho para que salga el avión.

—¿Qué avión? He hecho la reserva, pero no tengo el pasaje y estoy sin blanca.

—Entonces no pierdes nada si te quedas y me ayudas.

—Mira, voy a serte franca —dije—. Faltan dos días para Acción de Gracias. Tengo que asistir a una boda y por eso quiero volver. Dos amigos a los que quiero mucho van a casarse y yo soy dama de honor, ¿me explico? Con el tráfico de la festividad, los aeropuertos estarán colapsados. Fue un golpe de suerte conseguir esta reserva.

—Pero no tienes dinero —dijo Ray.

—¡¡Ya lo sé!! —Se llevó el dedo a los labios y miró con intención hacia el dormitorio donde estaba Helen—. Ya sé que no tengo dinero —añadí susurrando con aspereza—. Pero trato de calcular la cantidad.

Ray sacó la billetera.

—¿Cuánto?

—Quinientos.

Apartó la billetera.

—Creía que tenías amigos. Gente dispuesta a prestarte lo que haga falta.

—Y así será si puedo hablar por teléfono. Pero tu madre duerme.

—No tardará en levantarse. Es una anciana. Duerme poco de noche y hace varias siestas. En cuanto se levante, llamas a California. Si tu amigo te compra el pasaje con la tarjeta de crédito, podrás subir a ese avión. Tú déjame. Voy a mirar a ver qué hace. ¿De acuerdo? —Se dirigió al dormitorio y entreabrió la puerta con mucho aparato—. Se levantará dentro de nada. Te lo prometo. Ya la veo moverse.

—Vale, vale.

Cerró la puerta.

—Ayúdame a encontrar el dinero. Hablemos de ese tema. Es lo único que te pido.

Extendió la mano para señalarme una silla. Lo miré con fijeza. Bueno, amigos, pues así estaban las cosas. El altruismo y el egoísmo estaban enfrentados. ¿Qué camino tomaría, el sublime o el mezquino? ¿Sabía aún a aquellas alturas cuál era cada cuál? Hasta el momento, y si descontamos lo de pasar el aspirador, todo lo que había hecho era ilegal: habitaciones de hotel forzadas, conspiración con delincuentes buscados. Seguro que pasar el aspirador había infringido alguna cláusula del convenio sindical. No tenía sentido ponerse puritana a última hora.

—Tienes el corazón chorreando mierda —dije.

Apartó la silla de la mesa y tomé asiento. Fue increíble, pero lo hice. Mi deber habría sido dirigirme al supermercado de la esquina y buscar un teléfono público, pero ¿qué queréis que os diga? Aquel hombre me importaba, me importaba su hija y me importaba su anciana y dormilona madre. Como si le hubieran dado el aviso, salió en aquel instante del dormitorio con los ojos brillantes y llenos de vida. Había estado acostada menos de un cuarto de hora y ya estaba lista

para pelear otra vez. Ray le acercó una silla.

—¿Cómo estás?

—Bien. Mucho mejor —dijo—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué vamos a hacer?

—Adivinar dónde escondió Johnny el dinero —dijo Ray. Tenía que habérselo confesado todo a su madre porque la anciana no cuestionó el asunto ni la relación de su hijo con él. Supongo que a los ochenta y cinco años le preocupaba ya muy poco la idea de ir a la cárcel. En la mesa aparecieron lápiz y papel como por arte de magia—. Tomemos notas. Bueno, lo haré yo —dijo al ver mi expresión—. Creo que tú querías hablar por teléfono. Está ahí dentro.

—Ya sé dónde está el teléfono. Vuelvo enseguida —dije. Utilicé la tarjeta de crédito para poner otra conferencia a Henry. Quiso la suerte que no estuviera en casa todavía. Le dejé otro mensaje en el contestador, detallándole que mi vuelo de regreso era tema de polémica por falta de fondos de una servidora. Repetí el número de teléfono de Helen, instándolo a llamarme para ver si había alguna forma de que yo tomara el avión previsto. Ya que estaba en ello, probé con el número del local de Rosie, pero comunicaba. Volví a la cocina.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Ray con amabilidad.

—Le he dejado un recado a Henry. Espero que llame antes de una hora.

—Lástima que no lo encontraras. Supongo que no tiene sentido ir al aeropuerto hasta que hables con él.

Tomé asiento pasando por alto sus condolencias, que sonaban a falsas.

—Empecemos por las llaves —dije.

Ray escribió algo en el cuaderno, la palabra «llaves». La rodeó con una circunferencia y la observó entornando los ojos.

—¿Por qué son importantes las llaves si las tiene Gilbert?

—Porque son la única pista tangible que hay. Pongamos por escrito lo que recordemos.

—¿De qué hablas? Yo no recuerdo nada.

—Bueno, una era de hierro. De unos quince centímetros de longitud, una llave maestra de aire antiguo, marca Ley. La otra era una Master...

—Espera un poco. ¿Cómo sabes todo eso?

—Porque lo vi —dije. Me volví a Helen—. ¿Hay guía telefónica en la casa? No la he visto en el dormitorio y seguramente nos hará falta.

—En el cajón del tocador. Espera. Voy a buscarla —dijo Ray, poniéndose en pie. Entró en el dormitorio.

—¿Te suena la casa Ley? —le dije en voz alta—. Se me ocurrió que podía ser de aquí. —Miré a Helen—. ¿No le suena de nada a usted?

Negó con la cabeza.

—No he oído ese nombre en mi vida.

Ray volvió con dos volúmenes en la mano, la guía de Louisville y las Páginas Amarillas.

—¿Por qué crees que es de aquí?

Abrí las Páginas Amarillas.

—Soy optimista —dije—. En mi trabajo, empiezo siempre por lo evidente. —Ray dejó la guía telefónica en una silla vacía. Encontré el listado de los cerrajeros. No había ninguna casa Ley a la vista, pero Louisville Compañía Cerrajera parecía una posibilidad prometedora. El destacado anuncio decía que la empresa estaba en el ramo desde 1910—. También podemos probar en la

biblioteca municipal. Las guías telefónicas de comienzos de los años cuarenta podrían depararnos alguna sorpresa.

—Es detective privada, mamá —dijo Ray a Helen—. Por eso está metida en esto.

—Sí, ya me preguntaba yo quién era.

Dejé el volumen en la mesa, abierto por la página de los cerrajeros. Golpeé con la uña el anuncio de Louisville CC.

—Llamaremos aquí dentro de un minuto —dije—. Bien. ¿Dónde estábamos? —Miré las notas de Ray—. Ah, sí, la otra llave era una Master. Creo que sólo fabrican candados, pero podemos preguntar cuando llamemos. Ahora viene la pregunta: ¿estamos buscando una puerta grande y otra más pequeña? ¿O una puerta y además un cofre, una caja, algo parecido?

Ray se encogió de hombros.

—Seguramente lo primero. En los años cuarenta no había esos lugares de depósitos independientes que hay ahora. Lo pusiera donde lo pusiese, tuvo que cerciorarse de que no lo iban a tocar. No podría ser la caja de seguridad de un banco porque la llave no me pareció a mí la indicada. Además, Johnny aborrecía los bancos. Por eso se metió en líos. Y no creo que fuera a depositar el botín a punta de pistola, ¿entiendes?

—Sí, entiendo. Además, los bancos se derriban, sufren reformas, cambian de domicilio social. ¿Y los edificios públicos de otras clases? ¿El ayuntamiento o el palacio de justicia? ¿El Consejo de Educación, un museo?

Ray cabeceó, rechazando la idea.

—Viene a ser lo mismo, ¿no? No son más que parcelas rentables para cualquier agente de la propiedad. Importa poco lo que se construya en ellos.

—¿Y otros lugares de la ciudad? Los monumentos históricos. Tienen que estar protegidos.

—Vamos a pensar por ahí.

—Una iglesia —dijo Helen de pronto.

—Es posible —dijo Ray.

Helen señaló el cuaderno.

—Anótalo.

Ray apuntó lo de las iglesias.

—Está la compañía de aguas potables, junto al río. Las escuelas. Churchill Downs. No van a derribar estas cosas.

—¿Y alguna propiedad grande?

—No está mal pensado. Antes había muchas fincas grandes por aquí. Pero he estado fuera muchos años y no sé qué quedará en pie.

—Si Johnny huía de la policía, tenía que ser un lugar de fácil acceso —dije—. Y además, estar relativamente a salvo de intrusismos.

Ray arrugó la frente.

—¿Cómo podía asegurarse de que nadie más lo encontraría? Era arriesgadísimo. Dejar las sacas del dinero por ahí. ¿Quién dice que no tropezará con ellas cualquier crío que esté jugando al béisbol?

—Los críos ya no juegan al béisbol en la calle, ahora tienen videojuegos —dije.

—Bueno, pues un obrero de la construcción o un vecino curioso. El lugar tenía que ser seco, ¿no crees?

—Seguramente —dije—. Las dos llaves sugieren por lo menos que el dinero no se enterró.

—Cuánto siento que Gilbert se las haya llevado. Nos llevará ventaja aunque encontremos el lugar.

—No te preocupes por eso. Nunca salgo de casa sin mi juego de ganzúas. Si encontramos las cerraduras que interesan, ya es nuestro.

—Además, podemos forzarlas —sugirió Ray—. Aprendí a hacerlo en la cárcel, junto con otras cosas.

—Recibiste una educación completa por lo que veo.

—Soy buen estudiante —dijo con modestia.

Los tres guardamos silencio durante unos segundos, en espera de que la imaginación se pusiera a trabajar.

—El cerrajero que vio la llave grande dijo que podía ser de un portalón. A ver qué os parece esto. Johnny tenía acceso a una mansión antigua. La llave grande era del portalón y la pequeña la del candado de la puerta principal.

—¿Cómo sabía Johnny que no iban a vender o derribar la casa?

—Puede que fuera un monumento histórico. Protegido por la tradición.

—¿Y si han restaurado la mansión y cobran por visitarla? Medio estado habrá desfilado por allí.

—Es verdad —dije—. En cualquier caso, el dinero no podía estar a la vista para que lo viese cualquiera que entrase. Tenía que estar oculto.

—Y así volvemos al principio —dijo Ray.

Guardamos silencio otro rato.

—Lo que me pone enfermo es que es toda una pasta. Siete, ocho sacas llenas de dinero y joyas. Pesaban un montón. Entonces éramos fuertes y jóvenes. Tendrías que habernos oído quejarnos y gruñir mientras cargábamos las sacas en el maletero del coche.

Lo miré con curiosidad.

—¿Cuál era el plan inicial? ¿Qué habría pasado si la poli no hubiera aparecido? ¿Qué pensaba hacer Johnny con el dinero en tal caso?

—Supongo que lo mismo. Siempre decía que a los atracadores los descubrían porque se gastaban el dinero demasiado deprisa. Que se ponían a pasar plata y joyas mientras la policía distribuía información sobre el botín robado. Dejando rastros fáciles de seguir.

—Entonces, fuera cual fuese el plan, Johnny lo tenía ya preparado de antemano —dije.

—Por fuerza.

Medité aquello.

—¿Dónde lo capturaron?

—Ya no me acuerdo. Fuera de la ciudad. En la carretera de no sé qué sitio.

—Carretera de Ballardsville —dijo Helen—. No sé por qué, pero lo tenía metido en la cabeza. ¿No te acuerdas?

Ray sonrió satisfecho.

—Mi madre tiene razón —dijo—. ¿Cómo es que lo recordabas?

—Lo oí en la radio —dijo Helen—. Estaba muy asustada. Creía que estabas con él. No sabía que os habíais separado y estaba convencida de que te habían detenido.

—Me detuvieron, pero en otra parte —dijo Ray.

—¿Pasó mucho tiempo entre el robo y la captura de Johnny?

Ray me miró a los ojos.

—¿Crees que pudo esconder el botín en algún lugar entre el banco, que estaba en el casco urbano, y el punto en que lo capturaron?

—A no ser que tuviera tiempo de ir a otra ciudad y volver —dije—. Que es como decir que siempre se encuentra algo en el último lugar en que se busca. Está clarísimo. Una vez que encuentras lo que buscabas, dejas de buscar. La última vez que lo viste iba cargado con varias sacas de dinero. Cuando lo capturaron, las sacas habían desaparecido. En consecuencia, el dinero tuvo que esconderse en ese intervalo final. A propósito, no me has dicho cuánto tiempo transcurrió.

—Medio día.

—Entonces no tuvo tiempo de ir muy lejos.

—Sí, es verdad. Siempre he imaginado que el dinero estaba en la ciudad. Nunca se me ha ocurrido que pudiera haberlo dejado y volver a continuación. Tiene que estar en un radio de ciento cincuenta kilómetros.

—Pienso que deberíamos partir de la base de que está en Louisville. No quiero afrontar la perspectiva de registrar todo el Kentucky occidental.

Ray miró sus notas.

—¿Qué más tenemos? No parece gran cosa.

—Aguarda. A ver qué te parece. La llave pequeña tenía un número. Lo recuerdo —dije—. M550. Es mi cumpleaños, el cinco de mayo.

—¿Y en qué nos beneficia eso?

—Podríamos ir al cerrajero para que nos haga otra llave.

—¿Para abrir qué?

—Bueno, no lo sé, pero por lo menos tendríamos una llave. Puede que al cerrajero se le ocurra algo.

—Eso me parece insustancial —dijo Ray—. Es como echarlo a suertes.

—Vamos, Ray —dije—. Hay que trabajar con lo que se tiene. Créeme, he empezado con menos y al final lo he sacado todo.

—De acuerdo —dijo con escepticismo. Apuntó la dirección del cerrajero. Recogió el chaquetón, que colgaba de la silla.

Me puse en pie al mismo tiempo que Ray y me abroché la chaqueta.

—¿Y tu madre? No creo prudente dejarla aquí.

La anciana se sobresaltó ante la insinuación.

—De ningún modo. Yo no pienso quedarme aquí sola —dijo con énfasis—. Y menos estando ese individuo suelto. ¿Y si vuelve?

—Está bien. Te llevaremos con nosotros. Pero te quedarás en el coche mientras trabajamos.

—¿Allí sentada?

—¿Por qué no?

—De acuerdo, pero no indefensa.

—Mamá, no permitiré que te quedes en el coche con una escopeta cargada. Puede pasar la policía y pensar que estamos cometiendo un atraco.

—Tengo un bate de béisbol. Fue idea de Freida. Compró un Louisville Slugger y me lo

escondió debajo de la cama.

—Dios mío, esa Freida es un sargento de artillería.

—Sargenta —corrigió la madre con viveza.

—Anda, ponte el abrigo.

Louisville Compañía Cerrajera estaba en el sector oeste de Main Street, en un edificio de tres plantas de ladrillo rojo, construido probablemente en los años treinta. Ray encontró sitio para aparcar en una travesía y estalló una breve disputa cuando Helen se negó a quedarse en el coche, como habíamos convenido. Ray cedió al final y dejó que nos acompañara, aunque la anciana insistió en llevar el bate de béisbol. La fachada del establecimiento era estrecha y estaba flanqueada por dos oscuras columnas de piedra. La ebanistería que la cubría estaba pintada de marrón cenagoso y el escaparate estaba cubierto de rótulos escritos a mano que detallaban los servicios en oferta: instalación de cerrojos, confección de llaves, instalación y reparación de cerraduras, instalación de cajas de seguridad empotradas en la pared y en el suelo, cambios de combinación.

El interior era estrecho y profundo, y consistía casi totalmente en un largo mostrador de madera tras el que vi varias máquinas de hacer llaves. De pared a pared y del suelo al techo había filas de llaves colgadas, en un orden conocido sólo por los empleados. Una escalerilla de mano que se deslizaba sobre guías próximas al techo permitía acceder, por lo visto, a las llaves situadas en las sombrías alturas. Todo el espacio libre que quedaba en el gastado suelo de madera estaba ocupado por las cajas fuertes Horizon que estaban a la venta. Éramos los únicos clientes y no vi ni cajeros, ni empleados ni aprendices.

El propietario, Whitey Reidel, mediría un metro cincuenta y era gordo de cintura. Llevaba camisa blanca de vestir, tirantes negros y pantalones negros. No me fijé, pero me dio la sensación de que se le veía mucho tobillo por debajo del dobladillo de los pantalones. Tenía la nariz fofa e informe y grandes bolsas oscuras bajo los ojos. El pelo le había retrocedido como la marea cuando baja y los pocos mechones que le quedaban le sobresalían blancos y rizados de la parte delantera como a una muñeca Kewpie. Tendía de manera natural a inclinarse hacia delante y a apoyar las manos en el mostrador, sujetándose a él como si soplara un huracán. Nos miró uno por uno y por último posó los ojos en el bate de Helen.

—Es entrenadora en la Liga Infantil —dijo Ray al ver su expresión.

—Pues ustedes dirán —dijo Reidel.

Me adelanté para presentarme y le expliqué en pocas palabras lo que necesitábamos y por qué. Se puso a negar con la cabeza y curvó la boca en cuanto mencioné la llave de candado Master con el número M550 en un lado.

—Imposible —dijo.

—Aún no he terminado.

—No hace falta. Las explicaciones no servirán de nada. No existe ninguna llave de candado Master con una serie que comience por M.

Lo miré con fijeza. Ray estaba detrás de mí y Helen estaba junto a Ray. Me volví a este.

—Díselo tú.

—Tú eres la única que ha visto la llave. Yo no la vi. Vamos, lo que se dice verla, la vi, pero no me fijé en los números.

—Yo lo recuerdo con toda claridad —dije a Reidel—. ¿Me da un papel? Se lo enseñaré.

El aludido me alargó lápiz y papel, pero sólo por no decirme que no. Escribí el número y se lo señalé, como si el ademán añadiese legitimidad a mi afirmación. No me contradijo. Metió la mano bajo el mostrador y sacó el catálogo de candados Master.

—Si la encuentra, se la hago —dijo. Apoyó las manos en el mostrador, descargando todo el peso en los brazos.

Hojé el catálogo con una mezcla de confusión y terquedad. Había múltiples series, unas caracterizadas por letras, otras por números, ninguna por la M que había visto yo.

—Habría jurado que era una llave de candado Master.

—La creo.

—¿Y cómo puede una llave tener números que no existen?

Curvó la boca y se encogió de hombros.

—Sería un duplicado.

—¿Y eso tiene importancia?

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una llave.

—Es la llave de un candado que tengo aquí. En este lado está el fabricante, un candado Master en este caso, como en la llave de que hablamos. ¿Era como esta?

—Más o menos —dije.

Helen había perdido todo interés. Se había acercado a una caja de seguridad que se exponía en solitario y se había sentado encima, apoyándose en el bate como si fuera un bastón.

—Bueno. En este lado pone Master, ¿entendido?

—Entendido.

—En este otro están los números correspondientes al candado concreto que abre la llave. ¿Me siguen? —Apartó los ojos de mí para posarlos en Ray y los dos asentimos como idiotas—. Ustedes me dicen los números, yo puedo mirarlos en el catálogo para obtener la información que necesito para hacer un duplicado de la llave. Pero el duplicado no tendrá números. Estará limpio.

—Bien —dije, pronunciando la palabra escrupulosamente. No se me ocurría adonde quería ir a parar aquel hombre.

—Bien. Así que los números que vio usted tuvieron que grabarse después de hacer la llave.

Señalé el cuaderno.

—Lo que usted dice es que alguien puso los números en esta llave —repetí.

—Exacto —dijo.

—Pero ¿por qué? —dije.

—Señora, es usted quien ha acudido a mí y no al revés —dijo. Cuando sonrió vi que tenía los dientes manchados y puntos oscuros en la zona próxima a las encías—. Si es un candado Master, esos números no tienen el menor sentido.

—¿Podría ser el número de otro fabricante de llaves?



—Podría.

—Si averiguamos el fabricante, ¿podría usted hacer la llave?

—Naturalmente —dijo—. El problema es que hay seguramente medio centenar de fabricantes. Tendrían que repasar dos o tres catálogos por compañía y hay muchos modelos que no toco. Los números que hay en las llaves a veces corresponden a puertas o propiedades, pero por lo que me ha dicho no hay forma de saberlo.

—¿Ha oído hablar de cerraduras de marca Ley?

Negó con la cabeza.

—Jamás.

—¿Por qué está tan seguro? —dijo, irritada por su actitud de sabelotodo.

—La empresa era de mi padre y antes había sido de mi abuelo. Hace más de setenta y cinco años que estamos en el negocio. Si hubiera existido una casa con ese nombre, la conocería aunque sólo fuese de oídas. Podría ser extranjera.

Hice una mueca, pues sabía que no habría forma de investigar aquella pista.

—¿Hay alguna posibilidad de que la casa Ley estuviese activa durante los años cuarenta y hoy ya no exista?

—Ninguna.

Ray me puso una mano en el brazo.

—Vámonos de aquí. Ya está bien. Procederemos por eliminación.

—Espera un poco —dije.

—Déjalo. Tienes una cara que parece que quisieras morder al caballero. —Se volvió hacia su madre—. Eh, mamá, nos vamos. —La ayudó a levantarse, sujetándole el brazo con la derecha mientras asía el mío con la izquierda. Tiraba de mí de tal modo que no había duda sobre sus intenciones. No teníamos por qué quedarnos para discutir con un hombre que sabía más que nosotros.

Me sentía frustrada.

—Tiene que haber algún nexo. Sé que tengo razón.

—No te preocupes por tener razón. Preocupémonos por quitarnos a Gilbert de encima —dijo Ray. Y a continuación, a Reidel—: Gracias por todo. —Nos abrió la puerta para que saliéramos—. Además, no nos hace falta la llave. Gilbert tiene una.

—¿Querrá devolverla?

—Podría ser. Si encontramos las cerraduras, tal vez se avenga a cooperar. Por conveniencia.

—Pero ¿qué significan los números? M550 tiene que ser una clave, ¿no? Y si no es de una llave, será de otra cosa.

—Deja de preocuparte —dijo Ray.

—Es que me preocupa. Gilbert querrá respuestas. Lo dijiste tú.

Ya en la calle, vi con asombro que había oscurecido. El viento del crepúsculo soplaba del río Ohio, que supuse estaría sólo a tres o cuatro manzanas de distancia. En el aire flotaban algunos copos de nieve. Las luces municipales se habían encendido. Casi todos los comercios de Main Street estaban ya cerrados y la oscuridad bañaba la fachada de todos los edificios. Estos eran generalmente de ladrillo, de cinco o seis plantas, y con una ornamentación propia de la arquitectura de otros tiempos. Algunos establecimientos tenían puertas metálicas plegables, cerradas en aquellos momentos con el correspondiente candado. A veces podía verse dentro el

débil resplandor de una lucecita encendida, pero en términos generales dominaba una escalofriante oscuridad que acentuaba el aire de abandono que reinaba en la calle. El tráfico era escaso en aquella parte de la ciudad. El centro propiamente dicho destacaba hacia el este con su despliegue de iluminados edificios comerciales de veinte y treinta plantas.

Volvimos a casa de Helen, rodeando la manzana por si veíamos a Gilbert. No sabíamos qué coche conducía, pero no dejábamos de vigilar, pues pensábamos que podíamos descubrirlo en las sombras o sentado en un vehículo estacionado. Ray dejó el coche en el callejón de piedra artificial que discurría por detrás de la casa de su madre. Cruzamos el patio trasero y llegamos a la entrada de atrás, que estaba sumida en sombras. A ninguno se le había ocurrido dejar las luces encendidas y la casa estaba negra como un túnel. Ray entró primero mientras Helen y yo esperábamos en los peldaños del porche de la limpieza. Helen se ayudaba con el bate, que por lo visto había adoptado como accesorio permanente. En los patios de los vecinos alcanzaba a distinguir las formas de los árboles pelados que se perfilaban sobre el cielo contaminado de noviembre. El viento agitaba las ramas. Yo tiritaba ya cuando Ray acabó de encender lámparas y bombillas del techo, y nos hizo pasar. Esperamos en la cocina mientras Ray comprobaba las habitaciones delanteras y el dormitorio sin utilizar del primer piso.

Habíamos estado fuera menos de una hora, pero la casa olía ya a abandono. La bombilla de la cocina emitía una luz cruda e irritante. El cartón que tapaba la ventana de la cocina dejaba un hueco en el borde. Helen recorrió la estancia, desde la despensa hasta el frigorífico, sacando artículos para una cena rápida. Se movía con seguridad, aunque advertí que contaba los pasos que daba. Ray y yo colaboramos sin hablar apenas, pues todos, inconscientemente, esperábamos que sonara el teléfono. Como Helen no tenía contestador automático, no tenía sentido preguntarse si Henry o Gilbert habían llamado en nuestra ausencia.

Nos sentamos y comimos beicon con huevos revueltos, patatas fritas en grasa de tocino, lo que quedaba de las manzanas fritas con cebollas, y galletas caseras con mermelada casera de fresas. Lástima que no friera las galletas en vez de cocerlas. Sobredosis de colesterol aparte, todo estaba exquisito. De modo, me dije, que así son las abuelas. Por entonces ya había abandonado toda esperanza de llegar a mi casa aquel día. Aún estábamos a lunes. Tenía todo el martes y todo el miércoles para tomar un avión. Y ya estaba harta de angustiarme por culpa de aquel asunto. ¿Por qué complicarse la vida? Haría allí lo que pudiera y seguiría mi camino.

Después de cenar, Helen se instaló en el dormitorio para ver la televisión. Ray se ocupó de los platos y yo recogí la mesa. Estaba despejándola, recogiendo el azucarero y las vinagreras, cuando me fijé en el recordatorio que Johnny Lee había mandado a Ray. Helen lo había dejado en la mesa, debajo del azucarero. Volví a leer el texto, inclinándolo hacia la luz.

—¿Qué es? —dijo Ray.

—La tarjeta que te envió Johnny. Estaba leyendo el texto. Parece mecanografiado.

—Léemelo otra vez —dijo Ray.

—«Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares sobre la tierra quedará atado en los cielos, y cuanto desatares sobre la tierra, quedará desatado en los cielos. Mateo 16, 19. Pienso en la hora de tu libertad». A mí me parece de esas tarjetas que ha de llenar el interesado.

—Podría ser. Si es un mensaje secreto, es poco probable que encontrase un recordatorio con ese pasaje evangélico en particular. Era casi inevitable que comprara un recordatorio en blanco para escribirlo él mismo.

Observé el pasaje evangélico.

—Puede que M550 signifique Mateo, capítulo cinco, versículo cincuenta —sugerí.

—Mateo 5 es el Sermón de la Montaña y no tiene cincuenta versículos, sólo cuarenta y ocho.

—Me miró sonriendo con turbación—. Es otra de las cosas que hice en la cárcel, aparte de empollar criminología. Estaba en el grupo de estudios bíblicos de los lunes por la noche.

—Eres un pozo de sorpresas.

—Eso creo yo también —dijo.

Di la vuelta al recordatorio y observé la foto en blanco y negro. En ella se veía la borrosa imagen de un camposanto cubierto de nieve. Levanté el borde suelto y miré el cartón que había debajo. La foto se había pegado sobre una postal normal y corriente con una puesta de sol en el mar. Arranqué la foto y miré el dorso con la esperanza de descubrir un mensaje escrito. La foto era de diez centímetros por quince, de papel Kodak, mate, sin reborde. Aparte de la palabra *Kodak* desfilando en diagonal, el dorso estaba en blanco.

—¿Crees que puede ser un positivo reciente de un negativo antiguo? ¿O una foto que se ha tomado de otra antigua?

—¿Importa mucho?

Me encogí de hombros.

—Verás, no creo que una puesta de sol en el mar nos diga gran cosa. Puede que las llaves no tengan relación entre sí. Cabe la posibilidad de que la foto sea el mensaje y que las llaves sean una táctica para despistar.

Cogió el recordatorio y lo llevó a la mesa, poniéndolo a la luz como yo había hecho antes, y observando la fotografía. Miré por encima de su hombro. Las lápidas parecían antiguas y las adornadas inscripciones estaban erosionadas por la lluvia y las crudas nevadas de invierno. Había cinco lápidas pequeñas y tres monumentos grandes de la escuela del ángel y el cordero. Incluso las lápidas menores, seguramente de mármol o de granito, estaban cubiertas de hojas, rollos, cruces y palomas esculpidos en bajorrelieve. El monumento más destacado era un obelisco de mármol blanco, de unos cuatro metros de altura, montado sobre un pedestal de granito donde podía verse el apellido PELISSARO. Todos los árboles visibles estaban en la flor de la vida, aunque sin hojas. El suelo estaba alfombrado por una delgada capa de nieve. Un grupo de lápidas estaba cercado con una verja de hierro y a la derecha se veía un muro de piedra.

—Supongo que no reconocerás el sitio —dije.

Negó con la cabeza.

—Podría ser un cementerio particular, una parcela familiar en un terreno privado.

—Demasiado esparcido todo. Creo que un cementerio particular sería más compacto y rural. Más homogéneo. Fíjate en las lápidas, las hay de todas clases.

—¿Y qué tiene esto que ver con las llaves? No tenía tiempo suficiente para desenterrar un ataúd y meter el botín en él. Estábamos en invierno y el suelo estaba helado.

Miré a Ray con fijeza.

—¿En invierno? ¿Crees que la foto pudo hacerse entonces?

—Bueno, es posible, pero si enterró el dinero tuvo que emplear maquinaria de excavación, que, imagino, tendría que sacar de alguna parte. Creo que me dijo en cierta ocasión que había sido guarda de un cementerio. Puede que metiera el dinero en un panteón. No sé, ¿qué piensas tú?

—Pero ¿por qué una foto así? Puede que se trate del apellido Pelissaro. Es una suposición.

Puede que dejara el dinero con una persona apellidada de ese modo. En un edificio o comercio de los alrededores del cementerio. Edificio Pelissaro, Granjas Pelissaro. El viejo rancho Pelissaro —dije, moviendo las cejas.

Ray negó con la cabeza.

—Cambia de canal.

—¿Y si es algo visible desde este sitio? Una torre de agua, un cobertizo, una marmolistería. ¿Dónde está la guía telefónica? Atrevámonos a ser tontos. Puede que descubramos algo.

—¿Qué buscamos?

—El apellido Pelissaro. Puede que Johnny tuviera un compinche.

Miré a mi alrededor y vi el volumen alfabético en la silla donde Ray lo había dejado. Aparté una silla de la mesa, me senté y hojeé las Páginas Blancas por la P. No había ningún Pelissaro con teléfono. Ni nada que se le pareciera.

—Mierda —dije—. Mmmm, bueno, puede que hubiera un Pelissaro en los años cuarenta. Por la mañana iremos a la biblioteca municipal. No perdemos nada.

—Hay que hacer algo y rápido. Gilbert llamará en cualquier momento y no voy a decirle que nos vamos a la biblioteca municipal. Preferiría decirle que tenemos algo a quedarme aquí sentado, atreviéndome a ser tonto, que quiere decir muerto en el diccionario de Gilbert.

—Eres insoportable, ¿lo sabías? Un momento, vamos a ver. —Abrí las Páginas Amarillas y busqué «Cementerios». Había alrededor de una veintena—. Mira y dime dónde están —dije—. Si trazáramos un círculo en un plano, delimitaríamos la zona. Por lo menos podríamos registrar todos los cementerios que quedaran dentro del área donde capturaron a Johnny. ¿Te parece práctico? No puede haber muchos. El cementerio de la foto parece de larga tradición. Las tumbas son antiguas. No pueden haber desaparecido.

—Eso no lo sabes —dijo—. Trasladaron tumbas cuando represaron el río para construir un lago.

—Sí, bueno, si el dinero está bajo el agua, estamos perdidos —dije—. Trabajemos sobre la base de que está en tierra firme. ¿No tienes un plano de Louisville? Indícame dónde estamos.

Fue al coche y volvió con el mapa del sureste de Estados Unidos, varios mapas locales y un plano de Louisville.

—Gentileza del Club del Automóvil. El coche que me prestaron estaba bien surtido —dijo.

—Eres muy escrupuloso —dije mientras abría el plano de la ciudad—. Empecemos por este. ¿Dónde está la Autopista Dixie?

Localizamos uno por uno los cementerios consignados en las Páginas Amarillas, señalando su situación en el plano de Louisville. Había cuatro, tal vez cinco, a una distancia automovilística razonable del punto donde la policía había capturado a Johnny. Apunté en un papel el nombre de los cementerios, la dirección y el teléfono.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Pues mañana por la mañana iremos a estos cementerios para ver si tienen enterrado a algún Pelissaro.

—En el caso de que el cementerio esté en Louisville.

—¿Quieres dejar de hacer el ganso? —dije—. Tenemos que partir de la base de que la foto es una pista porque, de lo contrario, Johnny no te la habría enviado. Su objetivo era informarte, no tomarte el pelo.

—Sí, bueno, esperemos que no complicara demasiado las cosas. A lo mejor no desciframos nunca el misterio, y nos quedamos con las manos vacías.

A las nueve me sentía ya agotada y comencé a introducir coletillas soñolientas en mis comentarios. Ray parecía nervioso y tenso, preocupado porque Gilbert no hubiera dado señales de vida.

—¿Qué le dirás si llama? —pregunté.

—No lo sé. Cualquier cosa. Preferiría que apareciesen por la mañana, así sabría que Laura está bien. Acomódate mientras tanto. Pareces derrotada.

Encontró dos mantas y una almohada en el armario de su madre.

—Será mejor que pases antes por el cuarto de baño. Arriba no hay.

Estuve unos minutos en el cuarto de baño y subí las escaleras detrás de Ray. La verdad es que tampoco había allí gran cosa: una cama individual de madera con el somier flojo, una mesita de noche con una pata menos, y una lámpara con una bombilla de cuarenta vatios y tulipa amarillenta. Pensé con temor en los bichos, pero entonces me di cuenta de que hacía demasiado frío para que sobreviviera nada en aquellos parajes.

—¿Necesitas algo más?

—Está bien así —dije.

Me senté con cuidado en la cama mientras Ray bajaba las escaleras. No me podía sentar derecha porque el techo descendía en brusca pendiente en el rincón donde estaba la cama. Hacía un frío cortante y la habitación olía a hollín. Para conseguir algo de aislamiento, se habían puesto periódicos entre el colchón y el somier, y los oía crujir cada vez que me movía. Levanté una punta del colchón y miré la fecha: 5 de agosto de 1962.

Dormí vestida, envuelta en tantas capas de mantas como pude. Encogida en posición fetal, conservaba el poco calor corporal que me quedaba. Apagué la lámpara, aunque no me gustó desprenderme de la tibia caricia de la bombilla. La almohada estaba apelmazada y un poco húmeda. Durante un rato fui consciente del resplandor que llegaba de la escalera. Oí ruidos, Ray moviéndose, una silla que se arrastraba, alguna carcajada procedente del televisor. No sé cómo pude dormir en aquella situación, pero sin duda lo hice. Desperté en el acto y encendí la luz para ver la hora: las dos de la madrugada, y las luces de abajo todavía encendidas. No oía la televisión, pero había ocasionales sonidos sin identificar que turbaban el silencio nocturno. Volví a despertar más tarde y vi la casa a oscuras y en completo silencio. La vejiga me recordaba a gritos su existencia, pero el único remedio que se me ocurría era el control mental.

La verdad es que no sé qué es peor cuando pasas la noche en casa ajena, tener frío y pocas mantas o tener ganas de mear y ningún lavabo disponible. Supongo que habría podido bajar sigilosamente la escalera para solucionar ambos conflictos, pero temía que Helen creyera que era un ladrón y que Ray se figurase que iba en su busca, para meterme en su cama.

Desperté otra vez al clarear el día y me quedé inmóvil y deprimida. Cerré los ojos durante un rato. Nada más oír que abajo se movía alguien, salté de la cama y bajé flechada por las escaleras. Ray y su madre se habían levantado ya. Di un rodeo hacia el cuarto de baño, donde, entre otras cosas, me cepillé los dientes. Cuando volví a la cocina, Ray leía el periódico. No había tenido ocasión de afeitarse y tenía la barbilla alfombrada de brotes blancos, y seguramente tan áspera como el bordillo de una acera. Me había acostumbrado tanto a sus magulladuras que ya ni las veía. Encima de la habitual camiseta blanca se había puesto una camisa de leñador que llevaba

por fuera del pantalón. Estaba en buena forma física a pesar de su edad y los músculos del tórax se le marcaban como si hubiera levantado pesas en la cárcel.

—¿Se sabe algo de Gilbert?

Negó con la cabeza.

Me senté a la mesa de la cocina, que Helen había puesto en algún momento de la noche. Ray me pasó una sección del *Courier-Journal*. Otro día juntos y ya habíamos desarrollado ciertas costumbres, como un matrimonio maduro que viviera con la madre de él. Helen iba cojeando de aquí para allá, sirviéndose del bate como de un bastón.

—¿Le hacen daño los pies? —pregunté.

—Es la cadera. Tengo una moradura desde aquí hasta aquí —dijo con orgullo.

—Si puedo ayudarla, dígamelo.

El café no tardó en gorgotear y Helen se puso a freír salchichas. Esta vez se excedió, y preparó para cada uno un plato que ella llamaba «pan tuerto» y que consistía en un huevo frito en un agujero practicado en el centro de un trozo de pan frito igualmente. Ray le echó salsa de tomate, pero yo no tuve agallas.

Después de desayunar fui al teléfono y llamé a los cinco cementerios de la lista. En todas las ocasiones dije que era una genealogista aficionada que quería trazar la historia de mi familia en aquella zona. No es que me lo preguntase nadie. Todos eran terrenos civiles con parcelas en venta. Al efectuar la cuarta llamada, la mujer de la oficina de ventas comprobó sus ficheros y encontró un Pelissaro. Me indicó cómo se llegaba al lugar y llamé al quinto cementerio por si se había enterrado allí a otro Pelissaro. Sólo había uno.

Ray y yo nos miramos.

—Espero que no te equivoques —dijo.

—Míralo de otro modo. ¿Qué más tenemos?

—Vale, vale.

Me disculpé y fui a la ducha. El teléfono sonó mientras me aclaraba el pelo. Lo oí a través de la pared, un agudo contrapunto del tamborileo del agua, la última burbuja del champú corriéndome por los hombros. Respondió Ray y su voz retumbó brevemente. Aceleré los movimientos, cerré el grifo, me sequé y me vestí. Por lo menos no me atormentaban las dudas sobre qué ponerme. Cuando llegué a la cocina, Ray estaba reuniendo una serie de herramientas, algunas de las cuales sacaba de un pequeño cobertizo que había en el patio. Había encontrado dos palas, una cuerda, tenazas, alicates, cizallas, un martillo, una argolla, un taladro manual de aspecto antiguo y dos llaves inglesas.

—Gilbert y Laura están en camino. No sé con qué nos enfrentaremos. Puede que tengamos que desenterrar un ataúd y me he dicho que más vale ir preparados.

El Colt estaba en el tablero extensible del mueble modernista. Ray lo recogió al pasar y volvió a metérselo en la cintura del pantalón.

—¿Y eso para qué?

—Esta vez no me pillaré en pelotas.

Quise protestar, pero vi que estaba decidido. Mi nerviosismo aumentaba. Sentía el pecho duro y que algo que tenía en el estómago se me derretía y deslizaba, enviando ligeras vibraciones de miedo por todos mis conductos. Titubeaba entre salir corriendo y satisfacer la anómala curiosidad por saber lo que ocurriría a continuación. ¿Qué estaba pensando? ¿Que yo podía influir en el

resultado final? Es posible. Cuando una ha llegado tan lejos, tiene que seguir adelante.

Gilbert y Laura se presentaron en menos de una hora, con el petate de lona en ristre, seguramente lleno con los ocho mil dólares en efectivo. Gilbert volvía a llevar el Stetson, tal vez con la esperanza de reivindicar su imagen de duro después de haber sido derrotado por una ciega de ochenta y cinco años. Se notaba mucho que Laura estaba agotada. Tenía la piel como lavada con lejía y lo que quedaba de las moraduras le sombreaba la barbilla de un desleído verdiamarillo. En comparación con la cualidad cerúlea de la piel, el pelo rojizo parecía estropajoso y artificial, y contrastaba de un modo molesto con el aspecto exangüe de las mejillas. Advertí entonces que tenía los ojos del mismo color avellana que Ray y que el hoyuelo de su barbilla reproducía el del padre. Tenía aspecto de haber dormido vestida. Había vuelto a ponerse el vestido que le había visto la primera vez, el ancho de manga corta, de tela vaquera azul claro; debajo llevaba una camiseta blanca de manga larga y leotardos a franjas rojas y blancas, y calzaba zapatillas de tenis rojas. No llevaba ya la faja del embarazo y el efecto era curioso, como si hubiera adelgazado de manera espectacular después de una enfermedad terrible.

Gilbert parecía en tensión. Tenía aún la cara señalada con manchas donde le habían alcanzado los perdigones de Helen y se había puesto un trozo de esparadrapo en el lóbulo. Aparte de las pruebas que evidenciaban una intervención de urgencia, se había planchado los tejanos y cepillado las botas. Llevaba una camisa blanca de estilo Lejano Oeste, chaleco de cuero y al cuello un cordón con broche. Era una indumentaria afectada y supuse que había estado al oeste del Missisipi sólo una vez en su vida y que de esto hacía menos de una semana. Al ver a su abuela, Laura fue a cruzar la habitación, pero Gilbert chascó los dedos y la mujer retrocedió como una perrita. El hombre apoyó la mano en la nuca de Laura y le murmuró algo al oído. Laura parecía sufrir, pero no opuso resistencia. La atención de Gilbert se desvió al ver la pistola en la cintura de Ray.

—Oye, Ray. ¿Te importaría devolvérmelo?

—Dame antes las llaves —dijo Ray.

—No tengo intención de discutir —dijo Gilbert.

Cerró la mano derecha alrededor del cuello de Laura y con un chasquido brotó la hoja del cuchillo que había tenido escondido en la palma. La punta se hundió en la piel de la mujer y el jadeo que emitió esta fue de sorpresa y dolor.

—¿Papá?

Ray vio el hilillo de sangre y la inmovilidad absoluta de su hija. Bajó los ojos al Colt que llevaba en la cintura. Sacó el revólver y se lo tendió a Gilbert con la culata por delante.



—Toma. Quédate esta mierda. Aparta el cuchillo del cuello.

Gilbert observó a Ray y apartó la punta de un modo casi imperceptible. Laura no se movió. Vi que la sangre comenzaba a empapar el cuello de la camiseta. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

Ray hizo un ademán de impaciencia.

—Vamos, coge el arma. Quítale el cuchillo del cuello.

Gilbert apretó un botón y la hoja volvió al interior del mango. Laura se tocó la herida y se miró las yemas de los dedos ensangrentadas. Fue hacia una silla y tomó asiento, la cara ya sin el menor rastro de color. Gilbert se pasó el cuchillo a la mano izquierda y alargó la derecha para recoger la pistola. Miró el cargador, que estaba lleno, y se introdujo la pistola en la cintura, amartillada y con el seguro puesto. Pareció relajarse al recuperar el arma.

—Vamos a fiarnos los unos de los otros, ¿de acuerdo? En cuanto tenga mi parte del dinero, ella vuelve contigo y estamos en paz.

—Un trato es un trato —dijo Ray. Saltaba a la vista que estaba irritado y Gilbert se dio cuenta.

—De acuerdo. Démonos la mano —dijo Gilbert, haciendo lo que decía.

Ray miró la mano durante un segundo y se la estrechó.

—Seamos amigos en esto y nada de juego sucio.

Gilbert sonreía con amabilidad.

—No me hace falta jugar sucio mientras la tenga a ella.

Laura había presenciado la conversación con una mezcla de horror e incredulidad.

—¿Qué has hecho? —dijo a Ray—. ¿Por qué le has dado el revólver? ¿De verdad crees que mantendrá su palabra?

Gilbert estaba impertérrito.

—No te metas en esto, criatura.

Hubo un dejo de indignación en el tono de la mujer y voluntad de traición en sus ojos.

—No tiene intención de repartir el dinero. ¿Es que te has vuelto loco? Dile dónde está y vayámonos de aquí antes de que me mate.

—¡Un momento! —dijo Ray—. Esto es un negocio, ¿estamos? He pasado cuarenta años en chirona por culpa de ese dinero y no voy a echarme atrás ahora porque tú tengas problemas con este ciudadano. ¿Dónde has estado tú todos estos años? Yo sé dónde estaba yo, pero ¿dónde estabas tú? Viniste a mí convencida de que te sacaría de la crisis, pues bien, eso es lo que hago, ¿lo oyes? Así que cierra la boca y déjame llevar esto a mi manera.

—Papá, ayúdame, tienes que ayudarme.

—Ya lo hago. Estoy comprando tu vida y no me sale barata. El trato lo hago con él, así que se acabó la discusión.

Laura adoptó una expresión hermética y se quedó mirando al suelo con las mandíbulas apretadas. A Gilbert pareció hacerle gracia que la hubieran mandado a hacer gárgaras. Hizo como si fuera a tocarla, pero la mujer le apartó la mano. Gilbert sonrió para sí y me guiñó el ojo. No me fiaba de ninguno de los presentes y esta convicción me hacía polvo el estómago.

Les miré mientras Ray explicaba el plan de operaciones, poniendo a Gilbert al tanto de las llamadas que habíamos efectuado y del motivo de las mismas. Advertí que omitía ciertos datos relevantes, como el nombre del camposanto y el apellido del monumento.

—Aún no hemos encontrado el dinero, pero estamos cerca. Si esperas beneficios, será mejor

que arrimes el hombro y cooperes —dijo Ray con los ojos llenos de desprecio. Cambiaron una sonrisa helada, llena de advertencias. Los miré por turno y deseé fervientemente no estar allí si al final les daba por competir a ver quién meaba más lejos.

—Supongo que llevas las llaves encima —dijo Ray.

Gilbert las sacó del bolsillo, las enseñó durante un segundo, las dos en un llavero, y se las guardó.

Sin decir palabra, Ray se puso a recoger parte del material que había reunido: la cuerda, las dos palas, las tenazas.

—Que todo el mundo coja algo y andando —dijo—. Lo meteremos todo en el maletero.

Gilbert asió el taladro manual, aunque tomándose lo con calma, para que no pareciera que obedecía órdenes.

—Otra cosa. Quiero que la vieja nos acompañe.

—Yo no voy contigo a ninguna parte, pollo —le soltó Helen. Estaba sentada en su silla y se apoyaba en el bate con determinación.

—¿Qué tiene que ver ella con esto? —dijo Ray.

—Si se queda alguien, ¿cómo sé que no llamará al 911? —dijo Gilbert a Ray, sin hacer caso a Helen.

—Vamos —dijo Ray—. Mi madre no haría eso.

—Desde luego que lo haría —dijo Helen en el acto.

Gilbert se quedó mirando a Ray.

—¿Te das cuenta? La vieja está más loca que una cabra. O se viene con nosotros o esto se va a la porra.

—Pero no digas tonterías, hombre. ¿Vas a dejar escapar la pasta?

Gilbert sonrió, asió otra vez la nuca de Laura y le zarandeó la cabeza.

—No voy a dejar escapar nada. Aquí eres tú la única perdedora.

Ray cerró los ojos durante unos segundos.

—Señor. Ponte el abrigo, mamá. Te vienes con nosotros. Perdóname la faena.

Helen desplazó la mirada de Gilbert a Ray.

—Está bien, hijo. Ya que insistes, iré.

Como Gilbert no se fiaba de nosotros, fuimos todos en un solo coche. Gilbert, Helen y Laura se instalaron en el asiento trasero, abuela y nieta cogidas de la mano. Helen no soltaba el bate y Gilbert no perdía este de vista. Intuyendo su mirada, Helen agitó el bate hacia el hombre.

—Ya ajustaremos cuentas, mami —murmuró Gilbert.

Ray empuñó el volante mientras yo lo orientaba desde el asiento del copiloto, siguiendo la ruta en el plano abierto. Se dirigió al este por Portland Avenue, dobló por Market Street y desde aquí, pasando por debajo del puente, accedió a la 71, en dirección norte. Hacía viento y un poco más de calor que antes. El cielo era una sábana azulada como un huevo de tordo, con el horizonte ribeteado de nubes. Esperaba que Ray infringiese algún artículo del código para que nos parasen los motoristas, pero mantenía la aguja del velocímetro dentro de lo permitido y hacía con el brazo unas señales que ya no hacía nadie en las últimas décadas.

Unos dos kilómetros más allá de la autopista Watterson accedió a la Gene Snyder y tomó la primera salida que vio. Desembocamos en la 22, que seguimos durante un rato. La carretera que tomamos probablemente había sido antaño un camino de carros que recorría muchos kilómetros de

campo sin que lo utilizara casi nadie. Me imaginé a los pequeños comerciantes y agricultores de los alrededores viajando en carromato durante horas para llegar a los bosques donde enterraban a sus difuntos. El Cementerio de las Doce Fuentes estaba a unos kilómetros de la frontera comarcal del condado de Oldham, rodeado de tapias enjalbegadas, ocupando un terreno que antaño había sido un bosque de doscientas cincuenta hectáreas. Con el paso de los años, el campo se había civilizado y hecho la manicura.

Las verjas de hierro estaban abiertas, flanqueadas por dos columnas de mampostería de unos cinco metros de altura. El camino se dividía a derecha e izquierda, rodeando un monumento de tres grandes fuentes de piedra que vomitaban trémulas columnas y chorritos de agua en el helado aire de noviembre. Una modesta señal nos envió por la izquierda, donde había un pequeño edificio de piedra encogido contra un telón de fondo de cipreses y sauces llorones. Ray se detuvo en el aparcamiento de grava. Vi que nos miraba la mujer de la oficina.

Gilbert se dirigió a la oficina con Helen. La cara de Laura estaba todavía tan claramente magullada que podía llamar la atención. También él tenía aún la cara picada de cortes, pero nadie se atrevería a preguntarle qué había pasado. Laura, mientras tanto, vio que Ray la miraba por el espejo retrovisor.

—¿Y esta? —dijo señalándome.

—¡¿Esta?! —dijo Ray, confuso.

—Gilbert temía que la abuela avisara a la poli. ¿Por qué crees que no lo hará esta?

Me volví para darle la cara.

—No voy a avisar a nadie. Yo sólo quiero irme a mi casa —dije.

Laura no me hizo caso.

—¿Crees que se quedará aquí sentada, viendo cómo nos vamos con el dinero?

—Aún no lo hemos encontrado —dijo Ray.

—Pero cuando lo tengamos, ¿qué pasará?

Ray puso cara de pena.

—Laura, en el nombre de Dios, ¿qué quieres que haga?

—Nos va a traer problemas.

—¡No es verdad!

Laura apartó la cara y se puso a mirar por la ventanilla con las mandíbulas apretadas. Gilbert y Helen volvían ya. Gilbert introdujo a la anciana sin miramientos en el asiento trasero y fue a subir por la otra portezuela. Helen murmuró un insulto.

—Ojo, mamá —dijo Ray.

Helen acarició el hombro de Ray con afecto.

Gilbert subió al coche, cerró de un golpe y me tendió el folleto que llevaba en la mano. Como yo ya había hablado con la mujer de la oficina de ventas, esta nos había conseguido un folleto que describía y contaba la historia del cementerio. La parte central era un plano del camposanto, con los puntos de interés señalados con una X. También nos había trazado en papel aparte un plano pormenorizado de la sección concreta que íbamos a visitar. Un círculo rojo rodeaba la tumba de Pelissaro. Me volví para mirar a Gilbert.

—Tienes que comprender que podría ser una pista falsa —dije.

—Espero que en tal caso tengas preparado un plan de reserva.

Mi plan de reserva era echar a correr como un galgo.

Ray encendió el motor. Le indiqué la ruta, que la mujer había señalado con bolígrafo. El cementerio consistía en una serie de circunferencias secantes que desde el aire se habrían parecido a los dibujos de anillos nupciales de algunos edredones. Los caminos abarcaban las secciones, rodeándose entre sí como en un cinturón de circunvalación. Seguimos el primer camino de la izquierda hasta llegar a la fuente de las Tres Vírgenes. Giramos a la izquierda en el desvío, rebasamos el lago, doblamos luego a la derecha y accedimos al sector antiguo del cementerio. Este había recibido su nombre de las doce fuentes, inesperadamente visibles desde allí, caprichosas cortinas de agua que buscaban el cielo. Por derrochar agua en California te llevaban ante el juez, sobre todo en los años de sequía, que por lo visto eran más que los lluviosos.

Dejamos atrás el Rincón del Soldado, donde estaban enterrados los militares, las lápidas blancas, idénticas y tan limpiamente alineadas como un huerto recién plantado. La perspectiva se desplazaba con nosotros y el punto de fuga recorría las hileras de cruces blancas como la luz de un faro. En aquel sector del cementerio había monumentos impresionantes, panteones de granito y piedra caliza, con frontón y pilastras de capitel jónico. Los sepulcros mayores estaban adornados con niños de rodillas y con la cabeza agachada, corderos de piedra, urnas, cortinas de piedra y columnas corintias. Había pirámides, capiteles y mujeres esbeltas en posición contemplativa, perros de bronce, arcos, pilares, bustos de personajes serios, y recargadas vasijas de piedra, todo ello entre losas verticales de granito y lápidas sencillas de dimensiones más modestas. Recorrimos las tumbas observando hasta donde alcanzaba la vista. Las lápidas representaban sendas relaciones familiares, el final de sendas historias. Hasta el aire era allí sombrío y el suelo estaba empapado de tristeza. Cada lápida parecía decir: He aquí una vida que significó algo, y aquí está el recuerdo de la desaparición de un ser que amábamos y al que añoraremos profunda y eternamente. Incluso los afligidos estaban ya muertos, y los afligidos que habían llorado a estos.

La tumba de Pelissaro estaba en un callejón sin salida. Nos detuvimos y bajamos del coche. Gilbert dejó el Stetson en el asiento trasero y los cinco avanzamos hacia el monumento de cualquier manera. Miré la foto, maravillándome de que el paisaje que teníamos delante estuviera exactamente igual que hacía cuarenta años. El monumento Pelissaro, un obelisco de mármol blanco, sobresalía de las tumbas contiguas. Casi todos los árboles de la foto estaban aún en pie y muchos de estos habían crecido con el paso del tiempo. Al igual que en la foto, las ramas volvían a estar desnudas, pero esta vez no había nieve y la hierba estaba hibernada, de un marrón sucio mezclado con verde apagado. Vi el mismo puñado de lápidas cercadas por una verja de hierro, el muro de piedra a nuestra derecha.

Gilbert estaba ya impaciente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó a Ray.

Ray y yo nos miramos. Hasta el momento, Gilbert había cumplido su parte del trato. Se había presentado con Laura, que no sólo estaba viva y con buena salud, sino que además tenía aspecto de no haber recibido ninguna paliza por la noche. De modo que nos quedamos así, haciendo tiempo, pues sabíamos que no podíamos cumplir nuestra parte. Habíamos tratado de señalar los límites de nuestros conocimientos, pero Gilbert no toleraba la pluralidad de interpretaciones. Helen esperaba pacientemente, arropada en el abrigo, mirando con fijeza un sepulcro que sin duda tomaba por uno de nosotros.

—No me apetece mover monumentos —dijo Gilbert—. Y este menos aún. Seguramente pesa dos toneladas.

—Un momento —dijo Ray. Inspeccionó el lugar, barriendo con la mirada las lápidas, los rasgos del paisaje, valles, árboles, la cordillera circular del fondo. Sabía lo que estaba haciendo Ray porque lo hacía yo también, tantear el siguiente movimiento en el curioso juego de tablero al que jugábamos. Casi había esperado ver una torre de agua sobresaliendo a lo lejos, con alguna palabra pintada en el cilindro de la cúspide. Y habría jurado que tenía que haber por allí un antiguo cobertizo de jardinería o un rótulo, cualquier cosa que sugiriese qué hacer a continuación. La tumba de Pelissaro tenía que ser importante, de lo contrario ¿por qué molestarse en mandar la foto? Las llaves podían tener importancia o no tenerla, pero el monumento anunciaba *algo*, aunque no se nos ocurría qué.

Ví que Ray comprobaba los nombres de las lápidas que tenía al alcance de los ojos. Ninguno parecía significar nada. Di un giro de trescientos sesenta grados, inspeccionando el callejón sin salida de nuestra espalda, que estaba flanqueado de panteones.

—Ya lo tengo —dije. Puse la mano en el brazo de Ray y señalé. Había cinco panteones en el semicírculo, estructuras de piedra caliza gris que se hundían en las faldas de la loma que bordeaba el lugar como un cuello de camisa levantado. La fachada de cada panteón era diferente. Una parecía una catedral en miniatura, otra era una versión reducida del Partenón. Dos parecían bancos de poca monta, con columnata y escalones anchos que conducían a sendas puertas antaño impresionantes, pero en aquellos momentos tapiadas con hormigón. Encima de la puerta de cada panteón se había esculpido el apellido de la familia. REXROTH. BARTON. HARTFORD. WILLIAMSON. Fue el quinto panteón el que me interesó. El apellido de la puerta era LEY.

Ray chascó los dedos.

—Dame las llaves —dijo a Gilbert, que obedeció sin protestar.

Avanzamos por el paseo con la atención puesta en el aspecto del panteón. La entrada estaba protegida por una verja de hierro, cuya cerradura se veía de lejos. Habían pasado además una cadena por los barrotes, alrededor de la cerradura, que tenía un candado. Miré el papel que describía la situación de las parcelas de la zona. El panteón de los Ley estaba en la sección M, parcela 550. El mensaje de Johnny Lee había sido enviado y recibido. No me lo podía creer, pero habíamos conseguido descifrarlo.

Ray se dirigió al coche, que habíamos estacionado en el semicírculo, enfrente del panteón. Abrió el maletero y sacó una palanqueta de neumático.

—Coged herramientas —dijo. Gilbert volvió a obedecer sin rechistar y se armó con una pala. Laura se hizo con un martillo y con un pico que Ray había encontrado en el último momento. Los cinco cruzamos el suelo de asfalto, Helen en retaguardia golpeando el suelo con el bate. Subimos los peldaños en desorden y miramos entre los barrotes de la verja. Dentro había una especie de vestíbulo pavimentado, de unos tres metros de anchura por dos de profundidad. En la pared del fondo había dieciséis nichos para sendos ataúdes individuales, dispuestos en cuatro filas de cuatro.

Esperamos mientras Ray introducía la llave pequeña en el candado Master, que se abrió con una vuelta. La cadena, suelta ya, cayó con ruido en el suelo. La llave grande de hierro giró en el ojo de la cerradura con dificultad. La verja dio un gemido al abrirse, un chirrido de metal contra metal. Entramos. Todos los nichos estaban llenos al parecer. En doce había sendas lápidas con el nombre del fallecido, la fecha de nacimiento y defunción, y a veces una cita poética. Todas las fechas de nacimiento y defunción correspondían al siglo pasado. Los cuatro nichos restantes

estaban tapados con cemento puro y no contenían ningún dato.

Al principio, Ray se mostró reacio a actuar. Al fin y al cabo, estábamos en un lugar donde había una familia enterrada.

—Hay que moverse —dijo.

Con actitud tanteadora atacó con la palanqueta el cuadrado de cemento que estaba más arriba. Tras el golpe inicial, se puso a machacar la muda superficie con insistencia y concentración. Gilbert empuñó una pala y, poniéndose al lado de Ray, hizo lo mismo con la hoja. El ruido se me antojó excesivo y retumbaba en todos los rincones del panteón. No sé si fuera se oiría algo. Localizar el origen de los golpes no habría sido fácil. El cemento era al parecer la capa exterior porque el pequeño tabique comenzó a resquebrajarse y a ceder ante la fuerza bruta. Cuando Ray consiguió perforarlo, Gilbert apartó los escombros y ensanchó el boquete.

Laura, mientras tanto, se había arrodillado y machacaba con idéntica fuerza con el pico la capa de cemento del nicho inferior. El polvo saltaba, cubriendo el aire de una nube clara y densa de partículas. Había algo inquietante en el brío con que trabajaban. Todos los conflictos y disputas se habían arrinconado al llegar a la recta final de la cacería. El descubrimiento era inminente y la codicia había desplazado a la animosidad.

Helen y yo retrocedimos hasta la pared para no estorbarles. Por los barrotes de la verja, mirando hacia la falda de la colina, veía las ramas agitadas por el viento. Estiré el cuello y miré al cielo con preocupación. Estaba ya completamente nublado y las masas negras se amontonaban encima de nosotros. El tiempo era allí tan tornadizo como fijo y monótono en California. No sabía adónde iba a llevarnos aquella situación y me debatía entre el temor y una leve esperanza de que al final todo saliera bien. Ray y Gilbert se repartirían el dinero, se darían la mano y cada cual se iría a lo suyo, dejándome a mí en libertad de ir a lo mío. Laura abandonaría a Gilbert; puede que se quedara un tiempo con su padre y su abuela, hasta que al final se separasen. Ray se quedaría seguramente con su madre hasta que la operasen de los ojos, a menos que lo capturasen antes y lo enviaran otra vez a la cárcel.

Miré la hora. Sólo eran las diez y cuarto de la mañana. Si conseguía un vuelo a primera hora de la tarde, estaría en casa para cenar. Me había perdido casi todas las celebraciones prenupciales. Al día siguiente por la noche, el miércoles, víspera de la boda, William y los muchachos habían dicho que irían a la bolera, mientras Nell, Klotilde y yo cenaríamos seguramente en el local de Rosie. Esta había jurado que no quería ensayar nada. «¿Qué hay que ensayar? Estaremos juntos y repetiremos lo que el juez nos diga». Nell no había tenido tiempo de dar los últimos retoques a mi sayo de dama de honor, pero ¿qué había que retocar en una cosa así?

El golpeteo adquirió un ritmo reiterativo. Oí a lo lejos a un lugareño que accionaba una máquina cortacésped. Por la carretera que bordeaba el cementerio no pasaban coches. Cuando me di cuenta, Ray, Gilbert y Laura arrastraban sacas de lona por la puerta y los peldaños. Helen y yo fuimos tras ellos y miramos mientras Ray abría una saca y vaciaba el contenido en el asfalto.

—Aquel tipo era un genio —dijo Ray—. Se le ocurría lo que no se le ocurría a nadie. Ojalá estuviera aquí. Ojalá pudiera ver esto. Fijaos. Qué hermoso es, Señor.

Lo que había caído en el asfalto era un montón de billetes nacionales y extranjeros, joyas, cubertería y cacharrería de plata, títulos de bolsa, monedas de plata, billetes del gobierno confederado, pagarés, documentos legales sin identificar, monedas, series especiales, papeles timbrados y dólares de oro y plata. El montículo de valores me llegaba casi a la rodilla y aún

había otras seis sacas tan llenas como aquella. Incluso Helen, que veía poco, parecía haberse percatado de la enormidad del descubrimiento. Una gota de lluvia apareció en el suelo, seguida de otra y otra a intervalos espaciados. Ray miró al cielo con sorpresa y extendió la mano.

—Hay que irse —dijo.

Laura volvió a llenar la saca mientras Ray y Gilbert arrastraban las restantes hasta el maletero del coche y las metían dentro. Cuando hubieron cargado la última saca, Ray cerró el maletero. Estábamos ya subiendo al vehículo cuando vimos a Gilbert. Durante un segundo pensé que se había detenido para remeterse la camisa, pero inmediatamente me di cuenta de que empuñaba la pistola. Ray vio mi expresión y miró a Gilbert, que estaba erguido ya, con las piernas abiertas y el Colt en la mano. Laura apretó el brazo de Helen, las dos petrificadas. Vi que Laura murmuraba algo al oído de su abuela, para avisarla de lo que estaba pasando, ya que la anciana no se había enterado.

Gilbert miraba a Ray con expresión divertida, como si los demás no estuviéramos presentes.

—Siento decírtelo, Ray, pero tu amigo Johnny era un asesino nato.

Ray lo miró con fijeza.

—¿De veras?

—Puso precio a Darrell McDermid e hizo que lo mataran.

Ray frunció el entrecejo.

—Creía que Darrell había muerto en un accidente.

—No fue un accidente. Lo cosieron a tiros. Johnny pagó una pasta a un tío para asegurarse de que Darrell no se levantaba.

—¿Por qué? ¿Porque Darrell nos vendió a la poli?

—Eso es lo que decía Johnny.

—¿Quién lo hizo entonces?

—Yo. El chico estaba hecho polvo por lo de su hermano y puse punto final a su sufrimiento.

Ray meditó aquello y se encogió de hombros.

—¿Y qué? Eso no me afecta. Estuvo bien lo que hiciste. El muy cabrón se lo merecía.

—Sí, pero Darrell no era culpable. Darrell no hizo nada. Alguien llenó de mentiras la cabeza de Johnny —dijo Gilbert con tristeza fingida—. Fui yo quien se lo contó a la poli. Me cuesta creer que no lo hayáis adivinado.

—¿Tú fuiste el chivato?

—Me temo que sí —dijo Gilbert—. Mira, afrontémoslo con realismo. Soy un muerto de hambre, no valgo para nada. Es como aquella anécdota del tipo que salva a una serpiente y a cambio recibe una mordedura mortal. El tipo no para de decir: «Oye, tú, ¿por qué me haces esto? Te he salvado la vida», y la serpiente dice: «Mira, tío, cuando me recogiste, ya sabías que era una serpiente venenosa».

—Gilbert, tengo que decirte algo. Nunca te he tenido por un buen sujeto. Ni una sola vez. — Ray se llevó una mano a los riñones y cuando volvió a enseñarla, empuñaba una Smith & Wesson del 0,38 especial.

Gilbert se echó a reír.

—Joder. Tiroteo a la vista. Será divertido.

—Más para mí que para ti —dijo Ray. Los ojos le brillaban de maldad, mientras que Gilbert sólo parecía divertido, como si Ray no representase una amenaza que tuviera que tomarse en

serio.

—Papá, no —dijo Laura.

—Vamos, chicos, vamos —dije—. No hay que llegar a estos extremos. Hay dinero de sobra...

—No es por el dinero —dijo Ray sin mirarme, con los ojos fijos en Gilbert, los dos a tres metros de distancia a lo sumo—. Es por un tipo que ha maltratado a mi hija y ha apaleado a mi exmujer. Es por Darrell y Farley, hijo de perra. Sabes de qué hablo, ¿verdad?

—Totalmente —dijo Gilbert.

Retrocedí un paso, tan pendiente de los dos hombres que no vi lo que hacía Helen. Esta levantó el bate de béisbol para descargarlo con furia más o menos donde estaba Gilbert, golpeando el brazo de Ray al tomar impulso. Ni siquiera rozó a Gilbert y casi me dio a mí en toda la boca. Sentí la corriente de aire que me azotaba los labios cuando el bate me pasó silbando. El palo dio en el coche y el golpe le hizo soltar el bate.

—¡Maldita sea, mamá! Vete de aquí. ¡Vete de aquí!

Laura gritó y se agachó. Yo me arrojé al suelo y alcé los ojos a tiempo de ver que Gilbert apuntaba y disparaba contra ella. Sonó un chasquido hueco. Gilbert miró el Colt con asombro. Lo amartilló otra vez y apretó el gatillo; el percutor volvió a dar en falso. Tiró del cierre, salió despedido un cartucho, y soltó el mecanismo, poniendo otro en la recámara. Giró el arma y apuntó a Ray. Apretó el gatillo. Clic. Volvió a amartillar el revólver y apretó el gatillo nuevamente. Clic.

—¿Qué pasa? —dijo.

Ray sonrió.

—Bueno, creo que la culpa la tengo yo. He olvidado decirte que he limado la aguja del percutor.

Ray hizo fuego y Gilbert se desplomó con un ruido extraño, como si le hubieran sacado todo el aire. Ray avanzó hasta situarse encima de Gilbert. Volvió a hacer fuego.

Contemplé hechizada el tercer disparo. Ray se volvió hacia mí.

—No, no hagas eso.

Percibí cierto movimiento por el rabillo del ojo y de pronto oí el impacto del bate al darme en la cabeza. En la décima de segundo que precedió a mi desmayo, miré a Helen con pesar. La buena señora había estado bateando a ciegas y acababa de darme un buen golpe. Lo malo fue que la vi con claridad, y que no tenía nada en las manos. Era Laura quien empuñaba el bate y yo me hundía cada vez más en las tinieblas.

Pasé la noche en una habitación semiprivada de un hospital llamado Baptista Este, con el peor dolor de cabeza que recuerdo haber tenido en mi vida. A causa de la conmoción, el médico no me había dado ningún sedante y cada treinta minutos aproximadamente me comprobaban las constantes vitales. Puesto que no me dejaban dormir, pasé dos horas aburridas bombardeada por las preguntas de dos agentes de la Comisaría del Sheriff del Condado de Oldham. Gente simpática, pero que escucharon con natural escepticismo la historia que les conté. Aunque medio conmocionada, mentí una frase sí y otra también, para eliminar cualquier rastro de culpa de los acontecimientos que describía. Al final llamaron al *Courier-Journal* y un periodista mal pagado consultó los archivos y encontró una crónica del atraco que detallaba el nombre de todos los sospechosos y hacía muchas cábalas vistosas sobre el dinero desaparecido. Bueno, la verdad es



que el dinero había vuelto a desaparecer, al igual que Ray Rawson, su anciana madre y su hija Laura, cuyo marido natural se encontraba tendido en el depósito de cadáveres, con el cuerpo cosido a balazos.

Mantuve y sostuve que me habían obligado a punta de pistola, y que me habían dado una paliza y tirado a la cuneta cuando había dejado de serles útil. ¿Quién podía decir que no era verdad? Llamaron a Santa Teresa y se pusieron al habla con el teniente Dolan, que habló en mi favor y salió en defensa de mi honor en entredicho. El agente encargado del caso archivó mi versión de los acontecimientos y accedí a hacer de testigo cuando Ray Rawson y su alegre banda fuera detenida y procesada. No creo que haya muchas probabilidades de que esto ocurra. Ray tiene un montón de dinero en su poder y los cuarenta años de contactos y astucia criminal que había acumulado en la cárcel. Estoy convencida de que ha comprado documentos de identidad falsos, pasaportes incluidos, y tres pasajes de primera clase hacia un lugar desconocido.

El miércoles por la mañana, cuando me dieron de alta, una enfermera que acababa el servicio se ofreció a llevarme al barrio de Portland donde vivía Helen Rawson. Bajé del vehículo en la esquina y fui andando hasta la puerta. La casa estaba a oscuras. La puerta trasera se encontraba abierta y vi desperdigada la ropa que se les había caído con las prisas por marcharse. Entré en el dormitorio y encendí la lámpara de mesa. Todas las pastillas de la anciana habían desaparecido, prueba inequívoca de que se había ido con el hijo y la nieta. Me tomé la libertad de utilizar el teléfono, esta vez sin molestarme en abonar la llamada con la tarjeta de crédito. Perdí un montón de tiempo tratando de hablar con alguien. Llamé a Henry y volvió a ponerse el contestador automático. ¿Nunca estaba en casa aquel hombre? Llamé al local de Rosie y no respondió nadie. Llamé a mi amiga Vera, pero sin duda se había ido con su marido el médico a pasar fuera el puente de Acción de Gracias. Llamé a mi viejo amigo Jonah Robb. Tampoco estaba. Llamé incluso a Darcy Pascoe, la recepcionista de la empresa para la que había trabajado antaño. La suerte me había abandonado y comencé a asustarme, pues estaba en un apuro y no sabía a quién recurrir. Por último, presa de la desesperación, llamé a la última persona que me pasó por la cabeza. El teléfono sonó cuatro veces y contestaron.

—Hola, ¿Tasha? —dije—. Soy tu prima Kinsey. ¿Recuerdas que dijiste que te llamara si necesitaba algo?

## Epílogo

La boda se celebró el Día de Acción de Gracias por la tarde. Las flores, las velas y los ambientadores habían metamorfoseado el local de Rosie. Esta, con el sayo blanco y una corona de flores en el pelo, y William de esmoquin, estuvieron un rato firmes delante del juez Raney, cogiéndose la mano con afecto. Los dos estaban radiantes. A la luz de las velas no parecían jóvenes, pero tampoco muy mayores. Todos los poros les brillaban, como si estuvieran iluminados por dentro. Todo parecía formar parte de las promesas que se formulaban. Henry, Charlie, Lewis y Nell en silla de ruedas. Las expresiones «en lo bueno y en lo malo, en la pobreza y en la riqueza, en la salud y en la enfermedad» se referían también a ellos. Todos sabían lo que significaba amar y ser amados. Conocían el sufrimiento, los achaques, la prudencia de la edad.

Me quedé un rato pensando en Ray, en Laura y en Helen, preguntándome dónde habrían ido. Sé que no tiene sentido, pero me dolía que no hubieran hecho ninguna gestión para saber cómo me encontraba. En cierto modo, habían pasado a ser mi familia. Había llegado a concebir a los cuatro como una unidad, que afrontábamos la adversidad juntos, aunque fuera sólo durante unos días. No es que creyera que iba a ser así para siempre, pero me habría gustado una despedida más formal, gracias, que te vaya bien, escribenos alguna vez.

El juez declaró marido y mujer a William y Rosie. El novio puso las manos en las mejillas de la novia y el beso que se dieron fue suave y dulce como los pétalos de una rosa. William le murmuró temblando:

—Amor mío. Te he estado esperando toda la vida.

Nadie se libró de llorar, ni siquiera yo.

Atentamente,  
Kinsey Millhone



SUE TAYLOR GRAFTON, nacida en Louisville, Kentucky, el 24 de abril de 1940, es una escritora estadounidense autora de novelas detectivescas. Hija del novelista C. W. Grafton, se graduó en la Universidad de Louisville, donde obtuvo su título en Literatura inglesa. Además de sus libros, ha escrito para la televisión y para el cine, algunas de estas obras en colaboración con su marido desde hace más de veinte años, Steven Humphrey.

En 1982, tras trabajar como guionista de televisión en Hollywood, creó el personaje de la investigadora privada Kinsey Millhone, una especie de alter ego, para desquitarse de los disgustos del divorcio por el que estaba pasando, y dio comienzo a su magnífico *Alfabeto del Crimen*, ambientado en la ficticia ciudad de Santa Teresa en California.

Entre los premios recibidos por la escritora encontramos el Mysterious Stranger Award (1983), el Shamus Award (1986) y el Anthony Award (1987). En 2004, Grafton recibió el Premio Literario Ross Macdonald, dado a «una escritora californiana cuya obra supera el estándar de la excelencia literaria». En 2008 Grafton recibió el Cartier Dagger otorgado por la British Crime Writers' Association, y en 2009 el Grand Master Award entregado por Mystery Writers of America.